EL LEGADO DE LOS ROMANOV 2



VIKTOR

RENATA STORM

VIKTOR

El legado de los Romanov 2

Renata Storm

Viktor.
Título: Viktor.
Serie: El legado de los Romanov II
2025, Renata Storm.

Corrección: 2025, Anna Bissette

1ª edición: 2025, Septiembre.

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Obra registrada en la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

A quienes aman al monstruo…
y aún así desean que les devore el alma.

El Clan

Cruzar la línea de las sombras no es para todas. Pero tú nunca fuiste del montón.

Accede a la comunidad secreta más oscura, privada y adictiva del dark romance. Un espacio donde hablar de tus deseos más ardientes no es tabú.

Y además recibe **GRATIS** en el primer email la precuela de El legado de los Romanov: **Sombras de sangre**.

Tu nueva droga está aquí, ¿te atreves a probarla?

Entrar

introducción

Viktor

Desperté con un dolor punzante que me atravesaba la cabeza, como si un mazo de hierro me hubiese golpeado sin piedad una y otra vez. Lo primero que percibí fue el sabor metálico de la sangre en mi lengua, seguido del frío acero de la silla en la que mis manos estaban atadas con bridas. El aire estaba cargado de humedad, óxido y un leve hedor a moho que me revolvió el estómago.

Abrí los ojos con pesadez, forzándolos a adaptarse a la penumbra. Una bombilla desnuda colgaba del techo, parpadeando con debilidad, iluminando un sótano mugriento con paredes desconchadas y llenas de algo que no supe descifrar. Miré a mi alrededor, estaba atado a una silla de metal, firme y que permanecía anclada en el suelo. No había salida fácil; lo supe al instante. Me removí, probando la firmeza de las ataduras. El gesto provocó que una punzada de dolor me atravesase el costado. Genial, era probable tuviese una costilla rota.

Mi mente iba a mil por hora. Lo último que recordaba era estar con Alina. Sus ojos estaban llenos de odio, su lengua era tan afilada y viperina que jamás me lo imaginé. Y su rabia era demasiada como para contenerla toda en un cuerpo tan pequeño. Había tomado la decisión de jugármela a una carta, de manera calculada, pero algo había salido mal. Había subestimado las consecuencias de usarla como ficha en este maldito juego. Y ahora no solo estaba pagando

el precio, sino que también había puesto en peligro a toda mi familia.

Mis pensamientos se desviaron hacia Nikolai. Si algo sabía de mi hermano, era que en este momento estaría moviendo cielo y tierra para entender lo ocurrido. Las imágenes de su mirada severa y la de Alexei intentando calmarlo me atormentaron. Había salido al borde de todo por protegernos, por protegerlo. Y ahora, lo único que había conseguido era provocar otra maldita guerra.

El sonido de unos pasos lentos y deliberados interrumpió mis pensamientos, sacándome del ensimismamiento en el que estaba metido. Giré la cabeza hacia la puerta, ignorando el ardor en mi cuello. La puerta chirrió al abrirse y un hombre apareció bajo el umbral, vestido con un traje negro impoluto que destacaba con el sótano inmundo en el que me encontraba. Su porte me recordó al de mi hermano Nikolai: alto, fuerte y seguro de sí mismo; era el de alguien acostumbrado a mandar. Una mueca socarrona se dibujó en sus labios, pero no logró alcanzar su mirada.

—Viktor Romanov. —Alzó la voz, con un acento italiano que daba peso a cada una de las sílabas—. ¿Sabes lo que dicen en mi tierra? Que el enemigo de mi enemigo… puede ser mi juguete.

No respondí. Mantuve mis ojos fríos clavados en él, mientras evaluaba cada uno de sus gestos. Su postura era relajada, a pesar de que su mirada estaba teñida de una amenaza tan grande que no osé respirar. Entonces, caí en la cuenta, no era un hombre cualquiera. Me sonaba de algo, pero no sabía de qué.

—Ah, veo que eres del tipo silencioso —continuó, dando un par de pasos hacia mí. Cada movimiento estaba calculado, como si quisiera que supiera que estaba en desventaja—. Me presentaré, por

cortesía, claro. —Sacó un puro del bolsillo de su americana y se lo llevó a la boca—. Soy Luca Moretti, y tengo una oferta para ti.

Luca se encendió el puro con una calma casi irritante, exhalando el humo mientras su mirada recorría mi rostro.

—¿Sabes lo que me gusta de los Romanov? —preguntó, ladeando la cabeza—. Que siempre creen que están un paso por delante. Pero dime, Viktor… —Se inclinó hacia mí, dejando que el humo cálido flotara entre ambos—. ¿Cómo piensas jugar a este juego cuando ni siquiera sabes las reglas?

Le observé quedo. El apellido me resultó demasiado familiar. Los Moretti eran una de las familias más antiguas de la mafia italiana, con raíces profundas en negocios que cruzaban fronteras y generaban guerras. Se caracterizaban por lo sanguinarios que eran, y es que muchos de los grandes nombres de la *bratva* habían contado con ellos como si de sicarios se trataran para acabar con ciertos asuntos. Si él estaba aquí, significaba que había algo más en juego, algo que aún no veía con claridad.

—¿Oferta? —murmuré, sintiendo como mi voz sonó grave y rasposa, por apenas haber podido hablar.

Luca sonrió con maldad y se inclinó hacia mí.

—Oh, sí —aseguró—. Digamos que tengo ciertos intereses que coinciden con los tuyos… y con los de los Romanov. Pero primero, tendrás que demostrarme que eres digno de mi ayuda.

Mis ojos lo estudiaron con fijeza mientras las piezas del rompecabezas se colocaban a medias en mi cabeza. Su postura, su tono, la ligera inclinación de su cabeza: todo en él gritaba que jugaba con ventaja. Pero lo que no sabía era que yo también lo estaba evaluando, buscando un punto débil que pudiese explotar.

La bombilla sobre mí parpadeó, lanzando destellos erráticos que apenas iluminaban la habitación. Fue en ese momento cuando una mueca divertida cruzó mis labios. Porque incluso en el peor de los escenarios, cuando todo parecía perdido, los Romanov nunca nos rendíamos.

—Adelante.

Sabía que estaba atrapado, pero también sabía algo más: las cosas siempre pueden girar a tu favor si tienes la suficiente paciencia como para esperar el momento adecuado.

1

Unas semanas antes

El eco de las campanas resonaba en el aire frío de Moscú, marcando el inicio de la ceremonia. Nikolai y Elena se tomaban las manos, unidos bajo la majestuosa cúpula de la catedral, pareciendo dos figuras talladas en mármol, imponentes e incluso inalcanzables. Desde mi posición entre las sombras, observé a mi hermano mayor, el líder indiscutible de los Romanov, recitar sus votos con la misma calma implacable que usaba para tomar decisiones capaces de destruir imperios.

Pero no estaba allí para disfrutar de un día familiar. Mis ojos se deslizaban entre los asistentes, midiendo cada movimiento, cada mirada que duraba un segundo más de lo normal. Había aprendido hacía mucho tiempo que tan solo eso era suficiente como para reconocer a un enemigo. Y los Orlov estaban entre nosotros. Lo sabía. Lo percibía en el ambiente, en el ligero hormigueo que recorría mi mano, como si de una premonición se tratase, igual que lo hacía cada vez que algo iba a explotar.

El teléfono vibró dentro de mi chaqueta. Lo saqué con discreción y leí: *Sótano oeste. Urgente*. Dimitri, siempre a tiempo para complicarme el día aún más. Resoplé, ajustándome el nudo de la corbata mientras caminaba con pasos largos hacia la salida lateral, donde nadie pudiera notar mi ausencia.

El sótano estaba oscuro y frío, con un olor a humedad que se mezclaba con el eco de las tuberías. Dimitri estaba allí, recostado

contra una columna, jugando con un encendedor como si no tuviera un mensaje que pudiese cambiar el curso de todo el maldito día.

—Tienes el don de elegir lugares acogedores, ¿sabes? —comenté, cruzando los brazos mientras lo miraba con impaciencia.

Este soltó una risa baja y apagó el encendedor.

—Tú también tienes un don, Viktor. Siempre pareces estar de mal humor. —Dio un paso hacia mí.

—No me toques los cojones, Dimitri —le advertí, sacando un cigarrillo y llevándomelo a los labios—. Desembucha.

—Los Orlov se han autoinvitado a la boda —anunció, borrando todo rastro de diversión de sus ojos—. Cinco, quizá seis. Están armados. Camuflados entre la gente del *staff*.

Un escalofrío me recorrió la nuca, llegando a helarme hasta los pies.

—¿Cuándo atacarán?

—Durante el banquete. Quieren un espectáculo, algo que le recuerde a Nikolai que no es intocable.

Por un instante, mi mano se cerró en un puño con tanta fuerza que noté las uñas clavándose en mis palmas. Respiré hondo y me obligué a pensar con claridad. Iba a matarlos a todos. Esto no podía llegar a Nikolai. Hoy no. Necesitaba que el día fuese perfecto, y para eso estaba yo, para encargarme de que nada se saliese de lo estipulado.

—Dame nombres, posiciones, cualquier cosa que me pueda ser útil. —Mi tono fue cortante, sin espacio para bromas.

Dimitri asintió y comenzó a hablar, detallando todo lo que habían visto el equipo que se encargaba de custodiar el lugar de la boda.

Mientras lo escuchaba, mi mente ya trazaba un plan. Nikolai no debía enterarse de esto hasta que fuese necesario, si es que lo era.

—Vi a uno en la cocina —empezó Dimitri—. Parece el líder, un tipo grande, pelo rapado. Llevaba una chaqueta de chef, pero dudo que sepa distinguir un cuchillo de cocina de un machete. El segundo estaba cerca del acceso al almacén, revisando un cargamento como si buscara algo.

—¿Y los otros? —pregunté, impaciente, sintiendo como me hervía la sangre.

Esos hijos de puta pagarían por todo lo que estaban haciendo como que me llamaba Viktor Romanov.

—Dos en el pasillo del ala norte. Camareros, por el uniforme. Estaban cargando algo en las bandejas de plata, pero, era obvio que no se trataba comida, eso te lo aseguro. —Hizo una pausa, dejando caer el cigarrillo al suelo para apagarlo con el pie—. El último es más difícil de ubicar. Se encontraba junto a la entrada principal hace una hora, pero podría haberse movido. Parecía estar supervisando al resto.

Mis pensamientos se aceleraron. Cada detalle que Dimitri compartía encajaba como un puzle siniestro. La cocina, el almacén, los pasillos… Lugares clave que ofrecían acceso tanto a la comida como al salón principal. Sabían lo que hacían. Los Orlov nunca actuaban sin un plan, y este era algo más que un simple ataque: era un mensaje de guerra, una demostración de fuerza.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No mucho. Quizá treinta minutos, puede que menos. Estoy seguro de que van a esperar a que todos estén distraídos con el

brindis o cuando la música esté más alta.

Mi mandíbula se tensó, y sentí la urgencia arder en mis venas como si de lava se tratase. No había margen para errores. Si esos bastardos llegaban al salón, sería un baño de sangre, y los Romanov no podían permitirse una humillación como esta, especialmente no en el día que Nikolai se unía a Elena.

—Bien —musité—. Esto es lo que vamos a hacer. —Me acerqué a Dimitri, manteniendo la voz baja pero firme—. Tú volverás al almacén y me confirmarás si los dos tipos del pasillo norte siguen allí. Que no te vean. Yo enviaré al resto de nuestros hombres a la cocina y a la entrada principal. El cabrón del pasillo es mío.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Dimitri, alzando una ceja.

Lo fulminé con la mirada, dejando que mi expresión hablase por mí. Para los Romanov, fallar no era una opción.

—No lo hará. Si no hay nada más, lárgate. —Mi tono no dejó espacio a discusión.

Dimitri asintió y desapareció en la penumbra, dejando atrás el eco de sus pasos. Durante unos segundos, permanecí en silencio, pensativo, trazando en mi mente los movimientos que cada uno de mis hombres debía hacer. No podía permitirme alterar a Nikolai ni, mucho menos, interrumpir la ceremonia.

Saqué mi teléfono y marqué el número de Andrei, quien contestó al segundo tono con tranquilidad.

—¿Problemas? —Quiso saber.

—Nada que no pueda manejar —aseguré—. Necesito que pongas a trabajar a todos tus cachivaches.

Andrei había formado parte de los servicios de inteligencia más avanzados del mundo, aunque de manera independiente, ya que era

un mercenario sin escrúpulos. Recientemente habíamos descubierto que era el hijo bastardo de mi madre, Natalia, quien lo tuvo fruto de una violación antes de que Alexei, nuestro hermano menor, naciera.

—Enviaremos al resto de hombres al lugar del convite —le informé—. En la entrada norte y a cubrir el perímetro exterior. No quiero que sea nada obvio. Infórmales de que quiero que parezca un refuerzo rutinario, nada llamativo.

—Entendido, pondré todo a funcionar —contestó—. ¿Qué sucede? —La curiosidad de Andrei era más que palpable, pero no iba a darle más información de la necesaria.

—Solo haz tu magia, *novyy* [1]—le ordené.

Colgué antes de que pudiera responder. Cada minuto que pasaba, la tensión en mi pecho crecía, pero lo escondí bajo una máscara de calma mientras salía del sótano. Nikolai me había enseñado que el control lo era todo, y ese día no iba a ser diferente.

La recepción estaba en su apogeo cuando llegué al salón principal. Las luces cálidas y la música tenue creaban una ilusión de seguridad que era irreal; caminábamos sobre el filo de una navaja. Mis hombres, camuflados entre los guardias de Nikolai, estaban en sus posiciones, listos para actuar ante el primer signo de amenaza.

Mi mirada se cruzó con brevedad con la de Alexei, quien charlaba con un diplomático extranjero, tal vez italiano, cerca de la barra libre. Su rostro tenía la misma expresión tranquila de siempre, pero pude percibir un ligero arqueo de su ceja derecha, casi imperceptible. Había aprendido a leer esos pequeños gestos; sabía que Alexei también percibía algo fuera de lugar. Asentí con sutileza,

indicándole que estaba en lo cierto, pero a pesar de ello, todo estaba bajo control.

Entonces lo vi. Uno de los camareros llamó mi atención. Este tenía una complexión robusta, más propia de un matón que de alguien que sirve champán. Sus movimientos eran demasiado calculados, y el sudor en su frente, aunque apenas perceptible, delataba la presión de la misión en la que estaba sumido. Una de sus manos se deslizó por el interior de su chaqueta y, por un instante, el tiempo pareció ralentizarse mientras lo seguía con la mirada, vigilando cada uno de sus gestos. Por un segundo que se me antojó eterno, mi mente calculó la distancia entre nosotros, el ángulo de su mano dentro de la chaqueta, y el tiempo que tardaría en desenvainar el arma. No había margen de error. Mis pasos apenas hicieron ruido cuando me abalancé sobre él, torciendo su brazo en un movimiento tan rápido que su intento de disparar quedó en eso, un simple e inútil intento.

—Ni se te ocurra —bisbiseé, haciendo énfasis en mi agarre. El arma cayó al suelo y le propiné un golpe, consiguiendo que desapareciese bajo el largo mantel que cubría la mesa más cercana a nosotros. Dos de mis hombres aparecieron para llevárselo de inmediato, sin hacer ruido, como si todo hubiese sido casual.

Desde mi posición busqué a Nikolai. Estaba sentado junto a su esposa, fijando su atención en ella. Por un instante, Nikolai no era el líder despiadado que conocía, sino un hombre que había encontrado algo que yo ni siquiera sabía si existía para alguien como nosotros: paz. Era una imagen que apenas recordaba haber encontrado en él, y algo en mi interior se revolvió al verlo de aquella manera. Ese

momento me recordó la distancia que se había formado entre él y el resto de nosotros, una que no sabía cómo acortar.

El resto de los hombres de los Orlov no tuvieron oportunidad alguna, ya que mis hombres los interceptaron antes de que pudieran siquiera llegar al salón, limpiando el desastre antes de alertar a nadie. Cuando todo terminó, tomé un trago de vodka en la barra, dejando que el líquido quemara la tensión que se había agolpado en mi garganta.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja Alexei, aún sospechando por la última mirada que nos habíamos profesado.

—Sí, todo bajo control —mentí, porque sabía que esto no era más que el principio.

Nikolai y Elena se levantaron para brindar, y el salón entero estalló en aplausos. Desde mi rincón, levanté mi copa hacia ellos. La amenaza había sido contenida, pero sabía que los Orlov no se detendrían aquí. Esto solo había sido un recordatorio de que, en nuestro mundo, incluso en los días más felices, la guerra siempre estaba al acecho.

2

Subí las escaleras que se dirigían hacia mi apartamento, dándome la impresión de ser más empinadas de lo habitual. A cada paso que daba, el peso de la noche parecía clavarse con mayor profundidad en mi espalda. Eran alrededor de las cinco de la mañana y sentía todo mi cuerpo dolorido debido a la tensión de todo el día. Encendí un cigarrillo cuando llegué al último piso, el que me llevaba a un precioso ático con vistas a la ciudad. El eco de la puerta al cerrarse resonó en el silencio de mi apartamento. El ruido metálico del cerrojo me recordó que, aunque estuviera en territorio que consideraba seguro, el peligro seguía acechando. Era como tener una alarma de incendios resonando una y otra vez en mi cabeza. Dejé la chaqueta sobre el respaldo del sofá de cuero negro y le di una larga calada al cigarro.

El lugar estaba en la más profunda oscuridad, apenas iluminado por las luces de la ciudad que se filtraban a través de los amplios ventanales. En otro momento, habría apreciado el espectáculo: las calles de Moscú, con sus contrastes entre lujo y decadencia, siempre me parecieron un reflejo de mi vida. Pero esa noche, todo me pareció opresivo, como si algo en el aire pesara más de lo habitual.

Me serví un trago de vodka y caminé hasta el ventanal, dejando que el frío cristal me contagiara, calmando mi mente. El éxito de la operación en la boda había relajado los nervios de Nikolai, pero los míos seguían retumbando sin intención de detenerse. Los Orlov no eran conocidos por aceptar derrotas con facilidad.

Estaba hecho polvo, llevaba días sin apenas dormir, centrado en ayudar a mis hermanos a encontrar la respuesta de por qué Elena era tan importante para los Orlov, y qué era lo que ella tenía que tanto les interesaba. Nikolai fue rápido, la tomó como esposa antes de que siquiera pudiese negarse. Tenía el control de toda la situación y eso significaba que cualquier agravio contra ella se dirigiría hacia nosotros de manera inmediata. Nadie osaría ponerle una mano encima, o al menos no sin esperar las consecuencias.

Cuando me giré para dejar el vaso en la mesa, lo vi. Una hoja de papel descansaba en el centro de la superficie, parecía haber sido colocada con una precisión casi provocadora, lo que me paralizó. Había algo en su simpleza que me gritaba peligro. Mi cuerpo se tensó al instante, de manera instintiva, y me llevé una mano a la pistola que siempre mantenía en la parte trasera de mi cintura.

Me acerqué despacio, midiendo cada paso, hasta que el borde de la mesa estuvo a mi alcance. Miré a mi alrededor, y entonces me percaté de que las cámaras de seguridad lucían apagadas, por lo que debían de haberlas manipulado justo antes de dejar la nota. Apreté las manos en puños y voceé. Mis dedos tomaron el papel con cuidado y mi mirada se clavó en las letras garabateadas. Dejé ir una risotada amarga. La caligrafía era inconfundible.

Un Romanov siempre acaba cayendo. Esta vez, te toca a ti, Viktor

—Lev Orlov —musité.

Mis labios se curvaron en una sonrisa ladina. Ese maldito hijo de puta. Hacía años que no sabía de él, pero su escritura, inclinada y algo descuidada, me había gritado su nombre antes de que siquiera

pudiese pensarlo. Era la misma que solía garabatear en mis cuadernos cuando no éramos más que unos críos.

Llevé la nota al cigarrillo que ahora reposaba en mi boca, prendiéndola en llamas. Salí al balcón y la alcé, permitiendo que se consumiera por completo. Sabía que estarían vigilándome, y poco me importaba. Ya habían entrado en mi casa, podrían hacer lo que les viniera en gana, o eso creían. Al entrar, me dejé caer en el sofá. La amenaza, aunque seria, no me pareció más que un eco del pasado. Lev y yo crecimos en mundos paralelos, separados por un abismo de sangre y rivalidad que nuestros padres alimentaron con odio. Sin embargo, en el colegio, la guerra entre los Romanov y los Orlov no significaba nada, sobre todo para esos dos niños que tenían más ganas de patear un balón que de manejar un maldito imperio. Jugábamos al fútbol en los recreos, compartíamos desayuno y bromas que jamás confesaríamos en casa.

Sin embargo, la adolescencia llegó con sus propios demonios. Una tarde, tras salir de clase, cuando estaba en uno de los callejones contiguos a la escuela, dos matones vinieron a por nosotros. No tendríamos más de trece años cuando ocurrió. Esos chavales querían robarnos el dinero que nuestros padres nos dieron sin siquiera saber las consecuencias de lo que hacían. Nosotros tampoco las sabíamos. Esa tarde cometimos nuestro primer asesinato, y aunque fue en defensa propia, nos manchamos las manos de sangre. Aún podía recordar el sabor metálico en mi boca, los gritos de pavor, el sonido de cada uno de los golpes, el nerviosismo con el que juramos que nunca nadie se enteraría del altercado.

Una noche, muerto por el remordimiento, se lo confesé a mi padre: Vasily Romanov, el más grande de los líderes de la *bratva*, el

ser más autoritario y despiadado que hubiese visto jamás. Alcé mi mano derecha, esa que siempre iba enfundada en un guante de piel negro, y dejé ir un bufido. Lev, en cambio, tomó el camino de la lealtad a su familia, el silencio, y yo opté por hacer lo mismo, fingiendo que nada de lo que ocurrió tras el ataque sucedió.

Cogí el ordenador portátil que guardaba en la mesa del escritorio de mi despacho. Nada más encenderlo, fui a la aplicación de las cámaras de seguridad. Porque sí, Lev había pensado que era muy listo, pero con lo que no contaba era que tuviese una cámara escondida de la que nadie conocía el paradero. Eché hacia atrás en el tiempo, hasta que llegué a las seis de la tarde, hora en la que aún estábamos en la celebración de la boda de Nikolai y Elena. Un calor fulgurante subió por mi pecho. Maldito hijo de puta. Ahí estaba, moviéndose por mi apartamento como si le perteneciera, tocando mis cosas, admirando mis paredes. Cada una de estas estaba adornada con piezas únicas de arte, un museo privado que pocos podían imaginar. Entre ellas colgaban lienzos con historias tan oscuras como fascinantes: obras robadas durante la Segunda Guerra Mundial, arrebatadas por los nazis a familias que jamás las recuperarían. Nikolai siempre decía que esos cuadros eran más valiosos por su historia que por el precio, pero para mí eran algo más. Cada pincelada representaba poder, legado y la capacidad de tomar lo que el resto del mundo consideraba inalcanzable. Aquí, en mi apartamento, esas obras servían como un recordatorio constante de lo que significaba ser un Romanov: reclamar lo que otros no podían conservar.

Recordé la nota, la manera en la que estaba escrita, esa fluidez y parsimonia. En las imágenes se veía a Lev dejándola sobre la mesa y

observándola como si se debatiese entre hacerlo o no. La amenaza era directa, casi personal, pero no podía ignorar el subtexto. Lev no solo me quería muerto; quería recordarme quién era y de dónde venía. Este no era un movimiento únicamente de los Orlov. Era suyo a título personal.

Me recosté, dejando que el peso de los recuerdos se acomodara junto al cansancio que sentía en mis músculos. Si Lev había hecho esto era porque quería algo, y estaba dispuesto a encontrarlo antes de que él pudiera dar el siguiente paso.

«¿De verdad quieres jugar, Lev?», pensé para mis adentros. Tal vez había llegado el momento de recordarle a Lev que, aunque compartimos un pasado, solo uno de nosotros había nacido para sobrevivir al presente.

3

La tensión me estaba devorando vivo. Había pasado demasiados días con los hombros encogidos, los puños apretados por la rabia y el cerebro a punto de estallar. Esa noche, mientras el resto del mundo continuaba con su miserable rutina, yo decidí hacer lo único que sabía que podía darme un respiro: perderme en el caos más exquisito que Moscú podía ofrecer. Una fiesta en Elysium, el club más selecto del país.

Antes de entrar, le di una última calada y lancé mi cigarrillo lejos, justo cuando la brasa casi me quemaba los dedos. El humo se disipó con lentitud en la helada noche moscovita, pero el ardor en mi interior seguía allí. Elysium era más que un club; era un santuario para los que vivíamos al filo de la moral y el exceso. El edificio, una obra maestra de arquitectura moderna, se alzaba en mitad de la ciudad, como un monolito oscuro, con la fachada de vidrio tintado reflejando las luces de Moscú. La entrada principal estaba flanqueada por dos columnas altas talladas con intrincados patrones que parecían moverse bajo las luces parpadeantes, como si el lugar respirara un aura propia.

La iluminación exterior, un juego de neones carmesí y púrpura, bañaba la fachada con una intensidad casi hipnótica, proyectando sombras que parecían bailar al ritmo de la música que se filtraba desde su interior. Dos guardias, vestidos de manera impecable, vigilaban la entrada con una presencia imponente. No había largas filas ni tumultos; Elysium no era un lugar para cualquiera. Era un

club donde el dinero, el poder y la influencia eran la única forma de entrada, y todos lo sabían. Los coches de lujo llegaban uno tras otro, dejando a sus pasajeros, hombres y mujeres, vestidos con una elegancia que rozaba la ostentación, pero todos ellos enmascarados, en un anonimato calculado. Al cruzar las puertas, el interior era como un mundo distinto. La recepción principal era un espacio oscuro e imponente, iluminado por suaves haces de luz que caían como cascadas desde el techo. En el suelo, el mármol negro brillante reflejaba las luces como espejo líquido, mientras las paredes estaban cubiertas de paneles de cristal oscuro que revelaban destellos en movimiento detrás de ellos, como si el club ocultara secretos con cada uno de sus rincones, y en cierto modo, así era. Elysium no solo era un local normal; era un reino donde el placer, la decadencia y el poder se mezclaban en un equilibrio precario.

Nada más traspasar el umbral, la música me golpeó con fuerza. Un ritmo electrónico y primitivo retumbaba en las paredes, haciendo vibrar hasta mis huesos. Hombres y mujeres bailaban en la pista principal bajo un espectáculo de luces que parecía diseñado para desorientar y excitar a pates iguales. Pero no era allí donde yo quería estar.

En Elysium existía un lugar aún más exclusivo, uno donde solo la gente con cierto poder podía acceder. El guardia de seguridad, un tipo grande y serio que nos conocía bien a los Romanov, me hizo un leve gesto con la mirada desde el fondo de la sala. La verdadera fiesta estaba al otro lado de las puertas que él custodiaba. Me acerqué sin prisa, disfrutando de cómo algunos invitados me reconocían al pasar, con la mirada llena de curiosidad y miedo. Saludé al segurata con un leve movimiento de cabeza, y él, sin una

palabra, me tendió una máscara negra poligonal en forma de Anubis.

Sonreí de medio lado. No podría haber sido más acertado: el dios de la muerte en el antiguo Egipto. Era un recordatorio de lo que era capaz de hacer: guiar el caos o devorar a cualquiera que se interpusiera en mi camino. Me la coloqué con un movimiento fluido y, sin dudar un segundo, empujé las puertas, entrando en Aether. Esta no solo era una sala; era un refugio para los que buscábamos escapar de todo, incluso de nosotros mismos. Pero en su interior, la línea del placer y la destrucción siempre estaba a punto de romperse.

Lo que vi me dejó sin aliento, una vez más. Como siempre, aquello no era una simple fiesta; era un espectáculo desbocado, un carnaval de lujuria y exceso. Decenas de personas bailaban al ritmo frenético de la música, restregando sus cuerpos sudorosos como si no pudieran evitarlo. Mientras, a lo largo y ancho de toda la sala, decenas de parejas se follaban sin pudor alguno, mientras sus gemidos se mezclaban con la música. Algunas mujeres, desnudas, reían mientras sus amantes las devoraban con ansias, como si quisieran recoger cada resquicio de su esencia, sin importarles quien los mirase.

Avancé entre la multitud, ignorando el calor que subía por mi piel, hasta que la vi. Allí estaba ella. La mujer del vestido rojo. Estaba enfundada en un ceñido traje de látex que parecía haber sido moldeado directamente sobre su piel, dejando cada curva de su menudo cuerpo expuesta de la forma más obscena posible. La máscara que cubría la parte superior de su rostro dejaba libres sus labios carmesí, perfectos, sensuales, y en ese momento supe que no

podría apartar la vista de ella en lo que quedaba de noche. Quería tomarla, follarle sobre la grandiosa mesa de roble que había en el centro de la sala, y correrme en ella hasta que suplicase que volviese a hacerlo. Se movía con la gracia felina de alguien que sabía que cada mirada estaba sobre ella, y que disfrutaba de ese poder.

Nuestros ojos se encontraron a través de la multitud y, durante un instante, el tiempo pareció detenerse. Sus labios se curvaron en una sonrisa cargada de desafío, como si supera con exactitud lo que estaba pensando. Entonces, comenzó a caminar, lenta, deliberada, observándome con detenimiento, hasta que desapareció entre la multitud.

Pero no, no estaba huyendo. Me estaba retando.

Mi miembro se endureció al instante, provocando que incluso la tirantez de la bragueta me doliese. Mis pasos la siguieron, atravesando un mar de cuerpos jadeantes y susurros cargados de deseo. Decenas de manos me tocaron, deseando que les proporcionase un placer que ya tenía dueña. En cada rincón había escenas que harían enrojecer a cualquiera con un mínimo de pudor, pero yo ya no venía a nada más que a por ella.

La busqué con desesperación, como si el calor que me abrasaba fuera una droga que solo ella podía calmar. Cada mirada con la que me cruzaba me parecía insignificante, cada roce era un desperdicio. Solo tenía un objetivo. Al final, la encontré apoyada en uno de los reservados, pero con las cortinas abiertas, apoyada contra la pared y con sus labios rojos curvados en forma de sonrisa peligrosa.

—¿Vienes a jugar? —susurró, acercando su boca a mi oído, cargada de promesas inconfesables.

No respondí. Me acerqué a ella y, en un rápido movimiento, la empujé contra la pared, atrapando su cuerpo contra el mío. La tomé por el cuello. Su risa baja y ronca vibró contra mi pecho. No ofreció resistencia, sino que refregó su cuerpo contra el mío, provocándome. En cambio, sus manos subieron por mi camisa, rozando mi piel con una familiaridad insolente.

Nuestros labios se encontraron en un choque brutal, húmedo y hambriento. Su boca sabía a peligro, deseo y a fresa, y no estaba dispuesto a detenerme, y mucho menos a amedrentarme. Sus uñas se clavaron en mi nuca mientras no dejaba de devorarla, hasta que un gemido se le escapó, incentivándome a no detenerme.

Clavé mis dedos en su cintura, sujetándola con fuerza, consiguiendo que un quejido se escapase de su interior y muriese en mi boca. Sus manos se deslizaron despacio por mi cuerpo, hasta que llegaron a mi endurecido paquete. Mordí su labio inferior, tirando de él con saña, mientras ella bajaba la cremallera de mi pantalón.

—¿Esto era lo que querías, *tigrítsa*[2]?

Esta asintió con una sonrisa ladina que provocó que mi polla palpitase. Se pasó la lengua por los labios y, sin previo aviso, se arrodilló frente a mí, con una mirada que prometía llevarme al borde de la locura. Con un movimiento lento y deliberado, deslizó sus labios sobre mi miembro, como si saboreara el mejor de los manjares.

El calor y la presión con la que me devoraba eran devastadores, tanto que no dudé en enredar mis dedos en su cabello, tirando de él con fuerza para conseguir un mejor acceso.

La mujer dejó de moverse, ofreciéndome el control que tanto deseaba. Mis acometidas se volvieron cada vez más duras y

profundas, provocando que alguna arcada subiese a su garganta. Dios, estaba a punto de estallar en mil pedazos. Me detuve durante unos segundos, sintiéndome al límite, y fue entonces cuando esta paseó su lengua por la punta de mi miembro, llevándose consigo mi esencia. Un gruñido gutural salió de mi interior, mientras ella me devoraba con la maestría de alguien que sabía con exactitud cómo controlar a un hombre.

Aquella noche no buscaba control. Solo quería perderme.

Y lo estaba logrando.

4

La mujer del vestido rojo seguía arrodillada frente a mí, completamente entregada a su labor, como si el resto del mundo hubiese dejado de existir. Sus labios cálidos y húmedos me arrancaban gruñidos guturales que no era capaz de contener, mientras su lengua se movía con una precisión devastadora.

Sonreí ladino, sin apartar la vista de ella. Esto era lo que necesitaba, una buena mamada que me dejase seco, sin toda esa tensión que tanto había soportado. No sabía quién se escondía detrás de aquella máscara, pero después de lo que estaba haciendo, le pediría que se casase conmigo con tal de tenerle de rodillas todo el día.

—Sigue, *tigrítsa* —le ordené en el momento en el que alzó su mirada, fijándola en la mía, y se apartó de mi endurecido miembro.

Sentí que iba a explotar.

—¿O qué, Anubis? —me retó, seductora.

—Te follaré hasta que pidas clemencia —bisbiseé, bajando lo suficiente como para acercarme a su oído.

Enterré mi mano en su cabello oscuro, tomándola con una rudeza que consiguió arrancarle un quejido pero que la hizo sonreír. Sin dudarlo un instante, metí mi miembro en su boca. Entré y salí, estocada tras estocada, sintiendo como todo mi cuerpo se tensaba del maldito placer que estaba provocándome.

—Joder —mascullé.

Sus manos se aferraron a mis muslos, marcándome con las uñas, como si quisiera asegurarse de que no pudiera escapar, aunque eso era lo último que deseaba en ese momento. Estaba a punto de correrme en su boca, pero como si estuviese ido por completo, la tomé por la cintura, alzándola con facilidad y pegando su cuerpo al mío, con una mezcla de urgencia y posesión que no intenté ocultar. Su respiración se entremezclaba con la mía, y su risa baja, ronca, era el único sonido que podía escuchar ente la música y el murmullo de Aether.

La giré en un rápido movimiento y la empujé contra la pared, atrapándola entre mis manos mientras mis labios devoraban los suyos con una brutalidad sobrenatural. Sus manos volaron contra mi pecho, rompiendo la camisa que llevaba y, a pesar de que era carísima, no podía pensar en nada más que no fuese en perderme en ella. Tiré con saña de su labio inferior, robándole un gemido que me supo a gloria.

Pero entonces, en un gesto automático, esta levantó una mano para apartar un mechón rebelde de su cabello azabache. Fue un movimiento descuidado, casi inocente, pero suficiente como para que la máscara, mal ajustada por nuestra intensidad, se deslizara, cayendo al suelo con un golpe sordo.

El impacto fue inmediato.

Mis labios se detuvieron a centímetros de los suyos, la respiración pareció congelárseme en el aire. Mi mirada bajó de manera instintiva hacia el rostro de mi *tigrítsa*, ahora descubierto. El mundo dejó de girar mientras mis ojos se clavaban en los de ella, expuestos. No tenía ni idea de quién era yo, pero yo la conocía demasiado bien. Mi mandíbula se tensó, y el aire pesaba en mis pulmones.

No podía ser.

Retrocedí un paso, incapaz de apartar la vista de ella. Mi pecho subía y bajaba con fuerza, tratando de procesar lo que estaba viendo. Esta frunció el ceño, su confusión fue más que evidente, sin entender mi reacción. No tenía ni idea de quién era yo. Y eso, de alguna manera, lo empeoraba todo aún más.

—¿Qué pasa? —cuestionó, llevándose de manera instintiva una mano al rosto desnudo, sin percatarse aún de la magnitud del momento.

Mi mandíbula se tensó, y el deseo que había estado a punto de consumirnos se transformó en una tormenta de emociones que no quise enfrentar. No podía apartar la vista de ella. Cada maldito rasgo me era familiar, demasiado. Era como si el pasado hubiera irrumpido sin avisar, mezclándose con el presente, en el peor de los momentos. Una parte de mí deseaba desangrarla hasta ver caer la última gota; pero otra, necesitaba correrse dentro de ella. El caos en mi interior se volvió demasiado fuerte, tanto que la aparté con brusquedad, y me giré para recoger mi chaqueta.

—Esto… se acabó. —Mi voz sonó áspera, cortante y ronca, mientras trataba de mantener el control.

Ella no dijo nada, pero sus ojos me siguieron con una mezcla de desconcierto y frustración. Mi corazón latía con violencia mientras atravesaba Aether. A mi alrededor, el desenfreno continuaba como si no hubiera pasado nada, como si el caos no hubiera encontrado una grieta en mi armadura. Me deshice de la máscara de Anubis, lanzándola sobre la mesa, sin detenerme. No podía quedarme un segundo más. Si lo hacía, me arriesgaba a perder el control por completo, y eso era algo que no podía permitirme. No aquí, no con

ella. Necesitaba salir de allí antes de que mi mente comenzara a cuestionarse lo que había visto. Salí de Aether antes de que pudiera detenerme, recordando su hermoso rostro y la imposibilidad de que estuviera en un lugar como aquel.

El aire frío me golpeó con fuerza cuando crucé las puertas de Elysium. Inspiré hondo, intentando calmar la tormenta que se regía en mí, pero la imagen de cara continuaba grabada en mi mente. Encendí un cigarrillo. Las manos me temblaban y no supe si era por la rabia, el deseo o el desconcierto que ahora ardía en mi pecho.

¿Qué demonios estaba haciendo aquí?

Cuando subí a la moto, el teléfono vibró en el bolsillo de mi chaqueta. Lo saqué de mala gana, irritado por la interrupción. La pantalla me mostró un nombre que siempre avisaba de problemas: Andrei.

—¿Qué cojones quieres? —gruñí al contestar, dejando mi frustración tomase el control.

—Eh, baja dos tonos —respondió este—. Relájate, Viktor. —Su voz fue tranquila, pero ya lo conocía demasiado bien como para no captar la seriedad detrás de sus palabras—. Tenemos a uno de los hombres que estaba en la boda.

Mi cuerpo se tensó de inmediato.

—¿Dónde? —inquirí.

—Cerca de la casa de Nikolai —me informó—. Continuaba vigilando.

—¿Cómo lo habéis encontrado?

Andrei suspiró al otro lado del teléfono. Podía escucharlo caminar de un lado a otro.

—No ha sido muy complicado, la verdad —comentó—. Las cámaras térmicas han captado su calor corporal.

—Hay que ser inútil —mascullé sin ganas.

Negué con la cabeza. Al final, los hombres de los Orlov no eran tan espabilados como pensaban, o al menos no conocían las novedades tecnológicas con las que contábamos gracias a Andrei.

—Ahora lo tenemos, y vamos a interrogarlo —me explicó sin muchas ganas—. ¿Vienes o prefieres seguir desaparecido en a saber dónde?

—Estoy de camino.

Colgué antes de que siquiera pudiese añadir nada más, y arranqué la moto con un rugido que rompió el silencio de la noche.

El viento helado golpeó mi rostro mientras aceleraba por las calles desiertas, pero ni así pude disipar el torbellino que aún llevaba dentro. Primero ella, y ahora esto. La noche no estaba ni siquiera cerca de terminar, y algo me decía que cuando lo hiciera, no habría respuestas fáciles, sino más caos con el que lidiar.

5

El rugido de la moto resonaba en mis oídos, pero el caos de mi cabeza era tan fuerte que apenas escuchaba nada. El viento frío de Moscú golpeaba mi rostro, intentando despejarme, pero no había forma de sacarme de encima el desconcierto que me consumía desde que salí de Aether.

No había vuelto a mirar atrás. No quería pensar en su rostro, ni en la posibilidad de que ella estuviera allí. Pero cuanto más trataba de ignorarlo, más se colaba en cada rincón de mi mente. No podía ser ella, y mucho menos estando en la guerra en la que nos encontrábamos. Era absurdo.

El motor resonó con fuerza al llegar al almacén en el que me esperaba Andrei. Al detener la moto, el silencio fue casi ensordecedor, tanto que se me hizo incluso extraño. Me quité el casco y lo dejé sobre el manillar antes de entrar. Saqué un cigarrillo y me lo llevé a la boca, encendiéndolo, sintiendo como los nervios me corroían con una lentitud desquiciante. Le di dos largas caladas y me adentré en el lugar. El aire era denso, cargado de un olor a humedad mezclado con sangre y algo más que no supe reconocer. Repugnante.

—Llegas tarde —anunció Andrei desde las sombras. Estaba apoyado contra una columna, con los brazos cruzados, observando al hombre atado en una silla frente a nosotros.

Alexei estaba colocando una mantilla sobre la mesa, en silencio. Siempre fue un chico de pocas palabras, pero llevaba un tiempo en

el que eso se intensificó.

El prisionero era un tipo grande, de al menos dos metros y ciento veinte quilos de envergadura. Su rostro estaba lleno de magulladuras y sangre, supuse que por la paliza que le habrían propinado mis hermanos. Tenía el cabello revuelto y una enorme cicatriz que cruzaba su mejilla derecha. Sonreí de medio lado, se parecía a la mía, solo que yo la tenía sobre el ojo derecho. Su camisa estaba empapada de sudor y sangre pegada a su piel como si de una segunda capa se tratase. Sus ojos me buscaron al instante, mostrando un pánico absoluto mezclado con una rabia contenida que me divirtió.

—¿Es uno de los de la boda? —pregunté, sin apartar la vista de él mientras me quitaba la chaqueta y la dejaba caer sobre la mesa donde trabajaba Alexei.

—Sí. Lo encontramos rondando la casa de Nikolai —me informó—. Estaba vigilando a Elena, debe llevar varios días por la zona, intentando ser discreto, pero ya sabes cómo son los Orlov. Siempre creen que son los más listos de lo que realmente son. —Andrei dio un paso adelante, esbozando una mueca sádica en sus labios—. Ha sido difícil de convencer, pero creo que no tardará demasiado en hablar.

Me acerqué al hombre, inclinándome lo suficiente como para que pudiese sentir mi presencia.

—Dime, ¿qué hacías tan cerca de casa de mi hermano? —pregunté, observando con fijeza cada detalle de su rostro, desde el sudor que perlaba sobre su frente hasta el tic nervioso de su mandíbula.

El hombre no respondió de inmediato. Sus labios estaban apretados en una línea tensa, y sus ojos buscaban cualquier rincón fuera de mi alcance. Sentí orgullo al ver su reacción, así que lo cogí por el cuello y le obligué a fijar su mirada en la mía.

Andrei soltó una risa seca.

—Vamos, Viktor —musitó—. Creo que los Orlov necesitan que seamos un poquito más persuasivos. No es más que un perro.

Saqué la navaja que siempre portaba conmigo, la giré sobre mis dedos mientras no dejaba de observar al hombre que, frente a mí, ya temblaba.

—Tienes una sola oportunidad de hacer que esto sea más sencillo. —Me incliné un poco más, dejando mi rostro a centímetros del suyo—. O te lo pondré más que difícil.

El hombre jadeó, moviéndose en la silla, como si buscara, de manera inútil, una forma de liberarse. Su respiración se volvió errática, sus ojos buscaban de manera frenética alguna salida, pero no había más que una y éramos tres hombres contra uno. Tomé una de sus manos con firmeza, a pesar de que intentó quitármela, observando cómo temblaba. Sus dedos eran gruesos y agrietados, lo más probable es que estuviese acostumbrado a hacer el trabajo sucio, pero ahora, en mi control, parecían de lo más frágiles.

—¿Sabes lo que más odio de los tipos de tu puta calaña? —bisbiseé, mientras giraba el cuchillo entre mis dedos, dejando que el filo brillara bajo la tenue luz del almacén—. La falta de imaginación que tenéis los Orlov.

Sin esperar respuesta alguna, hundí la punta del cuchillo bajo una de sus uñas, empujando con lentitud mientras su cuerpo se tensaba y un grito desgarrador rasgaba su garganta, llenando el espacio. La

sangre comenzó a gotear mientras no dejaba de girar el cuchillo con precisión, arrancándole una reacción que no era solo de dolor físico; era puro terror.

—Vamos, tú puedes aguantar más que esto. —Mi tono fue casi divertido, como si estuviéramos hablando de algo trivial. Retiré el cuchillo, ahora manchado de su sangre, y observé su rostro empapado en sudor. Sus labios temblaban, como si las palabras quisieran salir pero su orgullo las detuviera.

Andrei soltó una carcajada baja entre las sombras que provocó que la mía se ensanchase aún más.

—Viktor, creo que quiere más.

Ignoré su cometario y me concentré en el prisionero, quien me observaba con los ojos enrojecidos. Me incliné más cerca, dejando que el filo del cuchillo rozara su cuello, lo suficiente para que sintiera cómo la sangre empezaba a deslizarse por sus clavículas.

—Hablemos claro —mascullé—. ¿Qué prefieres perder primero? —Sonreí como un auténtico demente, disfrutando de ver el pánico dibujado en su rostro—. ¿Otro dedo? ¿Tal vez una oreja? —comenté, llevándome la navaja a la mía—. ¿O lo que queda de tu miserable vida?

El hombre jadeó de nuevo, dejando caer su cabeza hacia adelante, mientras las lágrimas bañaban su rostro. Todo su cuerpo temblaba, y pude ver cómo su resolución se desmoronaba. Sabía que tenía poco tiempo antes de que su mente se quebrase por completo, por lo que lo machacaría hasta que suplicase una clemencia que no pensaba tener.

—Creo que tengo que mejorar mi persuasión, ¿no crees, Alexei? —le cuestioné a mi hermano, quien giró sobre sus talones para

observarnos.

—Tal vez esto pueda ayudarte —anunció al mismo tiempo que me tendía la herramienta perfecta para seccionar los dedos de nuestro acompañante.

—¡Oh, perfecto! —exclamé casi eufórico, sobrereaccionando—. Vamos a pasárnoslo bien.

Antes de que el hombre pudiese decir nada más, coloqué uno de sus dedos y apreté con fuerza hasta que pude escuchar como un crujido seco, proveniente de sus huesos, resonaba en la estancia, precedido de un fuerte alarido de pánico absoluto.

—¿No te ha gustado? —cuestioné, haciéndome el ofendido—. Puedo probar con el siguiente si quieres. —Una sonrisa maligna se dibujó en mis labios—. Pito pito, gorgorito, dónde vas tú, tan bonito… —canturreé, pasando la navaja de un lado a otro, pinchando cada uno de sus dedos—. Tú te vas y tú te que-das —terminé, colocando los alicates alrededor de su índice—. Vaya, vamos a tener que decirle adiós a este pequeñín.

Coloqué la herramienta alrededor de su dedo y, cuando estaba a punto de apretar, el hombre jadeó.

—¡Está bien! —espetó con la voz estrangulada—. Te lo diré.

Me enderecé, cruzándome de brazos mientras aguardaba a que soltase toda la información que necesitábamos. Sus ojos se clavaron en mí, enrojecidos por la rabia y las amargas lágrimas que se habían agolpado en ellos minutos atrás.

—Elena es el objetivo.

—Dime algo que no sepa.

—Ella… —empezó a decir—. Ella conoce secretos, cosas que los Romanov han escondido durante años —continuó—. Vadim cree que

sabe algo importante que podría derrocaros.

Elena. Por supuesto que se trataba de ella. Nikolai trajo un problema directo a nuestra puerta al casarse con esa mujer. Lo que no sabía era que estaba atrapada en él, como un ratón en una jaula llena de fieras. ¿Qué demonios podía saber ella que estuviera relacionado con los secretos más oscuros de mi familia? Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya. El hombre continuó hablando, pero apenas podía prestarle atención. Necesitaba saber qué demonios conocía Elena sobre nuestro pasado y, lo que era más importante, asegurarme de que jamás contaría nada a nadie.

—Sé conciso —le ordenó Alexei.

—Dicen… dicen que fue su madre quien lo sabía, y que ella lo heredó como si de una maldición se tratase.

Su madre. Las palabras resonaron en mi cabeza, pero antes de que pudiera procesarlas, Andrei dio un paso adelante, colocándose a mi lado.

—¿Eso es todo lo que sabes? —inquirió, con un tono que sonó más peligroso que pacificador.

El prisionero asintió en repetidas ocasiones, con vehemencia. El terror absoluto tomó el control de su gesto, mientras la sangre no dejaba de descender por su rostro y manos.

—Eso es todo, lo juro —añadió suplicante—. Solo me dijeron que vigilara. No soy nadie importante. Yo… solo hago lo que me ordenan —aseguró.

Andrei me miró, alzando una ceja. Ambos sabíamos lo que venía después. No podíamos permitirnos dejar cabos sueltos, y mucho menos siendo un hombre como él. Me acerqué al hombre, aún con

la navaja en la mano, viendo como la desesperación se reflejaba en sus ojos.

—Por favor, yo solo…

La súplica en su voz era casi patética, pero no podía permitirme dudar. Aquí, la compasión era un lujo que no tenía cabida. Su respiración se volvió agitada, incluso errática, sollozando, como si de un crío asustado se tratara. Pero allí no estábamos para tener compasión, sino para cumplir con nuestro cometido. No le di tiempo a terminar. El filo del cuchillo encontró su garganta con un movimiento rápido y certero. Su cuerpo se quedó inmóvil por un instante, antes de desplomarse hacia adelante, mientras la sangre goteaba contra el suelo, salpicando mis zapatillas.

Andrei observó en silencio, limpiándose las manos llenas del líquido con un pañuelo.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Alexei, rompiendo el silencio, quien se había mantenido al margen durante toda la actuación.

Miré el cuerpo durante unos segundos. Odiaba a esa maldita escoria y pensaba terminar con todos ellos.

—Descubrir qué demonios sabía la madre de Elena y si Nikolai está enterado de algo.

Si la madre de Elena supo algo que pudiera destruirnos, lo averiguaría. Y si Nikolai me lo había ocultado… también rendiría cuentas con él.

6

El silencio reinaba en la mansión Romanov. Era casi opresivo, tanto que me costó respirar al encontrarme con los retratos de mis antepasados, el de mi propio padre y ahora el de Nikolai. Las paredes estaban decoradas con los majestuosos cuadros de la *bratva*, todos y cada uno de ellos habían sido alguien importante para nuestra familia. El retrato de nuestro padre, Vasily Romanov, dominaba el pasillo con su presencia imponente. Sus ojos, pintados con un brillo casi perverso, parecían querer seguirme mientras caminaba hacia mi destino. Nikolai ahora ocupaba un lugar en esa galería de sombras, pero por primera vez, me pregunté si llegaría a estar a la altura de ese legado o si terminaría enterrándonos con él. Recorrí el largo pasillo hacia el despacho de mi hermano. Había algo en ese lugar que siempre me recordaba la carga que suponía ser un Romanov, el peso de los secretos que protegíamos y los pecados que arrastrábamos en nuestra sangre.

Nikolai estaba sentado tras su enorme escritorio de caoba, con los codos apoyados y las manos entrelazadas bajo el mentón. Cuando entré, alzó la vista de unos documentos. Su expresión fue tan imperturbable como siempre. «El rey en su trono», pensé. Pero había algo en sus ojos, un destello de agotamiento o quizá de frustración que hacía demasiado que no veía.

—¿Qué pasa, Viktor? —preguntó con tono frío.

Me acerqué, dejando caer mi chaqueta sobre una de las sillas frente a él, sin intención de sentarme. No vine para una charla

cordial, sino para buscar respuestas.

—Hemos atrapado a uno de los hombres que estaba en la boda —le informé sin rodeos—. Lo encontramos cerca de aquí, vigilando.

Este no reaccionó de inmediato. Su mirada permaneció fija en mí, como si evaluara cuánto sabía y cuánto debía decirme.

—¿Y? —inquirió al final, como si lo que le acababa de decir no le hubiese tomado por sorpresa.

—¿Y? —repetí con incredulidad—. Ese bastardo merodeaba alrededor de Elena. ¿De verdad piensas actuar como si no fuera un problema? —cuestioné—. Porque te recuerdo que eres tú quien se ha casado con esa mujer y quien la ha metido en esta casa.

Nikolai dejó escapar un largo suspiro y se reclinó en su butacón, llevándose una mano a la sien, como si le doliese la cabeza.

—Sé manejarlo, Viktor —aseguró—. No necesito que vengas aquí a darme lecciones de ningún tipo.

—¿Sabes manejarlo? —Solté una sonora carcajada—. ¿Cómo vas a manejarlo cuando ni siquiera sabes qué buscan? —añadí rabioso—. El tipo habló antes de morir, mencionó algo sobre secretos —continué—, algo que la madre de Elena sabía. ¿Qué cojones significa eso, Nikolai? ¿Por eso la has traído? —cuestioné.

Por primera vez, Nikolai desvió la mirada. Su mandíbula se tensó, y en un silencio incómodo bufó. Era una reacción que no veía en él desde hacía años. El hombre que siempre tenía respuesta para todo, el líder indiscutible de los Romanov, ahora parecía evitar algo.

—No es asunto tuyo, Viktor —sentenció, con una frialdad que no dejaba lugar para discutir, pero poco me importó.

—¿No es asunto mío? —rebatí, dando un paso hacia él—. Todo lo que tiene que ver con nuestra familia es asunto mío, y Elena ahora es una de nosotros —anuncié—. Si sabes algo que pueda ponernos en peligro, merecemos saberlo.

Nikolai se levantó de su silla, enfrentándome con la misma intensidad que utilicé yo.

—Estoy trabajando en ello —confesó—. Es todo lo que necesitas saber. Elena no sabe nada y no pienso arrastrarla a toda esta mierda.

Antes de que pudiera responder, la puerta del despacho se abrió y Andrei apareció con la misma calma insolente de siempre, sin molestarse en llamar. Se apoyó en el marco, cruzando los brazos, y con una ceja alzada, para, segundos después, dejar ir un suspiro teatral.

—Vaya, vaya… —dijo, recorriendo la escena con la mirada, como si evaluase una obra de teatro mediocre—. ¿Interrumpo algo? Porque el aire aquí está tan cargado que podría cortarlo con un cuchillo. —Sonrió de medio lado, claramente disfrutando de la tensión que llenaba la habitación—. Aunque, la verdad, creí que Nikolai tenía mejores maneras de recibir visitas. ¿O solo trata así a sus hermanos favoritos?

—¿Qué cojones quieres?

—Eh, calma, calma. —Alzó las manos en son de paz.

El mayor de nosotros le dedicó una mirada irritada a Andrei para, segundos después, rebufar como un toro cabreado.

—¿Has venido a aportar algo útil o solo a hacer comentarios de mierda? —inquirió con frialdad, denotando un visible cansancio.

—¿Quieres un cigarro o tal vez necesitas un buen polvo? —comentó el rubio.

Dejó ir un fuerte gruñido que resonó por toda la habitación, indicándole que lo mejor era que cerrase el pico.

—Nikolai nos oculta algo —anuncié, ignorando todo lo que acababan de decir.

Este chasqueó la lengua, restándole importancia y, por alguna razón, supuse que él sabía más de lo que decía.

—Viktor, basta —me advirtió el mayor de nosotros.

—Eso es, tranquilízate —me instó.

—¿Estás de su lado ahora? —gruñí, girándome hacia él, frunciendo el ceño.

—Estoy del lado de la familia, como siempre desde que llegué. —Andrei se acercó, dirigiendo su mirada hacia Nikolai—. Pero esto no puede mantenerse en secreto para siempre. Nikolai, si hay algo que debamos saber, es mejor que lo digas ahora

Este pasó una mano por su cabello, irritado, al borde del colapso. Durante unos segundos, el silencio volvió a llenar la sala, hasta que, al final, habló.

—No hay nada que decir —anunció—. Estoy investigando, eso es todo. —Miró a Andrei, ignorándome por completo—. Cuando tenga algo concreto, os lo haré saber.

Andrei asintió, como si aceptara la respuesta, pero sus ojos me buscaron de inmediato, enviándome un mensaje silencioso: ten paciencia.

Respiré hondo, tratando de calmar la rabia que hervía en mi pecho como una vorágine a punto de estallar. Todo en mí quería seguir presionándole, obligarle a hablar, pero sabía que no serviría

de nada. Él era el líder indiscutible, y su palabra siempre era la última.

—Espero que tengas razón, Nikolai —sentencié—. Porque si algo le pasa a Elena por tus secretos, el único culpable serás tú.

No esperé respuesta alguna. Tomé mi chaqueta y salí del despacho, dejando a mis hermanos atrás. Mientras cruzaba el pasillo, apreté los puños hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Cada fibra de mi ser quería volver, agarrar a Nikolai por el cuello y obligarle a hablar. Pero sabía que no funcionaría. Él siempre creía saber más que el resto. El problema era que, esta vez, si estaba equivocado, no solo su vida estaba en juego; todos íbamos a pagar las consecuencias.

7

El sonido metálico de las monedas y el de los billetes siendo colocados en la bolsa deportiva de cuero negra resonaban en la estancia. La recogida de dinero era un ritual tan común en nuestro mundo como lo era respirar, pero aquel día algo no cuadraba. Desde el momento en el que crucé las puertas de aquel almacén destartalado a las afueras de Moscú, el ambiente me pareció extraño, cargado de una tensión que podía percibir en cada uno de los rincones del lugar.

Mis hombres vigilaban, atentos a cualquier movimiento sospechoso de Petrov y sus empleados. Nos debía dinero de un gran préstamo que le había sido concedido años atrás para adquirir la empresa familiar, ya que hubo una gran disputa entre sus hermanos y él, lo que provocó una absoluta guerra. Cada tres meses veníamos a por el pago y sus correspondientes intereses, obvio, pero aquel día todo parecía distinto. Mi intuición me decía que algo iba mal. Era una sensación en las entrañas, una alarma interna que había aprendido a ignorar a lo largo de los años. Me crucé de brazos, observando cómo el encargado colocaba los fajos de dinero en la maleta con movimientos demasiado lentos, como si estuviese ganando tiempo.

—¿Tienes algún problema? —inquirí con frialdad.

El hombre alzó la vista con rapidez y pude ver cómo el pánico reinaba en estos, a pesar de que solo intentaba ocultarlo.

—No, señor Romanov, todo está en orden —respondió, tras tragar saliva, mientras se apresuraba a cerrar la maleta.

Di un paso hacia él, inclinándome lo suficiente como para que pudiese sentir mi presencia más cerca, intimidándole.

—Pues no lo parece.

—Movimiento. —Escuché que me advertía uno de mis hombres por el pinganillo.

El silencio que siguió al aviso del pinganillo fue ensordecedor. Parecía que hasta el aire había decidido contener la respiración. Cada segundo se estiraba como si de una cuerda a punto de romperse se tratase. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que creí que mis muelas saltarían por los aires en cualquier momento. Antes de que pudiera decir algo más, el sonido de unos neumáticos chirriando contra el asfalto llegó desde el exterior. Mis hombres se tensaron de inmediato, ocupando sus posiciones y sacando sus armas. Hice lo mismo, sintiendo como la adrenalina me recorría de pies a cabeza.

—Quedaos con el dinero —ordené a dos de mis chicos, mientras apuntaba con mi pistola hacia la entrada—. Nadie entra ni sale.

Los segundos se me antojaron eternos mientras nos preparábamos para lo inevitable, y entonces, todo explotó. Las puertas del almacén se abrieron de golpe y un grupo de hombres armados entró, disparando sin previo aviso. Me cubrí detrás de unas taquillas, devolviendo los disparos con precisión. Golpeé con fuerza el armario metálico, me iba a cagar en la puta madre que me parió.

Todo era un caos. El sonido de las balas rebotando contra el metal y los gritos llenaban el aire, pero en mi mente solo había una certeza: esto no era un ataque cualquiera, ni espontáneo, era una jodida trampa y tenía nombre y apellidos.

El cabrón siempre buscaba joderme como si nuestra rivalidad no pudiera morir nunca. Había crecido viéndolo como un igual, pero ahora no éramos más que enemigos en lados opuestos de una guerra que no parecía tener fin. Lev. Era su estilo, tan directo y agresivo como siempre lo había sido, con la clara intención de dar un mensaje: *estás jodido, Romanov.* No era solo un ataque más.

Me asomé, encontrándome tres hombres en el suelo, dos de ellos enemigos y uno de los nuestros. Dos mujeres de la empresa permanecían bajo una de las mesas, escondidas y gritando con desesperación, mientras que cuatro encapuchados aún se afanaban en la puerta, impidiendo que nadie saliese.

Desvié la vista hacia Dimitri, quien se apoyaba en el armario contiguo al mío, y con un simple movimiento de cabeza, le indiqué que cubría su espalda. Un grito desgarrador nos indicó que debíamos acabar cuanto antes con todo aquel asunto. Sin pensarlo ni un solo segundo, salió del escondite, igual que lo hice yo, disparando a mansalva, acabando con los cuatro que aún se oponían a una posible huida.

Logramos repeler el maldito ataque, aunque no sin bajas. Dos de mis hombres estaban heridos; uno de ellos yacía en el suelo, y el resto estaban tan cubiertos de sangre y polvo que apenas se les distinguía. Los Orlov que quedaban fuera huyeron, pero no sin dejarnos un último recordatorio. Uno de sus hombres, apenas con vida, fue abandonado a pesar de los gritos, una señal clara de que sabían lo que hacían.

Me acerqué a él, encañonándole directamente con la pistola.

—¿Lev te envió? —inquirí con la voz baja, pero tan rabioso que pude ver el pánico en él.

El hombre apenas pudo asentir antes de que apretase el gatillo, dejando ir su último aliento.

De vuelta a la mansión, avisé a mis hermanos de que iba en camino. Estaba furioso. La imagen de lo ocurrido en el Aether, el ataque en el almacén y las mentiras de Nikolai se mezclaban en mi mente, formando una tormenta de rabia que no sabía cómo contener. Subí las escaleras de dos en dos, llegando a la entrada del caserío, permitiendo que mis pasos resonasen pesados en el suelo, nada más traspasar las puertas.

Alexei estaba sentado en la mesa principal, revisando unos papeles, pero al verme entrar dejó lo que estaba haciendo y me observó con atención. Andrei, por su parte, permaneció junto a la chimenea, sin apartar la vista de él. Supe por su gesto que ya conocía todos los detalles de lo ocurrido, ya que era él quien se encargaba de todos los dispositivos de seguridad que tanto nos ayudaban.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el pequeño, con esa calma característica que siempre lograba irritarme en momentos como este.

—¿Y Nikolai? —Quise saber.

Esto era asuntos del clan, del negocio familiar, ¿qué clase de líder no se presentaba a una reunión como aquella?

—No está —respondió Andrei, tajante.

Supuse que ya hablaron sobre ello, ya que mi pregunta no pareció hacerle ninguna gracia.

—¿Entonces? —insistió Alexei.

—Lev —contesté sin rodeos, dejando caer mi chaqueta sobre una de las sillas—. Nos tendió una emboscada en la recogida de Petrov.

Debía haber vigilado nuestras entregas durante los últimos seis meses, si no, no comprendía cómo demonios había averiguado nuestro paradero con aquella facilidad. Alexei frunció el ceño, apartando los papeles que antes miraba hacia un lado.

—¿Estáis bien?

—Dos heridos, pero sobrevivirán —respondí con impaciencia—. Esto es personal, Alexei. Lev está jugando con fuego y voy a encargarme de que arda.

—Viktor… —empezó a decir Andrei, pero lo interrumpí golpeando la mesa con el puño cerrado.

—¡Que no se te ocurra decirme que me calme! —vociferé casi ido —. Ese cabrón no puede seguir saliéndose con la suya —añadí rabioso—. Voy a buscarle y a matarle.

Alexei se levantó, colocándose frente a mí y tomándome por los hombros con la mirada compasiva.

—¿Qué diría padre?

—Padre puede comerme los huevos —bisbiseé.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que supe que podría llegar a escuchar el crujir de mis muelas.

—No digas eso —ordenó Andrei en un tono seco y contundente.

—Ni siquiera era tu padre —escupí cabreado como una mona.

—Aunque no lo fuese, sé lo que significa este apellido, y tú también deberías recordarlo —respondió—. A los muertos no se les nombra.

Lo fulminé con la mirada, tan enfadado que en cualquier momento saltaría la chispa que lo detonaría todo por los aires.

—¿Y después de matarle qué piensas hacer, Viktor? —inquirió Alexei—. ¿Crees que acabar con Lev solucionará algo? ¿Crees que Nikolai no tiene un plan?

—Nikolai está demasiado ocupado jugando a las casitas con sus malditos secretos —repliqué, sintiendo como la rabia empezaba a subirme por el pecho—. No tiene ni idea de qué está pasando y no quiere saberlo.

—Eso no es cierto y lo sabes —replicó Alexei, apretando un poco el agarre de mi hombro—. Nikolai está jugando al ajedrez, Viktor. No puedes entrar en su partida y mover una pieza sin saber el tablero completo.

Respiré hondo, intentando calmarme.

—¿Y qué cojones sugieres? —cuestioné—. ¿Que me quede sentado mientras Lev viene a por mí? —escupí—. Tal vez debería atarme a un poste y servirme en bandeja.

—No, eso no —respondió como si de verdad creyese que era una opción—. Sugiero que confíes en Nikolai, y si no puedes hacer eso, confía en mí, yo hablaré con él —me pidió, al mismo tiempo que se separaba de mí y volvía a sentarse—. Pero te lo advierto, Viktor: si actúas por tu cuenta, solo empeorarás las cosas.

Permanecí en silencio, observándole, pero percibiendo como todo en mí se dividía en dos, entre la razón y la rabia, esa que tan visceral se había vuelto y que me consumía lentamente. Sabía que Alexei tenía razón, pero la idea de quedarme quieto mientras los Orlov seguían atacándonos me parecía insoportable.

Dejé ir un gruñido y, al final, asentí, aunque a regañadientes.

—Está bien —sentencié—. Habla con él, pero si esto vuelve a pasar… no voy a quedarme esperando soluciones.

Al cruzar la puerta, sentí cómo la rabia bullía en mis entrañas, pero era algo más: impotencia. Odiaba depender de alguien, incluso de mis hermanos. En mi mundo, esperar significaba arriesgarse, y yo nunca había sido un hombre paciente. Lev iba a pagar por lo que había hecho, solo quedaba decidir cuándo.

8

Tigrítsa

La música vibraba bajo mis pies como un pulso constante, un eco que resonaba en lo más profundo de mi ser mientras me deslizaba entre la multitud de Elysium. El club tenía su propio lenguaje, una filosofía de vida que mi padre no aceptaría jamás pero que a mí me hacía vibrar. Las luces y los cuerpos de la gente se movían al compás de un deseo colectivo, contoneándose. A pesar del bullicio y del caos, me sentía tranquila, en casa, como si no hubiese un mejor lugar que aquel para acogerme. Allí, en el anonimato que me proporcionaba el juego de las máscaras, podía ser cualquiera, y al mismo tiempo nadie.

Elysium no era un lugar cualquiera. Su fachada de cristal oscuro y luces de neón apenas insinuaba lujo y el caos que se escondían en su interior. Solo los más poderosos y ambiciosos de Moscú tenían la llave para cruzar sus puertas, y dentro de Elysium, Aether era el corazón prohibido, un santuario donde los influyentes dejaban a un lado la moralidad y se entregaban a sus deseos más oscuros. No se trataba solo de tener dinero o un apellido con peso; era cuestión de poder real, de estar dispuesto a jugar en un tablero donde las reglas no existían y las consecuencias eran devastadoras. Había llegado allí por razones estratégicas, para comprender el mundo del que estaba rodeada, el mismo que aspiraba a gobernar algún día. Pero esta vez, no podía negar que había algo más. Algo,

o más bien alguien, que me arrastraba hacia ese lugar como un imán.

—¿Lo de siempre, señorita? —preguntó el barman, interrumpiendo mis pensamientos mientras limpiaba un vaso de cristal impecable.

—Sí, pero esta vez, que sea doble —respondí picara.

El hombre, un veterano de guerra reconvertido en guardián de los secretos más sucios de la élite, me devolvió una mirada que decía que sabía más de lo que aparentaba. Sirvió el vodka con movimientos medidos, como si el acto en sí fuera un ritual.

—Hay mucha tensión en el aire esta noche, ¿no cree? —comentó, dejando frente a mí un elegante vaso de cristal tallado con detalles en cobre.

—Es Moscú. Siempre hay tensión —repliqué, llevándome la bebida a los labios.

El toque ácido y picante del Moscow Mule llenó mis papilas gustativas, permitiéndome saborear el jengibre, y el buen vodka que me había servido.

—Tal vez, pero no todos tienen su misma templanza, señorita. —Su tono fue casual, pero su mirada se tornó analítica, como si intentase descifrar algo que no comprendí.

No respondí. ¿Qué podía decirle? Estaba decidida a adentrarme en el juego más salvaje que pudiese imaginar, sabía que podría llegar a destruirme, sobre todo si me encontraba con la persona con la que tanto ansiaba estar. En lugar de palabras, le devolví un asentimiento breve antes de perderme en la multitud, dejando que las sombras y la música me tragaran mientras me encaminaba al largo pasillo que conducía hacia Aether. El eco de los tacones de

otros asistentes resonó por todo el lugar, mezclándose con risas ahogadas y murmullos cargados de deseo. Una pareja se detuvo a mi izquierda; el hombre, vestido de manera impecable, le susurraba algo al oído de su compañera, quien respondió con una sonrisa peligrosa antes de arrastrarlo hacia el interior.

Antes de entrar, me ajusté la máscara con delicadeza, asegurándome de que cubriese bien mi rostro. Una vorágine de nervios y excitación se creó en mi estómago, ¿qué demonios me ocurría? Deseaba volver a verle. Mi sexo se humedeció al instante solo de imaginarle al traspasar las puertas, dispuesto a darme el placer que tanto ansiaba, repetir el encuentro en el que no había dejado de pensar desde que salí de allí. Le di un largo trago a mi bebida, terminándomela por completo, por lo que me acerqué a la barra, dentro de la sala privada. El barman me sirvió un vodka con una precisión casi robótica, y se lo agradecí antes de dejar que mi mirada vagara por el lugar. Las luces parpadeaban en tonos rojo y púrpura, dibujando sombras en cada rincón. Mi cuerpo estaba tenso, por lo que, sin dudarlo un instante, comencé a contonearme de un lado a otro, sintiendo la música. Lo había aprendido con los años: parecer tranquila era la mejor forma de ocultar un caos interior.

Y entonces, lo vi.

Él.

Tragué saliva, sintiendo como todo mi ser se desbocaba, incluido mi corazón. Anubis. El hombre que me había dejado ardiendo y confundida dos noches antes. Se movía entre la multitud con una confianza que rozaba la arrogancia, su mirada brillaba bajo las luces del club, siempre atento y vigilante. Su figura, imponente y atractiva, destacaba entre la gente, como un lobo entre corderos. Era alto y

musculoso, mediría alrededor del metro noventa, y lo único en lo que podía pensar era en reseguir con mi lengua todo aquel cuerpo que gritaba pecado.

Mi corazón dio un vuelco, y el frío control que había construido durante toda mi vida comenzó a resquebrajarse. Sus ojos verdes destellaron al verme, y no pude evitar sentir un impulso eléctrico recorrerme por completo, muriendo en mi sexo, anticipándose al placer que deseaba sentir.

Tomé un sorbo de vodka, dejando que el ardor me devolviera algo del control que perdía, y giré sobre mis altos tacones, asegurándome de que me viera. Lo hizo. Pude percibir cómo me escudriñaba, igual que lo haría un león con una presa. Lo peor de todo era que, a pesar del peligro, yo no podía resistirme a él.

Nuestros ojos se encontraron y la tensión entre nosotros pareció envolvernos en un instante. Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras inclinaba la cabeza, un gesto pequeño, pero lleno de intención.

Ven.

No necesitaba decirlo en voz alta. Él lo entendió a la primera.

Anubis se acercó a mí y, sin dudarlo un solo instante, enredó sus dedos en la parte baja de mi cabello, tirando de este hacia atrás, para estampar sus labios contra los míos con una fiereza que me desarmó.

—Anubis —susurré contra su boca, sintiendo que aquel nombre estaba prohibido para mí—. Has vuelto.

—No me gustan los juegos a medias, *tigrítsa* —replicó con firmeza, sin apartar su cuerpo del mío.

Mi sonrisa se amplió. No iba a negarlo, a cada segundo que pasaba cerca de él, más cachonda me ponía. Toda esa intensidad y brutalidad contenida, el misterio que le rodeaban… Era un jodido rompecabezas que estaba deseando resolver. Pero algo me decía que estaba jugando con fuego.

—Entonces, ¿por qué huiste? —inquirí, inclinándome lo suficiente como para que mi aliento rozase su oído.

Su mandíbula se tensó y, durante un instante, vi la lascivia en su mirada, en cómo en su interior se libraba una batalla interna, una en la que solo podía perder. Anubis no respondió; en lugar de eso, su mano encontró mi cintura, tirando de mí hacia él con una firmeza que me robó el aliento. Mi cuerpo respondió antes de que mi mente pudiera procesarlo, arqueándose hacia él como si hubiera esperado este momento toda la maldita noche.

—No sabes nada de mí —gruñó, provocando que su voz resonase más en mi pecho que en mis oídos.

—Tal vez no, pero conozco esto —musité provocativa, al mismo tiempo que rozaba mi sexo contra el suyo de manera deliberada.

Sin darme tiempo a decir nada más, sus labios encontraron los míos con una brutalidad que me dejó sin aliento. Las piernas me cimbrearon. Fue un choque de necesidades y de rabia contenida, un juego de poder en el que ninguno de los dos estábamos dispuestos a ceder. Mis manos treparon por su pecho hasta llegar a su cuello, donde se enredaron en su cabello, tirando de él con saña, mientras sus dedos marcaban mi cintura con un agarre que prometía dejar marcas.

La multitud a nuestro alrededor pareció desaparecer, y por un instante se me antojó que el mundo dejaba de girar, deteniendo el

tiempo sin que pudiéramos hacer nada por evitarlo. No sabía si era la adrenalina, el vodka o simplemente él, pero cada segundo que pasaba me sentía más atrapada en su órbita, incapaz de romper esa necesidad que creaba en mí.

Cuando nuestras bocas se separaron, sus ojos me atravesaron con una intensidad que me hizo temblar. Sus dedos encontraron la hebilla de mi máscara y, por un momento, creí que iba a quitármela. Pude sentir mi corazón desbocado, latiendo con un frenesí que llegó a ser ensordecedor. Pero en lugar de deshacerse de ella, se detuvo. Su mirada se suavizó, pero tan solo lo hizo durante un segundo, antes de volver a endurecerse.

Acerqué mi boca a la suya y paseé mi lengua por sus labios, lamiéndolos con una lascivia que podría tentar a cualquiera.

—Ven conmigo —ordenó mediante un gruñido cargado de autoridad.

No respondí, ya que no se trataba de una pregunta, y en el fondo, tampoco necesitaba una respuesta. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de mi muñeca, algo cambió. No era un simple toque; era posesivo, pero al mismo tiempo inseguro, como si dudara de lo que estaba haciendo. Sentí su calor irradiarse a través de mi piel, un contraste abrumador con la frialdad del metal que decoraba mi muñeca. Mi corazón latía frenético, con tanta fuerza que creí que en cualquier momento podría escucharlo. Sin embargo, no dije nada, permitiendo que me guiara a través del bullicio de Aether, mientras mi mente libraba una batalla que no estaba preparada para ganar.

Cada paso que dábamos parecía un eco en mi cabeza. Mi cuerpo ardía, anticipándose, pero mi mente no dejaba de analizar cada uno de sus gestos. ¿Por qué había vuelto? Por más que intentara

mantenerme fría, la forma en la que su mano sostenía la mía me desarmaba. Este no era un simple juego donde la atracción física era ley. Había algo más en él, algo que me hacía querer descubrir quién se escondía detrás de esa máscara, y por qué me hacía sentir tan vulnerable.

Nos detuvimos frente a una de las puertas de madera oscura al final del pasillo, lejos de la música ensordecedora y de los jadeos ahogados de quienes se follaban a nuestro alrededor, dejándose llevar por el maravilloso placer del buen sexo. Anubis se giró hacia mí, y sus ojos me atravesaron con una intensidad que me hizo contener la respiración. Su pecho subía y bajaba con rapidez, como si estuviese al borde del abismo. Sus dedos rozaron la hebilla de mi máscara y, durante un segundo, creí que iba a deshacerse de ella. Mi corazón dejó de latir, provocando que cogiese una bocanada de aire cuando se enredó en mi cabello, tirando de él. Alcé una de mis manos, hasta que mis dedos rozaron sus labios, provocando que estos se entreabrieran.

—No tienes que fingir conmigo —musité, sorprendida por la suavidad de mi voz. No fue una provocación esta vez; era una súplica.

Él dejó ir un profundo gruñido que resonó en mi pecho como un mantra. No apartó la mirada de mí. Pude ver cómo me devoraba lentamente, deleitándose con su propia imaginación, lo que provocó que su miembro se endureciera al instante, clavándose en mi vientre. El agarre en mi muñeca se intensificó, y me empujó hacia la puerta. La abrió con un movimiento rápido, pero antes de que entráramos, se detuvo.

—¿Qué pasa, Anubis? —pregunté, al mismo tiempo que jugueteaba con un mechón de mi oscuro cabello—. ¿El gran depredador teme a una pequeña gata?

Sus labios se curvaron en una mueca ladina y peligrosa que provocó que mi entrepierna se humedeciera al instante, pero en su mirada vi algo que no esperaba: duda. Sus ojos eran un mar de tempestad, un contraste entre un deseo que apenas contenía y algo más profundo, una lucha interna que no me atrevía a descifrar. Pero esa vulnerabilidad, apenas visible en las grietas de su máscara emocional, lo hacía aún más fascinante. No sabía si deseaba salvarle de sí mismo o hundirme con él.

—Esto no es un juego, *tigrítsa* —dijo en un tono grave, bajo, cargado de advertencia. Pero había algo más en sus palabras, algo que no estaba dispuesto a decir en voz alta.

—¿No lo es? —repliqué, inclinándome hacia él—. Entonces, ¿de qué se trata?

Él no contestó. Me condujo al interior, cerrando la puerta tras nosotros con un golpe seco que retumbó en la estancia, alejándonos de todo lo que no fuéramos él y yo. Su mirada se encontró con la mía una vez más. Sin mediar palabra alguna, se lanzó a por mí, sujetándome por el cuello con firmeza. Mientras sus labios volvían a reclamar los míos con una intensidad que me robaba el aliento, sentí un extraño tirón en el pecho, como si algo invisible nos atara de manera irremediable. No sabía qué estaba pasando entre ambos, pero una cosa era segura: no se trataba solo de lujuria. Era algo mucho más oscuro, y no pensaba detenerlo.

9

Tigrítsa

La penumbra de la sala privada era densa, cargada de deseo y de un aire casi asfixiante que parecía contener todos los secretos del mundo. Las paredes, forradas en terciopelo oscuro, absorbían la poca luz que se filtraba por las lámparas colgantes, dejando apenas lo suficiente para distinguir las siluetas. Pero yo no necesitaba ver, solo sentirle. Cada respiración, cada movimiento, era como un golpe directo a mis sentidos.

Anubis estaba a solo un paso y su mera presencia parecía llenar la sala, como si el aire a su alrededor se espesara, dejando claro que el verdadero peligro no eran las sombras que nos envolvían, sino él. Su figura imponente lo eclipsaba todo, convirtiendo el espacio en algo diminuto insignificante. Sus ojos brillaban como dos esmeraldas encendidas por un fuego implacable, un arma capaz de traspasar cada una de mis defensas, manteniéndome prisionera de un deseo tan feroz que apenas sabía cómo controlarlo. Había algo en su mirada que no podía ignorar: una mezcla de rabia contenida, lujuria desbordante y un secreto oscuro que parecía consumirlo desde dentro.

Cada paso que daba hacia mí era lento, deliberado, cargado de ese magnetismo que me hacía temblar. La fuerza que proyectaba no solo estaba en su musculado cuerpo, sino en la manera que tenía de medir y predecir cada uno de mis movimientos, como si de un

depredador acechando a su presa se tratase. Sentí el calor subir por mi pecho, quemándome la garganta, provocando que mi respiración se volviera más superficial con cada segundo que pasaba. Era un calor abrumador, como un incendio que amenazaba con arrasar todo a su paso, y yo estaba atrapada en su epicentro.

Se detuvo frente a mí, tan cerca que pude sentir el calor que irradiaba su cuerpo, colándose en el mío. Un escalofrío recorrió mi espalda, erizándome cada vello, en un contraste que solo aumentó la tensión entre nosotros. Su mandíbula se apretó, delineando los contornos afilados de su rostro bajo la máscara, mientras su pecho subía y bajaba con una calma engañosa que solo incrementaba las ganas que tenía de devorarlo. Su proximidad era un arma por sí misma, una amenaza que no necesitaba palabras, pero que, al mismo tiempo, me invitaba a desafiarle, como si una parte de mí deseara ver qué tan lejos estaba dispuesto a llegar.

Mi cuerpo estaba tenso, en una mezcla de excitación y anticipación que me dejaban a merced de sus movimientos. Podía sentir el peso de su mirada recorrer cada centímetro de mi cuerpo, como si estuviera reclamando algo que ya le pertenecía. Alcé una mano cuando estuve lo suficientemente cerca, paseándola por su pecho, delineando el contorno de cada uno de sus músculos.

—*Tigrítsa*, estás jugando con fuego —gruñó, consiguiendo que su voz resonase en la estancia.

—Quizás quiero quemarme —respondí juguetona, desafiante, aunque mi voz sonó más estrangulada de lo que debería, mostrando parte de ese caos que solo él provocaba en mí.

Él no respondió. En lugar de palabras, sus manos encontraron las mías, atrapándolas con una mezcla de firmeza y delicadeza que me

hizo estremecer. Sus dedos trazaron círculos lentos en mis palmas, explorando con una intimidad tan cruda que pareció rozar mi alma. Su tacto era firme, seguro, y cada movimiento parecía calculado para desarmarme, para hacerme perder el control que tanto deseaba mantener.

Me mordí el labio, reprimiendo un jadeo cuando sus dedos subieron por mis muñecas, hasta llegar a mis codos, y luego se deslizaron hacia mi cintura, envolviéndome con una autoridad que no dejaba espacio a la resistencia. Sus labios rozaron mi cuello, apenas fue perceptible, pero sí lo suficiente como para que mi respiración se volviera errática.

—Eres peligrosa, ¿lo sabes? —susurró contra mi piel, dejando un rastro de calor que me hizo arquearme hacia él.

—Puedo serlo aún más, Anubis —murmuré, sintiendo como sus manos bajaban por mi espalda hasta detenerse en mis caderas.

Antes de que pudiera decir algo más, sus labios encontraron los míos, atrapándolos con una brutalidad sobrehumana, contagiándome de esa hambre con la que me devoraba. No había suavidad, solo una necesidad cruda que me dejó sin aliento. Sus manos se cerraron alrededor de mis muslos, alzándome con facilidad y apoyándome contra la mesa con rudeza. El vestido se me arremolinó a la cintura, dejando mis piernas al descubierto, y pude percibir el frío de la madera contra mi piel, mientras él abría mis piernas con una firmeza que me hizo temblar.

—¿Quieres saber quién se esconde bajo esta máscara? —preguntó, con sus labios pegados a los míos, al mismo tiempo que sus manos recorrían mis muslos, provocándome, con un propósito claro.

—Sí —jadeé contra su boca, incapaz de ocultar mi desesperación.

—Entonces, demuéstrame cuánto lo deseas —gruñó, descendiendo hasta arrodillarse frente a mí.

La visión de él, un hombre tan intimidante y poderoso, postrado ante mí, fue una imagen que quise grabar en mi mente a fuego, atesorándola como si de una joya se tratase, para siempre. Sus manos separaron mis muslos con suavidad, pero sus ojos no dejaban lugar a dudas de que el control era absolutamente suyo. Con una sensualidad apabullante, comenzó a besar mi piel, creando un reguero que ascendía hacia mi lugar prohibido. Sus manos no dejaban de acariciarme, lo que, en cierto modo, me chocaba con esa imagen que gritaba peligro por cada poro de su piel.

Sin dudarlo un instante, tiró de mí, llevándome aún más al borde de la mesa, permitiendo que su boca quedase pegada a mi sexo. Sonrió ladino, como un jodido gato, cuando un jadeo ahogado se me escapó. Sentí su aliento caliente contra mi piel, cómo su lengua se colaba entre mis pliegues para devorar el abultado botón que clamaba piedad a aquel dios que tenía frente a mí. Quería que me follase, que me partiese por la mitad y me obligase a gritar su nombre. Porque sí, me había vuelto adicta a la energía que había entre ambos. Contuve el aliento cuando succionó con fuerza, consiguiendo que mi espalda se arquease sobremanera. Enterré mis dedos en su cabello, aferrándome con fuerza mientras su lengua no dejaba de torturarme. Uno de sus dedos se coló en mi interior, provocando que gimiese sin reservas, agonizante, al borde de la locura.

—Estás tan prieta… —masculló sin apartar la mirada de mi lugar prohibido, casi delirante—. ¡Joder!

Sus acometidas no cesaron, igual que su boca no volvió a separarse de mi placer en ningún momento, martirizándome. La mano que tenía libre me agarró con fuerza de la cintura, tanta que supe que al día siguiente tendría las marcas de sus dedos a modo de moratones, pero poco me importó, con tal de disfrutar de aquel instante como si fuese el último. Sujeté su cabeza, tirando de su cabello. No supe si deseaba separarlo o unirlo más a mí.

—Anubis… por favor… —musité entre sollozos desbordantes de placer.

—Córrete para mí, *tigrítsa*.

Mi espalda se arqueó, mientras él no se detuvo, hasta que me vio temblar, perdida en un abismo de placer. No necesité nada más que esa simple pero severa orden para dejarme ir en su boca, sintiendo como sus lametones se volvían cada vez más fieros, igual que lo hacía el placer que comenzaba a arrollarme.

Cuando alcé la mirada, su sonrisa fue arrogante, pero había algo en su mirada que me hizo dudar. Anubis se relamió como un jodido gato, llevándose a la boca los dedos, aún impregnados de mi esencia, con los que me había masturbado. Sin dudarlo un solo instante, me arrodillé frente a él, todavía con el cuerpo temblando, pero con el pecho henchido de un deseo irremediable. Sus manos encontraron mi cabello, enredándose en él mientras sus ojos me observaban con una intensidad que me hizo sentir desnuda, incluso más que si no llevara ropa.

Paseé mis manos por su pecho, desabotonando su camisa, dejando al aire su pecho lleno de tatuajes. Contuve el aliento, sintiendo cómo las ganas de lamerlo de pies a cabeza empezaban a volverme loca. Con parsimonia, bajé la cremallera de sus pantalones,

liberándolo, mostrándome una visible erección que consiguió que mi sexo palpitase de nuevo. Mis manos volaron por su cuerpo, bajando los pantalones que llevaba, dándome acceso completo a su desnudez. Lo acaricié, deleitándome con cada uno de sus gemidos, lamiéndolo de arriba abajo, jugueteando con mi lengua alrededor de todo su contorno. Podía sentir esa maldita necesidad, la misma que me gritaba que lo devorase, que lo llevase al límite, hasta que no pudiese hacer más que rendirse a mis pies.

Sus profundos gruñidos llenaron la sala, y cada sonido suyo me hacía disfrutar cada vez más de él. Deseé llevarle al límite, transportarlo al mismo lugar en el que él me había dejado. Alcé la mirada, encontrándome con la suya, tan verde que me taladró el alma. Dios, era el hombre más *sexy* que hubiese visto jamás.

—No hagas eso —me regañó al mismo tiempo que tiraba de mi cabello hacia atrás, apartándome de mi ansiado premio.

—¿O qué? —inquirí juguetona, desafiante.

Antes de que pudiese decir nada, me levantó. Sus manos encontraron mi rostro, y sus labios reclamaron los míos una vez más. Esta vez, no hubo brutalidad, pero sí una intensidad cegadora y una firmeza que provocó que mis piernas cimbreasen. Sin embargo, ese momento de calma fue breve. En un movimiento rápido, me giró, apoyándome contra la mesa, sujetándome con firmeza por las caderas y, sin pensarlo, se adentró en mí de una sola estocada, arrancándome un gemido ahogado que resonó en mi pecho.

—Joder —masculló, pude sentir como su miembro palpitaba en mi interior, mientras sus dedos se clavaban en mi piel.

El ritmo que marcó era frenético, brutal, pero cada embestida estaba cargada de algo más que simple deseo. Era rabia, desesperación, y una necesidad tan cruda que me hizo sentir que estábamos peleando en lugar de amarnos. Una, dos, tres, cuatro… Las estocadas cada vez se volvían más rudas, igual que el sonido de nuestros cuerpos al chocar.

—Dime quién eres —supliqué entre jadeos, sintiendo como mi cuerpo se acercaba de nuevo al abismo.

Una de sus manos se desvió hasta llegar a mi sexo, donde acarició con frenesí mi abultado botón, al mismo tiempo que acercaba su boca a mi oído.

—No puedo —gruñó con la voz estrangulada, como si le doliera.

Y fue entonces, cuando ambos alcanzamos el clímax, estallando en mil pedazos, llenando la habitación de gemidos y jadeos que retumbaron entre las cuatro paredes. Antes de que pudiera decir algo más, Anubis se abotonó la camisa, subió sus pantalones y se giró hacia la puerta.

—No lo entiendes, *tigrítsa* —dijo, sin apenas mirarme—. Saber quién soy destruiría todo esto.

Por un instante, mientras él se movía dentro de mí, me pareció ver algo en su mirada. Era como si la máscara que llevaba no fuera la única barrera que ocultaba su verdadera esencia. Había algo roto, una grieta en su fachada de hombre perfecto que dejaba entrever un océano de tormentas internas. Quise preguntarle, arrancarle ese secreto con la misma ferocidad con la que él reclamaba mi cuerpo, pero no lo hice. Porque sabía que si rompía esa barrera, él desaparecería para siempre.

El sonido de la puerta cerrándose resonó con más fuerza que cualquier gemido que hubiésemos compartido. Durante un instante, me quedé inmóvil, incapaz de procesar lo que acababa de pasar. Mi cuerpo seguía latiendo con los ecos de su tacto, pero mi mente estaba envuelta en un torbellino de preguntas sin respuestas. ¿Por qué parecía huir de mí incluso mientras me reclamaba de una manera tan brutal? ¿Qué era lo que intentaba proteger al mantenerme en la oscuridad? Y, lo más importante, ¿por qué ese hombre desconocido, ese dios enmascarado, empezaba a ocupar un lugar tan peligroso dentro de mí?

10

VIKTOR

El silencio en mi despacho era casi ensordecedor, pero mi cabeza no paraba de rugir. El rostro de mi *tigrítsa* se colaba en mi mente con una intensidad que no podía controlar. Sus ojos suplicantes, su respiración agitada, cada uno de sus gemidos clamando un deseo que deseaba de arrancarle a mordiscos. Todo eso lo tenía grabado a fuego, y sabía que jamás podría borrarlo. Lo peor de todo no era no poder confesarle quién era yo, sino saber el asco que me daba toda su familia, y el odio que se instauraría entre ambos en el momento en el que se enterase de mi verdadera identidad.

Llevaba horas dando vueltas en la silla, con un cigarro en los labios que se consumía sin fin. El cenicero estaba lleno, pero no era suficiente como para calmar la tormenta que me azotaba por dentro. ¡Joder! Me sentía como un puto adicto. Adicto a algo que no podía permitirme. Cada vez que cerraba los ojos, veía su boca, escuchaba su voz temblando mientras me pedía algo que no podía darle. *Dime quién eres…* Esas tres palabras resonaban como un maldito eco, como un recordatorio de lo cerca que estaba de cruzar una línea de la que no podría volver.

Apreté la mandíbula, mirando la mano que descansaba sobre la mesa. Mi guante de piel negro brillaba bajo la luz del flexo, como si quisiera recordarme quién era. No era un hombre, me había convertido en una jodida sombra que atormentaba a aquel que

osaba molestar a mi familia, el mismo que cobraba las rentas, o el que había matado en infinidad de veces por pura rabia. Pero no solo eso, no era más que el eco de mi hermano, de nuestra familia, de todo lo que se esperaba de mí. Si Nikolai pensaba que podía seguir controlándolo todo sin contar conmigo, estaba equivocado.

Estaba cabreado, consumido e incluso al borde de volverme loco. Mi cabeza no hacía más que cavilar posibilidades, maneras en las que acabar con todo el maldito problema de Lev y su padre, la forma en la que pagarían por todo lo que llevaban años haciendo. Sin dudarlo, bajé al *parking*, me subí a la moto y salí de la finca, dispuesto a resolver los malditos problemas que teníamos.

No era capaz de comprender por qué Nikolai no era capaz de hacernos partícipes de todo aquello. Joder, era el maldito *pakhan*, el jefe máximo de nuestra organización, pero después de haber sido inseparables, todo había cambiado en el momento en el que tomó el poder. Me había dejado de lado, permitiéndome ser un *avtoriteti*, un simple consejero al que ni siquiera escuchaba, pero al que no dejaba de dar órdenes. Mis hermanos, por su parte, habían aceptado serlo, tomando posesión de su mando sin rechistar, salvo Andrei, quien además de ser un *avtoriteti*, se había convertido en el jefe de inteligencia.

Sabía que Nikolai no estaba en la casa familiar con Elena, sino que llevaba un par de días metido en su apartamento en el centro de la ciudad, ocupándose de algo que ni siquiera se me había notificado. Al aparcar la moto, bajo la ventana, pude ver su sombra asomándose, como si hubiese sabido en el preciso instante en el que iba a presentarme en su lugar de paz.

Cuando abrí la puerta, Nikolai estaba inclinado sobre su escritorio, revisando unas imágenes. Levantó la mirada al instante, imperturbable, como si siempre supiera exactamente lo que estaba a punto de pasar.

—¿Qué cojones quieres ahora, Viktor? —preguntó con ese tono autoritario que me sacaba de mis casillas.

Apreté la mandíbula y, por un instante, se me antojó que podría escuchar mis muelas rechinar. Intenté calmar los nervios que me habían consumido, me llevé un cigarrillo a la boca y me serví un vaso de whiskey.

—Quiero que me expliques por qué no me dejas liderar un ataque contra Vadim —solté de golpe, dejando la botella sobre la barra, y encaminándome hacia el gran butacón.

—Es complicado —respondió sin levantar la vista, con la voz cargada de una calma que me sacaba de quicio—. Hay cosas que todavía no entiendes, cosas que no puedo dejarte manejar ahora.

Apreté los puños. Esa respuesta no era más que una excusa, una forma educada de decirme que no me consideraba lo suficientemente bueno o importante como para compartir conmigo sus impresiones.

—¿Cosas que no entiendo? —inquirí, incrédulo—. Llevo toda mi vida sangrando por esta familia, Nikolai —le recordé, porque así era, no tenía más de quince años cuando maté por primera vez y lo volvería a hacer con tal de protegernos—. Haciendo lo que tú me has pedido, incluso cuando no estaba de acuerdo —aseguré—. Y ahora, cuando Vadim está atacándonos de manera directa y Lev se ha sumado al asunto, me dejas fuera. ¿Quién cojones te crees?

Nikolai alzó la mirada y pude ver cómo su expresión se había vuelto fría y calculadora. Por un instante, no dijo nada, pero sus ojos lo decían todo. Y fue entonces que la verdad se clavó en mí como un jodido puñal, sin que pudiese hacer nada por sentir como la rabia comenzaba a consumirme.

—No confías en mí, ¿verdad? —solté a bocajarro, percibiendo como la ira se arremolinaba en mi pecho.

No respondió. Solo dejó escapar un suspiro y volvió a bajar la mirada hacia los papeles, con esa superioridad que odiaba, como si no tuviera ganas de enfrentarse a mi pregunta, a pesar de que ambos conocíamos la respuesta.

—Por eso mismo, Nikolai —gruñí casi ido, dando un fuerte golpe en la mesa—. Por esa puta mirada. Siempre lo has hecho. Siempre me has dejado en las sombras, como si fuera un arma que puedes usar cuando quieras, pero no confiar en que puede ser útil siempre —escupí enfurecido—. ¿Qué más necesitas que haga para demostrarte que estoy listo? —cuestioné, notando como toda aquella situación comenzaba a írseme de las manos sin que pudiera hacer nada por evitarlo—. ¡Lo he dado todo por ti! —bramé, tan colérico que apenas podía ver de lo ciego que estaba por el enfado —. ¿Qué cojones quieres? —inquirí—. ¿Qu me bajé los pantalones y follarme el culo? —escupí —. Porque ya es lo único que te queda por hacer.

Su mandíbula se tensó, pero continuó sin responder. Su silencio era más elocuente que cualquier palabra que pudiera decirme, y eso me dolió más que cualquier ataque que los Orlov pudiesen orquestar. Fue entonces cuando un recuerdo me golpeó con fuerza, como un puñetazo en el estómago.

***

Tenía ocho años, y Nikolai diez. Estábamos en el despacho de nuestro padre, un lugar que siempre me había parecido más grande e intimidante de lo que en realidad era. La luz que entraba por las ventanas era fría, gris, y el olor a tabaco impregnaba cada rincón. Vasily Romanov estaba sentado en su sillón de cuero, con una expresión que podría helar el mismísimo infierno.

Estaba tan nervioso que podía sentir mis manos temblar, la manera en la que mi corazón repiqueteaba en mi pecho de forma atronadora mientras la mirada inquisidora de nuestro padre nos analizaba sin descanso.

—¿Quién ha sido? —preguntó, sosteniendo la moneda de oro en su mano. Una moneda que había desaparecido de su caja fuerte esa misma mañana.

Miré a mi hermano, sintiendo como todo un hormigueo subía desde mis pies hasta las manos, instándome a que confesase.

—Si el culpable no contesta antes de que este reloj llegue a su fin —nos advirtió al mismo tiempo que le daba la vuelta al reloj de arena que reposaba sobre el grandioso escritorio—, os ataré a un árbol ahí fuera para que recapacitéis.

Apreté las manos a mi espalda, jugueteando con mis dedos, intentando calmar el nerviosismo que me corroía. Estábamos en pleno invierno, donde la temperatura máxima era de menos tres grados, llegando incluso a menos veinte por las noches. ¿Cómo iba a hacer algo así?

—Veinte segundos —anunció.

Desvié, de nuevo, la vista a Nikolai, que estaba a mi lado, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Sabía que había sido él, pero no iba a decirlo. No porque quisiera protegerle, sino porque sabía que, si lo hacía, las cosas serían aún peor para los dos. ¿Qué había peor que un ladrón? Un traidor.

—He sido yo, padre —confesé al final, alzando la vista para mirarle a los ojos.

El golpe fue instantáneo, y resonó por toda la habitación. Su mano se estrelló contra mi mejilla con una fuerza que provocó que me tambalease, llegando a dar un paso atrás.

—Mentirosos no, Viktor —gruñó con furia—. Y tampoco ladrones.

Me agarró el brazo, tirando de mí, arrastrándome hacia la chimenea donde el fuego ardía con una intensidad que me hizo temblar. Contuve el llanto, percibiendo como las lágrimas se me agolpaban en los ojos.

—Pon la mano —ordenó con fiereza, estirándome.

—Papá, no… —lloriqueé, intentando apartarme, pero su agarre se me antojó de hierro.

—Pon. La. Mano —recalcó cada una de las palabras con vigor.

Con las amargas gotas llenas de pánico y dolor ya recorriéndome mi pequeño rostro, lo hice. No porque quisiera, sino porque sabía que no había otra opción. El calor del fuego quemó mi piel al instante, arrancándome un grito que resonó por toda la casa. Pero lo peor no fue el dolor físico, sino la mirada de Nikolai, quien observó la escena sin decir nada. Permaneció en silencio, viendo como yo pagaba por algo que él había hecho.

11

—Llevas toda tu vida subestimándome, Nikolai —escupí, volviendo al presente, con la voz cargada de un rencor que no supe que era mío —. Desde que éramos críos. Pero déjame recordarte algo: mientras tú te escondías detrás de tus putas estrategias, yo era el que estaba en la calle enfrentándome a la mierda real —aseguré casi ido—. Yo soy el que conoce a los Orlov, a Vadim y a su maldita forma de jugar. Si hay alguien que debería liderar este ataque soy yo.

Nikolai me sostuvo la mirada, con el gesto duro y serio, pero no respondió de inmediato. En sus ojos vi un destello de algo que no esperaba: culpa. No duró más de un segundo, pero fue suficiente como para que supiera que mis palabras habían golpeado un punto débil.

—No se trata de subestimarte, Viktor —dijo al final, con el tono más bajo, casi susurrante—. Se trata de protegernos a todos. Incluido tú.

Solté una risa amarga, dándole la espalda mientras me quitaba el guante negro y lo lanzaba de mala gana a su escritorio. La piel de mi mano derecha, marcada de las cicatrices del pasado, brillaba bajo la luz tenue del despacho.

—La próxima vez que quieras protegerme, Nikolai —bisbiseé—, asegúrate de no ser el primero en traicionarme.

Salí del despacho hecho un Miura. El eco del portazo resonó por el pasillo, reverberando entre las paredes como un grito ahogado que no podía contener. Mi respiración se tornó errática, y el sonido

de mis pasos comenzó a fusionarse con el latido furioso de mi corazón. Saqué un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta, encendiéndolo con el mechero que tembló en mis manos a causa del enfado. Di una larga calada, permitiendo que el humo llenara mis pulmones mientras el frío de la noche moscovita se colaba en mi piel como cuchillas invisibles.

Las calles del centro de Moscú estaban vivas, como siempre. A pesar de la hora, la ciudad pulsaba con un ritmo propio que no conocía descanso. Las luces brillantes de las tiendas y los faroles iluminaban las avenidas como un collar de perlas interminable, reflejándose en los adoquines húmedos que aún conservaban el frío del invierno. En la distancia, el Kremlin se alzaba imponente. Su silueta destacaba bajo un cielo nublado que amenazaba con una nevada. Las torres de San Basilio, con sus cúpulas multicolores, parecían fantasmas en la penumbra, mientras la Plaza Roja permanecía casi desierta, salvo por algún turista rezagado y unos pocos vendedores ambulantes que desafiaban el frío.

Crucé un par de avenidas sin rumbo fijo, dejando que el cigarro se consumiera entre mis dedos. El humo ascendía en espirales, perdiéndose en el aire gélido, pero ni siquiera eso era suficiente como para calmar la tormenta que me devoraba por dentro. A cada paso, mi mente bullía de rabia y frustración, cada pensamiento estaba impregnado por el eco de la amarga conversación con Nikolai. Protegerme, había dicho, como si no llevase toda mi puta vida enfrentándome a los demonios que él sólo conocía en teoría.

El bullicio de la ciudad pareció burlarse de mi enfado. A mi izquierda, un tranvía antiguo se deslizaba con lentitud, llevando consigo las sombras de los pasajeros que miraban hacia el exterior

con indiferencia. A mi derecha, el escaparate de una librería que dejaba ver primeras ediciones de Pushkin y Tolstói, un recordatorio constante de que Moscú era una ciudad construida sobre glorias pasadas y profundas cicatrices.

Fue entonces cuando la vi.

A pesar de la multitud, su silueta era inconfundible. Esa figura esbelta, esos movimientos fluidos y elegantes, como si el mundo entero girara entorno a ella sin que se diera cuenta. Mi *tigrítsa*. Una ráfaga de deseo y rabia me recorrió como un jodido relámpago, recordándome lo que había dejado atrás hacía solo un par de noches. No podía apartar los ojos de ella. Deseaba tomarla en medio de todo, estampar mis labios en los suyos y devorarla sin control, aunque sabía que eso estaba prohibido fuera de Aether.

Me mantuve a una distancia prudente, caminando entre la gente, siguiendo su estela, embobado. Se había recogido su larga melena negra en un moño bajo que dejaba al descubierto su cuello, y esa piel que todavía recordaba haber recorrido con mis labios. Iba vestida con un abrigo azabache entallado, elegante, pero no pude evitar imaginar lo que había debajo, ese sensual y delicado cuerpo, cubierto con un simple conjunto de encaje borgoña, igual que el mismo que había llevado en el club. «Joder», maldije para mí mismo, sintiendo como mi miembro se endurecía ante aquellos pensamientos. ¿Qué demonios me pasaba? Tenía que alejarme, pero mis pies continuaban moviéndose tras ella, como si mi cuerpo actuara por cuenta propia.

Esta se detuvo frente a una tienda con un escaparate iluminado, observando algo que no alcancé a distinguir. Fue en ese preciso instante cuando giró la cabeza, como si hubiera sentido mi

presencia. Su mirada se cruzó con la mía y, por un instante, algo cambió en sus ojos. ¿Me habría reconocido? ¿O solo era curiosidad?

Frunció el ceño, visiblemente molesta, y comenzó a caminar en mi dirección, con pasos tan firmes que creí escuchar el retumbar del suelo. Sonreí ladino, chulesco, dejándome envolver por la anticipación de lo que sabía que estaba por venir. Cuando estuvo lo suficiente cerca, me detuve, inclinándome hacia ella, con una calma que sabía que la irritaría.

—¿Estás siguiéndome? —inquirió con un tono tan frío como el viento nocturno.

La tomé por el brazo, dejando que un grito ahogado muriese en su garganta y la metí en el callejón adjunto a la calle principal. Me crucé de brazos, divertido por la chispa de ira que brillaba en sus ojos. Oh, sí, era mi *tigrítsa*.

—¿Seguirte? —cuestioné, alzando las cejas sobremanera, y pude atisbar un ápice de diversión en sus ojos—. No te halagues tanto, Orlov —repliqué con voz grave, dejando que una sonrisa maliciosa asomara en mis labios—. Moscú es lo suficiente grande para los dos, aunque admito que tienes un talento especial para llamar la atención.

Me fulminó con la mirada y su mandíbula se tensó cuando vio cómo me inclinaba hacia ella, pero sin bajar el mentón, desafiándome como solo ella sabía hacerlo.

—¿Quién cojones te crees que eres, Romanov? —rebatió rabiosa.

Acerqué mi rostro al suyo, hasta que pudiera sentir mi aliento cálido contrastando con el frío de la noche. Sus ojos se oscurecieron, y fue entonces cuando supe que su cuerpo no dejaba de reaccionar al mío, llevásemos o no máscaras. Mi mirada recorrió su rostro con

deliberación, deteniéndose en sus sensuales labios, que ahora estaban apretados en una fina línea.

—Ten cuidado, no te pongas cachonda, Alina Orlov —musité con tono chulesco, lleno de intenciones que no necesitaban ser explicadas—. Podrías arruinar tu reputación.

Quise tomarla allí en medio, hacerla gritar como solo yo sabía, y apoderarme de su ser hasta que cayese exhausta. El destello de rabia que cruzó por su mirada fue exquisito. Antes de que pudiera reaccionar, me escupió, directo a la cara. Por un instante me quedé inmóvil, procesando lo que acababa de hacer. Luego, una sonora carcajada se escapó de entre mis labios, profunda y genuina, resonando en el aire como un trueno.

—Eres jodidamente entretenida, ¿sabes? —murmuré mientras me limpiaba con la manga de mi chaqueta, sin apartar la vista de ella.

—Me das asco, Romanov —bisbiseó, con la voz estrangulada por la rabia, pero también de algo más. Algo que ambos sentíamos, aunque ninguno de los dos estuviera dispuesto a admitirlo.

Di un paso más hacia ella, acortando la distancia, hasta que su espalda chocó contra la pared. La tenía arrinconada, y el destello de desafío en sus ojos me provocaba aún más. Apoyé una de mis manos en el granito que había tras ella, y me incliné lo suficiente como para que apenas unos centímetros nos separasen.

—Si te doy tanto asco, ¿por qué no puedes dejar de mirarme como si quisieras arrancarme la ropa aquí mismo? —gruñí, sintiendo la lujuria emanar por cada poro de nuestra piel.

Ella levantó la barbilla, negándose a ceder terreno. Su respiración se había vuelto agitada, tanto como lo era la mía, y lo peor de todo es que sentía que el pantalón me iba a estallar de un momento a

otro. Deseaba colar mis manos bajo su abrigo, masturbarla allí en medio, permitiendo que el mundo viese el placer que podía darle. Apreté los dientes, conteniendo mis deseos más primarios, a punto de estampar mis labios contra los suyos.

—Jamás podría haber nada entre alguien como yo y una escoria como tú —susurró con firmeza, pero al final, antes de esa última palabra, su voz tembló de manera inconsciente.

—¿Nada? —Me acerqué aún más, permitiendo que nuestras respiraciones se mezclaran y que entre ambos saltasen chispas—. Sigue pensando eso mientras te tocas esta noche, y mañana, pasado y al otro —musité tan cerca de sus labios que casi los rocé—. Tal vez algún día te lo creas.

Di un paso atrás, dándole espacio suficiente para que recuperara el control que sabía que estaba perdiendo, ese que parecía tan desesperada por conservar pero que conmigo se desmoronaba como un castillo de naipes. Alina respiraba entrecortada, con el pecho subiendo y bajando como si acabara de correr una maratón. Sus ojos me fulminaban con rabia, pero esa chispa de deseo que intentaba enterrar era imposible de ignorar, y ambos lo sabíamos. La rabia, el odio, el deseo… Todo aquello parecía arremolinarse entre los dos.

Me giré para marcharme, pero antes de dar un paso, la miré por encima del hombro, permitiéndome un momento para disfrutar de la imagen de su rostro tenso, sus labios entreabiertos y las mejillas encendidas. Quise grabar a fuego esa escena en mi memoria para volver a ella en las noches más solitarias, aquellas en las que solo su recuerdo sería suficiente como para alimentarme.

—Nos veremos pronto, *tigrítsa* —murmuré, en voz baja, casi un susurro que sabía que quedaría atrapado en su mente mucho después de que me marchara—. Aunque intentes evitarlo, sé que lo estás deseando.

Alina permaneció inmóvil, con la espalda aún contra la pared. Sus ojos me siguieron, llenos de algo que parecía ser rabia, algo que yo conocía demasiado bien como para confundirlo. No era solo odio. Era hambre. Era necesidad. Era esa condenada lujuria que se había encendido entre ambos y que ya no se podía apagar.

Mientras me perdía entre la multitud de la calle, el eco de mis pasos resonó en los adoquines. Una sonrisa socarrona se asomó en mis labios. Sabía que había dejado mi marca en ella, igual que ella había dejado la suya en mí. No éramos más que dos llamas ardiendo en el mismo incendio, devorándonos poco a poco, incapaces de alejarnos.

Esta guerra entre nosotros no tenía final feliz. Lo sabía, y ella también. Porque, al final, no era cuestión de si volveríamos a encontrarnos, sino de cuándo.

Y lo peor de todo era que ninguno de los dos estaba dispuesto a perder.

12

Alina

Desde el día en que nos vimos no había podido dejar de darle vueltas. Apenas me podía concentrar en mis estudios ni en mi vida privada porque el eco de mis pensamientos resonaba como un maldito trueno en mi cabeza. Estaba en *shock*. Aún no había podido asimilar lo ocurrido. Viktor Romanov era Anubis. El hombre que había desatado una tormenta de emociones en mí no era otro que el mayor enemigo de mi familia. La misma persona de la que mi padre me había advertido una y otra vez que debía evitar a toda costa. Pero allí estaba yo, enredada en una red que yo misma había tejido, sin saber cómo salir de ella.

Me pasé las manos por el rostro, tratando de calmar el caos que me consumía. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Su mirada, su manera de moverse, incluso el tono grave, rasgado y aterciopelado de su voz… Todo encajaba, y al mismo tiempo no tenía sentido alguno. ¿Por qué demonios había vuelto a buscarme a Aether si ya conocía mi identidad? «Porque es tan adicto a ti como tú a él», respondió una vocecita en mi cabeza. ¿Por qué estaba jugando conmigo? ¿Qué buscaba en realidad?

No podía contárselo a nadie. Ni siquiera a Lev, quien compartía un pasado con el mediano de los Romanov. Mi hermano era lo suficientemente impulsivo como para matar a Viktor en cuanto supiera lo que había pasado, y mi padre… Mi padre no dudaría en

acabar conmigo si descubriera que había tenido algo con un Romanov. Tenía que manejar la situación sola, igual que lo había hecho desde que tenía no más de quince años, cuando me marché de casa por no soportar las tensiones entre Lev y mi padre. Una vez más, iba a dejar a un lado mis deseos, por sacarme las castañas del fuego yo misma, aunque me consumiera por dentro.

Decidí que necesitaba recuperar el control, o al menos la ilusión de ello. Toda mi vida había sido una batalla constante para demostrar que no solo era «la hija de Vadim Orlov». Había crecido rodeada de lujo y sombras, escuchado en silencio las decisiones estratégicas que moldeaban el destino de nuestra familia. Había estudiado ciencias políticas con la esperanza de ser la estratega que mi padre necesitaba, la que podría asegurar el futuro de los Orlov en un mundo donde los hombres como mi hermano Lev lo destruían con impulsos vengativos. Pero a pesar de mi inteligencia y mi ambición, siempre fui subestimada. Mi juventud, mi género, incluso mi deseo de escapar del peso de las mafias, eran vistos como debilidades en un mundo que solo valoraba la brutalidad y el poder. Esa noche en Aether no solo era una provocación para Viktor. Era un desafío a las cadenas invisibles que me habían impuesto, un recordatorio para mí misma de que, al menos aquí, podía ser algo más que una moneda de cambio en un juego cruel.

Aether

Las primeras dos noches fueron una jodida tortura. Me paseé por Aether con la máscara ajustada, cubriendo mi rostro y con un conjunto de encaje negro que no dejaba nada a la imaginación. Pero

Viktor no apareció. Cada vez que la puerta se abría, mi cuerpo se tensaba con la esperanza de verle entrar, pero todo lo que encontraba era hombres desconocidos que me miraban como si fuese una presa fácil, sin saber que yo era la reina del lugar.

La tercera noche, estaba a punto de rendirme. Había pasado horas en el club, bebiendo vodka que no lograba calmar mis nervios, y bailando como una auténtica loca con tal de olvidarme de él. Pero entonces, le vi.

Viktor Romanov. Mi Anubis.

Estaba en la entrada, imponente como siempre, con esa maldita máscara que me hacía odiarle tanto como desearle. De repente, me olvidé de respirar. Su mirada me atravesó desde el otro lado de la sala, y por un instante, el mundo pareció detenerse. No podía ver sus ojos, pero sabía que me había visto. Lo supe por la tensión en su postura, por cómo inclinó la cabeza, como si evaluara cada uno de mis movimientos.

La rabia me recorrió como una descarga eléctrica, de pies a cabeza. ¿De verdad creía que podía controlarlo todo? ¿Que yo caería a sus pies otra vez? No, no lo haría. Si quería jugar, yo también sabía cómo hacerlo. Ya no era una cría como para aceptar que me manipularan.

Me giré de forma deliberada, ignorándole. Me dirigí hacia la barra, donde pedí otro vodka y, sin perder el tiempo, volví a la pista, donde empecé a contonearme, sintiendo como todas las miradas estaban puestas en mí. Un hombre se acercó, tomando una de mis manos, haciendo que girase sobre mis talones. Este no era nada del otro mundo, un tipo corpulento con un traje caro y una mirada cargada

de intenciones que no me interesaban en absoluto. Pero eso no importaba. Lo único que quería era que Viktor lo viese todo.

Le sonreí al desconocido, jugueteando con el borde de mi copa mientras le dejaba acercarse cada vez más a mí. Su mano encontró mi cintura y, aunque mi piel se tensó ante aquel contacto, me obligué a mantenerme relajada, continuando con el plan que acababa de trazar.

Me pegué a mi acompañante, rozando cada parte de mi cuerpo con él, provocándole hasta que pude sentir cómo su miembro se endurecía para mí. Paseé mis dedos por su pecho, y fue entonces cuando clavé la vista en mi querido Anubis.

—¿Te apetece que nos conozcamos un poquito más? —susurró el hombre en mi oído.

Sonreí ladina y juguetona, de manera calculada, asintiendo.

—Claro —respondí, permitiendo que mi voz sonara despreocupada. Sabía que Viktor me estaba observando y quería asegurarme de que no se perdiera ni un solo detalle.

El hombre dejó que sus manos vagaran por mi cintura, atrayéndome hacia él, mientras la música marcaba el ritmo a nuestro alrededor. Su aliento cálido chocó contra mi piel, y aunque su contacto no provocaba en mí ni una sola fracción de lo que Viktor lograba con una sola mirada, me obligué a permanecer allí, dejándole creer que tenía el control.

A mi alrededor, podía sentir las miradas lascivas, aguardando con delirio lo que estaba a punto de comenzar. En Aether, el anonimato era una ilusión; todos observaban y juzgaban, disfrutaban del espectáculo. Y yo estaba a punto de darles el mejor de sus vidas.

El desconocido inclinó la cabeza, permitiendo que sus labios rozasen mi cuello, mientras sus manos se deslizaban hacia mis muslos, levantando el vestido que me había puesto esa noche. Cerré los ojos, obligándome a respirar con calma, aunque mi corazón latía con fuerza. Pero no por él, no significaba nada, era por Viktor. Quien no había apartado la vista de mí, y que cada segundo que pasaba sin intervenir era una batalla interna que estaba perdiendo.

—¿A qué estás esperando? —murmuré, lo suficiente alto como para que mi voz se mezclara con la música, pero no tanto como para que llegara a los oídos correctos.

Me encaminé hacia uno de los butacones y, sin esperar a que mi nuevo acompañante llegase a mí, me subí el vestido, abriendo las piernas de par en par, dándole acceso a mi lugar sagrado. Paseé una de mis manos por la raja de mi sexo, adentrando un par de dedos entre mis pliegues. Joder, estaba tan húmeda que en cualquier momento chorrearía solo por la tensión que me provocaba toda aquella situación. Pude ver cómo la mandíbula de Viktor se apretaba, tanto que se me antojó que en cualquier momento sus muelas saltarían por los aires.

El hombre llegó a mí, con la camisa abierta, y lanzando la chaqueta de su traje al suelo. Se arrodilló entre mis piernas, relamiéndose como un jodido gato, y acercó su boca a mi monte de Venus. Podía sentir su cálido aliento chocando contra mi piel, y cuando estaba a punto de probarme, le vi.

Antes de que mi acompañante pudiese reaccionar, una mano firme lo tomó por la parte de atrás del cuello, obligándole a retroceder con tal fuerza que acabó volando por los aires y aterrizando en la moqueta. Alcé la vista justo a tiempo para ver la

máscara de Anubis inclinándose hacia el desconocido, con los ojos rechinantes de una furia que me hizo contener la respiración.

—Lárgate —siseó entre dientes, provocando que su voz sonase fría y grave.

El hombre balbuceó algo que no logré comprender, pero la mirada de Viktor fue suficiente como para que saliera tambaleándose, sin atreverse a mirar atrás. En cuanto desapareció, Viktor se giró hacia mí. Pude ver la ira en él, cómo lo consumía por no tenerme, y eso me fascinó.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Orlov? —gruñó con la voz tan baja que apenas yo pude escucharla, aunque su tono estaba cargado de rabia contenida.

—Has tardado mucho, ¿no? —desvié el tema.

Le sostuve la mirada, desafiándole, aunque mi corazón latía con tanta fuerza que estaba segura de que podría sentirlo.

—¿Te molesta que no sea tuya? —repliqué, con una mueca socarrona que supe que le provocaría aún más.

Un destello peligroso cruzó por sus ojos antes de que inclinara la cabeza, acercándose lo suficiente como para que nuestras máscaras casi se rozaran. Su mano subió desde mi cintura a mi cuello, provocando que mi sexo ardiese.

—Eres mía, Alina —gruñó, y esta vez me llamó por mi verdadero nombre, consiguiendo revolucionarme el alma—. Aunque quieras negarlo, aunque intentes desafiarme, sigues siendo mía —musitó, con la voz grave.

Alrededor de nosotros, las miradas no se apartaban. Podía sentir el peso de la atención de los demás asistentes, de su curiosidad morbosa, pero no me importaba. Todo lo que existía en ese

momento era él, su mirada fija en la mía, y el calor de su cuerpo pegado al mío.

—¿Qué harás, Viktor? —inquirí en tono chulesco—. ¿Me follarás aquí mismo delante de todos? —susurré, dejando que mi voz se tiñera de desafío.

Una mueca maliciosa se dibujó en sus labios, y su agarre se volvió un poco más fuerte, lo suficiente como para que mi respiración se entrecortara.

—Cuidado con lo que deseas, *tigrítsa*.

13

El aire entre nosotros estaba cargado de tensión, una mezcla explosiva de rabia y deseo que parecía envolvernos por completo. Podía sentir mi piel ardiendo bajo su toque, cada célula de mi cuerpo clamando por algo que no podía permitirme. Los murmullos en la sala se convirtieron en un eco distante mientras mi mente se centraba solo en él.

—No juegues conmigo, Romanov —siseé, aunque mi voz careció de la fuerza que quería transmitir. Mi cuerpo me traicionó, volviendo mi respiración errática, permitiendo que mis piernas cimbreasen sin control. Pero no permitiría que se percatase de ello, por lo que me estiré, alzando la barbilla.

—Eres tú quien ha empezado este juego, Alina —respondió, y sus labios rozaron los míos en una provocación que me hizo temblar—. Pero recuerda algo: yo siempre gano.

Sus palabras eran como un desafío que se clavó directo en mi orgullo. Antes de que pudiera responder, sus besos se estamparon contra los míos en un beso devorador que fue de todo menos suave. Fue un choque de voluntades, una batalla feroz en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Mis manos se aferraron a su chaqueta, tirando de él, mientras sus dedos recorrían mi cuerpo con una posesividad que no podía ni quise negar.

Y allí, en medio de Aether, rodeados de miradas curiosas y murmullos silenciosos, me di cuenta de que no había vuelta atrás. Habíamos cruzado una línea que no podríamos retroceder y ambos

estábamos tan perdidos en el fuego que nos consumía que no nos importaba quién pudiera vernos arder.

—Ven conmigo —gruñó Viktor contra mi boca, con una necesidad apabullante, permitiendo que su cálido aliento chocara contra mi piel, mientras sus manos apretaban mi cintura con fuerza, marcando su territorio frente al resto.

No respondí. Simplemente le miré, y supe que mis ojos se habían tornado tan oscuros y brillantes como los suyos. Giré sobre mis talones con gracia, encaminándome hacia las habitaciones privadas del club. Sentía su vista fija en mi espalda, ese fuego que irradiaba su presencia seguía persiguiéndome como una sombra. Sonreí ladina, al sentirme ganadora de aquel juego que no habíamos hecho más que empezar, porque sabía que me seguiría allá donde fuese como un perro a su dueño.

Cuando llegamos a una de las habitaciones pude percibir el olor a jazmín, el mismo que llevaban utilizando durante años. Me volteé para poder mirarle, esbozando una mueca traviesa en los labios mientras cerraba la puerta tras él, observándome como un maldito depredador a punto de atacar a su presa. Viktor no perdió el tiempo; sus manos encontraron mi rostro, sujetándolo con una fuerza sobrehumana, mientras sus labios reclamaban los míos de nuevo. Había una urgencia en sus gestos, como si quisiera devorarme allí mismo, lo que hizo que todo mi cuerpo se prendiese en llamas. Pero yo tenía otros planes.

Mis manos recorrieron su pecho, desabotonando su camisa con movimientos deliberadamente lentos, disfrutando de la tensión que se acumulaba en sus músculos. Le empujé hacia la cama, sin borrar la expresión divertida y lujuriosa de mi rostro, mientras él se dejaba

caer con una mirada oscura y hambrienta. En cualquier otro momento, habría sido yo la que estuviera temblando bajo su control, pero no lo haría esta vez.

—¿Qué estás tramando, *tigrítsa*? —cuestionó con la voz tan grave que me hizo estremecer. Sus ojos verdes brillaron con sospecha, pero no hizo ningún intento por detenerme.

—Solo relájate, Viktor —le insté, juguetona, mientras me subía a la cama, colocándome a horcajadas sobre él. Mis dedos pasearon por su duro pecho y, por un instante, deseé lamer cada uno de los tatuajes que lo cubrían, pero entonces, mis manos llegaron a sus muñecas. Antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, las esposas hicieron clic, sujetándole con firmeza a los barrotes del cabecero.

—¿Qué cojones haces? —gruñó, tirando de las esposas mientras sus ojos se oscurecían de rabia.

—Jugando, Romanov —respondí, inclinándome hacia él para que mi respiración rozase su oído, dejando mis labios a tan solo unos milímetros de distancia—. ¿No decías que siempre ganas? —cuestioné divertida—. Vamos a ver cuánto te gusta perder.

Alcé mi vestido al mismo tiempo que comenzaba a rozar mi sexo contra el suyo, que abultado clamaba mi atención dentro de sus pantalones vaqueros. Estaba empapándolo todo de mi esencia, pero poco me importó. Estampé mis labios contra los suyos, para segundos después, morder el inferior y tirar de este, provocando que un quejido se le escapase. Liberé su duro miembro, dejando a la vista una poderosa erección que deseé llevarme a la boca para torturarle, pero no lo hice.

Sin apartar la vista de él, retrocedí, dejando que mis manos vagaran por mi propio cuerpo mientras su mirada me devoraba. Había algo en sus ojos, una mezcla de ira y fascinación que me hizo sentir la mujer más poderosa del mundo, algo que jamás había experimentado antes. Tenía el control y no iba a desaprovecharlo.

Me deshice de mi vestido con lentitud, permitiendo que resbalara por mis hombros y cayera al suelo, dejando a la vista un conjunto de lencería negra de encaje que sabía que lo volvería loco. Subí una pierna sobre la cama, colocándola entre las suyas, mientras las yemas de mis dedos empezaban a recorrer mis muslos con parsimonia, sin prisa, ascendiendo hacia mi sexo. Un gruñido gutural salió de su interior, resonando en la habitación, mientras apretaba con fuerza la mandíbula, luchando por mantener el control que sabía que había perdido.

—¿Te gusta mirar, Viktor? —pregunté seductora mientras mis dedos se deslizaban por encima del encaje, encandilándome con el borde antes de colarse entre mis pliegues.

—Alina, no juegues conmigo —gruñó, tirando de las esposas con tal fuerza que los barrotes de la cama crujieron bajo la presión.

Verle de aquella forma, tan vulnerable y expuesto, me puso tanto que una parte de mí quiso follarle como una jodida amazona, mostrándole quién mandaba, succionarlo hasta que perdiese el sentido y cobrarme mi venganza como merecía. Sin que pudiera darme apenas cuenta, mis dedos ya delineaban mi abultado botón, provocando que cientos de descargas me recorrieran de pies a cabeza.

—Demasiado tarde, ¿no crees? —respondí, socarrona, dejando escapar un gemido mientras mi cuerpo se arqueaba.

Viktor maldijo en voz baja, con los ojos clavados en cada movimiento que hacía. Podía ver la frustración en su rostro, mezclado con un deseo que le estaba consumiendo. Esto era lo que quería. Verle desmoronarse, perder el control que tanto valoraba mientras yo lo dominaba por completo.

—Eres una puta diosa, Orlov —musitó, con la voz llena de desesperación.

Sin esperar ni un solo segundo, me subí a la cama y, cuando creía que iba a permitirle entrar en mí, me coloqué sobre su rostro, dejando su boca pegada a mi sexo. Sin dudarlo, comenzó a lamerme con un ansia delirante que traspasó mi ser, envenenando mi mente, consiguiendo que todo mi cuerpo se arquease. Me devoró como si estuviese comiéndose el plato más exquisito del mundo, introduciendo su lengua en lo más profundo de mi lugar prohibido, como si de su miembro se tratase. Enterré una de mis manos en su cabello, tirando de él, posicionándole para que no pudiera apartarse jamás. Una fuerte oleada de placer apareció en el horizonte, nublando mi entendimiento.

—Quiero follarte, Alina —confesó suplicante contra mi piel, pero de nada iba a servir.

Allí estaba yo, moviéndome de manera frenética, provocando que cientos de jadeos se escaparan de mis abultados labios, mientras yo no dejaba de rozar mis endurecidos pezones. Cuando alcancé mi clímax, mis gemidos llenaron la habitación, mi cuerpo tembló en sus labios para, segundos después, dejarme caer a su lado en la cama. Me tomé un momento para recuperar el aliento antes de levantarme, asegurándome de que mi vestido estuviera en su lugar.

—Suéltame —siseó entre dientes.

Me incliné hacia él, colocando mis labios a milímetros de los suyos.

—La próxima vez, Romanov, asegúrate de no subestimarme.

Con esas palabras, me giré y me dirigí hacia la puerta, dejándole allí, esposado, consumido por una mezcla de ira y deseo. Antes de marcharme, le lancé una última mirada y dejé las llaves de sus esposas sobre la mesita que había junto a la entrada.

—Hasta nunca, Viktor.

14

VIKTOR

El eco de sus tacones resonaba en la habitación mientras la ira me devoraba por dentro como un maldito incendio. Había tenido el control, o eso creía, hasta que ella me lo arrebató con una facilidad insultante. Tiré de las esposas una vez más, forcejeando, deseando romper los malditos barrotes para salir tras ella y arrastrarla de nuevo a la habitación. Pero lo peor no era estar atrapado; lo peor era saber que había dejado una huella tan profunda en mí que ni siquiera yo podía borrar.

Mi pecho subía y bajaba con fiereza, la respiración se me había tornado errática, mi piel aún ardía de deseo frustrado, y mi mandita erección palpitaba con rabia. ¿Cómo cojones me había hecho algo así? Yo, Viktor Romanov, el hombre que siempre mantenía el control, reducido a la nada, como si fuese una marioneta en sus manos. Y lo peor de todo… había disfrutado cada jodido segundo.

La muy zorra lo sabía. Vio el destello de lujuria y sumisión involuntaria en mis ojos mientras se tocaba frente a mí. Había escuchado mi respiración entrecortada, mi mandíbula tensarse y se había deleitado con mi desesperación. Porque eso era lo que había sido al fin y al cabo, desesperación pura.

Desesperación por probar más. Desesperación por hundirme en su piel. Desesperación por reclamar lo que, aunque no debía, sentía

que me pertenecía. Dejé ir un profundo alarido que resonó entre las cuatro paredes. Iba a matarla con mis propias manos.

Me peleé con más fuerza con las esposas, sintiendo cómo el metal se clavaba en la piel de mis muñecas. No me importó. Necesitaba liberarme, no solo físicamente, sino también del jodido influjo en el que me tenía atrapado.

La puerta se abrió de golpe.

Mi mirada se alzó, feroz, como un depredador listo para arrancarle la yugular a quien osara traspasar las puertas para encontrarme en aquel estado.

—Joder, Viktor. —La voz de Yuri, uno de los encargados de seguridad de Aether, resonó en el cuarto. Su expresión era una mezcla de sorpresa y diversión contenida—. ¿Qué mierda ha pasado aquí?

No respondí. Me limité a emitir un gruñido, al mismo tiempo que mi mandíbula se apretaba con tal fuerza que creí que las muelas me saltarían por los aires.

—Sácame de aquí. Ahora. —Mi voz sonó más dura de lo que esperaba, cargada de una amenaza que no necesitaba ser pronunciada.

Yuri silbó bajo mientras se acercaba.

—Cuidado, no me apuntes con la escopeta —bromeó.

—Cierra la puta boca —siseé con cara de pocos amigos.

Este asintió, al mismo tiempo que sacaba una pequeña llave de su bolsillo, para acercarse a desabrochar las esposas, que con un clic seco cayeron tras la cama. Sentí la presión desaparecer, pero la rabia aún corría por mis venas como veneno hirviendo.

Me froté las muñecas, la piel estaba enrojecida y marcada por el metal. El recuerdo que necesitaba para cobrarme mi venganza.

—¿Algún problema con la chica? —preguntó Yuri con media sonrisa.

«La chica».

No, no era solo una chica. Era Alina Orlov. Mi obsesión, mi maldita ruina. La única mujer que había conseguido llevarme al más puro infierno para traerme de vuelta a la tierra.

—Lárgate, Yuri.

El tipo dejó ir una sonora carcajada, pero no insistió. Sabía que no era buena idea joderme estando en ese estado. Cuando se marchó, me puse en pie, sintiendo el cuerpo tenso y aún cargado de adrenalina. Me vestí, notando como la presión en mi entrepierna no bajaba, me estaba a punto de reventar el pantalón. Caminé hasta el espejo de pared y me observé con una furia creciente. No solo era deseo lo que sentía. Era una jodida necesidad. Algo enfermizo y primitivo que me decía que no iba a parar hasta que ella aprendiese la lección.

Abrí un cajón de la mesita de noche y saqué un cigarro. Lo encendí con las manos aún temblorosas, y dejé que el humo llenara mis pulmones mientras mi mente no dejaba de repetir lo que acababa de suceder.

Me había usado.

Me había hecho suyo.

Y luego se había marchado como si no fuera nada.

Apreté los dientes, deseoso de agarrarla por el pelo y follármela como un puto animal, para enseñarle quién mandaba de verdad en

aquel desafío en el que estábamos metidos. Si creía que podía jugar conmigo y salir ilesa, estaba jodidamente equivocada.

Me giré hacia la cama revuelta. El aire estaba impregnado del aroma a jazmín y a sexo que Alina había dejado en la habitación. Joder. Inspiré con fuerza. Cerré los ojos, intentando calmar la rabia latente que amenazaba con consumirlo todo.

Alina Orlov había cruzado un límite, y yo iba a asegurarme de que lo pagase caro.

Solo de imaginar cómo sería el momento en el que le diese caza, mi miembro palpitó ansioso. Llevé la punta de mi lengua al colmillo derecho y sonreí ladino. Joder, cómo iba a disfrutar de ese momento. Alina no sabía con quién estaba jugando, y en el momento en el que conociese al verdadero Viktor, suplicaría clemencia, la misma que no estaba dispuesto a proporcionarle.

Salí de la habitación con pasos firmes, ignorando las miradas curiosas de los asistentes de Aether, ya que ni siquiera me molesté en volver a colocarme la máscara. Fuera, la brisa nocturna de Moscú me golpeó el rostro con un frío que no logró aplacar el incendio que bullía en mi pecho. Saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta y marqué un número.

—Nikolai —le llamé.

Mi hermano respondió casi de inmediato.

—¿Dónde cojones estabas? —inquirió furibundo—. Te he llamado cuatro veces.

—No tengo tiempo para broncas —aseguré, quitándole importancia—. Necesito información sobre la hija de Vadim.

Un silencio tenso se extendió al otro lado de la línea, como si una parte de Nikolai no quisiese seguir con la conversación.

—¿Alina Orlov?

—No, la Virgen María, Nikolai —le rebatí con sarcasmo—. Claro que me refiero a Alina, ¿qué otra hija tiene Vadim?

Ignoré su pregunta. No iba a explicarle que estaba obsesionado con una maldita Orlov. No iba a admitir en voz alta que ella me había jodido de una manera que nadie antes había logrado, y eso que solo nos habíamos visto en tres ocasiones.

—Necesito saberlo todo —le insté—. Su rutina, con quién se junta, dónde vive, lo que le importa… Lo quiero todo.

Nikolai bufó.

—Eres un puto psicópata, Viktor —sentenció—. No sé qué te traes entre manos, solo espero que no seas tan necio como para meternos en problemas.

—No me hagas perder el tiempo, Nikolai. ¿Me vas a ayudar o no?

Una pausa. Segundos después, la voz de mi hermano se tornó más seria y contundente.

—Te enviaré todo en cuanto lo tenga —aseguró—. Pero, Viktor… si estás metiéndote en esto por razones personales, será mejor que no cruces esa línea.

«Demasiado tarde», dije para mis adentros, ya que estaba metido hasta lo más profundo.

Colgué sin responder.

El humo del cigarro se disipó en el aire frío de Moscú, mientras mi mente trabajaba en cada detalle de mi próximo encuentro con Alina. Había pensado que podía usarme y después dejarme tirado como si no fuera nada. Pero ahora, era mi turno de jugar. Y esta vez, ella sería la que acabaría rogándome.

No por venganza.

No por poder.

Sino porque cuando la tuviera de nuevo, iba a demostrarle que, por mucho que quisiera engañarse, ya no podía vivir sin mí.

15

alina

Dos días más tarde.

Nada más abrir la puerta del apartamento, vi por el rabillo del ojo cómo algo se deslizaba bajo esta, saliendo impulsado hasta chocar contra la isla de mármol negro de la cocina. Contuve el aliento. Un sobre descansaba sobre el oscuro suelo, inofensivo, pausado. Un trozo de papel blanco sin remitente, sin marcas distintivas, pero que estaba segura de que llevaba dentro una amenaza silenciosa.

El vello de todo el cuerpo se me erizó en el instante en el que lo abrí con las manos firmes, pero con la respiración entrecortada. Cerré los ojos y, con parsimonia, saqué lo que contenía. Varias fotografías cayeron sobre la superficie de mármol. El sonido del papel deslizándose sobre la encimera fue lo único que se escuchó, ya que incluso mi corazón dejó de latir.

La primera imagen me golpeó como una bofetada en todo el rostro. Mi respiración se detuvo en seco cuando mis ojos recorrieron cada uno de los detalles que había en ella con una mezcla entre el horror y la rabia. Allí estaba yo, arrodillada frente a él, con las manos aferradas a sus muslos, la boca completamente entregada a su maldito placer, con mi cuerpo expuesto a la cámara de una forma tan íntima que sentí una oleada de furia y de lujuria ascendiendo por mi pecho como si de un incendio descontrolado se tratara. La máscara de Anubis cubría su rostro, pero no necesitaba verla para

saber quién era. Viktor Romanov. El hombre que había logrado quebrarme, que había atravesado todas mis barreras y me había dejado jadeante y temblorosa, vulnerable. Pero lo peor, lo que realmente hizo que un escalofrío me recorriese, no fue la postura ni la implicación, ni siquiera el hecho de que alguien nos había observado como un furtivo. Fue mi tatuaje.

El trazo negro de la serpiente ascendía por toda mi columna, desde la base de mi espalda hasta la nuca. Sus escamas se delineaban a la perfección sobre mi piel desnuda. Aquel símbolo, que siempre había representado mi capacidad de adaptarme, de deslizarme entre el peligro y la supervivencia, era una prueba irrefutable de que aquella mujer en la fotografía era yo. No había forma de negarlo ni excusas que pudiera fabricar. Cualquiera que viera aquella imagen y conociera a los Orlov sabría que yo, la única hija de Vadim Orlov, la hermana del hombre que había jurado venganza contra los Romanov, la mujer que, a los ojos de su familia, debería haber permanecido intocable, pura y libre de cualquier contacto enemigo. Y, sin embargo, allí estaba, arrodillada ante Viktor, devorándole con la misma necesidad con la que él me consumía.

Mi estómago se revolvió mientras pasaba al siguiente papel con los dedos crispados. Otra imagen. Esta vez no era dentro de Aether, pero el golpe fue igual de fuerte. Se me veía saliendo del club, con el abrigo ajustado al cuerpo, el cabello revuelto y una expresión que ahora comprendía con perfecta claridad: una mezcla de deseo satisfecho y de confusión. Me reconocí en la forma en la que mis labios permanecían entreabiertos, como si todavía pudiera sentir su aliento rozando mi piel, como si su presencia aún me envolviera, como si volviera al mundo real después de perderme en él.

El sudor frío se deslizó por mi columna cuando una idea aterradora cruzó mi mente. Si alguien me había estado siguiendo, si alguien había conseguido estas imágenes, ¿quién más las tenía? El corazón se me detuvo. ¿Era una advertencia? ¿Un chantaje? ¿O un simple recordatorio de que no estaba segura en ningún sitio? El pánico amenazó con apoderarse de mí, pero lo aplasté antes de que pudiera echar raíces. No tenía tiempo para dejarme consumir por el miedo. Tenía que pensar.

La mente me iba a dos mil por hora, atando cada cabo que la cruzaba con rapidez. ¿Quién podría haber hecho esto? La respuesta era tan obvia que dolía: Viktor. ¿Quién más sino él? Era el único que tenía sentido, el que podía querer joderme de esa manera. La pregunta estaba más que clara: ¿Por qué? ¿Qué ganaba exponiéndome? ¿Era una advertencia? ¿O tal vez una forma de mostrarme que no tenía el control de la situación?

Pero había algo que no cuadraba del todo. Viktor no era un imbécil. Era un manipulador, un estratega brillante, un jodido cabrón sin escrúpulos, pero nunca haría algo que pudiera comprometerle a él mismo. Si alguien descubría estas fotos, él también estaría en el punto de mira. No solo yo. Él. Y lo último que querría un Romanov era verse atrapado en una situación que pusiera en peligro su posición.

Eso significaba que, o bien estaba jugando una partida que aún no comprendía, o había otra persona en esta ecuación.

Me pasé una mano por el rostro, sintiendo la piel arder bajo mis propios dedos. No podía confiar en nadie. Ni en mi padre, ni en Lev, ni en ninguno de los hombres que decían protegerme. Si mi padre descubría las fotografías, me mataría con sus propias manos.

Me incorporé de golpe, sintiendo como una oleada de adrenalina comenzaba a recorrerme el cuerpo. No iba a permitir que Viktor tuviera la última palabra. Si él pensaba que podía jugar conmigo y salirse con la suya, estaba jodidamente equivocado. Si alguien tenía que cazar en este juego, iba a ser yo.

Caminé hasta mi armario, abriendo las puertas de par en par, con un movimiento brusco. Saqué un vestido negro ajustado, sin mangas, elegante como lo éramos los Orlov, pero tan sensual que Viktor no podría resistirse a mí. Me recogí el cabello en un moño alto, dejando al descubierto mi cuello, el mismo con el que él se había deleitado y reclamado como si fuera suyo. Me aseguré de que el maquillaje fuese impecable y de que cada detalle estuviese calculado.

Si Viktor quería guerra, la iba a tener.

No fue difícil encontrarle.

Después de varias horas analizando mis opciones, hice lo que mejor sabía hacer: usar la inteligencia como un arma.

Moscú tenía sus reglas, y una de ellas era que, si querías información, sabías a quién tenías que preguntar. Con un par de llamadas y el uso de ciertos contactos que preferían no meterse en problemas con la familia Orlov, localicé su paradero. Viktor estaba en un club clandestino de peleas, de esos en los que los hombres se metían en jaulas para resolver sus problemas a base de golpes y no de balazos.

El ruido me golpeó nada más entrar, antes incluso de verle.

La música resonaba con fuerza, y se entremezclaba con los gritos de los hombres apostando, mujeres animando y el sonido seco de los golpes chocando contra carne y hueso. La jaula estaba posicionada en el centro de una gran sala, rodeada de miradas ávidas que con orgullo y fiereza les retaban a ir a por más. El olor a sudor y sangre llenó mis fosas nasales, provocando que una arcada subiese hasta mi garganta. Estaba demasiado acostumbrada a permanecer en mi despacho, lejos de la acción, pero había sido instruida para ser letal, igual que mi hermano.

Mis ojos volaron hacia él.

Viktor.

No llevaba camisa. Su rostro estaba cubierto de cortes relucientes, mientras que su escultural cuerpo se llenaba de moretones oscuros que se entremezclaban con cada uno de sus tatuajes. Sus músculos se tensaban con cada movimiento, cada golpe que lanzaba contra su oponente. Pero lo peor de todo no era el acto en sí, sino el sadismo con el que se deleitaba dando y recibiendo cada uno de los puñetazos. Peleaba con una calma brutal, como si nada le afectara, como si cada impacto le alimentara. Era una máquina de guerra calibrada a la perfección para matar. Y, por un instante, no pude evitar deleitarme con su ferocidad, la manera en la que observaba a su contrario, o cómo la comisura de sus labios se ensanchaba ladina. Mi sexo palpitó, y me reprendí por ello, porque sí, ver aquella brutalidad en él despertaba en mí un instinto primitivo, imparable y tan animal que ni siquiera podía llegar a contradecirlo.

Pero no estaba allí para admirarle, sino para enfrentarme a él.

Sus ojos se posaron en mí, y fue en ese instante en el que, con un golpe certero, noqueó a su contrincante, provocando que cayese rendido al suelo, como si durante todo el tiempo anterior lo único que hubiese hecho fuese divertirse.

Viktor sonrió como un jodido gato, y creí que me desmayaría allí en medio, entre todo aquel barullo, rodeada de desconocidos. Estaba perdida.

16

alina

Al terminar la pelea, Viktor se sacudió las manos y salió de la jaula con la sonrisa de satisfacción instaurada en sus labios. La diversión tomó su gesto de nuevo, provocando que todo mi ser ardiese de las ganas que tenía de matarlo. Apreté las manos en puños, deseosa de joderle esa perfecta cara que tenía y que me volvía loca.

Sin siquiera mediar palabra, mi objetivo se vio envuelto por una marabunta de personas que no dejaban de vitorearle. Pobre diablo… Suspiré, permitiendo que tuviese su pequeño momento de gloria, para, segundos después, ver cómo se marchaba hacia una improvisada zona de vestuarios que apenas estaba cubierta con una valla rodeada de taquillas.

Caminé hacia él con la misma seguridad con la que había entrado, como si aquel lugar me perteneciese, dejando que el caos del club se fundiera en un ruido de fondo que apenas escuchaba.

—¿Qué cojones te crees que haces, Romanov?

Viktor arqueó una ceja, tomándose su tiempo para secarse el sudor con una toalla. Una gota de este resbaló por su mentón, cayendo a su pecho como un reguero por su pecho que descendió con parsimonia, provocando que mi boca se secara. Un cosquilleo se instauró en la zona baja de mi vientre, y es que parte de mí deseó que me tomase allí en medio, porque desde nuestro último

encuentro no había podido evitar pensar en él a cada segundo del día. Mi respiración se volvió pesada, igual que lo estaba la suya.

—Orlov. —Pronunció mi apellido con una sorna irritante—. Qué sorpresa. ¿Has venido a pedirme otra sesión de placer o a llorar porque me dejaste con los huevos azules?

Mi mandíbula se tensó, igual que mis manos. Todo lo que había provocado en mi ser se disolvió como si jamás hubiese existido. Me llevé una mano al arma que guardaba en el bolso de mano, pero, por alguna razón, me detuve. No respondí.

—¿Qué haces aquí, *tigrítsa*?

—¿Y tú? —inquirí—. ¿Te suenan? —escupí con rabia, al mismo tiempo que le lanzaba las fotografías contra su pecho desnudo.

Viktor las atrapó casi en el aire, sin siquiera inmutarse, bajando la mirada para inspeccionarlas, y durante un instante, su rostro no mostró reacción alguna. Solo había lugar para la frialdad que emanaba por cada poro de su piel. Segundos después, una sonrisa ladina se dibujó en sus labios, provocando que un impulso eléctrico me recorriese para morir en mi sexo.

—Mierda… —musitó con una preocupación que se me antojó fingida—. Me veo de puta madre en esta. —Su dedo recorrió la imagen en la que mi boca cubría casi por completo su erección—. Y tú, bueno… Parece que lo pasabas muy bien.

Mis mejillas ardieron y, por un momento, no supe si matarlo allí en medio o encerrarlo en el baño para que me tomase de esa manera tan brutal que tanto ansiaba.

—¿De qué cojones vas, Viktor? —Le empujé con ambas manos, pero apenas se movió ni un maldito centímetro—. ¿Qué mierda es esto? ¿A qué clase de juego estás jugando?

—Nos están mirando todos, *tigrítsa* —musitó, acercándose a mí—. Las habladurías corren como la pólvora en este mundillo, no querrás que tu papá se entere de que te has follado a un Romanov, ¿no?

—Te puedo poner los huevos de corbata aquí mismo si eso es lo que quieres, cabrón —siseé entre dientes—. Responde —le insté—. ¿A qué juegas? —recalqué cada una de las palabras.

Su mirada se oscureció y, por un instante, la diversión desapareció de su rostro.

—No tengo ni puta idea de quién tomó esas fotos, pero si crees que me importa algo, estás perdiendo el tiempo, Orlov.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo. No esperaba que admitiera nada, pero su indiferencia me cabreó aún más de lo que esperaba. Sin dudarlo un solo segundo, me acerqué más, invadiendo su espacio personal.

—Si no has sido tú, ¿quién ha sido? —espeté.

Viktor inclinó la cabeza, evaluándome con esa mirada depredadora llena de lujuria que siempre tenía y que conseguía que mi piel ardiese de una forma que odiaba.

—Quizás alguien que quiere joderte. —Hizo una pausa—. Quizás alguien que quiere joderme a mí. O quizás… simplemente alguien que disfruta viendo de cómo me comes la polla —musitó, acercando su boca a mi oído.

Mi mano voló antes de que pudiera pensar. El sonido de la bofetada resonó en el aire, provocando que su rostro se ladease por el impacto, pero apenas se movió. Permaneció allí, con la mandíbula tan apretada que se me antojó escuchar sus muelas crujir, con los ojos encendidos a causa del peligro.

El club pareció silenciarse por un momento.

Respiré con fuerza, mis manos temblaban igual que lo hacían mis piernas, que dudaba que pudieran mantenerme en pie mucho más. Me había jodido. No porque lo golpeara, sino porque su jodida expresión me decía que estaba disfrutando del momento. Y lo peor de todo era que yo estaba tan jodidamente atrapada como él.

Viktor se lamió el labio inferior donde mi golpe había dejado una leve marca que sumar al resto de sus magulladuras.

—Golpeas bien, *tigrítsa*. —Su voz sonó más grave, más raposa, llena de lujuria—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a besarme para compensarlo?

Mis dedos se crisparon, deseosos de darle una vez más.

—Que te jodan, Romanov.

—Ya lo hiciste —respondió sin dudar—. Me dejaste con la polla tiesa —añadió al mismo tiempo que tomaba una de mis manos para posarla sobre su abultado paquete, que ya palpitaba ansioso, tanto como lo hacía mi sexo—, por suerte ya hubo alguien que se encargase de hacer tu trabajo —aseguró con la chulería desesperante que solo él tenía, mientras volvía a esbozar esa mueca gatuna que tantos estragos provocaba en mí—. Aún sigo esperando un momento para devolverte el favor —Me tomó con fuerza de la cintura, pegando su cuerpo al mío. Sus labios se posaron sobre mi oreja para, segundos después, tirar de mi lóbulo en un mordisco—, y pienso follarte hasta partirte en dos, hasta que pidas clemencia entre sollozos, hasta que admitas que el puto rey de tu vida soy yo.

Me giré sin responder.

Necesitaba salir de allí antes de que hiciera algo de lo que me arrepintiera.

Pero mientras me alejaba, pude sentir su mirada ardiendo a mi espalda, como si ya tuviera planeado cómo iba a volver a atraparme.

Y lo peor de todo es que una parte de mí deseaba que lo hiciera.

17

alina

Mi corazón latía como un tambor de guerra mientras caminaba entre la multitud, con el cuerpo rígido y la mandíbula apretada hasta el punto de dolerme. No podía seguir allí ni un maldito segundo más.

Los sonidos del club se mezclaban con un zumbido ensordecedor, risas, murmullos y la jodida música atronando mis oídos como una burla cruel. Sentía los ojos sobre mí. Llevaba demasiado tiempo asistiendo a Aether como para que no me conociesen en la sala contigua, la de todo el mundo. El morbo, la curiosidad, la maldita expectación colgaban en el aire como cuchillas listas para cortarme.

Mi respiración era un desastre, no podía regularla ni hacer que la rabia dejase de retumbar en mi pecho con la potencia de un trueno. Cada palabra suya se repetía en mi cabeza como una maldición.

Ya lo hiciste. Me dejaste con la polla tiesa.

Por suerte, ya hubo alguien que se encargó de hacer tu trabajo.

¿Qué era lo que sentía? ¿Celos? Cada vez que una de sus frases se repetía en mi cabeza, me empujaba más y más al borde del abismo. Quería gritar, quería dar la vuelta, retornar al local y arrancarle la piel a tiras, hacer que se tragara cada una de sus malditas palabras, que se ahogara en su propia arrogancia.

Pero, sobre todo, quería borrarme de la piel el deseo inherente que aún me recorría.

Apreté las manos en puños con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas. Él lo sabía. Sabía que su cuerpo había sido mi condena desde la vez que me tocó, cuando ni siquiera conocía su identidad, que a pesar de que me jurase no volver a caer, la tentación estaba ahí, jodiéndome, carcomiéndome por dentro. Maldito bastardo.

El pasillo hacia la salida se me hizo eterno. Pasé junto a varios hombres trajeados que charlaban mientras sostenían sus copas de whisky, y no tardé en notar como uno de ellos me miraba con fijeza. Pero no lo hizo a la cara, sino entre las piernas, en las caderas, en la puta piel que mi vestido ajustado dejaba entrever.

—¿Estás sola, preciosa? —La voz de aquel imbécil llegó a mis oídos como una gota de gasolina en mi ya ardiente furia.

Me tomó con fuerza del brazo, y antes de que pudiese decir nada más, le fulminé con una mirada que debería haberlo reducido a cenizas.

—Vete a tomar por culo. —Mi voz sonó tan afilada como una navaja.

El tipo alzó las manos con una sonrisa socarrona y se volteó, murmurándole algo a sus amigos. No me importó, porque si hubiese permitido que lo hiciera, la cosa habría acabado demasiado mal para ambos.

Caminé sin rumbo, sin importarme la gente que pasaba a mi alrededor. Las luces de la ciudad destellaban como miles de promesas rotas, las mismas que yo me había hecho a conciencia, esas en las que juré alejarme de Viktor. La plaza Roja estaba a unas calles de distancia, y el Kremlin se alzaba en la noche como un testigo silencioso de mi absoluta miseria.

—Joder… —mascullé, frenando en seco.

Las piernas me cimbreaban como si de una hoja mecida por el viento se tratase. Mis labios aún ardían con el roce de su boca, mis muslos estaban impregnados con el recuerdo de sus manos, y mi cabeza… Mi cabeza era un campo de batalla en el que solo existía un nombre.

Viktor.

No podía permitirme esto.

No podía continuar sintiéndome así. Tan fuera de control, tan despojada de mi propia identidad, reducida a un puto desastre emocional por culpa de un Romanov.

Inspiré con fuerza, tratando de regular mi respiración, sintiendo como el aire frío de Moscú helaba mis pulmones. Cerré los ojos.

Uno…

Dos…

Tres…

Pero de nada sirvió. Mi cuerpo aún estaba en llamas, y lo peor de todo era que no sabía si era de rabia o del maldito deseo que se había grabado en mi piel como un tatuaje.

Apreté la mandíbula y continué caminando, sin rumbo, con los tacones resonando sobre los adoquines. Necesitaba llegar a casa, encerrarme en mi habitación y olvidar lo ocurrido. Necesitaba encontrar la manera de hundirlo, de hacer que pagara por todo lo que me estaba hacía sentir.

Porque lo que más me jodía no era que me deseara. Lo que más me perturbaba era que yo también lo deseaba a él. Y eso era algo que no estaba dispuesta a perdonarme.

Cada paso que daba por las calles de Moscú me pesaba como una maldita losa, como si la ciudad entera me observara, susurrando

entre las sombras mi vergüenza, mi rabia, mi jodida contradicción. El frío mordía mis mejillas, pero ni siquiera eso lograba borrar el ardor que Viktor había sellado en mi piel. Era como si su toque aún estuviera impreso en cada parte de mi cuerpo.

Caminé sin rumbo fijo, sintiendo el vaivén de la ciudad a mi alrededor. Los coches pasaban raudos, había grupos de gente joven que reía a carcajadas mientras se perdían en los callejones, un lugar al que yo debería pertenecer y del que me habían arrancado solo por ser una Orlov. Nunca se me había permitido ser normal, vivir una vida de niña o adolescente, ni cuando cumplí la mayoría de edad. Siempre estuve encorsetada en la imagen de la mujer en la que deseaban que me convirtiese, en vez de en la que quería ser. Tal vez por eso me había vuelto tal y como era, una auténtica malcriada, déspota y caprichosa. Puede que esa fuese mi excusa para amar lo prohibido, para haberme vuelto adicta a un hombre que no me convenía y que era más mayor que yo.

No podía volver a mi apartamento. No ahora. No con esas malditas fotos acechándome, con su rostro estampado en mi mente como una maldición. Necesitaba volver a casa, a la de mis padres. Apreté los labios con fuerza ante esa idea. No me sentía lista para enfrentarme a la presión de estar allí, bajo la mirada inquisitiva de mi padre, bajo el peso de las expectativas que llevaba arrastrando desde que tenía memoria. Pero en ese momento, era la única opción. No podía permitirme estar sola. No cuando todo en mi interior gritaba su nombre.

Tomé un taxi sin pensarlo demasiado. No quería llamar la atención apareciendo con el coche de la familia a esa hora, y menos con la cara desencajada y la mente prendida en llamas. El trayecto fue silencioso,

salvo por el sonido de la lluvia ligera que comenzaba a caer sobre el cristal.

Cuando llegué, la mansión Orlov se alzaba imponente en la penumbra, sus luces estratégicamente encendidas en ciertos ventanales, como un monstruo con los ojos abiertos. Pagué al taxista sin apenas mirarle, sin esperar el cambio, y subí las escaleras con el corazón golpeándome como un tambor en las costillas.

El aire cálido del interior me golpeó nada más cruzar la puerta. Todo estaba en calma, más de lo que hubiese imaginado, como esa tranquilidad que hay antes de una tormenta.

—¿Alina?

Di un respingo nada más escuchar mi nombre. Todo el cuerpo se me tensó, provocando que me quedase inmóvil. Alcé la mirada y ahí estaba, parado frente a mí. Lev. Mi hermano mayor me observaba con el ceño fruncido desde el pasillo, vestido con una camiseta negra y pantalones deportivos, claramente relajado antes de que mi inesperada presencia irrumpiera en su noche.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó con un tono que me confundió, ya que no llegaba a ser agresivo pero sí demandante. Sabía que algo no cuadraba, él siempre había tenido aquel sexto sentido.

Joder.

—¿Y tú?

—Padre y yo hemos estado organizando algunas cosas para el ataque a los Romanov —respondió sin darle demasiada importancia —, y como era tarde, no me ha apetecido marcharme a casa.

Lev vivía a dos horas de Moscú, en una mansión alejada del bullicio, donde contaba con un enorme arsenal de armamento militar

y objetos de inteligencia que le ayudaban a controlar cada una de las operaciones que se realizaban, ya fuese en contra de los Romanov o para el negocio familiar.

—¿Vas a decirme ahora qué haces aquí?

—No podía dormir —respondí con un tono neutro, al mismo tiempo que avanzaba hacia la sala principal con paso firme, como si nada estuviera fuera de lo común—. Me apetecía volver a casa.

Lev entrecerró los ojos. Sabía que estaba analizándome, por lo que le resté importancia a todo lo ocurrido.

—¿Estás segura? Pareces… —Se detuvo, escaneando cada mueca de mi rostro— agitada.

Mierda.

Negué con la cabeza e intenté esbozar una sonrisa en mis labios.

—Estoy bien, Lev —le aseguré—. Solo he tenido un día de mierda y preferí venir aquí en lugar de quedarme sola en mi apartamento.

Este asintió en silencio. Provocando que un escalofrío me recorriese de pies a cabeza, y mi corazón latiese con tanta fuerza que creí que lo escucharía. Mi hermano no era estúpido, y por más que intentara fingir normalidad, mi cuerpo no mentía. Las manos aún me temblaban, mi respiración era errática, y mis pupilas seguían dilatadas por la adrenalina, el deseo, por la puta frustración de no poder arrancarme a Viktor Romanov de la piel.

—¿Has bebido? —preguntó al final, al mismo tiempo que cruzaba los brazos sobre su pecho.

—No.

Mentira, mentira y más mentira. Había bebido en Aether, pero no lo suficiente como para culpar al alcohol de mi estado. Ojalá pudiera

hacerlo y tener esa excusa. Lev suspiró, pasándose una mano por el rostro, sin estar convencido.

—Está bien —cedió—. Pero si hay algo que no me estás diciendo, Alina… Sabes que puedes confiar en mí.

El peso de las palabras se me clavó en el pecho. No. No podía confiar en él. No en esto. No cuando, si se enteraba de la verdad, lo único que quedaría entre nosotros sería sangre. Lev iba a ser el heredero del imperio de mi padre, por lo que seguía a pies juntillas cada una de sus órdenes, replicando su modo de ver la vida.

—Lo sé —mentí con una mueca forzada—. No es nada, de verdad.

Lev asintió con lentitud, pero pude ver en su mirada como la duda seguía ahí. No insistió más y le agradecí en silencio por ello, ya que no estaba dispuesta a confesar la verdad, pero tampoco quería seguir mintiéndole.

—Voy a dormir —me excusé, cortando cualquier posibilidad de que la conversación continuara.

—Descansa, Alina —respondió con una suavidad extraña en él, dejando claro que no se creía ni una puta palabra de lo que le había dicho.

Subí las escaleras con pasos lentos y pesados, sintiendo su mirada fija en mi espalda hasta que desaparecí de su alcance. Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta con cuidado, y apoyé la frente contra la madera.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Me deslicé hasta el suelo, sintiendo la presión acumulada en mi pecho expandirse hasta que dolió.

Tenía que sacármelo de la cabeza. Tenía que hacerle pagar, y esta vez, no iba a permitirle ganar.

18

Viktor

Aún podía olerla en mi piel. Ese dulce perfume a jazmín, el rastro invisible de su sudor, la sensación de su boca, su lengua, sus gemidos ahogados en mi oído. Joder. Me había follado la mente, y eso era aún peor que hacerlo con mi cuerpo.

Me pasé una mano por el rostro, inhalando hondo mientras intentaba controlar el maldito incendio que me devoraba desde dentro. La imagen de Alina se repetía en mi cabeza como un maldito bucle: su mirada encendida de rabia, la boca entreabierta, cómo su cuerpo se tensaba con cada una de mis respuestas. Sabía que la jodida tensión entre ambos era una cuerda a punto de romperse, que la próxima vez que nos encontráramos, uno de los dos acabaría en el suelo. O en la cama.

Pero eso no era lo peor. Miré las fotografías. No tenía ni puta idea de quién las hizo. Había jugado con ella, burlándome en su cara, pero la verdad era que no tenía ni la menor pista de quién cojones quería jodernos a los dos. Y eso me ponía de una mala hostia monumental.

Encendí el cigarro y giré hacia la ventana de mi apartamento, observando las luces de Moscú expandirse bajo el cielo encapotado. La noche era espesa, como un puto presagio, y mi instinto me gritaba que esto no había hecho más que empezar.

No podía permitirme un cabo suelto. No con ella. No con los Orlov.

Cogí el móvil y marqué un número.

—Andrei, necesito que vengas a mi casa.

El tono en mi voz no admitía réplica.

—¿Qué ocurre? —cuestionó, con la misma rudeza que siempre.

—Te lo cuento cuando llegues. Es importante.

—Ya estoy de camino —aseguró al mismo tiempo que escuché el rugir de su moto.

Colgué y puse el cigarro en el cenicero, dejando que se consumiese, igual que lo haría yo si Nikolai se enteraba de todo lo ocurrido. Volví a repasar en mi mente todo lo que había pasado en los últimos días, pero aún más en las últimas horas. No podía confiar en nadie, ni siquiera en mis propios aliados. Pero si había alguien en quien podía apoyarme, aunque me costara admitirlo, era Andrei. No hacía demasiado que se había unido a nosotros, tras descubrir que nuestra madre era también la suya, y a pesar de que su apellido no debía ser Romanov, Nikolai decidió que era más que merecedor de tal honor.

En menos de veinte minutos tocó mi puerta.

Entró con paso seguro, con ese aire de seguridad controlada que siempre tenía. Llevaba una chaqueta de cuero y el gesto pétreo de quien ya había visto demasiadas cosas en su vida. Andrei había sido un mercenario desde que no era más que un chiquillo, y eso le había enseñado la crudeza de la realidad en la que vivíamos.

—¿De qué va esto? —preguntó sin rodeos al ver que sobre mi mesa se extendían las fotografías y posibles grabaciones de cámaras de seguridad.

—Necesito que investigues algo.

Andrei arqueó una ceja, analizando mi expresión con suspicacia.

—¿Desde cuándo necesitas ayuda para «investigar cosas»? —cuestionó, ya que siempre había intentado ir a mi aire, sin involucrar a la familia.

Me pasé la lengua por los dientes, sintiendo la tensión apretar mis hombros. Joder. Aún no podía confesarle lo ocurrido, y mucho menos con quien me estaba involucrando.

—Solo hazlo, Andrei —le pedí—, confía en mí.

Mi hermano menor me sostuvo la mirada sin parpadear, evaluando cada jodido matiz de mi expresión como el experto que era.

—Siempre lo he hecho —aseguró—. Pero si hay algo que deba saber, o que ponga en peligro a la familia, más vale que me lo digas ahora.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que creí que mis muelas saltarían por los aires como si de fuegos artificiales se tratara.

—Solo necesito saber quién está detrás de unas fotografías —le resté importancia.

—¿De qué fotos estamos hablando?

Respiré hondo, controlando el impulso que me gritaba que le contase toda la verdad a pesar de que eso pudiese joder todo el plan que Nikolai estaba orquestando.

—Eso no importa —me excusé.

Él chasqueó la lengua con desaprobación y con una impaciencia que comenzaba a ponerme de los nervios.

—Sí que importa, y lo sabes —aseguró—. Si hay algo que pueda ponerte en peligro, quiero saberlo.

Su lealtad me irritaba y me aliviaba a partes iguales. No estaba acostumbrado a dar explicaciones, y mucho menos cuando tenía algo que ocultar.

—No te preocupes por mí. Solo ocúpate de encontrar la fuente.

Permaneció mirándome en silencio, con esa intensidad suya de quien no se traga una sola de mis mentiras, pero al final asintió.

—Bien, pero cuando tenga respuestas, espero que tú también las tengas para mí.

Le tendí una de las imágenes en las que aparecía en el club con aquella máscara de Anubis que tan característica se estaba convirtiendo, y la miró con detenimiento.

—La fotografía se ha hecho con una LawMate —dijo con rotundidad nada más verla.

—¿Cómo lo sabes?

—El ángulo es de lo menos común, en el fondo podemos apreciar un ligero ruido debido a la falta de iluminación, y esta parte de aquí —añadió, apuntando los bordes—, tiene una ligera distorsión que indica que ha sido realizada desde una cámara no convencional.

—Intenta encontrar quién las ha hecho.

—Va a ser difícil, pero haré todo lo que esté en mi mano

Cuando se marchó, mi mente voló a un nuevo objetivo. Sonreí ladino, lleno de una maldad que no reconocí mía, o tal vez sí. Cogí una de las imágenes que me había dado Alina. No la peor. No la que nos mostraba en lo más prohibido, pero sí lo suficientemente comprometedora.

Observé la manera en la que nuestros cuerpos se unían, cómo mi mano descansaba en su cintura, la manera en la que nuestras piernas se entrelazaban deseosos de más. La polla se me endureció

al instante solo de pensar en ello, en el momento en el que Alina se había masturbado frente a mí, recorriendo su sexo con delirio, hundiendo sus dedos en la humedad de su ser y corriéndose sin apartar la mirada de la mía.

Estaba jodido de cojones.

Cogí el móvil de prepago y busqué el contacto de Lev Orlov. Ese hijo de puta que había crecido con el veneno de su padre en las entrañas. Iba a encargarme personalmente de que Anubis les jodiese todos y cada uno de los negocios que tuvieran en la ciudad. No escribí ni una sola palabra. Simplemente, le envié la imagen.

Y esperé.

19

Alina

Desperté sobresaltada con el corazón en un puño por la cantidad de golpes que alguien daba en la puerta de mi habitación. Miré el reloj y vi que eran las ocho de la tarde, ¿cuánto llevaba dormida? Me pasé la mano por la cara y fue entonces cuando la puerta se abrió de par en par, chocando con fuerza contra la pared.

—¡Alina! —vociferó mi hermano, irrumpiendo en mi habitación como un maldito huracán.

Mi corazón se aceleró, y me incorporé de golpe, parpadeando para intentar procesar qué demonios ocurría. Mi hermano estaba allí, de pie en el umbral de la puerta, sujetando su móvil con la mano en un puño, y una expresión que oscilaba entre la furia y la incredulidad.

—¿Qué cojones es esto? —espetó, lanzando el móvil sobre la cama.

Lo cogí sin entender nada… hasta que lo vi. El aire se me atascó en los pulmones y, por un instante, creí que el corazón dejó de palpitarme. Era una de las fotografías. No la peor, pero lo suficiente como para que Lev se hiciese preguntas.

No supe qué hacer durante unos segundos. Mi cerebro intentó correr a la misma velocidad que mis latidos, buscando una respuesta, una excusa, cualquier jodida mentira que pudiera sacarme de esto.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunté, tratando de controlar mi tono.

—Me lo han enviado.

Su mandíbula se tensó, y sus ojos azules se volvieron más oscuros, tanto que pude apreciar una tormenta en ellos.

—¿Quién? —inquirí.

—¿A mí qué cojones me importa quién? —gruñó—. Lo que quiero saber es qué significa esta mierda.

Mi cabeza iba a estallar en mil pedazos y no sabía siquiera cómo iba a recomponerla. Las manos comenzaron a sudarme, las palpitaciones en mi pecho se volvieron más fuertes, tanto que creí que en cualquier momento las escucharía. ¿Viktor había hecho esto? ¿O alguien más estaba moviendo los hilos?

—Lev, no es lo que parece.

—¿Ah, no? —inquirió para, segundos después, dejar ir una carcajada sarcástica mientras negaba con la cabeza—. Porque a mí me parece que estabas pasándolo demasiado bien con alguien en Aether.

Contuve el aliento, sintiendo como las piernas comenzaban a flojearme. Si Lev había recibido aquella fotografía, ¿quién más la tendría? ¿Y si había llegado a manos de mi padre? Las ideas cruzaban mi mente como rayos, sin que apenas me diese tiempo a detenerme en ellas, aturullándome

—¿Es que te has vuelto loca? —cuestionó al mismo tiempo que comenzaba a dar vueltas por la habitación como un león enjaulado.

—Lev, por favor, vas llamar la atención de padre y…

—¿Es que no te hemos advertido de esta clase de lugares? —me interrumpió como ido.

En un intento desesperado por desviar la atención de mi persona, me puse en pie y caminé hacia él, e intenté arrebatarle el teléfono de las manos.

—¿Me estás espiando? —inquirí.

—No necesito espiarte, Alina —sentenció—. No cuando recibo imágenes como estas en mi puto móvil.

Mi garganta se cerró. Mierda. Mierda. Mierda. Si no salía de la casa ya, iba a acabar confesando algo que no podía permitir que supieran.

—No tengo tiempo para tus paranoias, Lev. —Me coloqué las botas y cogí el abrigo—. Voy a aclararlo.

—¿Aclarar el qué?

Lo ignoré y salí del cuarto con pasos rápidos, dejando a mi hermano allí, con todas las preguntas colgando del aire. Tenía que encontrar a Viktor y hacerle pagar por la mierda que acababa de hacer.

La noche de Moscú envolvía la ciudad en un velo gélido, con las luces de las farolas titilando sobre los adoquines mojados como si fueran estrellas a punto de extinguirse. El frío se colaba entre mis huesos, pero lo único que en realidad sentía era el ardor de la furia palpitar en mis venas. Mi respiración era irregular, el pulso me martilleaba en las sienes con un ritmo frenético, y cada fibra de mi cuerpo vibraba con la tensión contenida de una bestia al borde del colapso.

Sabía que iba a estar allí antes siquiera de verlo. Su presencia era como un jodido veneno en el aire, inconfundible, adictivo y

destructivo al mismo tiempo. No necesitaba girarme para sentir la presión invisible que se cernía sobre mi espalda, ese peso que me decía que Viktor Romanov me había esperado. No importaba cuánto me esforzara en ignorarlo, cuánto intentara arrancarlo de mi piel, porque siempre volvía a encontrarme. O tal vez era yo la que siempre terminaba volviendo a él.

Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavaron en las palmas, tratando de contener la oleada de emociones que me consumía. Rabia. Dolor. Frustración. Deseo. Todo mezclado en una espiral peligrosa que no quería analizar. Porque hacerlo significaba tener que admitir que la razón por la que mi piel ardía no era solo odio, y eso era algo que jamás iba a aceptar.

No me detuve, no giré la cabeza, solo seguí avanzando con pasos rápidos y decididos, como si pudiera huir de la tormenta que llevaba dentro, de él. Pero Viktor no era alguien de quien se pudiera escapar. Él era el tipo de hombre que te cazaba con paciencia, que te seguía en la sombra hasta el momento exacto en el que decidía atraparte. Y lo supe en cuanto su voz rasgada se deslizó sobre mi piel como un roce invisible.

—Tienes mala cara, *tigrítsa*.

Mi cuerpo reaccionó antes de que lo hiciese mi mente. Me giré con tanta rapidez que los tacones chirriaron contra la piedra mojada, con la respiración descontrolada y la mirada encendida por la furia. Allí estaba él, apoyado contra la pared como si no tuviera una sola preocupación en el mundo, con su chaqueta de cuero abierta, dejando entrever los rastros de la pelea en la que se había metido. Tan malditamente relajado, tan jodidamente seguro de sí mismo y tan guapo que me dolió en el ego admitirlo. Porque sí, Viktor era el

hombre más atractivo que hubiese visto jamás. Una sonrisa ladina se dibujaba en su rostro, brillando bajo la tenue luz de las farolas, y eso era el puro reflejo de un hombre que sabía que estaba ganando la partida, incluso cuando ni siquiera se molestaba en mover sus piezas.

—Tú —bisbiseé.

Su nombre se me quedó atascado en la garganta como una espina venenosa. Odiaba la manera en la que cada maldita sílaba parecía traer consigo el recuerdo de su boca sobre mi piel, de sus manos sujetándome como si yo le perteneciera. Pero más que eso, odiaba que él lo supiera. Que me mirara de esa manera, como si pudiera ver lo que había más allá de mi ira, como si pudiera oler el puto desastre emocional que me tenía al borde del colapso.

Viktor arqueó una ceja con fingida inocencia, su expresión estaba rebosante de una burla pretenciosa que quise borrar.

—¿Esperabas a otro? —cuestionó chulesco.

No lo pensé. No lo analicé. Solo dejé que mi cuerpo hiciese aquello que tanto deseaba: Mi puño se elevó directo hacia su rostro con la única intención de borrarle esa maldita sonrisa, de hacerle pagar por cada segundo que había ocupado en mi mente. Pero Viktor ya lo esperaba. El muy cabrón ya sabía que iba a atacarlo incluso antes de que yo lo supiera.

Con una facilidad insultante, atrapó mi muñeca en el aire. Sus dedos se cerraron alrededor de mi piel con firmeza, pero sin apretar demasiado. No me hacía daño, pero me dejaba claro que, si quisiera, podría reducirme en cuestión de segundos.

El calor de su agarre me quemó.

Estábamos demasiado cerca. Mi pecho subía y bajaba con cada respiración, tan agitada como errática, el suyo apenas se movía, como si disfrutara de cada segundo de mi rabia. Y lo hacía. Lo veía en sus ojos, en la forma en la que su mandíbula se tensaba, en cómo sus labios se curvaron una vez más en una sonrisa que provocó que mi sangre hirviera aún más.

Sin que pudiera esperarlo, me tomó por la cintura, arrastrándome al interior de uno de los callejones adyacentes a la calle principal.

—Me gusta cuando vienes a buscarme —ronroneó contra mi oído.

Su voz descendió a un tono tan bajo que sentí su vibración en mi piel, un ronroneo grave que se deslizó sobre mi cuerpo como un veneno. Le odié. Lo hice con todo mi ser por todo lo que aquello significaba.

Forcejeé, intentando liberarme, pero su agarre no cedió. Nunca lo hacía.

—Voy a matarte, Romanov —siseé entre dientes, escupiéndole a la cara.

Su mueca se ensanchó, lenta, perversa, como si acabara de escuchar la confesión más divertida del mundo. Como si supiera que, en el fondo, jamás podría hacerlo. Mi sexo palpitó ansioso de un nuevo encuentro, porque aunque me sacase de mis casillas, mi cuerpo le deseaba con una fuerza inhumana.

—Si de verdad quisieras matarme, *tigrítsa*… ya lo habrías hecho —musitó—. Es más, me juego lo que quieras a que… —Antes de terminar la frase, coló una de sus manos bajo mi vestido, alzándolo —, estás tan húmeda... —gruñó al mismo tiempo que adentraba dos de sus dedos en mi interior.

Las palabras se agolparon en mi garganta, pero lo único que pude hacer fue emitir un gemido ahogado. Viktor alzó los dedos con los que acababa de tocarme hasta su boca y los lamió con una lujuria que debería estar prohibida.

—Mátame, *tigrítsa* —susurró—, si te atreves.

Sus palabras flotaron entre nosotros, cargadas de certeza. De desafío.

Y lo odié aún más, porque en ese instante supe que estaba perdida.

20

Viktor

El frío me mordía la piel, pero el verdadero incendio ardía entre mis manos. Alina estaba allí, atrapada entre mi cuerpo y la pared húmeda del callejón. Su pecho subía y bajaba a un ritmo frenético, su mirada brillaba encendida por el odio y por algo más oscuro, eso que se negaba a admitir.

—Mátame, *tigrítsa* —murmuré de nuevo, con una sonrisa perezosa, cargada de una seguridad que llegaba a ser, incluso, peligrosa—. Sé que lo estás deseando.

Su mano voló en un intento desesperado de apartarme, pero la atrapé en el aire. Nuestros cuerpos se pegaron más. Su respiración caliente chocó contra mi cuello, y pude oler el vodka y la furia en su dulce aliento.

—Eres un cabrón —siseó entre dientes.

Sonreí ladino contra su piel, percibiendo como mi miembro palpitaba, imaginándose resguardado en lo más profundo de su interior.

—Y tú una mentirosa.

Llevé mi boca a su oído, dejando un beso justo debajo de su mandíbula, sintiendo cómo contenía el aliento.

—Dime que no me deseas —susurré, dejando mis labios a escasos milímetros de los suyos—. Dime que no estás empapada solo porque te tengo aquí atrapada.

Un jadeo se ahogó en su garganta cuando mis manos, crueles y expertas, se deslizaron sobre su ropa hasta llegar a su rincón prohibido, de nuevo. Dios, estaba tan cachondo que podría haberme corrido solo de sentir el ardor de su sexo.

—Viktor, para… —pidió en un leve murmullo, pero su tono no fue una orden, sino una súplica, una que me gritaba que la tomase toda para mí.

Y eso fue suficiente para romper lo que quedaba de mi control.

Estampé mis labios contra los suyos, devorándola con una fiereza que no reconocí, la misma que solo ella era capaz de despertar. Al principio, Alina intentó resistirse, pero, segundos más tarde, todo su cuerpo clamaba mi atención, correspondiéndome cada uno de los besos que le daba. Un jadeo se le escapó cuando separé mis labios de los suyos, tirando del inferior, lo que dibujó una sonrisa gatuna en mi rostro.

Y allí estaba, al borde de la locura, dispuesto a arrodillarme frente a la hija del mayor enemigo de mi familia, a punto de claudicar y servirle mi vida.

El sonido de unas voces masculinas llegó desde el final del callejón, sacándome de la burbuja de pensamientos en la que me encontraba.

Joder.

Sin pensarlo, la giré con brusquedad y la empujé contra un montón de cajas apiladas, cubriéndola con mi cuerpo. Mi mano se deslizó por su boca antes de que pudiera soltar una maldición, acallando cualquier sonido.

—No hagas ruido —murmuré, pegando mis labios a su oído.

Ella forcejeó, pero yo ya estaba hundido en su piel. Mis manos viajaron por su cuerpo con la misma brutalidad con la que ella intentaba resistirse. Deslicé los dedos por sus muslos, sintiendo cómo su piel ardía bajo mi toque.

—Viktor… —susurró, en un tono tan peligroso que hizo que mi miembro palpitara con pura ansiedad.

Le subí el vestido con un solo movimiento, dejando al descubierto unas bragas de encaje negro que se ceñían a su lugar prohibido, chorreantes por su humedad. Dios, estaba tan jodidamente lista para mí que quise arrancárselas con los dientes.

Besé su cuello, succionando la piel justo donde sabía que la haría perder el control. Porque sí, yo estaba al borde del colapso, pero lo que el cuerpo de Alina revelaba era aún mayor que lo que me gritaba su mirada.

—Dime que esto no es lo que quieres —le desafié, al mismo tiempo que mis dedos se adentraban en su sexo con una facilidad insultante.

Una sonrisa chulesca tironeó de la comisura de mis labios, y no pude evitar soltar un gruñido al sentir como su interior me engullía tan hambriento como lo estaba yo. Me aparté un segundo de ella, lo suficiente como para poder ver su rostro en la penumbra, cómo tenía la boca entreabierta, hinchada a causa de los besos, y por un momento, deseé romperla.

—Vamos —gruñí entre dientes, acercándome un poco más a su oído—. Dime que no quieres que te folle —le ordené.

No lo hizo.

No se apartó.

Solo dejó caer la cabeza contra mi hombro, con la respiración agitada, quemándome con su aliento, con las piernas temblorosas y su cuerpo rindiéndose a la realidad que tanto se esforzaba por negar.

Los hombres pasaron de largo, hablando entre ellos, sin siquiera prestarnos atención. Para ellos no éramos más que dos sombras en la ciudad. Dos desconocidos envueltos en la penumbra, ajenos al mundo.

Pero ella… ella estaba perdida, y yo estaba a punto de destruirla.

Apreté mi erección contra su sexo, empujándome con una necesidad primitiva, sintiendo cómo el calor de su cuerpo me consumía. El vestido aún estaba subido, las bragas estaban empapadas, pegadas a su piel, y mis manos no encontraban la manera de apartarse de sus muslos.

—Eres mía, *tigrítsa* —sentencié contra su oreja—. No importa cuánto intentes huir, siempre acabas viniendo a mí.

Alina ahogó un gemido que me supo a gloria, al mismo tiempo que mordía su labio con tanta fuerza que creí que se haría sangre.

—Esto no cambia nada —musitó.

Sonreí con perversión, sabiendo que estaba tan perdida como yo.

—Lo cambia todo.

Mis dedos continuaron moviéndose en su interior, sintiendo la humedad pegajosa que confirmaba lo que ya sabía.

Ella me deseaba. Me odiaba por ello. Pero al mismo tiempo me quería.

—Me das asco —escupió, pero entonces, mis acometidas se volvieron más fieras.

—Dilo otra vez, *tigrítsa* —murmuré con la voz ronca, deslizando mis dedos dentro y fuera de ella con una lentitud tortuosa, notando su cuerpo estremecerse contra el mío—. Pero mírame a los ojos mientras lo haces.

No lo hizo.

No pudo.

Sus manos se aferraron a las cajas de su lado, sus uñas se clavaron en la madera al mismo tiempo que su espalda se arqueaba en el momento exacto en el que uno de mis dedos se posicionó en su pequeño botón, haciéndola jadear.

—Hijo de puta —susurró, temblando.

Me reí contra su cuello, hundiendo mi nariz en su cabello, como un puto pervertido, inhalando su aroma a jazmín mezclado con el perfume embriagador del deseo.

—Dilo fuerte —la desafié, frotando mi pulgar contra su clítoris en pequeños círculos.

Su cuerpo se tensó con violencia, consiguiendo que se rozase contra mi abultado paquete, arrancándome un gruñido.

Joder.

Mi mano abandonó su centro solo el tiempo necesario para desabrocharme los pantalones, liberando mi erección dolorosa, goteante y lista para reclamar lo que ya le pertenecía: Ella.

Me incliné aún más sobre su cuerpo, sujetándola por la nuca y obligándola a mantenerme la mirada, mientras colocaba la punta de mi miembro contra su entrada, frotándola con movimientos lentos y calculados.

—¿Quieres que te folle aquí mismo? —pregunté, rozando mi glande contra su clítoris, sintiendo su humedad bañarme—. ¿O es

demasiado sucio para una Orlov?

Su aliento salió en jadeos entrecortados, pero no respondió.

—Te he preguntado algo, Alina —mascullé.

Sus uñas se clavaron esta vez en mi espalda, provocando que un gesto de dolor atravesase mi rostro.

—Vete a la mierda —sentenció.

Estampé mis labios contra los suyos, comiéndomela con una ansiedad que me consumía, tan cachondo que podría haberme corrido con tan solo un roce.

—No es eso lo que te he preguntado —repetí.

—Hazlo.

Y entonces la embestí de una sola vez, hundiéndome en su interior hasta el fondo, arrancándole un grito ahogado que murió en la noche de Moscú. Una, dos, tres, cuatro… Mis estocadas no dejaban de repetirse, consiguiendo que su cuerpo se tensase alrededor de mí como una condena, una puta tortura que estaba dispuesto a asumir.

Mis manos atraparon sus caderas, sosteniéndola con fuerza, consiguiendo que sus largas piernas rodeasen mi cintura, mientras me retiraba con lentitud para volver a entrar con una brutalidad calculada, asegurándome de que sintiera cada centímetro de mi miembro abriéndose paso dentro de ella.

Joder.

—Eres tan jodidamente estrecha... —gruñí, inclinándome sobre ella, mordiendo su labio.

Alina tembló, su cabeza cayó hacia adelante, mientras su boca se entreabría en un intento desesperado por contener los sonidos que la traicionaban. No se lo permití. Atrapé su barbilla con una de mis

manos, obligándola a mirarme mientras me la follaba contra la pared de aquel maldito callejón.

—Mírame —le ordené, en el instante en el que todo su cuerpo se estremeció—. Quiero ver cómo te corres para mí, Orlov.

Sus pestañas temblaron, su mandíbula se tensó y su respiración se convirtió en un desastre maravilloso. En sus ojos vi todo lo que necesitaba ver. Odio. Desesperación. Placer. Deseo. Perdición.

Su orgasmo llegó como una maldita tormenta, arrollándome. Su interior se contrajo con fuerza, atrapándome en una prisión de la que jamás querría salir. Mis manos volaron hacia su cuello, sujetándola, obligándola a observarme mientras me corría en su interior, rugiendo su nombre en la oscuridad.

—Nunca te olvides de a quién perteneces —siseé.

21

Viktor

—No te pertenezco y jamás lo haré —escupió con rabia.

Sonreí ladino. Me encantaba esa actitud, ese jodido carácter que me volvía loco, las ganas que tenía de llevarme la contraria, ese desafío en su mirada. Podía percibir cómo se odiaba a sí misma por haberse dejado llevar con alguien como yo, y lo cierto es que poco me importaba. Porque sabía que, al final, acabaría en mis redes, y entonces, darían igual los apellidos.

—Lo has sido desde el preciso instante en el que te abandonaste a mí, *tigrítsa* —aseguré, porque tenía tan claro lo que ambos sentíamos que ni siquiera tendría pudor en aceptarlo—. Lo eres y lo serás para siempre, te guste o no.

—Voy a matarte, Viktor —prometió.

Su voz sonó como un ronroneo afilado, un puñal que quería clavarse en mis entrañas, pero que no podía porque ella ya era mía. Dejé que una mueca burlona se volviese a dibujar en mi rostro, al mismo tiempo que rozaba mis labios con los suyos.

—Hazlo, Alina —susurré, deslizando mi lengua por el borde de su boca—. Pero primero, dime que no te ha gustado.

Me fulminó con la mirada, sentenciándome. Pero lo que no podía esconder es que su cuerpo aún vibraba pegado al mío por el maldito orgasmo que nos había arrollado.

No lo dijo. No podía. Porque ambos sabíamos la verdad.

—Te lo juro.

—¿Antes o después de que vuelvas a correrte para mí, *tigrítsa*?

Un jadeo de indignación se ahogó en su garganta cuando salí de ella, provocando que todo su ser se estremeciese. Gruñí, percibiendo como toda mi simiente caía entre sus piernas, provocando que mi deseo por ella volviese a crecer. Mi miembro palpitó con fuerza.

Apreté la mandíbula, deseoso de llevármela a cualquier lado para hacerla gemir, para que gritase mi nombre hasta quedarse afónica. Joder. El ansia me estaba matando.

—Déjame ir —siseó, pero el temblor de su tono me lo dijo todo.

Ella no quería que la soltara. Se odiaba por ello. Pero aún me odiaba más a mí por saberlo.

—Dímelo otra vez —murmuré contra su boca, al mismo tiempo que mi pulgar delineaba su labio inferior—. Dímelo sin que te tiemble la voz.

El silencio fue ensordecedor. Ni ella ni yo nos movimos. La cuidad seguía rugiendo a nuestro alrededor, los ecos lejanos de los coches, y las risas de los transeúntes en la avenida solo eran un recuerdo. Pero allí, en la oscuridad del callejón, solo existíamos nosotros. Y la guerra silenciosa que no dejábamos de librar, esa que ambos estábamos perdiendo. Apreté los dientes, cerrando los ojos un segundo antes de apartarme, lo justo para que pudiera recuperar el aliento.

El frío me caló en los huesos cuando me separé de ella, guardándome el miembro como si no hubiese ocurrido nada.

—Huye ahora, Alina —musité—. Antes de que te obligue a admitir lo que de verdad quieres.

Me miró, con la mandíbula tan tensa que pude escuchar sus dientes rechinar. Y entonces lo hizo. Se giró sin decir una sola palabra más, y comenzó a caminar, permitiendo que sus tacones resonaran en el pavimento mojado, con el vestido aún sin colocar del todo y la respiración errática.

Me quedé allí, en la penumbra del callejón, observando cómo se marchaba con pasos rápidos y tambaleantes, como si intentara huir de lo que acabábamos de hacer. Como si creyera que la distancia pudiera borrar lo que su cuerpo ya había admitido. Pobre *tigrítsa*. No tenía ni idea de lo jodida que estaba.

Solté un gruñido bajo, pasándome la una mano por la mandíbula mientras la adrenalina comenzaba a disiparse, dejando tras sí un ardor que no me abandonaba. Cada centímetro de mi piel estaba impregnado de su olor, de su jodida esencia. Y mi cuerpo… mi cuerpo seguía en guerra con mi mente, exigiéndome más de ella. Como si con solo una vez fuera suficiente.

Con una maldición, me separé de la pared, enderecé la chaqueta y eché a andar, metiéndome las manos en los bolsillos mientras el aire frío de Moscú intentaba enfriar el infierno que llevaba en el pecho.

No funcionó.

Nunca lo hacía.

Encendí un cigarro, inhalando la nicotina con la esperanza de que quemase el nombre de Alina Orlov de mi maldita cabeza. Se había grabado a fuego en mi interior, como si de una marca inevitable se tratase. Joder. Tomé la ruta más larga de regreso a casa, permitiendo que el ruido de la ciudad me envolviera, que el caos nocturno me distrajera de la sensación que no dejaba de

consumirme. Ese jodido ansia que me prendía en llamas sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

No sabía qué coño iba a hacer con ella. La tenía en la cabeza, en las venas, como una droga de la que no podía desengancharme. Y eso, además de cabrearme, me hacía peligroso.

No tardé demasiado en llegar a mi edificio. Subí las escaleras en silencio, con la mente aún atrapada en el recuerdo de su mirada cuando la tuve contra la pared, en la forma en la que su cuerpo me había recibido sin reservas a pesar de las malditas amenazas, en cada uno de los gemidos que se le habían escapado. E incluso, en la manera en la que me había dicho que me mataría con los labios aún hinchados por mis besos.

Sonreí guasón. Que me matara, si tenía cojones.

Abrí la puerta y me deshice de la chaqueta, dejándola sobre el sofá antes de encaminarme hacia la cocina. Saqué una botella de vodka del estante y serví un trago, sintiendo cómo el líquido ardía en mi garganta al mismo tiempo que un pitido me hacía girar la cabeza.

El móvil comenzó a sonar con insistencia sobre la mesa. Fruncí el ceño, cogí el dispositivo y miré la pantalla.

Alexei.

Contuve el aliento, ¿qué demonios estaba ocurriendo? Llevaba días sin saber de él, más de lo normal. Respondí al instante, dejando que mi espalda se apoyara contra la encimera.

—¿Qué ocurre?

Silencio.

Algo en mi interior se tensó al notar el peso contenido en la respiración de Alexei al otro lado de la línea. No era normal que me llamara así, y menos a estas horas.

—Viktor… —Su voz sonó tensa, nerviosa e incluso titubeante. No era miedo, no, mi hermano nunca temía a nada, pero sí había una urgencia que hizo que mi agarre en el vaso de vodka se endureciera —. Necesito tu ayuda.

Me enderecé como impedido por un resorte.

—¿Qué ha pasado? —cuestioné furibundo.

Silencio de nuevo. Y entonces, su respuesta llegó, baja, con una seriedad que me hizo apretar la mandíbula.

—No puedo explicártelo por teléfono. Solo… dime dónde estás y voy a buscarte.

La sensación de alerta se instaló en mi pecho de inmediato.

—Estoy en casa —contesté, con la mirada clavada en la pared como si pudiera darme las respuestas que no tenía—. ¿Dónde estás tú?

Un soplido.

—Cerca. Sal en diez minutos.

Y la llamada se cortó.

Bajé el teléfono con lentitud, mirándolo durante un largo segundo antes de soltar una maldición y apurar el trago de vodka de un solo golpe. Algo no iba bien. Fuera lo que fuera, Alexei no era de los que pedían ayuda si no era por algo realmente jodido.

Tomé mi chaqueta de nuevo, asegurándome de que la Glock estuviera en su sitio antes de salir del apartamento. La noche seguía igual de fría, igual de ruidosa, pero la sensación en mi pecho había cambiado. Algo estaba por venir. Y tenía la sensación de que no iba a gustarme una mierda.

22

Viktor

Había algo en la llamada de Alexei que me había dejado inquieto. No era normal que pidiera ayuda de esa manera, menos aún sin dar explicaciones. Mi hermano menor no era precisamente un santo, pero tampoco era un imbécil que se metiera en líos de los que no pudiera salir por sí solo.

Encendí otro cigarro mientras esperaba apoyado en la farola frente al bar que me había indicado en el mensaje de texto posterior a la llamada. No era un lugar cualquiera. Un pub de mala muerte en el borde del distrito industrial, donde los hombres de negocios turbios cerraban tratos que nunca quedaban escritos en ningún lado. El tipo de sitio donde la gente no hacía preguntas porque las respuestas podían costarle la vida.

Escuché pasos apresurados detrás de mí y supe que era él sin siquiera girarme.

—Viktor —Alexei me llamó con la voz baja, casi susurrante.

Me giré con lentitud y le observé. Algo iba muy mal. Su mandíbula estaba tensa, la chaqueta de cuero que llevaba parecía haber sido puesta a toda prisa, y sus ojos estaban más oscuros de lo normal, con esa sombra de alguien que se ha metido en un problema más grande de lo que puede manejar.

—¿Qué mierda está pasando? —inquirí sin rodeos, llevándome el cigarro a la boca mientras le echaba un vistazo.

Alexei miró a su alrededor antes de hablar, como si esperara que alguien nos estuviera observando. Ese gesto me jodió. Los Romanov no éramos presas, éramos cazadores. Y si mi hermano estaba actuando como si alguien pudiera emboscarlo en cualquier momento, entonces la situación era peor de lo que imaginaba.

—Necesito que me ayudes a acabar con un hombre. —Su voz sonó fría, pero la tensión de su cuello lo delató.

Mi ceja se arqueó, sorprendido por su petición.

—¿Desde cuándo necesitas ayuda para deshacerte de alguien?

—No es tan simple, Viktor. —Alexei apretó los dientes y se pasó la mano por el pelo, un gesto que solía hacer solo cuando estaba al borde del puto colapso—. Este tipo… —Vaciló un segundo—. Es el único que conoce dónde está un cargamento importante.

En mi mente se encendieron mil alarmas. Mi instinto me dijo que me ocultaba algo.

—¿Qué tipo de cargamento?

Silencio.

El cigarro se consumió entre mis dedos mientras el cabrón se quedaba callado, mirándome como si se debatiese entre la vida y la muerte.

—Alexei —gruñí con el tono de advertencia que solo usaba cuando estaba perdiendo la paciencia.

Él suspiró, apartando la vista.

—Es… un negocio que no puedo dejar caer. No ahora.

Mentira. Lo conocía demasiado bien como para no darme cuenta de que lo que estaba diciendo no era la verdad, o al menos, no toda.

—¿En qué cojones estás metido, Alexei? —cuestioné—. ¿Coca?

—¡Nada, joder! —Alzó la voz—. Nada de lo que pienses es importante. —Se apresuró a añadir—. Lo que importa es que necesito tu ayuda para hacer desaparecer a ese hijo de la gran puta antes de que cause problemas.

Algo se removió en mi interior. No me gustaba lo que estaba escuchando, y aún menos la manera en la que mi hermano menor me estaba ocultando información.

—Si no me dices en qué mierda estás metido, no puedo ayudarte. —Mi voz sonó cortante, dejando claro que no iba a mover un solo dedo hasta que me diera respuestas, y no las que ya me había dado, sino las reales.

Alexei chasqueó la lengua y se pasó una mano por la cara antes de soltar una carcajada vacía que sería capaz de helarle el alma a cualquiera.

—Joder, Viktor —masculló con aversión—. ¿Puedes dejar de interrogarme como si fuera un jodido crío?

Bufé para, segundos después, apretar la mandíbula, negando.

—Si te comportaras como un hombre, no tendría que hacerlo.

El silencio entre ambos se volvió más pesado. Alexei me fulminó con la mirada, pero yo no retrocedí. Nunca lo hacía.

—Escúchame bien —dijo al final con el tono más grave—. No puedo decirte nada más. No todavía. Solo… necesito que confíes en mí.

Lo examiné por un momento, buscando alguna fisura en su coraza, algo que me diera una pista de en qué demonios estaba metido. Lo único que encontré fue desesperación. Una que no pertenecía a Alexei. Él siempre había sido el cabrón más tranquilo y confiado de los tres, el que se tomaba las cosas con más calma que

Nikolai y yo. Pero ahora… ahora lo veía jodidamente perdido, y eso era lo que más me preocupaba.

—¿Por qué no hablas con Nikolai? —pregunté al final, a sabiendas de la respuesta.

—Porque no quiero meterlo en esto.

Puse los ojos en blanco, suspiré y volví a encender un cigarro.

—Es el líder de la familia, Alexei —aseguré—. Si hay algo que pueda joderle el negocio, lo mejor es que lo sepa cuanto antes, si no, acabará siendo demasiado tarde.

—No es solo sobre el negocio, Viktor —gruñó frustrado—. Esto es algo mío. No quiero a Nikolai husmeando.

Me pasé una mano por la nuca y maldije para mis adentros. No me gustaba una puta mierda lo que estaba ocurriendo, pero Alexei era mi hermano. Si me necesitaba, ahí estaría, aunque no estuviera de acuerdo con su forma de manejar la situación.

—Está bien. —Suspiré, mirándole con seriedad—. Pero cuando todo esto se salga de control, porque lo hará, vas a ser tú quien tenga que explicárselo a Nikolai.

Alexei asintió con rapidez, pero vi la culpa en su mirada. Sabía que esto no iba a acabar bien, pero en su mente, todavía podía controlarlo. «Pobre niño», pensé para mis adentros, porque al final, él siempre sería el pequeño de la familia.

—Gracias, hermano.

No respondí. No tenía nada más que decir, al menos no sobre todo este conflicto familiar en el que nos íbamos a meter.

—¿Dónde está el tipo?

Alexei deslizó me tendió un papel con la dirección. Lo tomé sin apartar la vista de él. Tenía sus métodos para conseguir la

información, pero eso no quería decir que lo tuviera controlado.

—Esta noche —sentenció—. Tenemos que acabar con él.

Lo guardé en el bolsillo y asentí.

—Entonces, será mejor que nos pongamos en marcha.

Me di la vuelta y eché a andar hacia el coche. El crujido de los pasos de Alexei me siguió de cerca, pero algo en mí me decía que esto no iba a ser solo una ejecución más. Había algo más en todo esto. Algo que todavía no veía.

Pero lo descubriría. Y cuando lo hiciera, mi hermano se arrepentiría de haberme ocultado la verdad.

23

Viktor

El sitio apestaba a óxido, humedad y a la jodida desesperación de los que habían pasado antes por aquí. Un viejo almacén abandonado en las afueras, sin cámaras, sin testigos, con nada más que el eco de nuestros pasos resonando en las paredes carcomidas por el tiempo. La única luz que había provenía de un enorme foco que reposaba en el suelo, el cual no dejaba de parpadear como si estuviera a punto de morir.

El cabrón estaba atado a una silla en medio de la sala. Sangraba por la nariz, tenía el labio partido y un ojo hinchado. Respiraba con dificultad, como si cada bocanada de aire le costara la vida entera. Alexei le había calentado antes de que llegáramos, dejándole claro que no tenía escapatoria.

Me apoyé contra la pared, sacando un cigarrillo del bolsillo y encendiéndolo con calma, dejando que el humo se dispersara en el aire rancio. Observé al hombre, midiendo su miedo, disfrutando del modo en el que su respiración se volvía errática cada vez que Alexei daba un paso en su dirección.

—Sabes por qué estás aquí —gruñó Alexei, con una frialdad que me sorprendió incluso a mí.

El tipo alzó la cabeza con esfuerzo, y esbozó una débil mueca en sus labios, mostrándonos sus dientes cubiertos de sangre.

—Mierda… Si vais a matarme, hacedlo ya —escupió.

Alexei chasqueó la lengua, inclinándose hacia él.

—Si estuvieras muerto, no podrías darnos la información que queremos —murmuró con una sonrisa torcida—. Y créeme, amigo, si no hablas, haré que desees estarlo.

Me crucé de brazos, viendo la escena sin intervenir. Alexei tenía su propia manera de hacer las cosas y, aunque no siempre la compartía, esta vez le dejaría jugar a su manera.

El hombre rio entre dientes, aunque su voz sonó ahogada por el dolor.

—Jódete, Romanov.

«Mal movimiento», pensé para mis adentros. Sin siquiera darle tiempo para parpadear, un fuerte golpe le cruzó el rostro, haciendo que cayese hacia un lado.

Alexei dejó ir un sonoro suspiro, al mismo tiempo que negaba con la cabeza, y justo antes de sacar un cuchillo de su cinturón. Pero no uno cualquiera, sino uno de filo curvo, diseñado para causar el máximo sufrimiento posible.

—Vaya, vaya… —murmuré, exhalando el humo—. Parece que tenemos aquí un jodido valiente.

Sin previo aviso, tomé uno de los machetes que reposaban sobre la mesa, y corté su dedo índice y parte del dedo corazón. El hombre dejó ir un profundo alarido que hubiese podido helarle la sangre a cualquiera, pero no a nosotros. Alexei volteó el rostro, fijando su mirada en la mía, aprobando mi gesto.

Antes de decir nada, mi hermano hundió la hoja en su pierna, justo en la parte del muslo, y giró la muñeca con el semblante de un auténtico psicópata. Alexei era de esos con carita de ángel, pero capaces de desangrar al mismísimo demonio sin siquiera parpadear. Era sádico, calculador y metódico. Disfrutaba de infligir dolor, los gritos eran música para sus oídos, por lo que los alaridos del hombre que teníamos frente a nosotros eran una delicia.

—¡Hijo de puta! —bramó entrecortado, su cuerpo se retorció en la silla, pero no tenía opción, no podía huir.

Alexei sonrió con la mano aún aferrada al cuchillo, sin sacarlo.

—Mira que intento ser educado… y tú me hablas así.

Giró la hoja de nuevo. El aullido de dolor se volvió ensordecedor. Suspiré, dejando caer la ceniza al suelo.

—Vamos a ahorrarnos esto —comenté sin ganas—. Sabemos que eres el único que conoce la ubicación del cargamento. Sabemos que, sin ti, nadie podría encontrarlo. Y que, si no hablas, Alexei se va a divertir contigo hasta que no quede una sola gota de sangre en tu cuerpo.

El hombre no dejó de jadear, con la cabeza gacha, mientras su rostro brillaba, perlado por el sudor.

Alexei bufó, exasperado, y sacó el cuchillo de su pierna de un solo tirón, provocando que la sangre brotara en un espeso charco oscuro. El tipo se quejó con fuerza, doblándose sobre sí mismo. Me acerqué con calma, dejando que los pasos resonaran en la enorme nave.

—Lo que no tiene ni puta idea es de lo que pasa cuando nos desafían, amigo. —Mi voz descendió a un tono bajo, letal—. Y créeme, no quieres averiguarlo.

El cabrón no dejó de temblar, estaba a punto de romperse.

—Dímelo ahora y acabaremos rápido —susurré cerca de su oído —. Hazme perder el tiempo y Alexei probará todas las formas que existen para hacer sufrir a un hombre.

Vi la pelea interna en su mirada. El orgullo luchando contra el instinto de supervivencia.

—Vale, vale… —farfulló con la respiración entrecortada—. Está… está en un almacén en los muelles. —Paseé una de mis navajas por su rostro al mismo tiempo que una mueca burlona se dibujaba en el mío—. Contenedor 73C. Pero no podréis entrar sin la clave de seguridad.

—Dámela.

Él cerró los ojos con fuerza, como si intentase recordarla.

—Joder… —exclamó al ver como Alexei rebuscaba algo en el maletín de las armas—. Es D-8-4-9-K.

Silencio.

Mantuve mi mirada en él unos segundos, analizando si había dicho la verdad o intentaba jodernos. Su nerviosismo y mi intuición me dijeron que estaba cantando todo. Me giré hacia Alexei y le hice una señal que nuestro acompañante captó.

—¡Espera, espera! —balbuceó—. Hay algo más.

—¿Qué? —inquirió mi hermano.

—Hay una descodificación biométrica.

—Perfecto —espeté, al mismo tiempo que veía como mi hermano sacaba su arma y, sin dudar un segundo, disparaba. Una sola bala, directo a la cabeza.

Su cuerpo se desplomó, la sangre salpicó el suelo y el sonido del disparo retumbó en el almacén antes de que el silencio absoluto lo consumiera todo. Me acerqué al hombre y, de la misma manera que

lo había hecho antes, le corté la mano derecha, guardándola en una bolsa de plástico, y le arranqué el ojo del mismo lado.

—Rápido y limpio —comenté sin emoción.

Me limpié las manos con un pañuelo de tela blanca, y volví a cruzarme de brazos. Mi hermano guardó el arma con movimientos tranquilos, aunque pude percibir como sus manos temblaban. No lo suficiente para que alguien normal lo notara, pero yo no era alguien normal.

—Nadie más puede saberlo —musitó—. Este cabrón era el único que tenía la ubicación exacta. Si lo hemos hecho bien, nadie encontrará el cargamento antes que nosotros.

No me gustaba una mierda la forma en la que lo decía, como si estuviera en una jodida carrera contra el tiempo, y eso me escamó.

—Alexei —le llamé con la voz tensa.

Se giró hacia mí, pero desvió la vista hacia un lateral.

—Viktor, confía en mí —me pidió—. Solo necesito un poco más de tiempo antes de contártelo todo.

Mis puños se apretaron a los lados.

—Esta es la última vez que te cubro sin saber la verdad —le advertí—. Si las cosas se ponen feas, no esperes que pueda salvarte el culo otra vez.

Alexei asintió, pero sabía que era un puto mentiroso, y yo era más listo que un zorro, sabía que me estaba metiendo en algo que iba a estallar tarde o temprano. Pero cuando lo hiciera, me aseguraría de que mi hermano no terminara con una bala en la cabeza.

Guardé mi arma y me giré hacia la salida, sabiendo que esto no había terminado. Era solo el puto principio.

24

Viktor

Encendí otro cigarro, inhalando la nicotina con fuerza mientras observaba a Alexei de reojo. Mi hermano menor tenía la mandíbula tensa, las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero y ese puto brillo en la mirada que me decía que ya tenía una decisión tomada.

Lo peor de todo era que no iba a gustarme una mierda.

—Voy a ir yo solo a por el cargamento —soltó de repente, con la voz baja y firme.

Exhalé el humo con lentitud, dejando que las palabras se asentaran en el aire y giré la cabeza hacia él con una calma sobrehumana. Lo estudié durante unos segundos, viendo la rigidez de su postura, la tensión en sus hombros y el puto nerviosismo disfrazado de falsa confianza.

No le creía.

—Estás de coña, ¿no? —espeté, arqueando una ceja, sabiendo de antemano que la conversación no iba a terminar bien

Alexei chasqueó la lengua, desvió la mirada hacia un punto muerto en la pared del almacén y apretó los labios con fuerza. Su paciencia pendía de un hilo. La mía, en cambio, ya había desaparecido.

—Esto es algo que necesito manejar yo solo, Viktor —insistió.

Mi mandíbula se tensó.

—No me jodas, Alexei —gruñí—. No puedes meterme en este lío y después decidir que vas a jugar solo.

—Puedo y voy a hacerlo —replicó con una calma casi irritante—. Lo tengo todo controlado.

Estuve a punto de agarrarle por el pescuezo para tirar de él y llevarlo ante Nikolai, para que se dejase de tonterías y entrase en razón. Lo que estaba haciendo no estaba bien, aunque en cierto modo, ¿quién era yo para juzgarlo? Estaba follándome a una Orlov, y lo peor de todo era que la situación empezaba a carcomerme con una ansia sobrehumana.

Le sostuve la mirada, viendo la determinación en su rostro, pero también el rastro de una jodida mentira. No lo tenía controlado. Sabía que la estaba cagando, pero aún no se daba cuenta de cuánto.

—Si te metes en una mierda más grande de lo que puedes manejar, no voy a poder sacarte de ahí —le advertí—, ni siquiera Nikolai podrá.

—No necesito que me saques de nada.

Su respuesta fue un puñetazo directo a mi orgullo. Quise replicarle, porque una parte de mí continuaba viendo al niñato que siempre había sido, con ese cabello negro y esos ojos grises tan vivarachos que siempre había tenido. Lo analicé durante unos segundos más, y al final, bufé, pasándome una mano por el rostro y tirando la toalla.

—Haz lo que te salga de los huevos, Alexei —espeté con cansancio, a sabiendas de que aquello no llegaría a buen puerto—. Pero si todo se va a la mierda, serás tú quien se encargue de explicárselo a Nikolai.

Su mandíbula se apretó con tanta fuerza que creí que en cualquier momento le estallarían las muelas. No me lo discutió porque sabía tan bien cómo yo que estaba en lo cierto.

—Una semana —anunció—. Una semana y esto estará resuelto.

—No la cagues, Alexei —le advertí—. En una semana tenemos la boda, y nada puede salirse de los planes, suficiente tenemos con los Orlov como para tener que preocuparnos también por una panda de sicarios.

—Te lo prometo.

No dije nada más. Solo lo vi alejarse con pasos decididos, con la cabeza alta y la falsa seguridad de alguien que estaba caminando directo a la boca del lobo sin darse cuenta. Y yo, estaba permitiéndoselo.

Pasaron los días.

La primera noche me dije a mí mismo que no me importaba.

La segunda, ya no estaba tan seguro.

Pero la tercera, sabía que algo no iba bien.

Alina Orlov era un puto enigma. Siempre aparecía donde no la esperaba, me sorprendía con sus reacciones, con su puta boca insolente y su manera de desafiarme con esa mirada que me prendía en llamas. La última vez que la vi, nos habíamos devorado en la penumbra del callejón, y su despedida había sido una amenaza de muerte.

Lo peor de todo no era eso, sino que parecía habérsela tragado la tierra. No estaba en ninguna parte, ni Aether, ni la mansión de los

Orlov, ni su apartamento… En ninguno de los lugares donde esperaba encontrarla.

Lo intenté todo. Pregunté a mis contactos, llamé a los hombres que vigilaban los movimientos de los Orlov, incluso pasé por lugares que solía frecuentar. Pero nada.

Ni rastro.

El cuarto día empecé a inquietarme.

El quinto, a desesperarme.

Para el sexto, ya me había vuelto completamente loco.

Esa condenada había desaparecido y no podía hacer nada para encontrarla, y eso me quemaba por dentro como una maldita enfermedad.

—Viktor, estás fumando demasiado —gruñó Dimitri desde el otro lado de la mesa, al mismo tiempo que me observaba con el ceño fruncido.

Ignoré su comentario. Estaba en mi apartamento, con la botella de vodka casi vacía y el puto cenicero repleto de colillas. Me había peleado con seis hombres la noche anterior, tenía el cuerpo amoratado, pero poco me importaba. No dormía bien, no pensaba con claridad. Lo único que ocupaba mi cabeza era ella.

—¿Cuánto tiempo llevas sin verla? —preguntó, apoyando los codos sobre la mesa.

Me pasé la lengua por los dientes, dejando la colilla en el borde del vaso. No le había confesado lo que sentía por Alina, pero sí que estaba preocupado por lo que pudiera traerse entre manos después de haberme amenazado. Había mentido, sí. Lo único que quería era arrastrarla a mi apartamento y follármela, confesarle la manera en la

que me destruía no tenerla cerca, ver la devoción con la que me observaba a pesar de que su boca dijese lo contrario.

—Una semana.

Dimitri dejó escapar un suspiro pesado, pasándose la mano por la nuca.

—Tal vez solo está evitando encontrarse contigo —comentó—. No sería raro después del encontronazo que tuvisteis.

Gruñí, negando con la cabeza.

—No. No creo que sea eso.

Porque Alina no huía. No de mí. Si no aparecía, significaba que algo iba demasiado mal, y yo iba a descubrir qué coño estaba pasando, costase lo que costase.

Me puse en pie como impedido por un resorte, sacando el móvil del bolsillo. Dimitri me miró con el ceño fruncido, fulminándome con la mirada.

—¿Qué demonios vas a hacer?

Lo observé ido, porque sí, estaba perdiendo la puta cabeza y la cordura con ella.

—Voy a encontrarla —anuncié—. Y al cabrón que se atreva a ponerle una mano encima, lo voy a desmembrar con mis propias manos.

Y lo peor era que no estaba exagerando. Si alguien se había atrevido a tocarla… iban a conocer al verdadero Viktor Romanov, al que no tenía piedad, al que no dejaba cabos sueltos. Al que estaba dispuesto a quemar el mundo por ella.

25

Viktor

El tráfico de Moscú era una puta pesadilla. La nieve caía en copos gruesos, cubriendo la ciudad con un manto blanco que se ensuciaba rápido bajo el peso de los coches y el ajetreo incesante de la vida nocturna. Pero yo no estaba en condiciones de apreciar una mierda.

Mi cabeza aún seguía atrapada en la discusión con Nikolai. Joder, qué manera de tocarme los huevos. Había intentado sonsacarme información sobre Alexei. Sabía que nuestro hermano menor estaba en algo sucio, y como líder, no le gustaban las putas sorpresas, cosa que en cierto modo entendía. Pero yo había cerrado la boca, fiel a la promesa que le había hecho a Alexei, y eso me dejaba en una situación jodida. Nikolai tenía un maldito radar para las mentiras, y aunque no me había confrontado de manera directa, el mensaje estaba claro: No me jodas, Viktor.

Dejé el coche en el *parking* y, al salir, resoplé, encendiéndome un cigarro mientras doblaba la esquina de mi calle. Iba con el ceño fruncido, el abrigo abierto y las manos metidas en los bolsillos. No tenía paciencia para mierdas esa noche.

Hasta que la vi.

Primero creí que era un espejismo; pero después me percaté de que lo que veía era tan real como mi maldita vida.

La silueta tambaleante de una mujer caminando sola, sin rumbo, como si estuviera completamente ida. Bajo las luces parpadeantes

de la farola más cercana, la reconocí de inmediato. Alina.

El puto mundo se detuvo.

El corazón se me encogió en el pecho y la rabia subió por mi garganta en cuestión de segundos, como un veneno hirviendo. No podía creerlo. Había pasado casi nueve días buscándola, volviéndome loco sin saber dónde coño estaba, y ahora… ahora estaba ahí, frente a mí, con el rostro cubierto de sangre.

Corrí hacia ella, lanzándome al suelo sin dudarlo en el momento en el que se desplomó. Tomé con mimo su cabeza, apoyándola sobre mis piernas, sintiendo como la adrenalina estallaba en mí.

—Alina. —Su nombre salió de mi boca como un susurro maldito, como una súplica y una condena al mismo tiempo.

No levantó la cabeza. Le aparté el cabello como pude y, por un instante, fue como si no me viera, como si estuviera demasiado atrapada en su propia mierda como para percatarse de que era yo quien la sujetaba. La imagen me golpeó con violencia hasta dejarme sin aire. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que podía escuchar el rechinar de mis muelas a punto de estallar. Iba a matar al hijo de puta que le hubiese puesto la mano encima y me daba igual de quién cojones se tratase, pero con ella no se jugaba.

Tenía los labios partidos.

El pómulo derecho inflamado.

Un rastro de sangre seca en la comisura de su boca.

Dos lágrimas emanaron de sus ojos enrojecidos, bañando su rostro, arrastrando el líquido rojizo. La coloqué de pie, pero sus piernas flaqueaban con cada paso, como si apenas tuviese fuerzas para mantenerse. Iba vestida con una camiseta fina y unos

pantalones oscuros, sin abrigo, sin protección contra el gélido frío de la ciudad.

La tomé de los brazos, con fuerza, con una desesperación que me consumía, como si al soltarla fuera a desvanecerse en la noche.

—¿Quién te ha hecho esto, *tigrítsa*? —pregunté con la voz tan baja y afilada que apenas me reconocí.

Ella pestañeó con lentitud, con los ojos encharcados en lágrimas. Estaba sufriendo un *shock*, un puto estado de trance que me heló la sangre en las venas.

—Dímelo —le ordené, sintiendo el fuego de la rabia carcomiéndome las entrañas—. Pienso arrancarle el corazón del pecho, Alina.

No respondió.

No lo necesitaba.

Porque en cuanto la sujeté un poco más, la vi encogerse. La forma en la que su cuerpo se tensó y un leve quejido se le escapó de entre los labios fue lo único que necesitaba. Me aparté un poco, recorriéndola con la vista de pies a cabeza. Fue entonces cuando me di cuenta de la forma en la que se abrazaba a sí misma, como si intentara protegerse de un daño invisible. Y lo vi.

Marcas en sus muñecas.

Putas marcas moradas en su piel. Como si alguien la hubiera atado, como si la hubieran retenido contra su voluntad. No era un simple ataque en medio de la ciudad, la habían tenido secuestrada, por eso no supe nada de ella en los días anteriores. Entonces, todo mi mundo se volvió oscuro.

El rugido ahogado de pura furia me retumbó en los oídos, pero lo único que hice fue quitarme el abrigo para cubrir su diminuto

cuerpo, inclinándome hacia ella para tomar su magullado rostro entre mis manos con todo el cuidado que pude.

—Alina, ¿qué te han hecho? —Mi voz sonó ronca, despojada de toda burla, de toda arrogancia.

Ella me miró y, por primera vez, me vio. En su mirada no había desafío, ni odio, solo agotamiento. Un puto abismo de desesperación.

Entonces lo entendí todo.

—Lev. —Escupí su nombre con la certeza absoluta de que tenía razón.

No hizo falta que me lo confirmara. Su silencio fue sentencia, la manera en la que apartó su mirada, la tensión en sus hombros, todo me dio la respuesta.

Su propio hermano. Ese hijo de puta.

Si antes estaba cabreado, ahora estaba en un estado de furia tan visceral que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no soltarla y salir corriendo directo a la casa de los Orlov a destripar a ese cabrón y a toda su puta familia.

Pero ella me necesitaba, y era ahora o nunca.

—Voy a matarlo —juré, mi voz fue apenas un murmullo, pero estaba cargada de una verdad que era absoluta.

Alina me miró y, por primera vez, vi miedo en sus ojos. No hacia mí, no, sino hacia la situación en la que se encontraba.

No le di tiempo a responder. La tomé por la cintura, con la misma facilidad con la que se sujeta a alguien que se está cayendo, y la pegué a mi cuerpo, cubriéndola con el abrigo. No pesaba nada. La sentí más frágil de lo que jamás la había visto.

—Vas a venir conmigo. —No era una sugerencia. No era una pregunta. Era una jodida orden.

No opuso resistencia. No encontré ese desafío en su mirada, esa Alina que en otro momento habría soltado barbaridades por su boca.

No dijo nada. Solo se dejó llevar.

Y eso fue lo que más me jodió.

26

Viktor

La llevé a mi apartamento en cuestión de minutos. La senté al borde de la cama y desaparecí en el baño, sacando el botiquín de emergencias que tenía guardado en el armario. El agua caliente de la ducha comenzó a correr, llenando el aire con el vapor y el sonido sordo del agua golpeando la cerámica.

Cuando volví a donde se encontraba, seguía en la misma posición, inmóvil, en silencio. Me arrodillé frente a ella, tomé un paño limpio, lo humedecí en el agua caliente y lo escurrí con cuidado, sintiendo el calor filtrarse entre mis dedos antes de llevarlo a su rostro.

—Esto va a doler. —Mi voz sonó más baja de lo que esperaba.

Esta asintió sin mirarme. El primer contacto la hizo estremecerse. Un leve jadeo escapó de sus labios cuando la tela tocó la herida. Su piel se tensó bajo mis dedos, pero no se apartó, yo tampoco lo hice.

—Tranquila —murmuré en voz baja.

Ella no respondió, pero su respiración se volvió más errática cuando pasé el paño con lentitud por la comisura de su boca, limpiando la sangre saca con la paciencia de un hombre que no estaba dispuesto a dejar ni un solo rastro de lo que le habían hecho.

Mis dedos siguieron la curva de su mandíbula con un toque apenas perceptible, recorriendo el contorno de su rostro, grabándolo a fuego en mi memoria. Sus pestañas temblaron, y su boca se entreabrió en un reflejo involuntario.

Joder.

No debería estar disfrutando de esto, pero lo hacía. Porque a pesar de la rabia que me carcomía por dentro, del deseo de salir corriendo a buscar a ese hijo de puta, este momento era solo nuestro.

Deslicé el trapo por su mejilla, con más suavidad de la necesaria, dejando que mis nudillos rozaran su piel con cada movimiento. Sus labios se movieron, como si quisiera decir algo, pero lo único que salió de su boca fue un leve suspiro.

Mis ojos descendieron hasta su cuello. Había un moretón en el lateral, justo donde su piel era más delicada.

—Alina… —susurré su nombre como una plegaria maldita, como si al decirlo pudiera transferirle la promesa silenciosa de que esto no iba a quedar así.

Ella giró su rostro hacia mí con lentitud. Sus ojos eran uno océano oscuro, repletos de tormentas, de cosas que no decía.

—Sigue —murmuró.

No fue una orden, sino una súplica. Y joder si lo iba a cumplir. Incliné la cabeza, presionando el paño con más firmeza sobre su cuello, limpiando cada maldita marca que le habían dejado, cada rastro de dolor, como si pudiera borrar el pasado con un simple toque.

Cuando terminé con su rostro, bajé la mirada hacia sus muñecas. Las marcas de los amarres estaban ahí, como un puto recordatorio de lo que había sufrido. Cogí una de sus manos con delicadeza, envolviéndola con la mía. Sus dedos estaban fríos. La giré con lentitud, deslizando mi pulgar sobre las líneas moradas que se dibujaban en su piel.

Alina tembló. No de miedo. De algo más.

—Te duele —afirmé, sin dejar de recorrer las marcas con la yema de mis dedos.

Tragó saliva.

—No —mintió.

No la creí, no podía.

—Mentirosa —musité, sin apartar la vista de su mano, observando la forma en la que su respiración cambiaba con cada caricia—. Me gustaría poder quitarte esto con un solo toque.

Y lo dije en serio, pero no podía.

Ella dejó escapar un suspiro. Sus hombros se relajaron un poco y, por primera vez desde que la encontré vagando por las calles, dejé de verla como una mujer lista para la guerra. Porque ahora mismo, en este preciso instante, no era una Orlov.

No era la hija de nuestro mayor enemigo.

No era la mujer que había jurado matarme.

Era Alina. Y yo solo Viktor.

Sin poder evitarlo, me incliné, dejando que mi aliento chocara con su muñeca antes de presionar un beso sobre su piel herida. Fue apenas un roce. Un susurro. Pero su reacción fue inmediata. Su otra mano voló hasta mi rostro, atrapándome con los dedos, enredándolos en mi cabello, como si de pronto el contacto fuera lo único que la mantuviera anclada a la realidad.

Nuestros ojos se encontraron, y el mundo dejó de existir.

Mis labios seguían sobre su piel, y lo único que pensé en ese momento fue que jamás en mi jodida vida había querido a alguien como la quería a ella.

—Esto no cambia nada —susurró con la voz entrecortada.

La misma frase que me había dicho después de cada vez que caía en mis brazos. Pero esta vez, sonreí contra su muñeca. Porque lo cambiaba todo.

—Te juro que le haré pagar por lo que te ha hecho. —Mi tono fue letal, definitivo, como una jodida condena que estaba dispuesto a impartir.

Ella no respondió, pero cuando bajé la mirada, vi como sus dedos se cerraban con firmeza alrededor del borde de la sábana.

—No tienes que protegerlo —aseguré, al mismo tiempo que tragaba saliva, a sabiendas de que aquello estaba destrozándola.

Alina dejó ir un suspiro tembloroso, lleno de dolor y rabia, pero al mismo tiempo contenido.

—No lo hago.

La miré a los ojos y por fin la vi de verdad. El miedo, la traición, la lucha interna. Deslicé la mano por su mentón y la obligué a mirarme.

—Estás a salvo, *tigrítsa* —juré—. Conmigo, nadie volverá tocarte.

Su labio inferior tembló, y entonces, por primera vez, se derrumbó. No lo hizo con lágrimas, ni con palabras. Sino con un simple gesto: se dejó caer contra mi pecho, soltando la bocanada de aire que había estado conteniendo durante días.

La abracé. Fuerte. Feroz. Y supe que, pasara lo que pasara a partir de ahora, no dejaría que nadie volviera a hacerle daño.

Me enderecé, tomando su rostro entre mis manos, obligándola a fijarse en mí de nuevo. Sus ojos estaban enrojecidos y cansados, devolviéndome la mirada con una mezcla de desafío y vulnerabilidad que me partió el alma por la mitad. Nunca la había visto así, no una Alina tan jodidamente frágil.

—Vamos a hacerte entrar en calor, ¿sí? —murmuré con voz grave, deslizando los dedos por su mejilla herida con la suavidad que nunca había tenido con nadie.

Ella no dijo nada. No se apartó, pero tampoco asintió. Solo se dejó hacer, y eso me confirmó lo mal que estaba. La ayudé a levantase con cuidado, sintiendo como su cuerpo se tambaleaba al principio. Su ropa estaba hecha jirones, manchada de sangre seca y mugre pegada a su piel como un recordatorio imborrable de lo que había sufrido.

La guie hasta el baño sin emitir una palabra. No había nada más decir. Cerré la puerta tras nosotros, y abrí la ducha permitiendo que el vapor comenzase a llenar la estancia. El calor contrastó con el frío de su piel cuando deslicé la cremallera de sus pantalones y dejé que cayeran al suelo, al mismo tiempo que me deshacía de su camiseta.

Mis ojos recorrieron cada marca, cada jodida huella de lo que había soportado. Tenía el torso lleno de hematomas, los brazos con pequeños cortes y las piernas repletas de manchas violáceas que gritaban la violencia con la que la habían tratado. Me mató verla así, me dolió de una manera que jamás había sentido antes.

Alina permaneció inmóvil, con la respiración agitada y los labios entreabiertos. Sus pezones se endurecieron por el contraste de la temperatura y la vulnerabilidad del momento, pero no me permití pensar en eso. No ahora.

Deslicé mis manos por sus caderas con una delicadeza impropia en mí, como si fuera de cristal y pudiera romperse con un solo toque. Bajé su ropa interior con lentitud, sintiendo como su pecho subía y bajaba con irregularidad. Cuando quedó desnuda por completo ante mí, no aparté la vista, pero tampoco la miré igual que

lo había hecho en otras ocasiones, no con esa lujuria que me consumía. No era el momento. Solo la observé, memorizando cada golpe, cada cicatriz nueva que no debería estar ahí, y juré, en silencio, que haría pagar por cada una de ellas.

Alina tragó saliva con dificultad y bajó la mirada, pero no intentó cubrirse. No había vergüenza en su postura, solo cansancio. Solo una rendición silenciosa que me jodió aún más.

—Ven aquí, *tigrítsa* —susurré, tomando su mano y guiándola bajo el agua caliente.

Cuando esta cayó sobre su piel, dejó escapar un suspiro tembloroso. Su cuerpo pareció relajarse un poco, lo suficiente como para que supiera lo que estaba sintiendo. Me metí con ella, sin importarme que mi ropa se empapara. No iba a dejarla sola.

Tomé una esponja con suavidad y la impregné de jabón. Con movimientos suaves y calculados, recorrí su espalda, limpiando la suciedad y la sangre seca con extremo cuidado. Cada vez que rozaba una herida, ella temblaba, pero no se quejaba. Era tan jodidamente fuerte que me daban ganas de arrodillarme ante ella como la maldita reina que era.

Apreté la mandíbula cuando mis manos descendieron por sus brazos, bajaron por su vientre plano y subieron por sus costillas, sintiendo cada centímetro de su piel bajo mi toque. No la toqué de manera íntima, pero el solo hecho de tenerla ahí, de poder limpiarla con mis propias manos, de cuidarla de una manera en la que nunca había cuidado a nadie… Me quemaba el alma.

Cuando llegué a su cuello, incliné la cabeza y presioné un beso justo debajo de su mandíbula, un roce que apenas fue perceptible, pero que la hizo estremecerse.

—Estoy aquí —juré contra su piel—. Nadie volverá a hacerte daño.

Ella no respondió, pero su cuerpo se relajó levemente contra el mío, como si por primera vez en mucho tiempo se permitiera confiar en alguien.

Continué limpiándola con la misma devoción, recorriendo cada rincón de su piel, borrando los rastros de la violencia, de la humillación, del dolor. Y con cada movimiento, mi resolución se hacía más fuerte.

Alina Orlov era mía.

Y aquel que se atreviera a tocarla de nuevo… No viviría para contarlo.

27

Alina

Unos días antes.

El aire de mi apartamento se me antojó distinto en cuanto crucé la puerta. Había algo denso, algo pesado suspendido en el ambiente, como si el oxígeno mismo se hubiera enrarecido con la amenaza latente de lo que estaba por venir.

Me detuve en seco, con los dedos aún aferrados al pomo, mientras el eco de la puerta cerrándose resonaba a mis espaldas en el silencio sepulcral. Un escalofrío me recorrió la columna. Algo no iba bien.

Contuve el aliento, y la sangre se me heló cuando le vi.

Lev estaba allí, sentado en la butaca que solía usar para leer cuando quería escapar de todo, con una pierna cruzada sobre la otra y una copa de coñac oscilando entre sus dedos. Su postura era relajada, pero su mirada… Su mirada me dejó sin aliento.

No había ira desatada en sus ojos, no todavía. Lo que vi fue algo peor: una calma tensa, de esas en las que se gestan tormentas como en un horizonte a punto de arrasar con todo a su paso.

Mi pecho se comprimió con fuerza. No sabía qué esperaba de mí, pero sí sabía que no estaba aquí para una charla de buenos hermanos.

—¿Qué haces aquí? —cuestioné con un hilo de voz, sintiendo cómo mis propios pasos resonaban en el suelo de madera al mismo

tiempo que avanzaba.

Lev giró la muñeca con parsimonia, moviendo el coñac en la copa antes de dar un pequeño sorbo, como si estuviera degustando el momento, como si estuviera saboreando mi incertidumbre, regodeándose en ella.

—¿Sabes, Alina? —Su voz fue suave, demasiado tranquila—. Siempre me he preguntado cómo era posible que, con la sangre que corre por tus venas, seas capaz de actuar con tanta irresponsabilidad.

El tono de reproche en sus palabras me hizo tragar saliva. Lev se puso en pie y comenzó a acercarse a donde me encontraba, con el gesto impasible.

—¿De qué estás hablando?

La pregunta apenas había salido de mis labios cuando todo estalló en mil pedazos. El golpe llegó sin previo aviso. Su palma se estrelló contra mi mejilla con tal brutalidad que mi cabeza giró con violencia, y el ardor inmediato me cegó por completo. Sentí el sabor metálico de la sangre inundando mi boca antes de que mi cuerpo perdiera el equilibrio y se desplomara sobre el suelo.

Todo se movió a cámara lenta. La habitación comenzó a girar a mi alrededor, los latidos en mis oídos se convirtieron en un estruendo ensordecedor, y un dolor sordo se expandió desde mi mejilla hasta la mandíbula.

La madera bajo mis palmas estaba fría, pero no lo suficiente como para calmar la furia que comenzó a hervir en mi interior.

—Lev… —jadeé, intentando incorporarme.

Pero él ya estaba sobre mí.

El siguiente golpe no me dio tiempo a esquivarlo.

Su rodilla se hundió en mi abdomen con tal fuerza que todo el aire se escapó de mis pulmones en un grito ahogado. La agonía fue inmediata y cegadora, un dolor profundo me hizo encogerme sobre mí misma, llevándome los brazos al estómago en un reflejo instintivo.

—No tienes ni idea de cuánto me estás decepcionando, Alina. — Su voz estaba cargada de veneno, de rabia contenida y de algo más oscuro que no alcancé a comprender.

Con un gesto brusco, lanzó un fajo de fotografías al suelo, frente a mí. Luché por recobrar el aliento mientras mis manos temblorosas se deslizaban hasta ellas. Las imágenes se desparramaron como hojas muertas, y en cuanto las vi, sentí como si me hubieran arrancado el suelo bajo los pies.

Cada una de ellas era un reflejo brutal de la verdad que tanto me había esforzado en ocultar.

Seis imágenes.

La primera, Viktor y yo en el callejón. Mi cuerpo estaba atrapado entre la pared y el suyo, podía sentir la electricidad que brillaba entre ambos tan solo viendo nuestras miradas.

La segunda, yo con el vestido mal puesto y las mejillas enrojecidas.

La tercera, mi mirada desencajada.

La cuarta, mis manos rojas de apretar las maderas.

La quinta, Viktor saliendo de allí con esa maldita arrogancia tatuada en la piel y una sonrisa triunfante en los labios.

La sexta…

La sexta mostraba mi rostro roto tras darme cuenta de todo lo que sentía por Viktor era tan real como lo que acababa de ocurrir.

El labio me tembló, la respiración se me tornó entrecortada, y el dolor en mi vientre me impidió moverme con normalidad, pero no podía permitirme mostrar debilidad frente a él. Aquello era un maldito testimonio gráfico de mi derrota. De mi pecado.

—¿Te violó?

La pregunta de Lev llegó como un mazazo, destilando una furia tan pura que no supe si iba dirigida a Viktor o a mí. Levanté la mirada, sintiendo el ardor de mi mejilla, el latido pulsante en mi costado, pero ignorándolo todo porque esa pregunta… Esa pregunta me revolvió algo en las entrañas.

¿Debía mentir? ¿Decir que Viktor me había violado para salvarme el culo? ¿Tirarlo a los leones después de lo que acababa de hacerme Lev? Contuve el aliento, sintiendo como el mundo se me venía encima, porque a pesar de que debía odiarle, Viktor Romanov se había convertido en algo más que un simple enemigo.

Negué con la cabeza.

—No —susurré, con la voz rasgada, apenas audible.

Pero eso solo empeoró todo.

Lev permaneció en silencio por un segundo, su respiración se volvió errática, y entonces lo vi… Vi cómo todo él se quebraba, cómo la ira lo consumía desde dentro como un incendio incontrolable.

No fue un golpe.

Fue la furia personificada, la rabia contenida en un solo puño que se estrelló contra mi rostro con una brutalidad descomunal. Mi cabeza rebotó contra el suelo, y un destello de luz blanca cegadora nubló mi visión.

El sabor metálico de la sangre se expandió por mi boca.

El sonido del impacto aún vibraba en el aire cuando sentí como mi consciencia comenzaba a desvanecerse. Mi cuerpo, mi mente, mi maldita alma se hundieron en una negrura absoluta mientras el eco de la respiración acelerada de Lev se desdibujaba en la distancia.

—Pienso matarte en cuanto papá desaparezca. —Oí en la lejanía, como un susurro.

Y entonces, la nada.

Una oscuridad fría y absoluta que se llevó todo consigo.

No sabía cuánto tiempo estuve sumida en la inconsciencia, pero cuando mis sentidos comenzaron a despertar, lo primero que sentí fue el dolor punzante en cada rincón de mi cuerpo.

La cabeza me latía con una fuerza descomunal, y el zumbido ensordecedor inundaba todo mi interior.

Un regusto metálico se adhería a mi lengua, confirmándome que la sangre seguía ahí, impregnando cada resquicio de mi boca.

Parpadeé con dificultad, intentando procesar dónde estaba, pero todo era un maldito borrón de sombras y luces difusas. El sonido de pasos resonó sobre la madera, y no necesité ver su rostro para saber que Lev seguía allí, aguardando como un jodido depredador.

Intenté moverme, incorporarme, hacer algo para recuperar el control sobre mi propio cuerpo, pero mi cuerpo no respondió.

Estaba demasiado débil, demasiado rota.

—Eres una vergüenza.

Su voz sonó como un cuchillo deslizándose sobre mi piel, erizando cada vello de mi cuerpo.

—Te lo di todo, Alina. Te protegí, te defendí… ¿y así me lo pagas? —Su respiración se volvió errática, y cada palabra caía sobre mí como una condena—. ¿Te has vuelto una cualquiera?

No respondí. No podía.

Cada parte de mi ser estaba quebrada, desmoronándose en fragmentos imposibles de recomponer. Pero en el fondo, en lo más oscuro de mi mente, una idea comenzó a crecer. Un pensamiento venenoso, lleno de peligro, imparable.

Viktor tenía razón. No importaba cuánto lo negara, cuánto luchara contra ello. Siempre acabaría volviendo a él. Y ahora, después de esto, no había duda.

Lev había cometido el peor error de su vida.

Me había convertido en su enemiga.

Y pensaba hacer que lo pagara con sangre.

28

Alina

Grité con todas mis fuerzas, sintiendo como mi garganta se rasgaba a cada sonido que la atravesaba. No sabía cuántos días llevaba dentro de aquel maldito zulo, ni de dónde me encontraba. La oscuridad era asfixiante, el aire estaba viciado y cada segundo que pasaba más me hundía en el abismo de la desesperación.

La cabeza me daba vueltas, apenas tenía fuerzas como para mantenerme en pie, pero aun así lo intenté todo. Pateé la pared, forcejeé con las cadenas que me apresaban, tiré de ellas hasta que la piel de mis muñecas se enrojeció y se abrió. Pero de nada sirvió.

Contuve el aliento cuando oí como una puerta se abría en la distancia, para, segundos después, escuchar un enorme estruendo. Mi cuerpo se tensó de inmediato. Sentí las manos temblarme, y por primera vez en mucho tiempo, tuve miedo.

Como un jodido Miura, Lev entró en la sala, irradiando esa energía oscura tan contagiosa que llevaba temiendo toda mi vida. Sus pasos resonaron en la piedra como si el mismísimo diablo se acercara a mí. Y lo cierto era que no había demasiada diferencia.

Desde niña supe que mi hermano no sería un santo, que debía andarme con ojo con él, a pesar de que durante años me engañó, haciéndome creer que de verdad le importaba. Había aprendido a leer su mirada, a reconocer el momento exacto en el que la bestia tomaba el control.

Y estaba claro que ahora mismo no había rastro de mi hermano en esos ojos. Solo quedaba el monstruo.

Ahogué un quejido en el instante en el que su mano cruzó mi rostro. Cerré los ojos al sentir el dolor extenderse por mi piel como fuego, inclemente, implacable, arrasando todo a su paso. No grité, no hice ningún maldito sonido. Apreté la mandíbula con fuerza, reprimiendo las ganas de devolverle la hostia. Si hubiese podido, ya le habría encañonado con mi arma.

—Eres una puta y una zorra —escupió con rabia—. ¿En serio con un Romanov? —Rio con incredulidad, pero sus ojos estaban tan inyectados en sangre que me helaron hasta los huesos—. ¿Es que no había otro hombre que te follase?

Intenté hablar, pero no me dio tiempo.

—Ni se te ocurra ponerme una jodida excusa, Alina —siseó, inclinándose hacia mí—. Me repugnas.

No tuve oportunidad de defenderme, porque de pronto, sus dedos se cerraron alrededor de mi cuello como un maldito cepo. El aire dejó de entrar en mis pulmones en el acto, su agarre fue tan firme que mis pies apenas rozaban el suelo. Me aferré a su brazo con las pocas fuerzas que me quedaban, clavando mis uñas en su piel con desesperación, pero poco le importó.

Mi cabeza empezó a dar vueltas, una punzada ardiente me taladró las sienes y supe que si no hacía algo en los próximos segundos, me desmayaría.

—S… Suéltame —conseguí balbucear.

Una sonrisa maquiavélica tironeó de sus comisuras, haciendo que un escalofrío me recorriese entera.

Esa fue mi jodida alerta.

Reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban, alcé la pierna y le golpeé con toda la potencia de la que fui capaz entre las piernas. El impacto lo hizo soltarme al instante. Cayó de rodillas, gruñendo de dolor, con las manos aferradas a su entrepierna mientras me maldecía entre dientes.

El oxígeno entró en mis pulmones de golpe, pero fue tan insuficiente que mi cuerpo se vio sacudido por un ataque de tos. Un ardor terrible me quemaba la garganta, la presión aún latía en mi cuello como un recordatorio cruel de lo cerca que había estado de perderlo todo.

Le miré con el horror dibujado en mi rostro, viendo por primera vez en mi vida al verdadero Lev. El que se ocultaba bajo la fachada de hermano mayor perfecto.

Y lo que vi me hizo estremecer.

—No te atrevas a volver a ponerme una mano encima —le advertí con un hilo de voz, sintiendo las lágrimas arder en mis ojos.

Mis piernas reaccionaron antes de que mi mente pudiera procesarlo. Corrí escaleras arriba, sin mirar atrás, con la adrenalina golpeando mi pecho como un maldito tambor de guerra. Las escaleras parecían infinitas, mi cuerpo era una máquina en llamas que se movía con un único propósito: salir de allí. Cada latido retumbaba en mis oídos, cada paso resonaba en mi cráneo como una advertencia.

Cuando abrí la puerta que daba al exterior, la sangre se me heló.

Me quedé petrificada.

La visión de nuestra casa frente a mí hizo que mi cuerpo se paralizara.

No.

No podía ser.

Mi pecho se encogió con tal fuerza que las lágrimas brotaron de mis ojos antes de poder reprimirlas. Estaba a punto de dar un paso, cuando sentí un escalofrío recorrerme la espalda. No lo escuché.

No lo oí moverse.

Pero lo supe.

Antes de que pudiera reaccionar, una mano se enredó en mi cabello y tiró de mí con una brutalidad aterradora.

Grité. Grité con todas mis fuerzas, pero el sonido se desvaneció en la negrura de mi pesadilla. Sentí el tirón en mi cabello y el ardor en mi cuero cabelludo cuando una mano cruel me arrastró de nuevo a las sombras, de vuelta al infierno. Mis uñas se clavaron en la piel invisible de mi captor, mi hermano. Mis piernas patearon el aire en un intento inútil de librarme, pero la presión era insoportable, inevitable.

—No puedes escapar. —Oí como un eco retumbaba en mi pecho.

El suelo desapareció bajo mis pies.

Desperté de golpe, jadeando, con el corazón martilleando en mi pecho como un tambor de guerra. Mis pulmones lucharon por tomar aire, pero era como si estuvieran llenos de fuego, de esa ira que me abrasaba por dentro. Tenía la piel empapada de sudor, pegajosa, como si la pesadilla aún me retuviese entre sus brazos.

Ahogué un quejido lleno de dolor, porque a pesar de que tan solo había sido un sueño, lo había vivido con tanta fuerza que me creí de nuevo en aquel maldito agujero en el que Lev me había tenido encerrada.

Parpadeé, intentando reconocer mi entorno a través de la bruma del terror que aún nublaba mi mente. No estaba en aquel maldito sótano. No estaba encadenada, ni perdida en el abismo de mi propia desesperación. Estaba en una cama amplia, con sábanas de seda negra y un aroma familiar impregnado en el aire: whisky, tabaco y algo más. Algo que solo podía pertenecerle a él.

Viktor.

Cerré los ojos con fuerza, abrazándome a mí misma, obligándome a contener el temblor que aún recorría mi cuerpo. No podía permitirme esto. No podía permitirme ser débil, no aquí, no con él.

Pero mi ser parecía no entenderlo.

Las pesadillas eran cada vez más vívidas, cada vez más implacables. Y lo peor de todo es que cada vez que despertaba de ellas, la realidad no era mucho mejor. Respiré hondo y me forcé a moverme. Mi cuerpo protestó con cada centímetro de piel herida que rozaba con las sábanas. Dolía. Cada músculo, cada fibra de mi ser sentía el castigo de lo que había pasado. Pero la sensación más dura y letal no venía de mis heridas, sino de algo más profundo, algo que no tenía derecho a sentir.

Me levanté con dificultad y salí de la habitación, con la respiración aún desacompasada. Sentía el cuerpo entumecido, tanto que apenas podía soportarme a mí misma. Llevaba una camiseta ancha de Viktor que apenas me llegaba a mitad del muslo, pero lo cierto era que poco me importaba. El pasillo estaba sumido en la penumbra, iluminado apenas por la luz tenue que provenía del salón. Un destello ámbar llamó mi atención.

Lo vi antes de que pudiera prepararme para ello, percibiendo como mi pecho se hinchaba de algo que apenas podía reconocer.

Viktor estaba allí, apoyado en el marco del ventanal, sosteniendo una copa de whisky entre los dedos, y un cigarrillo en los labios. La brasa al rojo vivo iluminaba su rostro por momentos, resaltando los ángulos más afilados de su mandíbula, la sombra oscura de su mirada, la tensión de sus hombros.

No dijo nada.

Ni siquiera se giró de inmediato, como si supiera que lo estaba observando como una furtiva acechando a su presa.

Mis entrañas se retorcieron.

Era la segunda vez que lo veía así, tan despojado de su armadura que podría haber caído rendida a sus brazos si me lo hubiese pedido. Le había odiado tanto, o al menos eso me decía a mí misma. Pero esta vez era diferente.

El humo del cigarro se mezcló con su exhalación cuando por fin se giró, fijando su mirada gatuna en la mía. Lo que vi en sus ojos me destruyó por dentro. No era la frialdad de siempre, no era la arrogancia del hombre que sabía que el mundo entero se postraba ante sus pies. No era el Viktor Romanov que todos temían.

Era algo más. Algo que no podía permitirme leer en él. Compasión.

Mi garganta se cerró.

No. No podía dejar que me mirara así. No quería su compasión, no quería su piedad, no quería que me viera como una víctima, o como a alguien que necesitaba ser salvado.

Fue cuando sus ojos descendieron por mi cuello cuando la tensión se dibujó en su mandíbula al notar la marca amoratada que Lev había dejado en mi piel. Su agarre en la copa se volvió más fuerte, provocando que sus nudillos se emblanquecieran por la presión. Su

respiración se volvió agitada, y por un instante vi al animal que contenía en su interior, a la bestia que se despertaba con un solo propósito. La venganza.

Y lo peor era que una parte de mí… lo quería. Me odié por ello, tanto como lo había hecho Lev.

Quise decir algo, romper el silencio denso que se instauró entre ambos, pero la única respuesta de Viktor fue levantar su vaso hacia mí. Un brindis silencioso, un gesto sin palabras que lo decía todo.

Eres más fuerte de lo que crees.

Esa era su manera de decirlo. Sin caricias, sin susurros de consuelo. Solo una mirada, un maldito brindis y el peso de todo lo que no podía permitirse decir en voz alta. Mi pecho ardió con algo que no supe cómo contener, así que en lugar de hablar, me giré, marchándome, alejándome de su compasión, de esa mirada que me devoraba sin tocarme. Porque si me quedaba un segundo más, haría algo que no podía permitirme.

Confiar en él.

Y eso, sería mi ruina.

29

Viktor

La noche en Moscú estaba impregnada de una neblina densa, cargada de la humedad del invierno y el hedor a gasolina y pólvora. Me apoyé en la parte trasera del coche, sacando un cigarro de la chaqueta mientras observaba el edificio que tenía frente a mí. No era la primera vez que tenía que reducir a polvo los negocios de los Orlov, pero esta vez era diferente. No se trataba de simples números, sino de algo mucho más personal.

Esta vez, era sobre ella.

Alina podía odiarme todo lo que quisiera, pero eso no iba a impedir que le demostrara a Lev que había cometido el peor error de su vida al ponerle una mano encima.

—¿Listos? —murmuré, observando a mis hombres en la penumbra de la calle.

Dimitri asintió, comprobando el cargador de su pistola. Nikita estaba apoyado contra el muro con la paciencia de un hombre que disfrutaba demasiado su trabajo. El resto del equipo se dispersó por la zona, asegurándose de que cada salida estuviera sellada.

Lev Orlov tenía un negocio lucrativo con la élite del mundo criminal. No solo vendían información y armas, sino que también ofrecían protección a empresarios con las manos tan sucias que la cárcel les parecía un chiste. Y esta noche, uno de sus clientes más

importantes se encontraba en el lujoso ático del edificio que tenía justo frente a mí.

Un magnate checheno, Gennadi Mikhaliov, conocido por su red de tráfico de personas en Dubái. Un bastardo con suficiente dinero como para comprar países enteros y con el instinto para pagar a los Orlov para que lo mantuvieran con vida.

Mi objetivo no era solo joder a Lev, sino hacerlo sangrar de verdad.

Porque si un Orlov fallaba en su protección, su reputación caía y, con ella, su maldito imperio.

—No dejes a nadie vivo —ordené en voz baja.

Dimitri sonrió ladino.

—Será un placer.

Al principio pensé en hacerlo todo solo, pero ¿cómo iba a privar a mis hombres de semejante espectáculo? Entramos en el enorme edificio, el cual estaba desierto. Andrei se había encargado de inhabilitar las cámaras de seguridad, al menos, por el momento, mientras mis hombres habían reducido a los que se encontraban en la planta baja y custodiando las salidas.

Entramos en el ascensor y subimos al piso más alto, un doceavo. El *ding* de las puertas abrirse me sonó a gloria, porque supe que en ese instante, los hombres de Gennadi estarían en guardia. El pasillo que llevaba al ático estaba silencioso, pero no por mucho tiempo.

Mi cuchillo se deslizó entre las costillas del primer hombre sin que llegara a emitir un sonido. Su cuerpo se desplomó sobre la alfombra de lujo, y lo aparté con el pie antes de seguir avanzando.

¿Solo un guardia? Me extrañó no encontrarme con nadie más, por lo que supuse que habría algún motivo para ello. En el interior se

escuchaban risas, el sonido del cristal chocando entre sí, el eco amortiguado de una conversación y, de fondo, un partido de fútbol. Gennadi estaba celebrando algún acuerdo de mierda, sin sospechar que, en cuestión de minutos, su vida terminaría de la peor forma posible.

Me acerqué a la puerta y la empujé con calma, dejando que girase sobre sus bisagras.

Cuatro hombres estaban en la sala principal. Mikhailov estaba sentado en un sillón de cuero, con una copa de coñac en la mano y una sonrisa de autosuficiencia que no tardaría en borrarse. Dos de sus guardaespaldas estaban apostados cerca de la ventana; y el tercero, junto a la mesa de cristal.

—¿Puedo unirme a la fiesta? —pregunté, al mismo tiempo que tomaba una de las copas y me la llevaba a la boca para, segundos después, lanzarla contra el enorme ventanal.

—¿Qué mier…?

No le di oportunidad a terminar.

Saqué la Glock y disparé.

El primer disparo fue directo a la garganta del hombre que estaba más cerca de mí. Su cuerpo se desplomó sobre la mesa, rompiendo el cristal en mil pedazos.

El segundo recibió un tiro en la cabeza antes de que pudiera desenfundar su arma.

Los otros dos se movieron, pero Dimitri fue más rápido. Disparando a uno en la rodilla, dejándolo caer en el suelo con un grito de agonía. El último intentó correr, pero Nikita lo alcanzó y le rompió el cuello con un movimiento seco y la sonrisa de un auténtico loco en los labios.

Silencio.

Solo los jadeos del gordo de Mikhailov llenaban la habitación ahora, ni siquiera el sonido de la televisión era suficiente como para opacarlo.

Se removió en su asiento, con la mirada clavada en los cuerpos de sus hombres, incapaz de creer lo que acababa de pasar.

—Ro…Romanov —balbuceó con la voz teñida de pánico.

Me acerqué a él con calma, observándolo con la misma frialdad con la que uno mira a una cucaracha antes de aplastarla.

—Mikhailov —musité—, cuánto tiempo.

Levantó ambas manos en señal de rendición.

—Espera, podemos hablar —aseguró, hecho un manojo de nervios—. Podemos negociar.

Negociar.

La jodida palabra me hizo sonreír.

—Dime, ¿cuánto le pagas a los Orlov por tu seguridad?

Su respiración se aceleró y, por un instante, creí oír el latir frenético de su corazón.

—Lo que sea que te hayan ofrecido, puedo doblarlo.

Sonreí ladino, al mismo tiempo que cogía su copa y me la bebía de un sorbo, para después, lanzarle los hielos encima. Saqué el cuchillo de la funda y lo giré entre mis dedos.

—¿Dices que puedes pagar más? —arqueé una ceja—. Eso suena a una traición para Lev.

La palidez en su rostro me indicó que había entendido el punto. Si aceptaba, los Orlov lo matarían por traidor. Si no aceptaba… bueno, el resultado sería el mismo, solo que el verdugo sería yo de todas formas.

Era una trampa, y él lo sabía. Su mandíbula se tensó y pude ver cómo sus ojos se bañaban en lágrimas. Se llevó las manos a la boca, hecho un manojo de nervios, y, por un momento, sentí compasión por él. Luego, recordé a qué se dedicaba, la trata de personas, y se me olvidó todo.

—Por favor…

Me incliné sobre él y apoyé la punta del cuchillo en su pecho, justo sobre su corazón, delineando un pequeño corte.

—¿Sabes? —musité—. Esto no se trata de dinero, sino de lealtad.

—Viktor… —susurró.

—Lev no va a poder protegerte, Mikhailov —dije con un pesar fingido, al mismo tiempo que sentía la adrenalina corriendo por mi piel—. Nadie va a poder hacerlo.

Y entonces, sin darle oportunidad a rogar una vez más, hundí la hoja en su pecho. Se estremeció, sus labios se abrieron en un grito ahogado y su sangre caliente empezó brotar de la herida, empapando mis manos como si de agua se tratase.

El cuerpo inerte de Mikhailov cayó de lado, empapando la alfombra de lujo con el líquido rojizo. Ese era el final que merecían todos aquellos hombres que, como él, jugaban con la libertad de las personas, con esa necesidad de salir del infierno en el que están para entrar en uno peor.

Le lancé un escupitajo y ya no hubo nada más. Silencio absoluto.

Un segundo después, me enderecé y limpié el cuchillo en la manga de su chaqueta de diseñador y sonreí.

—Nos vamos —ordené.

La noticia de la muerte de Mikhailov se esparciría como fuego entre la mafia rusa. Los Orlov quedarían como incompetentes, y Lev perdería millones de acuerdos con otros clientes que ya no confiarían en él. Había destrozado su imagen o, al menos parte de ella, jodido su economía y dejado una marca imborrable en su reputación. Ningún socio de la mafia aceptaría que alguien que prometía protección, y que no podía, siquiera, defender a uno de los suyos.

Pero esto no solo iba de negocios, ni de una simple venganza. No. Esto era algo personal, más de lo que creía.

Saqué otro cigarro y lo encendí, dejando que el humo amargo me llenara los pulmones mientras observaba la ciudad pasar a través de la ventana del coche. Moscú estaba envuelta en una penumbra opaca, con el resplandor de los neones difuminándose entre la bruma de la noche. Siempre me había gustado la ciudad a esta hora, cuando todo el mundo parecía dormido y solo quedábamos los que, como yo, entendían que la oscuridad era el único lugar seguro.

Mis pensamientos, de un modo inevitable, me arrastraron de vuelta a Alina.

No debería haberme importado, no debería estar en mi cabeza siquiera. Pero el recuerdo de su cuerpo cubierto de moretones, del agarre de su cuello, el temblor de su cuerpo, los gritos cuando despertó en mi casa, me quemaba más que la brasa encendida entre mis dedos.

Odiaba lo que me provocaba.

Me jodía admitir que algo en su maldita testarudez me hacía querer ver qué tan lejos podía llegar antes de romperse. Me crispaba

que su mirada, a pesar de todo lo que había pasado, siguiera sosteniendo la mía con esa mezcla de desafío y rabia.

La última vez que la vi, me miró como si odiara todo lo que representaba. Y aun así, sus ojos no se apartaron de los míos.

Me llevé el cigarro a los labios, dándole una larga calada, soltando el humo con lentitud. Lev no sabía lo que había hecho. Cuando le puso una mano encima a su hermana, cuando la dejó en ese estado, cuando creyó que podría quebrarla… selló su propio destino.

Los Orlov habían cometido el error de olvidar con quién estaban jugando, y yo estaba para recordarles todo su puto pasado. Lo haría de la forma más cruel posible. Desearían morir, porque lo que les esperaba era el infierno en la tierra.

Me incliné en el asiento, apoyando un brazo en la ventanilla, y cerré los ojos por un momento, disfrutando la paz efímera de saber que la guerra había comenzado y que, cuando terminara, no quedaría nada de los Orlov más que cenizas.

No tenían ni idea de lo que se les venía encima, y eso era lo que más iba a disfrutar.

30

Viktor

El rugido del motor se confundía con el latido constante en mis sienes, un tambor de guerra que marcaba el ritmo de la noche. Esta vez no era solo un ataque, ni una misión más para destruir a los Orlov. No. Esta vez, el golpe sería más profundo, más personal. Nikolai no iba a salir de esa nave sin Elena, y yo… yo no iba a salir de ahí sin hacer que Lev sintiera en su piel lo que significaba perderlo todo.

Mi hermano había hecho sonar la alerta máxima, y a pesar de no dejar de discutir, no dudé un solo segundo en presentarme en la casona a ofrecer mi lealtad, como había hecho siempre. Lo que vi me destrozó, porque allí no encontré a mi superior, ni a mi hermano, me encontré un despojo culpándose de todo mal.

La nave industrial donde tenían a Elena se alzaba en la distancia, una estructura oxidada y maldita, iluminada por las farolas mortecinas que proyectaban sombras como espectros entre los escombros. No había tiempo para dudas, no había margen para errores. O salía con vida o moría ahí dentro.

—Esto no me gusta —gruñí, con la mirada fija en el edificio—. Es demasiado sencillo.

Nikolai no apartaba la mirada del edificio. Era un hombre al borde del colapso, pero demasiado peligroso como para permitir que ese estado lo frenara. Íbamos a hacer que esos hijos de puta pagasen

por la ofensa que nos habían hecho, o por el solo hecho de haberse atrevido a pensarlo. A los Romanov nadie nos ponía una mano encima, y ahora, Elena era una de nosotros. Si había algo que odiase era la traición.

Nos habíamos separado en cuatro equipos. Éramos la maldita élite, de allí no iba a salir ni Dios con vida. Desvié la vista hacia Alexei, quien, con semblante serio, no dejaba de observar a Nikolai. Aún no le había contado nada sobre el incidente que vivimos, y es que eso era lo último que necesitaba para entrar en el modo destructor que una vez casi le costó la vida.

—Entramos, sacamos a Elena y destrozamos todo lo que los Orlov han construido —dije en voz baja, cargando mi arma.

Dimitri rio desde el asiento delantero, disfrutando demasiado, anticipándose a la violencia que viviríamos en el interior. Sonreí ladino, porque al igual que yo, amaba mi familia, habíamos crecido juntos, mano a mano, y aunque no llevase nuestro apellido, siempre sería un Romanov.

—Solo dímelo, y esta puta ciudad arde.

No respondí. La orden ya estaba dada.

Nadie habló cuando llegamos. No era necesario. Dimitri y Andrei tomaron posiciones en la entrada, asegurándose de que nuestros hombres comprendían la situación para que ningún desgraciado escapara. Nikita se deslizó entre las sombras con la paciencia de un hombre que disfrutaba de lo que hacía. Y Nikolai… Nikolai se movió como una bestia a punto de desmembrar a su presa, con la

respiración pesada y las manos aferradas al arma, con la certeza de que esta noche se teñiría de sangre.

Andrei se había encargado de anular las cámaras de seguridad con un solo clic, mientras Nikita afilaba el cuchillo con una paciencia enfermiza.

—Dos en la entrada, tres en el pasillo del almacén, y seis en la zona de los conteiners donde tienen a Elena —informó Andrei sin apartar la vista del monitor portátil que llevaba anclado a su muñeca —. Hay movimiento en la segunda planta, tres hombres saliendo.

No hizo falta que lo dijera. Sabía que era Lev. Estaba huyendo como la maldita rata que era.

—Asegurad las salidas —ordené—. Si alguien intenta escapar, lo quiero muerto antes de que pise la calle.

Dimitri asintió con una sonrisa ladina que sería capaz de helar el mismísimo infierno.

Nos infiltramos en el edificio sin problemas. Sus hombres no estaban preparados para nosotros, ni siquiera lo vieron venir. Silenciamos a los primeros guardias con la misma facilidad con la que se apaga una vela en mitad de una tormenta. Disparos secos, cuchillos abriendo la carne con una precisión quirúrgica, cuerpos desplomándose sobre el suelo sin hacer apenas ruido. Era casi decepcionante lo sencillo que había sido abrirnos paso.

Avanzamos por los pasillos estrechos, donde el olor a humedad y a metal oxidado impregnaban el aire, mezclándose con el hedor a tabaco rancio y a desesperación. No tardé en escucharla, y fue entonces cuando el corazón me dejó de latir. Desvié la mirada hacia mi hermano, quien parecía estar completamente ido.

Los gemidos de dolor.

El sonido sordo de un golpe.

El crujido de un cuerpo cayendo al suelo.

La respiración entrecortada de una mujer que luchaba por mantenerse consciente.

Elena.

Nikolai se tensó a mi lado en el instante en el que la reconoció. Sus nudillos se volvieron blancos alrededor de la pistola, y sus pasos más rápidos, más violentos, como si contenerse fuera una tortura aún mayor que la que le infligían a ella. Cuando abrió la puerta de un solo empujón, el infierno se desató.

Elena estaba en el suelo, con las muñecas atadas a la espalda, el cabello pegado al rostro y la sangre seca formando surcos oscuros en su piel. Un hombre la sujetaba del pelo, obligándola a mirarlo mientras otro le susurraba algo al oído, una amenaza, una burla, una promesa de algo peor.

—¡Basta! —rugió Nikolai ido, dando un paso adelante.

Ella gimió de dolor, intentando incorporarse, pero no tuvo tiempo. De las sombras emergió el cobarde de Vadim Orlov, tan imponente como lo era mi hermano, mientras en su rostro se mostraba una satisfacción asquerosa.

—Nikolai Romanov —dijo con una sonrisa burlona en los labios—, qué bonito espectáculo, ¿no crees? —añadió jocoso—. Tu reina humillada, maltratada y arrodillada frente a su rey.

—Suéltala, Vadim —le exigió mi hermano, apuntándole con mi arma.

—Oh, claro que lo haré… Si sobrevives lo suficiente.

Con un simple gesto, hizo llamar a las decenas de hombres que salieron de las sombras para rodearnos sin darnos opción a nada.

Nos habían tendido una puta trampa y, como tontos, habíamos caído en ella.

—Esto no termina aquí —aseguró Nikolai, sin apartar la vista de él.

Vadim dejó ir una carcajada que reverberó por todo el almacén como si de un eco siniestro se tratara. Alexei y yo nos movimos, colocándonos en posición, apuntando hacia los pasillos superiores mientras el resto de nuestros hombres se deslizaban por el lugar.

—No, Nikolai —escupió con rabia—, esto sí que termina aquí y ahora.

Parpadeé y, segundos después, una explosión sacudió el lugar, provocando que todos diéramos un bote en nuestro sitio. Los hombres que estaban en las pasarelas volaron por los aires, como si no fuesen más que peleles. A través de la densa humareda, apareció Irina Petrov, flanqueada por sus hombres, armados hasta los dientes.

—Lamento la tardanza, había un poco de tráfico —dijo con su sarcasmo tan habitual, apuntando con una semiautomática a los hombres de Vadim—. ¿Estorbo?

El caos estalló en un momento, sin que nadie pudiese hacer nada por evitarlo. El primer hombre cayó antes de que pudiera comprender lo que estaba pasando. La bala le voló la cabeza, provocando que su cuerpo se desplomara sobre el de Elena, haciéndola soltar un quejido.

Lo que siguió fue un intercambio de balas brutal. Alexei y yo nos encargamos de cubrir los flancos de Nikolai, disparando con una precisión letal; mientras Andrei se encargaba de liderar a otro grupo

de hombres en un ataque por la retaguardia. Por su parte, Irina no dejaba de moverse de un lado a otro, como pez en el agua.

Nikolai avanzó entre todo el mundo, mientras su mujer no dejaba de revolverse en el suelo. El segundo hombre intentó reaccionar, pero antes de que pudiera alzar el arma, mi hermano ya lo había acuchillado en el abdomen. Lo retuvo un segundo, lo suficiente como para ver el miedo en su rostro, para sentir como la vida se le escapaba, para asegurarse de que su muerte no fuera rápida ni limpia.

Elena no dijo nada. No intentó moverse, no suplicó, no se rompió. Solo se quedó ahí, observando cómo su marido se había vuelto el mismísimo diablo, cómo sus ojos se habían oscurecido.

La sacamos de ahí sin perder tiempo. Su cuerpo estaba débil, pero su orgullo la mantenía en pie y es que a testaruda no la ganaba nadie. Nikolai pasó un brazo alrededor de su cintura, y ella se aferró a él sin dudarlo, sin pestañear, como si por primera vez en su vida entendiera que había alguien que realmente estaba dispuesto a morir por ella.

Pero aquello no había terminado.

El sonido de un disparo nos hizo girar.

En la parte superior de la nave, entre las sombras del piso de metal, una figura se movía con desesperación.

Lev Orlov.

31

Viktor

Sentí el corazón latirme en las sienes, cómo la presión se volvía cada vez más fuerte, pero también una determinación que me impulsaba a tirar adelante. Ese maldito hijo de puta no iba a salir de allí con vida, al menos no si estaba en mis manos decidirlo.

Sonreí ladino, ahí estaba mi oportunidad.

Corrí tras él, subiendo las escaleras de dos en dos, con la sangre latiéndome en las venas y la certeza de que no iba a dejar que escapara esta vez. No cuando la sangre de su familia ya regaba este suelo, no cuando la guerra estaba en su punto más alto.

Alcé mi arma, dispuesto a volarle los sesos, pero no lo hice. Iba a conseguir que sufriese por todo lo que le había hecho a Alina, por intentar extorsionarme, por todo lo que le había provocado a mi familia. Apreté el gatillo, pero antes de que pudiera alcanzarlo, antes de que pudiera cerrar mis manos alrededor de su maldito cuello, el bastado saltó por una de las ventanas rotas y cayó de espaldas sobre una pila de cajas de cartón, con un gemido de dolor que se perdió en el rugido de los coches en la distancia.

Cuando me incliné sobre el borde de la ventana para buscarlo, ya corría entre los callejones.

Me llevé el cigarro a los labios y lo encendí con calma, observando cómo la silueta de Lev se perdía en la oscuridad como el cobarde

que era. La próxima vez que lo tuviera frente a mí, no le daría la oportunidad de huir.

Giré sobre mis talones y descendí de nuevo, justo a tiempo para ver cómo Nikolai terminaba lo que había venido a hacer.

Vadim Orlov estaba de rodillas, con la cabeza baja y la piel empapada de sudor. Sabía que era su final. No osó suplicar, no lloró ni intentó negociar. Solo alzó la mirada y se encontró con los de mi hermano, con esa sentencia fría e inevitable que había perseguido a los Orlov desde que todo esto comenzó.

Nikolai no dijo nada. Solo apretó el gatillo.

El disparo resonó en la nave como un trueno, ensordecedor, definitivo. Vadim cayó de bruces contra el suelo, su sangre se expandió bajo su cuerpo, empapando todo bajo él.

El silencio se apoderó del lugar. Se escuchaban las respiraciones entrecortadas de los hombres, el crujido de los escombros bajo nuestras botas, el eco de la muerte aferrándose a las paredes de la maldita nave.

Y entonces, la vi.

Alina estaba allí, entre las sombras, con los labios entreabiertos y la piel más pálida que nunca. Sus ojos no estaban puestos en su padre. No miraba su cadáver, ni la sangre, ni siquiera la pistola que todavía humeaba entre las manos de Nikolai.

Me miraba a mí.

Sus pupilas se clavaron en las mías con la misma intensidad con la que lo había hecho la primera vez que nos enfrentamos, con esa mezcla de odio e incredulidad, aunque con algo más oscuro, algo que no podía nombrar pero que sentí reptando bajo mi piel.

No aparté la mirada.

No lo hice porque en ese momento tomé una jodida decisión.

Pero no sería ahora. Lo haría cuando saliera de la nave, cuando la noche se tragara los gritos de los muertos, cuando el polvo se asentara y la sangre se secara en nuestras ropas, me la llevaría conmigo.

No importaban las consecuencias.

No importaba si esto terminaba de joderlo todo.

Porque eso era lo único que podía hacer para ganar esta maldita guerra y acabar con Lev Orlov antes de que fuese él quien pusiese punto y final a esta historia.

Alina

Corrí. Lo hice como si el infierno me persiguiera, como si mis pies fueran lo único que aún me mantenían con vida, como si el aire frío que rasgaba mis pulmones fuera la única prueba de que aún estaba viva. La sangre de uno de los hombres de mi padre se había secado en mi piel después de mancharme, adherida como un recordatorio cruel de lo que acababa de presenciar, de lo que acababa de perder. Pero no me detuve, no podía.

La imagen de mi padre desplomándose en el suelo, con la sangre expandiéndose a su alrededor como un maldito río carmesí, no dejaba de repetirse en mi cabeza. Un solo disparo fue suficiente para acabar con su miserable vida. Un instante, y todo había terminado. No le había llorado, ni gritado, y mucho menos había sentido el temblor recorrer mi piel. Solo me quedé allí, mirando cómo Nikolai hacía lo que mejor sabía hacer: matar sin siquiera pestañear.

Había oído muchas leyendas de su padre, lo letal que eran los Romanov, e incluso de lo despiadado que era el mayor de ellos. Sabía a qué se dedicaban, o al menos a parte de ello, ya que muchos de sus tratos pertenecían a un mundo oscuro al que no se me había invitado por el simple hecho de ser mujer. Me relegaron, dejándome como una simple aliada, cuando era la mejor estratega del país.

El mundo estaba desenfocado bajo mis pies, como si no fuera del todo real. Las luces parpadeaban a mi alrededor y a lo lejos, el eco de mis pasos resonaba entre los edificios y cada bocanada de aire era una batalla contra el dolor lacerante en mi pecho. A mi mente vino la amenaza de mi hermano, me mataría en el momento en el que tuviese oportunidad, y la muerte de mi padre no era más que una excusa para tomar el control de todo.

Contuve el aliento, no sabía si Lev me había visto, pero de lo que sí que estaba segura era de que Viktor se había percatado de mi presencia en el almacén. Él estaba allí, observándome desde las sombras, con esos ojos que me devoraban sin tocarme. No iba a dejarme escapar.

Media hora más tarde, y tras haber cogido un taxi en el que permití que mi dolor aflorara, mi apartamento apareció ante mí como un reflejo en mitad de la bruma, esa pequeña jaula dorada que me había servido de escondite y prisión a la vez. Mi único espacio seguro en un mundo construido con sangre y mentiras. Atravesé la entrada con el corazón golpeándome las costillas, cerrando la puerta tras de mí con tanta urgencia y fuerza que el eco resonó en cada

pared de la estancia. Tenía que salir de aquí antes de que Lev volviera, porque una vez me encontrase, no habría vuelta atrás.

Mis pasos me llevaron a la habitación, donde cada objeto parecía mirarme con la misma intensidad con la que lo había hecho Viktor en aquella nave. Frío. Inmutable. Sentencioso. Como si hubiese tomado una decisión inamovible, y eso, en cierto modo, me inquietaba.

Mi cuerpo se movió por instinto, con la precisión de alguien que ya ha planeado esta huida antes, aunque nunca se hubiera atrevido a llevarla a cabo. Tal vez es que, en lo más profundo de mi ser, sabía que llegaría el instante en el que tendría que desaparecer de la faz de la Tierra para que ni Lev ni mi padre pudieran encontrarme. Saqué la bolsa bajo la cama, repleta de ropa de emergencia, documentos, armas, botas, dinero y armas preparadas para salir corriendo en cualquier instante.

Mis dedos temblaron al cerrar la maleta. No había tiempo para pensar en eso.

Mi reflejo en el espejo me devolvió una imagen que casi no reconocí. El rostro cubierto de polvo y sangre, los labios entreabiertos y la mirada vacía. ¿Cuándo había comenzado a parecerme a ellos? Una lágrima descendió por mi rostro, creando un pequeño reguero que llegó hasta mi barbilla. Estaba rota, otra vez, o puede que nunca me hubiese podido recomponer.

Antes de que pudiera hacer nada, sentí su presencia, y no me hizo falta nada más para saber que estaba perdida y que no saldría del apartamento sin pagar un precio demasiado alto.

32

Viktor

El silencio en el apartamento era sofocante, cargado de electricidad, de esa que anuncia una tormenta. La luz de la calle se filtraba por las cortinas, proyectando sombras alargadas en las paredes, como si la misma oscuridad se retorciera con anticipación ante lo que estaba a punto de ocurrir.

Ella no me había escuchado entrar, estaba demasiado ocupada luchando contra sus propios sentimientos, demasiado asustada e incluso demasiado indefensa como para creer que alguien podría colarse en su espacio seguro.

Cerré la puerta con la precisión de un ninja, moviéndome entre las sombras hasta verla frente al espejo, con los ojos perdidos en su reflejo, en ese rostro marcado por la sangre seca y el polvo de la muerte. Una punzada de dolor me atravesó el pecho. No se reconocía, y lo peor de todo era que yo sí.

Ella ya era uno de los nuestros.

Antes de que pudiera reaccionar, me deslicé detrás de ella, cubriendo su boca con una mano firme, sintiendo el sobresalto en su cuerpo cuando el instinto la obligó a reaccionar. Pero era demasiado tarde.

—Cállate —murmuré contra su oído, con el tono bajo y rasposo de quien sabe que el menor ruido puede costarle la vida.

Su respiración se volvió errática contra mi piel, su cuerpo se tensó en un segundo y su instinto la empujó a luchar, a intentar revolverse, pero no le di margen.

—Tienes cuatro hombres apostillados en la puerta —continué, sintiendo el calor de su aliento chocar contra mi palma—. Los ha enviado tu hermano, y han venido a asegurarse de que no escapes, pero por suerte para ti, te he atrapado antes que ellos.

Eso la hizo permanecer quieta, en *shock*.

Mi miembro se endureció al sentir como su pecho subía y bajaba tan pegado al mío que ni siquiera el aire sería capaz de pasar entre ambos. Noté como esta sonreía bajo mi mano, por lo que comenzó a refregarse con lujuria, provocando que dejase ir un profundo gruñido que me rasgó la garganta.

Antes de que pudiese decir nada, pude ver como una chispa se encendía en su mirada. Alina Orlov no era una mujer que aceptara órdenes. Lo supe en el instante en el que sus dientes se hundieron en mi piel. La punzada de dolor fue aguda, rápida, brutal.

No era un mordisco superficial, no era un intento de soltarse. Ella quería arrancarme un pedazo de carne.

—¡Joder! —bramé, apartando la mano con la sorpresa aún latente en mi piel, al mismo tiempo que la sangre caliente comenzaba a empapar la manga de mi chaqueta.

La miré enfurecido, casi ido, con el instinto asesino vibrando por mi columna vertebral hasta llegar a mis sienes, y con la certeza de que había cometido el peor error de su jodida vida. Sus ojos destellaban con desafío, con la respiración agitada y el pecho subiendo y bajando con violencia.

—¿Crees que puedes venir a mi casa y someterme como si fuera una de tus putas? —escupió con desprecio, con una rabia que le nublaba el juicio.

No me moví.

Apreté la mandíbula porque en el momento en el que abriese la boca, todo se acabaría.

No respondí.

Saqué la jeringa de mi chaqueta con la calma de un hombre que ya tenía planeado cada jodido paso, y antes de que pudiera dar otro golpe, se la clavé en el cuello. Un jadeo quedó atrapado en su garganta, los ojos se le abrieron con desmesura, y pude ver en ellos una mezcla de sorpresa e incredulidad cuando el líquido comenzó a recorrer su sistema, entumeciéndolo, provocando que sus músculos comenzaran a fallar.

—Hijo de puta… —musitó, tambaleándose un paso atrás, aferrándose al borde de la cómoda en un intento inútil de mantenerse en pie.

La sostuve antes de que su cuerpo se cayese al suelo, sintiendo como su resistencia se desvanecía entre mis brazos, como su calor se fundía con mi piel mientras el sedante hacía efecto.

Sin dudarlo un solo instante, la tomé. Mi brazo se deslizó bajo sus piernas y la levanté con la facilidad de quien carga algo que ya le pertenece. Su cabeza cayó contra mi hombro, la respiración se le volvió más pausada, tranquila, permitiendo que su laxo cuerpo se relajara.

—Lo siento, princesa —murmuré, acomodándola contra mi pecho mientras su cabeza caía sobre mi hombro—. Pero no voy a dejar que mueras en este maldito juego.

Me colgué la bolsa que había estado preparando en el hombro, y me tomé un segundo para observar su hermoso rostro, para ver la furia aún latente en su expresión, incluso dormida. No iba a perdonarme lo que acababa de hacer, pero poco me importaba.

No iba a dejarla atrás.

No esta vez.

El *jet* privado rugió en la pista, cortando la noche con el estruendo de su potencia, alejándonos de Moscú en cuestión de minutos.

Dejé a Alina en la habitación privada, tumbada en la cama, permitiéndole descansar sin que nadie la perturbase. Al menos no hasta que se despertase. El teléfono vibró en mi bolsillo antes de que siquiera pudiera acomodarme en el asiento, impidiéndome llevarme a la boca el vaso de whisky que me había servido.

Nikolai.

Apoyé la cabeza contra el reposabrazos y deslicé el dedo sobre la pantalla, aceptando la llamada.

—¿Qué cojones has hecho? —Su voz estalló a través del altavoz, con la furia y el veneno que solo se destilaban cuando Nikolai Romanov estaba al borde de la puta locura.

Sonreí con desgana, dejando el vaso sobre la mesita, y frotándome la sien con los dedos.

—Supongo que ya te has enterado —musité.

—¡La has cagado, Viktor! —bramó encolerizado—. ¡La has secuestrado porque te has enamorado de ella, imbécil!

Solté una carcajada oscura, dándole una calada al cigarro que acababa de encender, consumiéndolo casi por completo.

—Estás delirando.

—Te la has follado dos veces —espetó con desdén—, y ya te crees que podrás tener el cuento de princesas que tanto te gustaría.

El humo se me atascó en la garganta. Mi mandíbula se tensó al instante con tanta fuerza que sentí un crujido en mi propia cabeza. Me enderecé en el asiento, con la mirada clavada en la puerta de la habitación en la que reposaba Alina, con la certeza de que Nikolai no iba a detenerse ahí.

—Ella es mía —bisbiseé con la voz ronca, sintiendo cómo las palabras me ardían en la boca, cómo la verdad se aferraba a mi piel como un veneno del que no podía escapar.

Silencio.

Ni siquiera la respiración de Nikolai era audible.

Cuando volvió a hablar, su tono fuer más bajo, más oscuro.

—No tienes ni puta idea de lo que acabas de hacer.

La llamada se cortó.

El avión siguió su rumbo.

Y Alina… Alina Orlov acababa de convertirse en mi maldita ruina.

33

Alina

Desperté jadeando, con el corazón encogido y mi pecho oprimiéndose como si me hubieran sumergido en una balsa de hielo.

El aire a mi alrededor parecía denso, cargado de algo que no supe identificar. Mis pulmones lucharon por encontrar las fuerzas para respirar, pero mi mente aún estaba atrapada en la negrura de un sueño que se evaporaba como la arena de la playa entre las manos, demasiado rápido. Los oídos se me embotaron. Abrí la boca intentando hacer desaparecer esa sensación tan desagradable. Miré a mi alrededor, sin saber dónde me encontraba, ni qué demonios había pasado. Solo sentía la urgencia de huir hacia cualquier lado.

Me incorporé de golpe, con la piel pegajosa por el sudor, los músculos tensos y el corazón latiéndome con tanto fervor en el pecho que creí que en cualquier momento me daría un infarto. La habitación era extrañamente silenciosa, iluminada por un tenue resplandor dorado de dos apliques que reposaban sobre la cama. Fruncí el ceño, fijándome en las pequeñas ventanillas que había en el lado derecho. No había ruido de tráfico, ni el eco distante de la ciudad.

Solo un leve zumbido constante.

Un avión.

Mis ojos recorrieron el espacio con rapidez, asimilando los detalles con la velocidad del rayo. El mobiliario de lujo, las sábanas de seda

marfil, el olor a cuero y a whisky impregnado en el aire, la sutil vibración bajo mis pies. Estaba volando, y no era un sueño. Entonces, lo recordé. El apartamento, Viktor, el forcejeo… Y la puta aguja perforando mi piel.

Un escalofrío me recorrió la espalda, encendiendo un fuego en mis venas, provocando que la rabia comenzase a consumirme. Apreté los dientes, sintiendo la furia expandirse en mi pecho como un incendio en pleno bosque. Ese hijo de puta me había drogado.

Aparté las sábanas de un tirón y salté de la cama sin importarme si mi cuerpo estaba aún entumecido por el tranquilizante, o incluso por las, aún latentes, heridas que Lev me había hecho. Pero nada de eso iba a hacer que me quedase ahí como un pasmarote.

Empujé la puerta con tanta fuerza que golpeó la pared con un sonido seco. Viktor estaba ahí, reclinado en un sillón de cuero negro, con una copa de whisky en la mano y un cigarro entre los labios, observándome con esa jodida calma que tenía, como si ya conociera todos y cada uno de mis movimientos. Como si mi furia le divirtiera.

Me odié por la forma en la que su imagen me golpeó en lo más hondo. Por lo atractivo que pensé que se veía en la penumbra, con la camisa negra remangada hasta los codos, sus tatuajes asomando bajo la tela, las venas de sus antebrazos marcadas por la tensión de su agarre. Y esos ojos grisáceos que se tornaron cada vez más oscuros, y que me devoraban con un ansia brutal mientras me deleitaba con su imagen.

Pero lo que más me jodió fue el hecho de que ni siquiera pareciera sorprendido.

Antes de que pudiera abrir la boca para soltar alguna de sus frases llenas de arrogancia, crucé la distancia entre nosotros y le

solté una bofetada que habrían escuchado desde Moscú. El sonido de mi mano contra su piel resonó en la cabina como una jodida detonación, provocando que su rostro girase hacia un lado. Su mandíbula se tensó al instante, pero no dijo nada. No me detuvo.

—¿Te crees con derecho a decidir sobre mi vida? —escupí, con la voz llena de rabia y la mano aún alzada, ardiendo por el impacto.

Viktor giró la cara con lentitud, hasta que me miró. Sus ojos brillaban con esa peligrosa intensidad que tanto me ponía y que al mismo tiempo me alertaba de que Viktor no estaba para juegos.

—Lo hice por tu bien.

Solté una carcajada sin una pizca de humor, dando un paso hacia él con el pecho alzado y los puños apretados.

—No soy una moneda de cambio, Viktor —siseé—. No soy algo que puedas tomar cuando te convenga.

Se puso en pie de un salto, como impedido por un resorte, observándome con esa superioridad que siempre portaba, dejando el vaso de whisky olvidado sobre la mesa de mármol. Su cuerpo era imponente, más de lo que recordaba, llenaba todo el espacio entre ambos, pero no retrocedí.

—Lev va a matarte. —Su voz fue un gruñido bajo, contenido, como si estuviera al borde de perder la paciencia—. Y no pienso dejar que lo haga.

Mi mandíbula se apretó con tal fuerza que dolió.

—No necesito que me protejas.

—No es protección. —Dio un paso más, obligándome a inclinar la cabeza para sostener su mirada—. Es venganza.

Solté una risotada que me rasgó la garganta.

—¿Venganza? ¿Para quién? ¿Para ti? —Lo empujé con ambas manos, presionando su pecho, sintiendo sus músculos tensarse bajo la tela de la camisa—. No me jodas, Viktor. No necesito que juegues a ser mi salvador.

—¡Tú no entiendes una mierda! —rugió enfurecido, y su voz fue un látigo que me golpeó de lleno—. Quiero matarlo por todo lo que ha hecho. Por como te ha tratado, por cómo te usó, por cómo te quiere muerta ahora que no puede controlarte.

La rabia se mezcló con algo más oscuro en mi pecho, algo caliente, hirviente, algo que odiaba tanto como deseaba. ¿Era orgullo lo que sentía? Me lo negué a mí misma, no iba a dejar que él tuviera la última palabra.

Con una velocidad que no esperaba, deslicé la mano por mi muslo y saqué el cuchillo que llevaba oculto siempre en la liga. Su error fue no haberme registrado bien.

No era suficiente con golpearlo, ni con gritarle. Quería que supiera que podía matarlo, que si me lo proponía podía hundirle la hoja en el cuello y ver cómo su sangre llenara todo el *jet*.

Viktor reaccionó en el acto, esquivando por instinto cuando lancé el primer corte hacia su rostro. Sus ojos se abrieron con sorpresa, pero también con diversión, y con algo parecido a la maldita excitación.

—¿En serio, princesa? —Su voz fue un ronco murmullo de satisfacción cuando bloqueó el siguiente movimiento.

—Deberías saber que nunca me rindo —le escupí, girando la muñeca para intentar otro golpe, pero me atrapó en el aire, obligándome a girar sobre mí misma para esquivar su agarre.

Nos movimos en el reducido espacio como dos depredadores en plena caza, cada ataque y bloqueo estaba calculado, cada giro, diseñado para joder al otro. Era una pelea en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a perder.

Viktor me atrapó por la cintura y me empujó contra la pared con un gruñido. Mi sexo ardió con fuerza, tanto que no pude evitar ahogar un gemido que se me agolpó entre los labios. Le di un puñetazo en el vientre y entonces no me lo pensé.

Aproveché su fuerza contra él, y me impulsé hacia arriba, cruzando la pierna alrededor de su cadera para inmovilizarlo. Su aliento chocó contra el mío cuando el filo del cuchillo se deslizó por su garganta. Su duro miembro palpitó entre mis piernas, provocando que todo mi ser ardiese. Lo tenía.

Mi respiración era un jadeo furioso contra su piel, mientras que su pecho subía y bajaba con violencia contra el mío. Tenía las pupilas tan dilatadas que apenas podía ver el color de sus iris, pero me miraba con una intensidad que debería estar prohibida. Su boca estaba apenas a unos milímetros de la mía, y por un segundo mi mente gritó: «bésame».

Apreté el cuchillo contra su piel, sintiendo como su pulso latía bajo la hoja.

La tensión fue tan densa, sofocante, que se me antojó como un abismo de violencia y deseo contenido al que deseaba lanzarme. Y por primera vez desde que todo esto comenzó… Viktor Romanov sonrió.

—Yo no necesito que nadie me salve, Anubis —bisbiseé.

34

Viktor

Su aliento rozaba mi piel como un veneno dulce del que deseaba morir, su mirada se aferró a la mía con un desafío que me hizo arder por dentro. No había miedo ni sumisión en ella. Solo fuego.

—Yo no necesito que nadie me salve, Anubis.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, vibrando entre ambos, cargadas de un poder tan brutal que provocó que un impulso eléctrico me recorriese. Mi miembro se endureció al instante. Verle con aquella actitud conseguía que perdiese la poca cordura que me quedaba y con la que me juraba que iba a resistirme a la puta tentación que tenía sobre mí. Alina iba a matarme, o iba a matarla yo a ella. Y no estaba seguro de cuál de las dos opciones me excitaba más.

La tenía encima, con el cuchillo aún presionando mi garganta, con su peso atrapándome en el asiento, como si realmente pudiese doblegarme, como una diosa capaz de dominar a todo aquel que se cruzase en su camino. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que creí que se me partirían las muelas en cualquier momento. Joder.

Mis manos se deslizaron por sus muslos con lujuria, sintiendo la tensión en cada fibra de su cuerpo, la forma en la que su respiración se volvió más errática cuando presioné mis dedos en la parte interior de sus piernas.

—No sabes lo cachondo que me pone verte así, como una jodida amazona, *tigrítsa*.

Quise arrancarle el pantalón a mordiscos, enterrarme en ella para que olvidase que estábamos a miles de kilómetros de casa, de que su padre acababa de morir, o que tenía un hermano capullo que quería acabar con ella. Quise follármela hasta morir, ¿existía un mejor fin que ese? En las nubes, y enredado en su cuerpo.

El filo del cuchillo tembló apenas un segundo sobre mi piel. Ella lo sintió. La chispa. La maldita energía que corría entre nosotros y que llevaba semanas contenida, esperando para explotar.

Antes de que pudiera reaccionar, la tomé. Mis manos se cerraron alrededor de su cintura, y la levanté en un movimiento rápido, haciéndola jadear por la sorpresa, a riesgo de que me apuñalase en cualquier momento. Pero no la solté, no le di oportunidad para retirarse.

—¡Viktor! —bramó, intentando forcejear cuando me la llevé en brazos, con el cuchillo aún aferrado entre sus dedos, pero no hizo nada cuando la empujé contra la puerta del camarote.

El arma cayó sobre la moqueta, provocando un ruido sordo al que apenas le di importancia.

Estampé mis labios contra los suyos, besándola como si quisiera devorarla. No hubo suavidad, ni paciencia. No la necesitaba, no cuando podía sentir como todo su ser reaccionaba al mío, la manera en la que me devolvía cada uno de mis gestos.

Chocamos contra la pared cuando cerré la puerta a nuestra espalda. Mi boca aplastaba la suya, reclamándola como lo que era: mía. Alina soltó un gemido contra mi boca, el cual me tragué con una satisfacción perversa. Su cuerpo se arqueó contra el mío,

mientras nuestras lenguas se enredaban con la misma fiereza con la que me había atacado con el cuchillo.

Esto no era amor. No era un romance ni una historia de hadas, como había dicho Nikolai. Era guerra. Era una puta necesidad enfermiza.

Sin soltarla, hice que retrocediese hasta el punto en el que sus piernas se diesen con el colchón. Sus manos ya se apresuraban, con torpeza, a desabotonar la camisa que acababa de ponerme tras la ducha. Sonreí ladino, con esa maldad que tanto amaba, viendo cómo la lujuria tomaba el control de su mirada. Solo me bastó un simple movimiento para deshacerme de su camiseta, dejando a la vista sus turgentes y pequeños pechos. Cuando logró quitarme la camisa, la lanzó a la otra punta de la habitación, provocando que dos botellas se cayeran al suelo, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello. Su piel ardía contra la mía. Se movía como si el deseo le quemase más que a mí, como si odiara cuánto me deseaba dentro de ella, pero al mismo tiempo no pudiese resistirse.

—Dime que no me deseas y me detendré —gruñí contra su boca, porque ansiaba escucharla.

Me miró como si me odiara, como si quisiera arrancarme la garganta de un mordisco, con las pupilas tan dilatadas que apenas quedó lugar para esos ojos que me quitaban el sentido. Su pecho subía y bajaba agitado, tenía los labios hinchados y enrojecidos por cada uno de nuestros besos. Podía mentirse a sí misma, pero no a mí.

—Dímelo. —Mi voz fue un gruñido bajo, ronco, cargado de impaciencia que ya vibraba sobre mi piel—. Dime que no es esto lo que deseas.

Llevé mi mano derecha a su rostro, pasando el pulgar sobre su labio inferior, delineando su boca con la calma de un psicópata, el mismo que disfrutaba del jodido momento en el que su presa se daba cuenta de que no tenía escapatoria. Alina tragó saliva, mientras sus pechos no dejaban de rozarse contra el mío con cada jadeo contenido.

—Vete a la mierda —siseó.

Solté una carcajada y sonreí ladino.

—Lo sabía.

Mi boca descendió hasta su cuello, deslizando mis labios sobre su piel con una lentitud exasperante. No la besé. No aún. Solo dejé que sintiera mi respiración, el calor de mi lengua recorrer cada centímetro de su piel, el roce de la punta de mis dedos al descender por su cintura, tomando posesión de todo su cuerpo.

Mordisqueé sus pezones erectos, delineé sus pechos con delirio, deleitándome con el dulce aroma que vestía su piel, percibiendo como el vello de su cuerpo se erizaba a cada lamida. Alina intentó aferrarse al último resquicio de cordura que le quedaba, a esa parte de ella que me odiaba tanto como para no ceder al mejor polvo de su vida. Pero falló. Lo hizo cuando mis dedos se deslizaron entre sus piernas, en el preciso instante en el que la toqué donde más me necesitaba. Su espalda se arqueó con un jadeo ahogado, y un profundo gemido se escapó de su interior.

—Mierda —masculló entre dientes, con los ojos cerrados.

Mi sonrisa se ensanchó contra su clavícula.

—No me mires así, princesa —bisbiseé, sintiendo que mi voz se había vuelto ronca por el deseo—. Vas a hacerme creer que, de verdad, disfrutas de esto.

Su respuesta fue una maldición ahogada, pero no importó. No tenía escapatoria, iba a ser mía le gustase o no, aunque cada vez tenía más claro lo mucho que deseaba ese momento. Mis labios descendieron hasta el valle de sus pechos, mientras mis dedos no dejaban de hundirse en ella, exigiéndole más, curvándose, llevándola a un punto de desesperación que se negó a aceptar en voz alta.

Clavó las uñas en mis hombros, sus caderas se movieron de manera instintiva contra mi mano, como si no pudiera evitarlo.

—Dilo —le ordené, al mismo tiempo que le abría las piernas lo suficiente como para posicionarme frente a su lugar prohibido.

Joder. Estaba tan húmeda que pensaba ahogarme en su puta esencia si hacía falta. Paseé mi lengua por su abertura, deleitándome con los pequeños espasmos que sufría su cuerpo, con la forma en la que me engullía su sexo.

—Vamos —ronroneé como un maldito gato—. Dilo, o te dejaré así.

Su mirada ardió cuando se encontró con la mía.

—Hijo de puta.

Sonreí contra su piel para, segundos después, torturarla, lamiéndola de arriba abajo, llevándome conmigo ese placer que la invadía. Lo hice con la paciencia de un verdugo que disfruta de su trabajo.

—Eso no es lo que quiero escuchar.

Sus muslos temblaron cuando mi boca volvió a acercarse a donde más me necesitaba, mientras mis dedos no dejaban de masturbarla, aunque lo que de verdad deseaba era follarla como un puto animal.

Y entonces, sin previo aviso, la dejé ir, apartándome por completo.

Alina abrió los ojos con furia, con la respiración agitada y con el cuerpo temblando a causa de la lujuria contenida. Me odiaba más que nunca, y lo cierto era que estaba disfrutándolo de lo lindo.

Me incorporé, mirándola con una media sonrisa cargada de satisfacción, porque sabía que ya había ganado. Sin mediar palabra, me deshice de los vaqueros que vestía, dejando a la vista la poderosa erección que habían estado conteniendo. Apuntándola con el arma que más placer le daría. Llevé una de mis manos a ella, y pude ver cómo Alina se relamía, porque sí, no podía apartar la vista de lo que tanto deseaba.

—Hazlo —musitó en un tono que se me antojó más una súplica que una orden.

Me arrodillé en la cama, colocándome sobre ella como un maldito depredador, porque eso era lo que quería ser. El hombre que la devorase para que nadie más pudiera reclamarla como yo lo hacía.

—Voy a follarte, *tigrítsa*. —Mi voz sonó ronca, cargada de promesas oscuras—. Lo voy a hacer para que jamás olvides a quién perteneces.

—Jódeme la vida, Viktor —ordenó, y quise postrarme a sus pies para venerarla como la diosa que era.

35

Alina

El avión aterrizó en Mónaco con una suavidad que no coincidía con la tormenta que tenía en la cabeza. Fuera, la noche se extendía sobre el mal como un vuelo oscuro, salpicado de luces doradas que se reflejaban en el agua. Era hermoso, sofocante y, al mismo tiempo, se me antojaba como una maldita prisión.

Viktor no me había dicho ni una sola palabra desde que nos vestimos, después de que termináramos de follar como animales en la jodida habitación. Tras dejar que me tomara como si yo le perteneciera. Y lo peor de todo era que, por un instante, me gustó sentirme suya.

Caminé tras él con la mandíbula apretada, observando cómo se movía con la seguridad de quien sabe que todo y todos le pertenecen. El coche negro ya estaba esperándonos en la pista privada, con un conductor que no dijo ni una sola palabra mientras subíamos.

No pregunté dónde íbamos. No porque confiara en él, sino porque sabía que, aunque lo hiciera, no me respondería.

El trayecto hasta el piso franco fue silencioso. La ciudad se deslizaba por la ventana como un desfile de edificios y calles desiertas. No pude evitar peguntarme qué demonios hacía aquí y cómo había llegado a ese punto.

¿Era un secuestro? ¿O una decisión que no estaba dispuesta a admitir que había tomado por mí misma? Podría haberle reducido en mi apartamento, pero no lo hice, y ese fue mi error. Le di el margen suficiente como para que me inyectase el sedante.

Cuando el coche se detuvo, Viktor salió primero. No me ofreció la mano, ni me dirigió una sola mirada, y eso me jodió más de lo que debería.

—No te quedes ahí, princesa —murmuró con la voz ronca—. No quiero tener que cargarte hasta arriba.

Le fulminé con la mirada y bajé del automóvil.

El piso franco al que me había traído no era lo que esperaba. No era un refugio oscuro y decadente, no había humedad, ni ratas corriendo por los rincones, ni armas esparcidas por todos lados. Era un enorme apartamento de lujo con una vista que cortaba la respiración. Los ventanales daban directos al mar, la brisa salda se filtraba por la recién abierta puerta que deba a la terraza. El mobiliario era minimalista pero caro, con tonos oscuros y líneas limpias. Nada parecía improvisado. Todo en el lugar decía una cosa: Viktor Romanov tenía un pie en el mundo del crimen y otro en la realeza. Y, de alguna manera, yo ahora formaba parte de todo eso.

—Voy a comprar algo de comida. —Su voz interrumpió el torrente de pensamientos que cruzaba mi mente—. No toques nada, ni se te ocurra intentar salir, ni llames a nadie.

Me crucé de brazos.

—¿Y si lo hago?

Se detuvo en la puerta, mirándome con esa media sonrisa suya que hacía que quisiera arrancarle la garganta a mordiscos.

—No lo harás —sentenció y, sin esperar respuesta, salió.

Me dejé caer en el sofá, sintiendo el cansancio asentarse en mis músculos. ¿Cómo demonios había llegado a esta situación?

Hacía apenas unos días tenía un plan claro: sobrevivir. Huir del país, escapar de Lev, tomar las riendas de mi vida. Pero ahora… Ahora estaba en Mónaco, en un apartamento que no me pertenecía, con un hombre al que apenas conocía, pero al que sentía que sí pertenecía. Me negaba a dejar que mi mente divagase en esa dirección. No podía permitir que esos pensamientos fuesen reales, y mucho menos verbalizarlos.

Me llevé las manos al rostro y exhalé con frustración. Pero ¿por qué lo que estaba haciendo estaba mal?

Por mi familia.

Mi maldita familia me había dejado tirada. Mi padre estaba muerto, y mi hermano quería el mismo destino para mí. ¿Por qué demonios debía seguir aferrándome a un código que no pertenecía? Siempre me habían tratado como a una cría, y no como a la estratega que había nacido para ser. Me habían subestimado, y no permitiría que siguiesen haciéndolo.

Si Viktor me deseaba de aquella forma tan visceral, ¿qué problema había en que yo también lo hiciese? Éramos dos adultos, o al menos, él lo era. La diferencia de edad era más que visible, Viktor debía de ser al menos nueve años mayor que yo, ya que según tenía entendido había sido compañero de Lev en la escuela. Pero ¿qué demonios importaba eso?

El agua caliente cayó sobre mi cuerpo, envolviéndome con un vapor denso que se aferraba a mi piel, como si pudiese sanar todas y cada

una de las heridas que marcaban mi cuerpo y mi alma.

No supe cuánto tiempo llevaba ahí, con la frente apoyada en los azulejos oscuros de la ducha, con el líquido resbalando sobre mis hombros y la espalda. Intentando no pensar en él, la manera en la que su boca se deslizaba por mi piel. Borrándolo de mi mente.

Pero entonces, lo sentí.

Un escalofrío recorrió mi columna antes incluso de que escuchara la puerta abrirse. No me giré. No hacía falta. Pude escuchar el sonido de su ropa cayendo al otro lado de la mampara de diseño. El calor de su cuerpo se filtró a través del vapor cuando se metió dentro de la ducha, y posó sus labios sobre mi hombro izquierdo.

—No puedes dejarme en paz ni cinco minutos, ¿eh, Romanov? —musité al mismo tiempo que me daba la vuelta para fijar mi vista en la suya.

Sus manos se apoyaron en la pared, a cada lado de mi cuerpo, atrapándome sin tocarme, sin siquiera rozarme.

—Podría decir lo mismo de ti, princesa.

El agua descendió por su cuerpo, y no pude evitar fijarme en la manera en la que las gotas comenzaban a deslizarse por su pecho tatuado, por cada uno de los músculos que le cubrían, y por un instante deseé ser yo quien lo recorriese con la lengua. Me mordí el labio inferior de manera inconsciente, a sabiendas de que el hombre que tenía frente a mí iba a hacerme perder la poca cordura que quedaba en mi interior y que me suplicaba que me dejase llevar.

Cuando alcé la vista, me encontré con la mirada de una bestia, de esas que cuando atrapan una presa, no tienen intenciones de dejarla ir. Contuve el aliento, sintiendo como mi sexo se humedecía. Lo cierto era que yo tampoco deseaba que lo hiciera.

—Déjame en paz, Viktor —bisbiseé fingida al mismo tiempo que posaba una mano sobre su duro pecho.

Por un instante creí que me derretiría allí en medio. Viktor no se movió, únicamente se limitó a sonreír ladino, a sabiendas de lo que estaba a punto de ocurrir. Su boca se estampó contra la mía, devorándome con delirio, y fue entonces cuando supe que estaba perdida.

No hubo besos suaves, ni paciencia. Solo el ansia de dos cuerpos necesitados de algo más. Sus manos descendieron por mi espalda, fuertes, posesivas. Cuando llegaron a mi trasero, tiraron de mí de manera brutal, obligándome a pegarme a él. Su erección presionó mi vientre y un gemido traidor se escapó entre mis labios.

—No tienes ni idea de lo mucho que quiero follarte ahora mismo, *tigrítsa*.

Mi respuesta fue envolver mis piernas alrededor de su cintura y hundir mis dedos en su cabello. Ya no había excusas ni mentiras. El primer roce de su miembro contra mi entrada me hizo jadear de inmediato, mientras la calidez del agua contrastaba con la brutalidad de su tacto.

La mirada del hombre que tenía frente a mí se había vuelto tan oscura que por un instante se me antojó el demonio, pero lo cierto fue que eso me gustó aún más, sobre todo, cuando sus labios volvieron a buscar los míos con impaciencia.

Me aparté lo suficiente como para que este emitiese un gruñido, desaprobando mi gesto, pero por unos segundos me tomé la libertad de observarle de cerca, como nunca había hecho. Viktor era el hombre más brutalmente sexy que hubiese visto jamás. Sus ojos eran verdes, cambiantes, letales, como él. Sobre su ceja izquierda

tenía una pequeña marca, una cicatriz que aún se resistía a desaparecer. Mientras que sobre su nariz descansaban unas pocas pecas que le daban un aire distinto, y que contrastaban con todo lo demás. Sus labios eran finos, pero al mismo tiempo lo suficientemente carnosos como para desear mordisquearlos a cada segundo del día.

—Viktor… —musité contra su boca cuando su sexo se restregó contra el mío.

No me dejó terminar.

De una sola estocada se hundió en mí con una brutalidad que me arrancó un grito que murió ahogado en mi garganta. Todo mi cuerpo respondió a él, engulléndolo con delirio, de la misma manera que me miraba sin dejar de entrar y salir.

—Joder —masculló pegado a mi cuello—. Estás tan caliente y húmeda... —ronroneó contra mi oído, sujetándome con fuerza, consiguiendo que su miembro me atravesase en cada una de las acometidas.

Sus movimientos se volvieron cada vez más lentos, llevándome al delirio, provocando que mi espalda se arquease, chocando contra los azulejos, mientras su boca devoraba la mía con la desesperación de alguien que no tiene intención de detenerse.

—Eres mía, *tigrítsa*. —Su voz se rompió en un gruñido gutural cuando me embistió más fuerte, tan profundo que no pude evitar jadear—. Solo mía.

El agua caía a nuestro alrededor, resbalando por nuestros cuerpos entrelazados, convirtiendo cada roce en un maldito incendio. Sus dedos rodearon mi garganta con una fuerza calculada. No me ahogaba, pero me tenía. Y lo peor de todo era… que me gustaba.

Me excitaba, haciéndome sentir que, de alguna jodida manera, podía terminar conmigo en cualquier instante, mientras su pulgar comenzó a trazar círculos sobre mi piel. Al mismo tiempo que su otra mano se aferraba a mi cadera, guiando cada uno de sus movimientos con una intensidad que me hizo querer morir en sus brazos.

—Dilo, *tigrítsa* —me ordenó, lleno de lujuria.

Mi sexo palpitó, sintiendo como la oleada de placer estaba cada vez más cerca, cómo el roce de nuestras pieles provocaba estragos en mí.

—Vete a la mierda, Viktor —siseé en el instante en el que apresó con más fiereza mi cuello.

Su respuesta fue lanzarse a mis labios, mordiéndolo y tirando de ellos con tanta saña que llegó a provocarme una herida. No dejó de moverse en aquel baile frenético en el que estábamos metidos, delirante, sensual, y capaz de llevar a cualquiera a la maldita locura.

—Me vuelves loco, Alina —musitó.

Y no necesité nada más para notar cómo todo mi cuerpo se tensaba al mismo tiempo que lo hacía el suyo. Me dejé ir, gritando su nombre amortiguado en su boca, mientras él no dejaba de moverse, ido, gruñendo, escuchando como el eco de nuestros jadeos se ahogaba bajo el sonido del agua.

No podía fingir que lo que hacíamos estaba mal. No después de algo así. No cuando todo mi cuerpo aún ardía con su nombre escrito en cada jodido centímetro de mi piel.

36

Viktor

El agua caliente se apagó, dejando un silencio pesado en la habitación, uno de esos que no tiene nada que ver con la calma, sino más bien con una tensión importable, de esa que se te pega a la piel y que presagia algo que ninguno de los dos estaría preparado para enfrentar.

No era el mismo silencio que nos había envuelto en la ducha, cuando su boca se aferraba a la mía con desesperación y su cuerpo se tensaba bajo mis manos mientras la hacía mía. Ahora, entre ambos, se extendía un silencio sepulcral, cargado de pensamientos no expresados, de decisiones que cada vez parecían más jodidas, y de una distancia que se abría entre ambos, incluso cuando seguíamos en la misma habitación.

Salí de la ducha tras unos minutos, con la certeza de que, si me quedaba más tiempo bajo el agua caliente, terminaría por arrancarme la piel en un intento inútil de borrar su acto, de arrancarme de la cabeza la imagen de su rostro mientras llegaba al clímax, de la forma en la que sus uñas se aferraban a mi espalda como si no quisiera soltarme nunca.

Pero todo eso ya no importaba.

Cuando volví a la habitación, ella estaba frente a la cama, de pie, con una toalla envuelta en el cuerpo y el cabello cayéndole por la espalda en ondas húmedas, sin mirarme ni desviar la mirada de los

leggings y la camiseta blanca que sacaba de su maleta. Se vistió con la misma calma con la que alguien se pone una armadura, y fue entonces cuando me di cuenta de que ese podía ser el final para ambos. No me dirigió una sola mirada, ni una palabra o un gesto que indicara que hacía unos minutos jadeaba mi nombre con la voz estrangulada por el placer.

Me limité a hacer lo mismo, permanecer en absoluto silencio. Me acerqué a la cama, para encenderme un cigarrillo, sin siquiera cubrirme. Mostrando esa desnudez que sabía que le hacía perder el control. Saqué del armario unos pantalones deportivos, una camiseta negra, y caminé hasta la cocina sin pronunciar palabra alguna, sintiendo como la tensión se volvía más densa con cada segundo que pasaba.

El problema no era el sexo, nunca lo había sido, porque cuando nos tocábamos no existía nada más en el mundo, ni la mafia, ni las familias, ni las traiciones, ni el hecho de que éramos enemigos por naturaleza. El problema era lo que venía después, lo que se quedaba cuando el deseo desaparecía y nos encontrábamos con la realidad de que lo nuestro no podía ni debía ser, pero de alguna jodida manera, lo era.

—He comprado algo de comida. —Mi voz rompió el silencio con una calma que no sentía, con la intención de normalizar lo que fuera que estaba pasando entre nosotros—. Es algo típico de aquí.

Ella apenas se giró, lo suficiente como para fijar sus ojos en los míos con esa intensidad con la que siempre lo hacía cuando quería leerme, como si buscara en mi expresión una razón para seguir fingiendo que todo esto no le afectaba, como si intentara

convencerse a sí misma de que nada de lo que había pasado en el avión o en la ducha había significado algo.

—¿Desde cuándo te interesa la gastronomía local? —cuestionó con un deje de burla en la voz, arqueando una ceja, y dejando que la ironía la envolviera con el mismo descaro con el que me miraba cuando quería provocarme.

Me encogí de hombros con desinterés, como si me diera igual su pregunta y no estuviera pendiente de cada jodido gesto que hacía, como si no me importara la forma en la que ese estaba forzando a comportarse como si todo esto no estuviera marcándola tanto como a mí.

—No lo hace —respondí sin ganas—. Pero tengo que asegurarme de que no mueras de hambre antes de que volvamos a Moscú. —Sonreí de manera fingida, permitiendo que lo notase.

Su mandíbula se tensó ante mi respuesta, una mueca se esbozó en sus labios, algo similar a una sonrisa, pero sus ojos no decían lo mismo, ya que se oscurecieron por algo que no supe descifrar del todo, porque si bien podía ser rabia, también miedo, o incluso, lo peor de todo: resignación.

Nos sentamos en la mesa sin decir mucho más, con la comida entre nosotros como si de un muro invisible se tratase, como si pudiera evitar lo inevitable o detener la guerra silenciosa que se estaba gestando en ese preciso instante.

—¿Has estado en Mónaco antes? —pregunté, intentando retomar la conversación que, de alguna manera, parecía fuera de lugar, pero que necesitaba para no enloquecer con toda la mierda que comenzaba a cumularse en mi cabeza.

Ella tomó su copa de vino con calma, como si la pregunta no significase nada.

—No —musitó—. Aunque Lev sí. Vino varias veces con mi padre cuando aún estaba vivo.

Lo último lo dejó ir con retintín, recalcando el hecho de que su padre había muerto y, obviamente, los Romanov habíamos sido los culpables de ello.

Vi como sus dedos se tensaron alrededor del cristal, como el leve temblor de su mano delataba que, en el fondo, el nombre de su padre continuaba atormentándola, que, aunque no lo dijera en voz alta, había una parte de ella que aún no había procesado todo lo que ocurrió en aquella nave.

Y entonces, sonrió, pero no fue una sonrisa real, sino una rota, una de esas que te dejan con mal sabor de boca, de las que te hacen querer arrancarle la rabia con las manos y reemplazarla con devoción. Porque sí, a pesar de todo, deseaba besar cada paso que diese con tal de no verla de esa manera.

—Supongo que ahora ya no importa.

No respondí, porque no supe qué demonios decir. Porque si abría la boca, diría algo que no debía o lo jodería todo aún más.

La cena continuó como si nada, siendo los dos desconocidos que realmente éramos, porque a pesar de que yo quisiese saberlo todo de ella, al final del día eso era lo único que no podíamos fingir. Una amistad. Un amor.

Nos terminamos las dos botellas de vino más rápido de lo que creí que lo haríamos, supuse que el hecho de no hablar tenía algo que ver.

Con el alcohol en sangre, la tensión en la habitación se volvió aún más densa que antes, pero no incómoda, sino llena de una electricidad que ambos conocíamos y que ninguno de los dos quería nombrar. Pero ahí estaba, colgando de nuestras cabezas como una espada afilada a punto de caer para partirnos en dos.

Alina me miró con los ojos brillantes, con el cabello revuelto cayendo en suaves ondas sobre sus hombros, con esa expresión que no quise entender, porque sabía que, si lo hacía, no habría vuelta atrás.

—Todo esto es una mierda. —Su voz sonó estrangulada con esas cuatro palabras, y joder, sentí cómo me atravesaban por dentro, como su desesperanza se enredaba en la mía y lo hacía todo aún más insoportable.

Asentí con lentitud, porque a pesar de todo lo que una vez había pensado, Alina seguía enraizándome en lo más profundo de mi corazón como un puto cáncer, arrasando con todo a su paso.

—Lo sé —musité.

Ella tomó aire con dificultad, como si lo que fuese a decir le costase más que cualquier otra cosa en su vida.

—No podemos hacer esto, Viktor.

—¿Qué quieres decir?

Soltó una risa amarga y pude ver la pena en sus ojos.

—Ya lo sabes. —Hizo una breve pausa—. Cuando volvamos a Moscú y todo esté solucionado, no hay cabida para esto.

Nos miramos en silencio.

Me dolió el pecho.

Dios si dolió. Lo hizo como si una maldita bala estuviese perforándome la carne. Porque sabía lo que venía. Lo había sabido

desde el primer momento en el que la toqué, desde la primera vez que sentí su cuerpo rendirse bajo el mío.

No dije nada, porque si abría la boca, iba a rogarle que se quedara, y yo no rogaba a nadie. No mendigaba amor.

Mis puños se cerraron con tanta fuerza que sentí las uñas clavándose en mi propia piel, el calor subiéndome por el cuello, la furia latiéndome en la sien y el ardor de sus palabras consumiéndome por dentro hasta tal punto que me olvidé de respirar.

Me levanté como impedido por un resorte, sin decir nada, alejándome de la mesa y del salón. Cerré la puerta de la habitación, porque sabía que como saliese, acabaría matándola o tal vez peor… Confesándole que me moría por sus putos huesos. El alcohol ya rugía en mis venas, la rabia me carcomía desde dentro, y antes de poder pensar, golpeé con fuerza la maldita ventana.

El sonido del impacto resonó en la habitación como un trueno, la sangre comenzó a brotar al instante, llenando el suelo de mármol blanco de pequeñas gotas rubí mientras los vidrios astillados se repartían por el suelo.

Pude escuchar los pasos de Alina, y cuando la puerta se abrió, lo que vi en sus ojos me confundió. Puro *shock*, pesar, dolor.

—¡Viktor! —exclamó al ver como todo el líquido comenzaba a empapar la alfombra que había más allá.

—No.

—Estás sangrando… d-déjame ayudarte —balbuceó.

—Ni se te ocurra ponerme una mano encima, Orlov —escupí con asco.

Mi voz salió más dura de lo que esperaba, pero no me importó. Me dio igual que le doliese, o que sus intenciones fuesen buenas. No cuando su decisión aún me latía en el pecho como un puñetazo directo al alma.

Alina se quedó en el umbral de la puerta, con las manos temblorosas y la boca entreabierta, y fue entonces cuando supe que ese instante marcaba un punto de no retorno.

37

Alina

El eco de su voz aún resonaba en mi cabeza, golpeándome con la misma fuerza con la que lo hizo su negativa, esa sentencia seca, cortante y llena de furia con la que me había prohibido acercar, con la que me alejó, marcándome un límite que sabía que no debía cruzar. Me quedé en el umbral de la puerta, observándolo entre las sombras, viendo cómo su cuerpo se tensaba mientras la sangre continuaba emanando de su puño, y su mandíbula parecía tan apretada que en cualquier momento se rompería en pedazos.

Pero no, su orgullo fue más fuerte que el dolor. No me dejó entrar para limpiarle la herida, ni siquiera me permitió intentar entender qué demonios acababa de pasar entre nosotros, cómo habíamos pasado de follar hasta perdernos en la piel del otro a este jodido abismo que se abría entre ambos.

Tal vez lo que no quería que viese era la herida que se reflejaba en su mirada, esa que no mostraba, la que tenía en lo más profundo de su ser.

Me di la vuelta antes de que pudiera ver cómo la rabia también me alcanzaba a mí, porque sí, sus palabras me habían perforado el pecho con la misma brutalidad con la que había golpeado el cristal.

En mi mente no podía hacer más que repetir una y otra vez su voz diciendo: «Ni se te ocurra ponerme una mano encima, Orlov».

Había sentido su odio, el maldito rencor con el que me miraba, y joder si dolió.

Me encerré en mi habitación, dejándome caer sobre la cama con el cuerpo tan cansado que apenas podía sentirlo, pero con la mente bullendo por todo lo que acababa de pasar. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer? ¿Fingir que no era uno de los mayores enemigos de mi familia? ¿Que su hermano no había matado a mi padre? ¿Hacer como si todo eso no hubiese ocurrido y jugar a las casitas?

Intenté dormir, convencerme de que nada de esto debía afectarme, de que lo que habíamos dicho —y lo que no— era lo mejor, que todo esto tenía que acabar, porque en nuestras vidas no había un destino juntos.

Aquel pensamiento me dolió en el alma. Era la peor mentira que hubiese querido creer en toda mi vida. Todo era una jodida mentira.

Cerré los ojos con fuerza, obligándome a no pensar en él, a no recordar sus manos sobre mí, o la sangre brotando de ellas.

No funcionó.

No supe cuánto tiempo dormí, ni siquiera si llegué a hacerlo en algún momento, pero cuando abrí los ojos, la noche seguía presente más allá de los ventanales mientras que una tenue luz permanecía encendida. La sensación de ahogo en el pecho no había desaparecido, el cansancio pesaba en mis huesos, pero mi mente se negaba a concederme ese descanso que tanto ansiaba.

Me levanté con el cuerpo entumecido, y salí de la habitación a hurtadillas, sin hacer ruido, solo dejándome llevar por el impulso de

caminar, para así alejarme de mis propios pensamientos.

El apartamento estaba en completo silencio. El lugar estaba tan impoluto como cuando llegamos. El único rastro del desastre acontecido estaba en la mesa, con dos copas de vino vacías, la segunda botella casi terminada y el aire impregnado de ese aroma a alcohol y cenizas. Me pasé una mano por la cara, intentando despejarme, y avancé con la mirada perdida en la penumbra, permitiendo que mis pasos me guiaran hasta una pequeña estantería cerca del pasillo, una que, a simple vista, parecía vacía, salvo por algunos libros alineados a la perfección y unos pocos objetos personales que desentonaban con la frialdad del lugar.

Y entonces fue cuando mis ojos se posaron en una cajita de madera que reposaba sobre una de las repisas. Era pequeña, discreta, pero aun así, llamó mi atención sobremanera. No tenía llave, ni ningún sello que indicase que debía mantenerse cerrada.

Pese a todo esto, me sentí como una ladrona a punto de obtener el secreto mejor guardado.

Me mordí el labio, sintiendo esa punzada de culpa por estar haciendo algo que no debía, pero mis dedos se movieron más rápido de lo que deberían, y cuando quise darme cuenta, ya tenía la tapa abierta.

Contuve el aliento.

Dentro, había algunas cosas sin aparente importancia: un reloj de hombre viejo, una medalla de San Miguel, algunos billetes antiguos… y fotografías.

Mi pecho se contrajo con fuerza en el instante en el que las saqué de la cajita, y las vi bajo la tenue luz que iluminaba la estancia. Eran de Viktor. Pero no era el hombre que yo conocía.

En la primera fotografía se veía más joven, sin la carga de la mafia marcada en los ojos, sin la dureza en su expresión, con una sonrisa ancha, relajada, tan despreocupada que se me antojó ajena a él, como si ese muchacho no tuviese nada que ver con el mafioso con el que había follado horas atrás. Y a su lado, una mujer.

Era hermosa, tanto que dolía. Tenía el cabello oscuro, ojos grandes, piel clara y una risa que parecía atrapada en aquella instantánea. Viktor tenía su brazo rodeando su cintura, la sostenía con cariño y una familiaridad que me hizo apretar los dientes sin darme cuenta.

Parpadeé con rapidez. Mi mano tembló.

¿Quién era ella? Y, ¿por qué me importaba tanto?

Pasé a la siguiente fotografía con un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar con normalidad. En esta, él la besaba en la mejilla mientras ella se reía, y supe, sin necesidad de preguntar, que había sido importante para él. Que, en algún punto de su vida, Viktor Romanov había tenido un corazón latiendo capaz de amar de manera incondicional.

Sentí una presión en el pecho que no quise reconocer como mía.

Sentí celos.

Celos de una mujer cuyo nombre ni siquiera conocía. De esa que pudo ver una versión de él que nadie más vio, una que yo nunca conocería, porque lo que sea que hubo en él antes, lo que le hacía sonreír de aquella forma, ya no existía.

Yo no era la causa de su felicidad, y jamás lo sería.

Me odié por pensarlo. Pero aún más porque lo sentí en lo más profundo de mi corazón.

Respiré hondo, guardé las fotografías con una rapidez absurda, deseando lanzarlas a lo más profundo del océano, cerré la caja con torpeza, y me aparté de la estantería como si me quemara, como si lo que acababa de ver fuera un golpe en las entrañas que no estaba preparada para recibir.

Como una cría insegura, abrí la puerta de su habitación con cautela, apenas lo suficiente como para deslizarme en el interior sin que el ruido del pasillo lo despertara. El lugar estaba a oscuras, iluminado solo por la luz de la ciudad filtrándose entre las cortinas.

Viktor estaba acostado en la cama, de lado, con el brazo cubriéndole el rostro y el otro extendido sobre las sábanas. Parecía un maldito ángel, uno oscuro, lleno de dolor, pero tan perfecto como cualquier dios. Me sentí como una furtiva, observándole con delirio, fijándome en cómo su pecho subía y bajaba con una tranquilidad contagiosa.

Avancé en silencio, dejando que mis pies descalzos amortiguaran cada uno de mis pasos hasta que llegué al borde de la cama. No sabía qué demonios estaba haciendo, pero tampoco me detuve.

Con el pulso desbocado, me deslicé entre las sábanas, acomodándome a su lado, deseando cobijarme entre sus brazos, permitiéndome esa cercanía que me había estado prohibiendo desde que le conocí. No supe si fue el colchón hundiéndose bajo mi peso o la presencia de mi cuerpo tan cerca del suyo, lo que hizo que me tomase por la cintura, pegándome a él, consiguiendo que nuestros rostros quedasen a apenas unos centímetros. El corazón me latía tan fuerte dentro del pecho que creí que en cualquier momento se me saldría por la boca.

Rocé mis labios con los suyos y, de manera inconsciente, me correspondió, besándome con una sensualidad que provocó que mi sexo se humedeciese al instante. Ahogué un gemido cuando sus ojos se abrieron.

Viktor gruñó con la voz ronca por el sueño y el cansancio acumulado.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Su voz sonó más rasposa de lo normal, más vulnerable, más jodida de lo que jamás había dejado ver.

No me moví.

Ni siquiera me atreví a responder, porque lo que de verdad deseaba era jurarle amor eterno y perderme, de nuevo, en sus brazos. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa, mientras me observaba con una mezcla de desconcierto y exasperación.

—Vas a volverme loco.

Cerré los ojos, permitiéndome saborear por un segundo la forma en la que me había mirado.

—No podía dormir —musité—. ¿Puedo quedarme?

Con un leve gruñido, accedió, con los ojos cerrados, y una calma que no logré entender. Aunque lo cierto es que poco importó, porque no es que no pudiera dormir, sino que me negaba a hacerlo si no era con él.

38

Viktor

El primer rayo de sol se coló entre las cortinas a medio cerrar, proyectando un resplandor pálido y mortecino sobre la habitación, pero no fue eso lo que me despertó, sino el puto silencio. Uno espeso, pesado, de esos que no te acarician la piel, pero que se te enroscan en el pecho como una serpiente dispuesta a morderte justo en el corazón. Abrí los ojos con dificultad, sintiendo un leve escozor en los párpados, y ese cansancio que se te pega a los músculos cuando sabes que has dormido mal, no por el cuerpo, sino por el alma. Llevaba demasiadas noches sin dormir en mi apartamento, encolarecido por la situación, luchando por rescatar a Elena… Y ya empezaba a pasarme factura.

Extendí el brazo hacia el otro lado de la cama, buscando el calor que aún debería estar ahí, el cuerpo que había sentido entre mis brazos unas horas antes, pero lo único que encontré fue la frialdad de las sábanas revueltas.

Me incorporé despacio, con una maldición silenciada arrastrándose por mi garganta como un dulce veneno. No había ni rastro de Alina. Ninguna nota. Ningún mensaje. Nada que indicase que aquello que había pasado entre nosotros la noche anterior había sido real. Por un instante me cuestioné todo, si no habría sido una ilusión de mi mente, una alucinación provocada por el cansancio, el alcohol y las putas emociones que me carcomían. ¿Y si lo había

soñado todo? Esa mujer me volvía loco, tal vez esa fuese la respuesta a mis preguntas.

Pasé una mano por mi rostro, y me levanté sintiendo el cuerpo agarrotado a causa de la tensión de los últimos días. Casi arrastrando los pies, fui al baño, encontrándome con una expresión que no reconocí como propia. La barba de tres días comenzaba a ensombrecerme el rostro, mis ojos estaban enrojecidos y opacos, reflejando una furia sorda que no entendía de palabras. Parecía consumido, como si la ira hubiese hecho estragos en mí.

Me lavé la cara con agua fría y salí de baño sin siquiera preocuparme en vestirme. Fue entonces cuando lo vi. Una de las fotografías que solía guardar con cuidado, oculta entre mis cosas, yacía en el suelo, boca arriba, como un maldito reproche. Me agaché, la recogí con delicadeza y me quedé mirándola durante varios segundos. Aquella imagen del pasado era como un maldito eco de una vida que ya no existía, una que jamás volvería a tener. Pasé la punta de mis dedos sobre el hermoso rostro de Linnet, y la dejé de nuevo en su cajita, sin hacer preguntas, aunque el nudo en mi estómago ya me decía quién las había visto.

No me acerqué a su habitación, dándole un espacio que pensé que le vendría bien. Si había decido marcharse a mitad de la noche, o peor, si lo había soñado, no tenía potestad ninguna para entrar y reclamarla como si fuese mi trofeo.

La cafetera burbujeaba en la cocina mientras el aroma amargo del café comenzaba a llenar el apartamento. Me encendí un cigarrillo, dejando que se colase entre mis labios, y con cada calada intentaba, en vano, calmar la ansiedad que me golpeaba el pecho con más fuerza que cualquier puñetazo que hubiese recibido en toda mi vida.

Me acerqué a la mochila de Alina, la que había preparado con todo lo necesario para sobrevivir lejos de Moscú, como si hubiese anticipado lo que iba a acontecer. Rebusqué hasta encontrar el móvil que había guardado en ella cuando Alina estaba inconsciente, por si en algún momento necesitaba contactarme sin que nadie lo supiera. No había ni rastro.

Eso me extrañó, si Alina continuaba durmiendo, ¿qué sentido tenía que se hubiese llevado el teléfono a la habitación? No iba a poder llamar a nadie más aunque quisiera, todos los números estaban bloqueados.

Con pasos decididos y hecho un Miura, me fui para su habitación y lo que vi al abrir me dejó sin habla. La cama estaba hecha, tenía el pijama doblado sobre la almohada, y no había ni rastro de la ropa que había llevado el día anterior, ni de las botas. Solté un fuerte alarido, iba a matarla en cuanto la encontrase.

Rebusqué las llaves de casa, las había guardado de manera estratégica para que no las encontrase, pero cuando fui a cogerlas, no estaban. Apreté las manos en puños, sintiendo como un terrible dolor me subía hasta el codo.

—Mierda —bisbiseé al recordar las heridas de la noche anterior.

Marqué su número, a punto de estampar el teléfono contra la encimera para hacerlo picadillo. Una vez.

Dos.

Tres.

Nada.

El puto silencio me respondió con la misma frialdad con la que se había marchado.

Me serví café. Sabía a tierra y derrota, a que había sido un puto necio al creer que podría controlarla sin estar presente. Dejé la taza a medio terminar sobre la encimera y cogí mi chaqueta de cuero. No sabía dónde demonios se habría ido, pero eso no iba a impedirme encontrarla.

El sol ya brillaba con fuerza sobre las calles de Mónaco, contrastando con la negrura que se estaba gestando en mi interior, y que ya arrasaba con cualquier ápice de tranquilidad. El bullicio de la ciudad era suave, casi elegante, con turistas caminando, risas lejanas y el sonido de los yates en la distancia. Pero yo no veía nada de eso. Solo tenía un objetivo: encontrarla.

Y entonces, la vi.

Estaba a una manzana del apartamento, con la cabeza gacha, envuelta en una chaqueta técnica que apenas protegía su cuerpo de las primeras luces del día. Caminaba deprisa, con los pasos torpes de quien no sabe hacia dónde va, solo que necesita escapar. Pero no estaba sola. Achiqué los ojos y fue cuando me percaté de que un cabrón la seguía, hasta que llegó a ella, acercándosele por detrás. Hablaba rápido, con gestos agresivos, invadiendo su espacio personal, interponiéndose en su camino. No la dejaba avanzar. Y Alina… Mi Alina... no respondía. Solo tensaba los hombros, intentando alejarse del bullicio, esquivándolo sin fuerza, como si el alma se le hubiese caído a los pies.

Algo en mí se partió en mil pedazos.

Apreté la mandíbula y las manos en puños. No pensé. No respiré. Solo corrí.

Cuando llegué hasta ellos, ni siquiera me molesté en preguntar. El tipo se giró con una sonrisa burlona, una de esas que prometen

dolor, pero lo único que recibió fue mi puño impactando con una brutalidad desmedida en su mandíbula. Cayó hacia atrás, tambaleándose, y antes de que pudiera abrirla boca, le propiné otro golpe, esta vez en el estómago. Lo tomé por el cuello de la camisa, arrastrándolo a una calle contigua. Lo alcé con un simple movimiento, a pesar de que el hombre pesaría al menos ochenta kilos. No había técnica, ni control. Solo una furia ciega, animal, que me nublaba la vista y me hacía perder cualquier noción de límite.

Mi puño se estrelló contra su rostro una y otra vez, sintiendo cómo los huesos se le fracturaban bajo mi piel, cómo su sangre se mezclaba con la mía, cómo el crujido de su nariz al romperse sonaba a música dentro del caos. Ni los gritos de los transeúntes ni el sonido de las sirenas lejanas me detuvieron. Solo paré cuando sentí que su cuerpo dejaba de moverse, cuando la vida se le había escapado entre los labios partidos y el cráneo abierto.

Me levanté, con los pulmones ardiendo, las manos cubiertas de sangre y temblando de la rabia que lo había arrasado todo a su paso. Alina estaba allí, a unos pasos, inmóvil. No lloraba. No gritaba. Solo me miraba.

La tomé con fuerza de la muñeca, alejándonos de todo lo que nos rodeaba. Porque sabía que si no lo hacía, en cualquier momento llegarían las autoridades y solo nos serviría para añadir un nuevo problema a la interminable lista que teníamos.

Me giré hacia ella, con los dientes apretados y el pecho latiéndome como un tambor de guerra. La furia aún me recorría las venas, pero lo que me quemaba por dentro era otra cosa. Algo más primitivo, más jodido. Verla allí, temblando, con los ojos vidriosos y

el alma al borde del colapso, mientras me observaba como si no entendiera nada de lo que acababa de hacer.

—¿Por qué no dices nada? —escupí con el alma en carne viva—. ¿Por qué mierdas me miras así?

—Porque no entiendo qué esperas de mí —susurró, con la voz hecha trizas—. No sé si debo agradecerte o huir de ti.

—¿Es que no te he demostrado ya lo que siento? —bramé, y la voz me salió ronca, como un rugido salvaje—. ¿Qué cojones quieres, Alina? —inquirí lleno de rabia—. ¿Una declaración? ¿Una promesa que no puedo cumplir? ¿O quieres que me arranque el corazón y te lo entregue para que sepas que ya no me pertenece?

Se llevó las manos a los ojos, limpiando las pequeñas lágrimas que ya aforaban de ellos, y negó con la cabeza. Una parte de mí murió en el instante en el que negó, creyendo que se refería a que jamás podríamos estar juntos, pero entonces, su mirada tornó de la furia a la ternura, al amor más puro que hubiese podido ver jamás.

—Te quiero a ti, Viktor. —Su voz se quebró—. Me importa una mierda mi familia, mi apellido, mi pasado… —juró—. Solo tú.

La rabia se convirtió en algo peor. Dolor.

Me dejé caer de rodillas en el suelo empapado de sangre, con las manos temblorosas, y el alma hecha trizas.

Porque ahora lo sabía, ya no había escapatoria. Alina era mía. Y yo, llevaba siéndolo desde el primer puto segundo en el que la vi.

39

Viktor.

El silencio que se instauró entre ambos después de su confesión no era de esos que alivian, no tenía nada que ver con la calma o el entendimiento, sino con una tensión sorda, profunda, como un peso que se te queda colgado del alma, arrastrándote por dentro y jodiéndote más de lo que estás dispuesto a admitir.

Durante toda mi vida había oído muchas cosas, confesiones, traiciones, muertes, amenazas, ruegos desesperados… Había visto morir a hombres que se arrepentían en el último segundo de su existencia. Joder… Había escuchado de todo. Pero jamás algo como lo que Alina me había dicho.

Solo tú.

Tan simple, crudo y devastador. Había sentido cada una de letras pegándose a mis entrañas, reconcomiéndome por dentro, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, porque a pesar de todo, eso era lo que deseaba oír.

Una parte de mí quería abrazarla, llevarla a casa, besarle cada maldita cicatriz, prometerle que no volvería a estar sola, que iba a protegerla de todo, incluso de mí mismo. Pero la otra… la otra estaba paralizada, presa de un miedo que ni siquiera sabía qué existía, y que en cierto modo venía condicionado por mi pasado. Porque si la amaba, si le decía que yo también lo sentía, y joder, lo sentía tanto que me dolía el pecho, todo lo demás se vendría abajo.

Así que tragué saliva, y con la voz más grave que me salió, le dije:

—Vamos a casa.

Ella asintió sin responder, y durante unos segundos caminamos sin rozarnos, sin siquiera mirarnos, como si lo que había ocurrido fuese una línea más en el libro que estábamos escribiendo sin ser conscientes de que cada página que pasaba nos acercaba un paso más al infierno.

—Antes… —murmuró—. Necesito comprar un par de cosas, no sé cuánto tie..

—¿Qué cosas? —le interrumpí.

—¿Es que acaso estoy secuestrada? —inquirió.

—Responde —le ordené—. Cuanto menos tiempo estemos en la calle, mejor.

—Un cargador de móvil —respondió, alzando los hombros—. Y unas pastillas.

—¿Qué pastillas? —cuestioné sin acabar de fiarme de lo que estaba diciéndome.

Se quedó en silencio. Tardó unos segundos en responder.

—No es importante —aseguró—. Solo necesito ir a la farmacia un momento.

No insistí. No porque no me importara, sino porque su voz tenía esa nota de «no preguntes» que me era demasiado familiar. Cada uno de nosotros cargaba con fantasmas. Ella también. Y si en ese momento no quería hablar de ellos, estaba bien. Por ahora.

Fuimos primero a una tienda de electrónica, a pesar de que estaba seguro de tener múltiples cargadores en el piso. Alina se movió con rapidez, comprando el cargador sin mirar demasiado, por

lo que me mantuve a unos pasos de distancia, observándola. No podía apartar la mirada de la forma en la que se recogía el pelo detrás de la oreja, del leve temblor de sus dedos cuando sacaba la tarjeta que le había entregado, de esa expresión endurecida que ahora parecía llevar tatuada en la cara.

Tras salir de allí, fuimos directos a la farmacia más cercana, donde no me dejó entrar. Me dijo que prefería hacerlo sola y, en cierto modo, le permití ese pequeño lujo, dándole un voto de confianza. La miré desde fuera, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, sintiéndome un puto perro guardián sin correa. Por suerte, apenas pasaron más de cinco minutos. Salió con una bolsita blanca entre las manos, con el semblante descompuesto, pero sin emitir ni una sola palabra. No pregunté.

Volvimos al apartamento dando un paseo por la costanera, caminando uno al lado del otro, sin apenas tocarnos. Había algo incómodo en el aire, como si ambos estuviésemos pisando tierras movedizas que ante cualquier movimiento brusco nos engullirían sin darnos tiempo a reaccionar. Me mordí la lengua, sintiendo como el corazón me latía como un tambor de guerra en el pecho. Quería decirle que la amaba, que llevaba demasiado tiempo callándome, adicto a su puta esencia. Pero las palabras se me agolpaban en la garganta, como si temiera que al decirlo en voz alta fuese a joderlo todo.

Nikolai tenía razón, me moría por sus huesos. Puede que no solo la hubiese secuestrado por joder a su hermano, por salvarla, sino porque sabía que en el momento en el que ese cabrón le pusiese una mano encima, en el que la matase, mi condena sería vivir en un

mundo sin ella. Desataría el infierno en la tierra, sin temor a represalias.

Me adelanté unos pasos, buscando aire. Fue entonces cuando lo vi. Un puesto de flores a la izquierda nada más cruzar la calle, junto a una de esas esquinas sacadas de una postal. Me detuve en seco, girando hacia el vendedor, un hombre anciano con semblante amable y manos llenas de heridas. Desvié la vista un segundo, viendo como ella se había detenido a atarse los cordones de las zapatillas.

—Una rosa —le pedí—. Solo una.

—Los hombres como tú no compran flores —comentó, dejando que una ligera mueca se dibujase en sus labios.

—Los hombres como yo compramos imperios, no te equivoques —aseguré—. Una rosa.

—Entonces debe ser una mujer muy especial, ¿eh?

No respondí, me limité a extender el billete mientras el hombre rebuscaba entre las flores.

Y entonces, lo oí. Un grito. Pero no uno cualquiera, sino agudo, cortante, desesperado. El tipo de sonido que te parte el alma en mil pedazos, de esos que reconocería incluso siendo sordo. Alina.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Me giré con brusquedad, con la rosa aún a medio camino entre mi mano y la del florista, y lo que vi me heló la sangre. A unos metros, un hombre la tenía agarrada por la cintura, arrastrándola hacia el interior de una furgoneta con cristales tintados. Ella no dejaba de forcejear, golpeando, gritando mi nombre con una desesperación tan real que me perforó los huesos.

—¡Alina! —rugí, corriendo hacia ella.

Esta logró soltarse durante un segundo y corrió en mi dirección, tropezando con los adoquines del suelo. Vi como su mano se estiraba hacia mí, vi su boca formar mi nombre, vi el terror en sus ojos. Y entonces, lo inevitable.

Otro hombre salió de la nada, de la sombra tras la furgoneta. Agarró a Alina por el brazo con una fuerza descomunal y, sin darle tiempo a reaccionar, le clavó algo en el cuello.

—¡No! —bramé, sintiendo como todo se me venía abajo.

La rosa cayó al suelo.

La vi mirar su propio brazo, como si no entendiera nada. Sus piernas comenzaron a ceder, tropezó. El hombre la sostuvo por la cintura, y a pesar de que intentó resistirse, el efecto del tranquilizante fue demasiado rápido. Sus párpados se cerraron a medias, sus labios musitaron algo que no alcancé a entender. Y entonces, todo fue oscuridad. Para ella y para mí, que sentí como una punzada de dolor se clavaba en mi cuello.

—Joder… —logré mascullar.

40

Viktor

Desperté con un dolor punzante que me atravesaba la cabeza, como si un mazo de hierro me hubiese golpeado sin piedad una y otra vez. Lo primero que percibí fue el sabor metálico de la sangre en mi lengua, seguido del frío acero de la silla en la que mis manos estaban atadas con bridas. El aire estaba cargado de humedad, óxido y un leve hedor a moho que me revolvió el estómago.

Abrí los ojos con pesadez, forzándolos a adaptarse a la penumbra. Una bombilla desnuda colgaba del techo, parpadeando con debilidad, iluminando un sótano mugriento con paredes desconchadas y llenas de algo que no supe descifrar. Miré a mi alrededor, estaba atado a una silla de metal, firme y que permanecía anclada en el suelo. No había salida fácil; lo supe al instante. Me removí, probando la firmeza de las ataduras. El gesto provocó que una punzada de dolor me atravesase el costado. Genial, probablemente tuviese una costilla rota.

Mi mente iba a mil por hora. Lo último que recordaba era estar con Alina. Sus ojos estaban llenos de odio, su lengua era tan afilada y viperina que jamás me lo imaginé. Y su rabia… Era demasiada como para contenerla toda en un cuerpo tan pequeño. Había tomado la decisión de jugármela a una carta, de manera calculada, pero algo había salido mal. Había subestimado las consecuencias de usarla como ficha en este maldito juego. Y ahora, no solo estaba

pagando el precio, sino que también había puesto en peligro a toda mi familia.

Mis pensamientos se desviaron hacia Nikolai. Si algo sabía de mi hermano era que en este momento estaría moviendo cielo y tierra para entender lo ocurrido. Las imágenes de su mirada severa, y la de Alexei intentando calmarlo me atormentaron. Había salido al borde de todo por protegernos… por protegerlo. Y ahora, lo único que había conseguido era provocar otra maldita guerra.

El sonido de unos pasos lentos y deliberados interrumpió mis pensamientos, sacándome del ensimismamiento en el que estaba metido. Giré la cabeza hacia la puerta, ignorando el ardor en mi cuello. La puerta chirrió al abrirse y un hombre apareció bajo el umbral, vestido con un traje negro impoluto que destacaba con el sótano inmundo en el que me encontraba. Su porte me recordó al de mi hermano Nikolai, alto, fuerte y seguro de sí mismo, era el de alguien acostumbrado a mandar. Una mueca socarrona se dibujó en sus labios, pero no logró alcanzar su mirada.

—Viktor Romanov. —Alzó la voz, con un acento italiano que daba peso a cada una de las sílabas—. ¿Sabes lo que dicen en mi tierra? Que el enemigo de mi enemigo… puede ser mi juguete.

No respondí. Mantuve mis ojos fríos clavados en él, evaluando cada uno de sus gestos. Su postura era relajada, a pesar de que su mirada estaba teñida de una amenaza tan grande que no osé respirar. Entonces caí en la cuenta, no era un hombre cualquiera. Me sonaba de algo, pero no sabía de qué.

—Ah, veo que eres del tipo silencioso —continuó, dando un par de pasos hacia mí. Cada movimiento estaba calculado, como si quisiera que supiera que estaba en desventaja—. Me presentaré, por

cortesía, claro. —Sacó un puro del bolsillo de su americana y se lo llevó a la boca—. Soy Luca Moretti, y tengo una oferta para ti.

Luca se encendió el puro con una calma casi irritante, exhalando el humo mientras su mirada recorría mi rostro.

—¿Sabes lo que me gusta de los Romanov? —preguntó, ladeando la cabeza—. Que siempre creen que están un paso por delante. Pero dime, Viktor… —Se inclinó hacia mí, dejando que el humo cálido flotara entre ambos—. ¿Cómo piensas jugar a este juego cuando ni siquiera sabes las reglas?

Le observé quedo. El apellido me resultó demasiado familiar. Los Moretti eran una de las familias más antiguas de la mafia italiana, con raíces profundas en negocios que cruzaban fronteras y generaban guerras. Se caracterizaban por lo sanguinarios que eran, y es que muchos de los grandes nombres de la *bratva* habían contado con ellos como si de sicarios se trataran para acabar con ciertos asuntos. Si él estaba aquí, significaba que había algo más en juego, algo que aún no veía con claridad.

—¿Oferta? —murmuré, sintiendo como mi voz sonó grave y rasposa, por apenas haber podido hablar.

Luca sonrió con maldad, y se inclinó hacia mí.

—Oh, sí —aseguró—. Digamos que tengo ciertos intereses que coinciden con los tuyos… y con los de los Romanov. Pero primero, tendrás que demostrarme que eres digno de mi ayuda.

Mis ojos lo estudiaron con fijeza mientras las piezas del rompecabezas iban colocándose a medias en mi cabeza. Su postura, su tono, la ligera inclinación de su cabeza: todo en él gritaba que estaba jugando con ventaja. Pero lo que no sabía era que yo

también lo estaba evaluando, buscando un punto débil que pudiese explotar.

La bombilla sobre mí parpadeó, lanzando destellos erráticos que apenas iluminaban la habitación. Fue en ese momento cuando una mueca divertida cruzó mis labios. Porque incluso en el peor de los escenarios, cuando todo parecía perdido, los Romanov nunca nos rendíamos.

—Demostrarlo no será un problema.

Sabía que estaba atrapado, pero también sabía algo más: las cosas siempre pueden girar a tu favor si tienes la suficiente paciencia como para esperar el momento adecuado.

Utilizaría esta nueva baza a mi favor, solo tenía que buscar la forma.

Todo esto no era más que un papel que debía cumplir, lo podía ver en la forma en la que Luca me miraba, cómo todo su ser respondía con chulería al mío. Sonreí ladino, pero entonces, la imagen de Alina volvió a irrumpir en mi mente como si de una descarga eléctrica se tratase.

A mi mente vinieron cada uno de los recuerdos del momento en el que se nos llevaron, la forma en la que su cuerpo quedó lacio en brazos de un desconocido, la rosa cayendo al suelo, sus ojos apagándose mientras gritaba mi nombre. La angustia me atravesó con una ferocidad devastadora, como un cuchillo al rojo vivo que se hundía en mi piel para desgarrarme por dentro. Me removí en la silla como un poseso, tirando de las bridas con una fuerza desesperada, ignorando el ardor de mis muñecas, el dolor sordo en todo mi cuerpo, y el escozor de la sangre seca en mis labios. No me importaba nada. Solo ella.

—¿Dónde está? —rugí, sintiendo como la rabia comenzaba a bullir en mis venas, con una desesperación que no me gustó oír en mi propia voz—. ¿Qué cojones habéis hecho con ella?

El cabrón de Luca no se inmutó. No dio un paso atrás. Ni siquiera levantó una ceja. Se limitó a exhalar el humo del puro con la misma calma irritante con la que uno contempla la lluvia desde una ventana. Estaba acostumbrado a ver hombres derrumbarse, a verlos gritar, sangrar y suplicar. Pero yo no era uno de ellos. O al menos, eso me gustaba pensar.

—Tranquilo, Romanov —comentó sin gracia—. Tu querida Alina está bien.

Quise creerle. Dios, quise hacerlo más que nunca. Pero la rabia que ardía en mis entrañas me decía lo contrario, me gritaba que todo aquello era una trampa, un teatrillo montado para hacerme perder el control, para someterme a cada una de las peticiones que hubiese para mí, y joder si me cabreaba.

—Ella no tiene nada que ver con esto —añadió—. No es por ella… En realidad, esto es por tu hermano.

El aire se me atascó en los pulmones y, durante unos segundos, ni siquiera fui capaz de respirar. El dolor de todo mi cuerpo pasó a un segundo plano, porque en mi mente solo podía arrepentir una y otra vez sus palabras: «es por tu hermano».

—¿Qué cojones estás insinuando? —cuestioné enfurecido.

A la familia no se la tocaba, y él empezaba a jugar con lo más sagrado. Luca sonrió ladino, pero fue una mueca sin alma, una de esas que preceden a la sentencia de muerte.

—Estoy diciendo —replicó con la seguridad de alguien que ya ha ganado la partida de ajedrez—, que esto no tiene nada que ver

contigo, ni con tu *piccola*. Es un asunto viejo, un problemilla que me está tocando los cojones a dos manos… y digamos que Nikolai no es el único Romanov que sabe mover piezas a espaldas del tablero.

En mi mente resonó su nombre. Alexei.

Una punzada helada me recorrió la espina dorsal. Porque algo dentro de mí, algo que había aprendido a ignorar durante todo este tiempo, me dijo que había verdad en sus palabras. Que había hilos que ni siquiera yo veía moverse.

Permanecí en silencio, porque por más que intentaba mantener el control, por más que me aferraba a continuar con esa máscara de frialdad que había perfeccionado durante años, no podía quitarme la imagen de Alina de la cabeza. Necesitaba saber que estaba bien, no bastaba con cuatro palabras vacías. Quería verla, tocarla, comprobar con mis propios ojos que todo seguía bien, recorrer cada centímetro de su piel a besos, y cerciorarme de que su cuerpo no yacía inerte en algún rincón oscuro de este maldito edificio.

—¿Dónde está?

—Podrás verla en cuanto aceptes el encargo.

—¡Dime dónde cojones está! —bramé ido, alzando tanto la voz que resonó entre las cuatro paredes del lugar en el que nos encontrábamos—. ¡He aceptado! ¿Qué más quieres, italiano de mierda? ¿Mi puta calavera?

Luca alzó una de sus manos, pidiéndome una calma que no podía aceptar y que no estaba dispuesto a asumir.

—La tienen en una *suite* —continuó Luca con una tranquilidad abrumadora que me sacaba aún más de mis casillas—. Con todos los lujos que podrías imaginar. Seguridad veinticuatro horas, ni siquiera

su hermano podría acercarse, atención médica y un chef privado si lo desea.

—¿Qué sabes tú de su hermano?

—Más de lo que crees, Romanov —respondió con un tono que se me antojó más a una advertencia que a cualquier otra cosa—. Está a salvo… de momento.

Sus palabras flotaron en el aire como promesas envenenadas, como migajas lanzadas a un perro rabioso. No me creí una sola puta palabra. Pero lo cierto era que, por primera vez en toda mi jodida existencia, me descubrí rogándole a la vida que fuesen ciertas. Porque si algo le pasaba a Alina… si la tocaban… si le hacían daño… El mundo ardería. Y yo con él.

41

Viktor

El sótano seguía sumido en una penumbra opresiva, con la bombilla desnuda parpadeando de manera intermitente, proyectando sombras inquietantes en las paredes desconchadas. El hedor a humedad y óxido impregnaba el aire, calando hasta los huesos. Las muñecas me ardían por culpa de las bridas que las mantenían sujetas a la silla de metal, y cada intento de moverme provocaba que una punzada me atravesase.

Mi mente era un torbellino de pensamientos desordenados, tratando de encajar las piezas de este juego mortal y despiadado en el que estábamos metidos. Alina estaba a manos de un tirano que apenas conocía, y la incertidumbre sobre su bienestar me consumía. La culpa se enredaba en mi pecho como un peso insoportable; había fallado en protegerla, en anticipar el peligro que nos acechaba. Cada segundo que pasaba sin saber de ella era una tortura que me corroía por dentro.

Además, la mención de Luca sobre Nikolai, o sobre los supuestos tratos ocultos de Alexei añadía una nueva capa de traición y desconfianza. Si el pequeño, nuestro propio hermano, estaba involucrado en este embrollo, significaba que las raíces de esta conspiración se extendían en más profundidad de lo que jamás imaginé. Le advertí de que si seguía metiéndose en esa clase de asuntos no podría protegerle, e hizo oídos sordos. La familia era

sagrada, y la mera idea de que uno de los nuestros pudiera estar jugando en contra me mataba por dentro.

Mi mente no dejaba de divagar, de darle vueltas a todo, incluso a la última conversación que había tenido con Nikolai. ¿Cómo demonios iba a explicarle todo lo ocurrido en las últimas horas? Alcé la vista al techo, sintiendo como todo mi mundo se venía abajo. Lo que tenía más que claro era que iba a hacer que Luca Moretti pagase por lo que acababa de hacer, costase lo que costase, sobre todo, después de haberme amenazado con entregar a Alina al despreciable de su hermano.

Las horas transcurrían en una monotonía angustiante, interrumpida solo por el sonido distante de las gotas de agua que caían desde la tubería agujereada contra el cemento. El tiempo se dilataba en este encierro, cada minuto se estiraba hasta parecer una jodida eternidad, torturándome en silencio.

Cerré los ojos, sintiendo como ya no me quedaba paciencia para seguir fingiendo que no ocurría nada. Estaba dispuesto a abrir esas malditas bridas costase lo que costase, sin importarme si tenía que perder un dedo para ello. Pero entonces, y como si el universo no quisiera que eso ocurriera, el chirrido metálico de la puerta al abrirse acabó con mis planes.

Luca Moretti apareció en el umbral, impecable con su traje negro, con esa aura de control absoluto que me resultaba insoportable. Su expresión era la de un hombre que sabía que tenía ventaja, y eso encendía aún más mi furia. Se paseó con las manos en los bolsillos como si el olor no le afectara, como si estuviese en el salón de su

maldita casa y no en un puto agujero de mierda donde me tenían retenido como un animal.

—Viktor —me saludó con una sonrisa ladina que quise borrar de un puñetazo, avanzando con tranquilidad hacia donde me encontraba—. Espero que la estancia esté siendo de tu agrado.

No le concedí respuesta alguna, manteniendo mi mirada fija en la suya, fría y distante. No iba a darle el placer de verme suplicar o mostrar debilidad, ya no.

—Vaya… parece que no estás de humor.

Sacó un puro del bolsillo de su americana, lo llevó a sus labios y lo encendió con un zipo, permitiendo que el fuego consumiera la punta de este, dándole largas caladas hasta llegar a fumarlo con normalidad.

—Voy directo al grano, entonces —continuó Luca, deteniéndose a una distancia prudente, a pesar de que yo deseaba tenerle más cerca, lo suficiente como para darle un cabezazo que le arrancase esa sonrisa de los labios—. Tengo una propuesta que podría beneficiarnos a ambos.

Mi silencio fue la única respuesta que obtuvo, instándolo a continuar.

—Tu hermano, Alexei, ha estado jugando con fuego —reveló, al fin con esa tranquilidad que en cualquier otro hombre habría parecido cortesía, pero en él era puro veneno disfrazado de elegancia—. Un cargamento importante, propiedad de mi familia, ha desaparecido bajo circunstancias que no me hacen ninguna gracia. Y el único que conocía su paradero… está muerto.

Obviamente, mi cara no fue de sorpresa, ya que yo mismo había estado ayudando a Alexei a acabar con aquel hombre. Lo que no

tenía ni idea era de que el asunto estuviera ligado de manera directa con los Moretti y mucho menos, que fuese todo cosa de la mafia italiana.

—¿Y qué coño quieres de mí? —inquirí con la voz áspera, a sabiendas de que la respuesta no me iba a gustar.

Luca sonrió de lado, esa clase de sonrisa que solo tienen los psicópatas cuando huelen la sangre.

—Es muy sencillo —comenzó a decir, al mismo tiempo que daba un par de pasos hacia mí, para golpearme con la mano en el rostro.

Apreté la mandíbula, deseoso de arrancarle un dedo de un mordisco.

—Quiero que me traigas dos cosas —comentó—, es muy sencillo, ya verás —añadió con sorna—. El cargamento es una de ellas, y… a tu querido hermanito pequeño.

Mis músculos se tensaron de golpe. Lo miré como si me hubiese escupido en la cara y por un momento pude ver la diversión en sus ojos.

—¿Estás de coña? —cuestioné incrédulo—. ¿Mi hermano?

—¿Te parece que estoy bromeando? —Alzó una ceja, mientras exhalaba el humo de su puro en mi dirección—. Uno de los dos tiene que pagar eso, Romanov. Y dado que fue Alexei quien firmó los papeles, el que hizo las gestiones y se encargó de organizar la entrega… todo apunta a que ha sido él.

Contuve el aliento, a punto de admitir falsamente que había sido yo quien mató a aquel hombre para ayudar a mi hermano.

—No voy a entregar a mi sangre —gruñí, sintiendo como cada palabra se me clavaba en el pecho—. No lo haré.

—Entonces será Alina quien la pague —espetó con una frialdad que me cortó la respiración incluso a mí—. Y créeme, hay muchas formas de hacer que una mujer sufra antes de morir. Maneras que ni tú, con toda tu podredumbre, serías capaz de imaginar —juró, agachándose frente a mí—. Creo que no es necesario decir que cuando acabe con ella vendrás tú, Alexei, Elenita, Nikolai y toda tu puta familia de desgraciados.

Apreté los dientes con tanta fuerza que creí que en cualquier momento saltarían por los aires sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Permanecí en silencio. No porque no tuviera nada que decir, sino porque en ese instante sentí como mi alma se desgarraba. Me tenía acorralado. Y la pieza que debía entregar… era la que menos estaba dispuesto a soltar.

—Tienes hasta mañana para decidirte —añadió antes de girar sobre sus talones—. O me traes el cargamento y a tu hermano, o me quedo con tu mujer.

42

Alina

La *suite* era preciosa, de esas que uno solo ve en revistas de arquitectura, o en casa de Viktor, porque lo cierto era que no se diferenciaba demasiado del lujo que había en su apartamento. Las paredes estaban cubiertas de paneles de madera oscura, mientras que el suelo relucía como si nunca lo hubieran pisado, y las vistas al mar eran tan perfectas que parecían una maldita postal. Pero todo ese lujo se me antojaba como una maldita cárcel de oro. Porque eso era. Una puta cárcel.

Estaba encerrada, vigilada y aislada. Lo peor no era eso, era no saber nada de él. Si estaba bien, si lo habían llevado a cualquier otro lugar, o a saber qué.

Me dejé caer en el sofá de terciopelo gris, con las rodillas recogidas contra el pecho y las uñas marcando la piel de mis brazos. Desde que me desperté allí, sola, sin una explicación, sin una voz conocida, no había hecho más que pensar en Viktor.

En el pánico que había en su mirada cuando vio todo lo ocurrido, en la manera que gritaba mi nombre desgañitándose, la tensión de su cuerpo… En ese jodido instante exacto en el que lo vi mientras mi cuerpo dejaba de responder, con los ojos fijos en los míos. Y por primera vez desde que lo conocía, vi el terror en ellos. No por él. Sino por mí.

Ese recuerdo me partió el alma. Porque si Viktor Romanov tenía miedo, entonces las cosas estaban mucho peor de lo que podía imaginar. Me pasé una mano por el rostro, agobiada, cansada de estar sola, sin saber siquiera qué hora era.

Me levanté, empezando a dar vueltas por la habitación como una fiera enjaulada. Tenía que hacer algo. Lo que fuera. No podía continuar esperando que alguien viniera a rescatarme, ¿y si no lo hacían? ¿Y si Viktor…? No. No iba a pensar en eso. Tenía que salvarme a mí misma, como llevaba haciendo toda mi vida.

Apreté los puños, sintiendo la rabia hervirme bajo la piel. Me lo habían quitado todo, otra vez, igual que lo hizo mi familia. La libertad, la voz y la decisión. Y ahora pretendían que comiera, durmiera y sonriera como una buena prisionera en una *suite* de lujo de un mafioso italiano.

Iba a joderles y bien, me daba igual lo que me costase, pero no permitiría que me volvieran a poner una mano encima, no cuando había estado soportando de todo durante mis veinticinco años de existencia.

Cuando el clic de la puerta sonó, mi corazón dio un vuelco. El guardia apareció empujando el carrito de comida que siempre acababa llevándose, con esa expresión neutra, como si no estuviera escoltando a una rehén, sino a una invitada molesta. —Aquí tiene, señorita Orlov.

Me acerqué con lentitud, con la cabeza gacha, como si al fin hubiese aceptado mi papel, pero esa actitud estaba muy lejos de lo que iba a hacer. El tipo dejó el carrito junto a la mesa del salón, girándose apenas para decir algo. Y fue entonces cuando actué.

Saqué el cuchillo que había robado la noche anterior del cajón de cubiertos. Uno pequeño, afilado. No era mucho, pero si sabías cómo utilizarlo, era más que suficiente.

Me lancé hacia él con toda la rabia acumulada, con la desesperación de quien ya no tiene nada que perder. Salté como una jodida amazona, mientras le apuñalaba en el cuello. No una, ni dos veces. La sangre empezó a emanar como un chorro, provocando que me suplicase el rostro, las manos y los brazos.

Él se llevó las manos a la zona afectada, con los ojos como platos, mientras el líquido rojizo se le escapaba entre los dedos. No grité, no temblé, solo corrí.

Salí al pasillo descalza, con el corazón retumbando en los oídos y los pies resbalando en el suelo pulido. Grité. Grité el nombre de Viktor con todas mis fuerzas, sin importarme quién me escuchase. Quería que lo hicieran, que me llevasen ante él o el hombre que liderase aquel maldito secuestro. Pero no llegué lejos.

Una sombra se abalanzó sobre mí desde uno de los laterales, derribándome con una fuerza que me quitó el aliento, y antes de que pudiera defenderme, sentí la punzada en el cuello. Otra maldita inyección.

Intenté luchar contra el mareo, contra el peso de mis propios párpados, pero de nada sirvió. Todo se volvió borroso, resbaladizo, quedándome sin el control que había tenido.

Desperté entre gritos y llantos, creyendo que no había sido más que un sueño. Estaba de nuevo en la *suite*, con esa misma luz tenue, la música suave filtrándose desde los altavoces, la misma puta jaula

disfrazada de hotel de cinco estrellas. Me dolía todo el cuerpo, tenía la garganta seca y las manos manchadas de sangre. Todo había sido real, incluyendo el pinchazo. La puerta se abrió con una lentitud que hizo que todo mi cuerpo se viese sacudido por un escalofrío.

—Eso ha sido muy precipitado, *principessa*.

La voz me hizo dar un respingo. Luca Moretti estaba allí, impecable. Con ese traje negro, el perfume de hombre rico y su mirada penetrante. Le conocía gracias a los negocios de mi padre, había estado haciendo algunos tratos con su familia, pero años después cerraron las negociaciones a causa de la muerte del líder de los Moretti.

—¿Dónde está? —inquirí con la voz rasgada por la rabia—. ¿Dónde está Viktor?

Quise lanzarme a por él, hacer lo mismo que con su maldito guardia, pero me detuve. Una sonrisa socarrona se dibujó en sus labios, advirtiéndome.

—Está vivo, de momento.

—¡Eres un hijo de puta! —Intenté levantarme, pero no pude. Las piernas me fallaron, provocando que diese un traspiés.

Luca se acercó con calma, agachándose a mi altura. Alzó una de sus manos y la paseó por mi rostro, a pesar de que intenté apartarme.

—Escúchame bien, Alina —musitó tan cerca de mí que todo el vello de mi cuerpo se erizó—. Si vuelves a hacer algo así… si vuelves a intentar escapar… no solo lo pagarás tú.

—¿Qué quieres decir?

—Avisaré a tu queridísimo hermanito. —Una mueca perversa se esbozó en su rostro—. Estoy seguro de que estará encantado de

saber dónde está su hermana.

Contuve el aliento y por un instante sentí como la sangre se me helaba, gesto que él apreció y del que disfrutó sobremanera.

—Eso pensaba —comentó, recorriendo mi cara con su dedo índice —. Sé buena, come algo, duerme y deja que los hombres arreglemos esto como siempre lo hacemos.

Quise arrancarle el dedo de un mordisco y tirárselo a la cara. Pero me limité a permanecer en silencio mientras veía como se levantaba y se alisaba la chaqueta.

—Y Alina —Se giró antes de salir—, intenta no matar al próximo guardia. Me estás costando demasiado dinero.

La puerta se cerró tras su espalda, y yo solo pude llorar, de rabia, de impotencia y de miedo por sus advertencias.

Pero lo juré en ese preciso instante, por Viktor, por mí, por todo lo que me habían quitado. No iba a permitir que la cosa acabase así.

—Que se preparen para la guerra —susurré con la voz estrangulada—, porque esta vez… no pienso perder.

43

Viktor

El sótano permanecía en la penumbra, con el maldito sonido del goteo constante. Mis muñecas seguían ardiendo bajo las bridas, y cada intento de moverme solo intensificaba el dolor. Mi mente trabajaba de manera frenética, explorando cada posible vía de escape, cada estrategia para rescatar a Alina. Consideré negociar con Luca, pero sabía que ese bastardo no cedería con facilidad. Un asalto directo para liberar a Alina también cruzó mi mente, pero sin conocer la ubicación exacta, sería como buscar una aguja en un pajar. Matar a Luca parecía tentador, pero sin información sobre Alina, su muerte no garantizaría su seguridad. Cada opción que barajaba chocaba contra la misma barrera: la incertidumbre del paradero de Alina.

El chirrido de la puerta al abrirse interrumpió mis pensamientos. Luca Moretti entró con su habitual aire de superioridad, vestido de manera impecable y su sonrisa ladina dibujada en su rostro, haciéndome hervir la sangre.

—Viktor —saludó con falsa cordialidad—, espero que estés disfrutando, ahora sí, de tu estancia.

Le lancé una mirada llena de odio, manteniéndome en silencio. Sabía a qué venía, y lo peor de todo era que no había podido tomar una decisión consciente que pudiese favorecernos.

—El tiempo se te acaba —comentó al mismo tiempo que tomaba una silla y se sentaba frente a mí.

Se llevó la muñeca derecha con el reloj al oído, como si esperase escuchar algo que yo no era capaz de oír. Apreté la mandíbula. En cuanto saliese de allí, iba a matarlo con mis propias manos, y me importaba una mierda desatar una maldita guerra con la mafia italiana con tal de vengar a mi familia.

Alexei había cometido errores y pagaría por ello, pero no a manos de un ser como Luca Moretti, sino por parte de nuestro líder, nuestro hermano, la máxima autoridad en todo el país.

—¿Y Alina? —inquirí.

—Tu querida *ragazza* ha estado… entretenida. Hemos tenido una pequeña fiesta con ella.

El calor comenzó a ascender hasta mi cabeza, y por un instante el corazón se me detuvo. Me revolví en la silla, sintiendo como la furia y el miedo se mezclaban en mi interior, creando la combinación perfecta para estallar.

—¿¡Qué cojones le habéis hecho!? —rugí, luchando contra las ataduras que me mantenían inmóvil.

Luca soltó una carcajada seca que me sentó como una patada en los cojones.

—Tranquilo, Viktor —prosiguió—. No es lo que nosotros le hayamos hecho, sino lo que ella ha hecho. —Dejó ir una carcajada falsa y fijó su vista en mí—. Tu mujercita tiene más agallas de las que aparenta.

Fruncí el ceño, probando descifrar sus palabras.

—Intentó escapar —continuó Luca, disfrutando de cada palabra—. Apuñaló a uno de mis hombres en el cuello, y como es obvio, está

muerto. Una jugada valiente, arriesgada, e inútil.

El orgullo y la preocupación se debatían dentro de mí. Alina había demostrado ser una luchadora, pero su audacia y genio podrían costarle caro.

—He decidido trasladarte a un lugar más... —Hizo una pausa— cómodo. Creo que te vendrá bien para pensar con un poquito de claridad.

Gruñí como un auténtico animal.

—Tal vez sus gritos te motiven a colaborar.

—Ni se te ocurra ponerle una mano encima, Moretti, o te buscaré hasta en el infierno para matarte —bisbiseé rabioso.

—No será necesario —comentó—. Sobre todo, si cumples con tu parte del trato. Tu hermanito por la *principessa*.

Horas más tarde, dos hombres se personaron en el sótano donde me tenían encerrado y me colocaron una bolsa de rafia sobre la cabeza, impidiéndome ver. Nos desplazamos en coche, pero ni siquiera sabía dónde estaba.

Al quitármela, me encontraba en una habitación de hotel, lujosa pero fría. No había nadie más, solo yo con mis muñecas repletas de heridas. La opulencia del lugar contrastaba con el sótano mugroso en el que me habían tenido encerrado. Sabía que Alina estaba cerca, podía notarlo, pero las puertas estaban cerradas, por lo que no había forma de encontrarla.

Fui a la ventana que daba al mar, forcejeé con ella, intentando abrirla, pero no obtuve lo que quería. Me desplacé al baño, no había

una ventana por la que intentar salir, nada… Solo un puto espejo que me mostraba la demacración de mi rostro.

—¡Joder! —bramé.

Me pasé una mano por el rostro y el cabello, estaba lleno de mierda.

—Viktor, ¿eres tú?

Los ojos se me llenaron de lágrimas en el instante en el que la escuché. Por un instante creí que no era más que fruto de una alucinación, que mi cerebro estaba inventándose aquello para mantenerse cuerdo, pero entonces, volví a oírla.

—¿Viktor?

—Alina —musité—. Estoy aquí, mi ángel. —Aquel apelativo salió de mí como si no hubiese nada en el mundo que pudiera pararlo—. ¿Estás bien?

—S-sí, estoy bien —respondió con la voz estrangulada—. Estaba preocupada por ti.

—Te sacaré de aquí y de todo esto, ¿de acuerdo?

—Viktor, yo…

—Te lo juro —prometí, sintiendo como todo mi cuerpo temblaba.

—Te quiero —susurró.

Antes de que pudiera decirle nada más, la comunicación se interrumpió abruptamente por el sonido de los pasos acercándose. Me alejé de la pared, fingiendo normalidad. Sabía que nos vigilaban, pero ese breve intercambio de palabras había sido como un bálsamo para mis heridas, dándome la fuerza necesaria para seguir adelante.

Alina estaba cerca, y haría todo lo que fuese necesario para liberarla. Lo juré por mi sangre, por mi alma… y por la tumba que iba a cavarle al desgraciado de Luca Moretti.

44

Viktor

Estaba tirado en la cama tras pasarme horas dando vueltas por el enorme salón que había dentro de la propia habitación. Había intentado ponerme en contacto, de nuevo con Alina, en repetidas ocasiones, pero no volví a tener respuesta. Parte de mí comenzó a creer que todo había sido un sueño, que ni siquiera estaba al otro lado de la pared, aunque todo mi ser me gritase que sí era ella.

«Te quiero», repetí de manera interna. Esas dos simples palabras que hacían que quisiera prender el mundo en llamas con más intensidad, esas que había querido corresponder y no lo había hecho.

Me pasé una mano por la cabeza, ¿cómo cojones se suponía que iba a salir de todo aquel embrollo? Y lo peor de todo, ¿cómo iba a traicionar así a mi propia familia? Suspiré, al borde del colapso. Por suerte o, mejor dicho, por cortesía, Luca dejó un paquete de cigarrillos en la habitación, de los que ya había consumido más de la mitad por los malditos nervios.

Las paredes estaban adornadas con grandes cuadros de retratos de Giovanni Boldini. En cada uno de ellos se podía percibir cada una de las pinceladas llenas de intensidad, tan elegantes como perturbadoras. El lugar era tan majestuoso que se me hacía llamativo incluso a mí, que había crecido rodeado del mayor lujo de todo el país.

Cerré los ojos. El eco de las palabras de Luca resonaba en mi mente, cada vez más fuerte, más insoportable. La puerta se abrió con un suave clic, y este entró con habitual aire de superioridad. Con uno de sus impecables trajes y su sonrisa ladina que me hizo hervir la sangre.

—Viktor —me saludó—. Espero que estés algo más… cómodo.

Apreté los dientes con fuerza, tanto que llegaron a rechinar.

—He venido a conocer tu decisión —continuó, Luca se dejó caer en el butacón junto al ventanal que daba al mar, como si fuera el dueño del lugar—. ¿Me traerás lo que te pedí?

Le di una larga calada al cigarrillo, inhalando conmigo todo el humo, permitiendo que llenase mis pulmones, conteniendo la ira que amenazaba con desbordarse.

—Sí —sentencié al final.

Luca sonrió satisfecho.

—Sabía que tomarías la decisión correcta —aseguró—. Los negocios son negocios, *caro* —añadió con su acento italiano—. Tendrás libertad para moverte, pero haces algo imprudente, o intentas cualquier locura, Alina será la primera en pagar las consecuencias.

Asentí a pesar de que cada fibra de mi piel gritase a modo de protesta.

—Bien —sentenció.

Luca chasqueó los dedos, dando la señal para que uno de sus hombres entrase, depositando una bolsa de deporte sobre la mesa junto a la que estaba sentado Luca antes de salir. Luca la tomó y la arrojó hacia mí.

—Tus pertenencias —indicó—. Las llevabas el día que nos encontramos. He añadido un par de cosas.

Cabeceé en señal afirmativa y, sin mediar más palabra, se puso en pie y, bajo mi atenta mirada, se encaminó hacia la salida. Esperé a que saliese de la habitación antes de abrirla. Dentro estaban mi cartera, el reloj, teléfono móvil y entonces la vi. La rosa. La maldita flor, ahora deshecha y seca, como si hubiese absorbido todo el dolor que yo había sentido desde que la vi caer al suelo. Era un recuerdo de ella, una promesa rota, una maldita sentencia de lo que podía perder.

Un nudo se me instauró en la garganta. Encendí el dispositivo y tras unos segundos de espera, la pantalla cobró vida. Decenas de notificaciones de llamadas perdidas de Alexei, Dimitri y Andrei comenzaron a tomar el teléfono.

Joder. Se había liado parda.

Sin perder tiempo, abrí la agenda y llamé a Alexei.

—¿Viktor? —respondió al tercer tono, con la voz llena de preocupación—. ¿Dónde cojones te has metido? —inquirió—. Te hemos estado buscando por todas partes.

—¿Tú me has estado buscando? —cuestioné.

—Claro, Viktor.

Apreté las manos en puños, porque, por primera vez en mi vida, estaba desconfiando de lo más sagrado: la familia. ¿Cómo se suponía que tenía que creerle cuando estaba metido en este embrollo por su culpa? Quise lanzarlo todo por los aires, estaba tan cabreado que podía sentir el bombeo de mi corazón en las sienes. Si lo hubiese tenido delante, no habría sido capaz de detenerme, no

cuando le advertí de lo que ocurriría si seguía adelante, y aun así, lo hizo.

—¿Viktor?

—No importa dónde estoy —espeté, notando la furia burbujear en mis entrañas—. Vas a darme respuestas y las necesito ya.

—¿Qué ocurre? —preguntó confuso, y pude oír como caminaba.

—¿Que qué ocurre? —inquirí iracundo—. ¿En serio? ¿Se la has jugado a la puta mafia italiana, Alexei?

—¿Pero qué coj…?

—Que ni se te pase por la cabeza mentirme, Alexei —le advertí—, porque te agarro del pescuezo y te paseo por todo Moscú.

—¡Yo no tenía ni idea! —se defendió, y pude percibir en su tono una mezcla de sorpresa y miedo—. Pensé que solo eran negocios, Viktor. No sabía en qué me estaba metiendo.

Mentía.

Esa vocecilla en mi interior que siempre tenía razón me advirtió. Había algo más que no me estaba contando, e iba a hacer lo imposible para averiguarlo, aunque tuviese que meter a Nikolai en todo este embrollo.

—Pues haber pensado un poquito, ¿para qué cojones tienes la cabeza? —bramé, recordándole la frase que tanto odiaba que nuestro padre le dijera.

—¿Qué ha pasado?

Cerré los ojos, intentando ahogar el rugido que crecía en mi pecho, esa mezcla corrosiva de rabia, decepción y una desesperación que no me permitía pensar con claridad.

—Nos han atrapado, Alexei —le resumí—. Tienen a Alina, y ahora, gracias a tus «negocios» quieren que devuelvas el contenedor que

robaste con toda la mercancía —mentí, omitiendo el hecho de que también querían su cabeza.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó al final, su voz fue apenas un susurro, como si un nudo se hubiese creado en su garganta.

—Voy a sacarnos de esta —aseguré con dureza, a sabiendas de las palabras que continuarían—, no por ti, te dije que si la seguías cagando no iba a poder ayudarte. Esto lo hago por Alina —juré.

—Está bien… —musitó—. Sí.

—Necesito que confíes en mí por una maldita vez, y hagas exactamente lo que te diga.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Lo haré.

Colgué, sintiendo el peso de la situación aplastándome. El tiempo no estaba de nuestro lado, y a cada segundo que pasaba podía ser el último para Alina. Miré hacia la pared que nos separaba, recordando nuestra breve comunicación a través de los conductos de ventilación. Le había prometido que la sacaría de esto, y aunque las circunstancias eran desesperadas, no pensaba romper mi palabra.

45

Viktor

El vuelo a Moscú se me antojó tan largo como el tiempo en el que estuve encerrado en el puto sótano de Luca. Cada minuto que pasaba encerrado en ese tubo de acero, cada vibración del motor, se me clavaba como una espina bajo la piel. No había descanso posible. Mi cuerpo estaba agotado, pero la mente no me daba tregua, y el corazón me palpitaba con la fuerza de una bomba a punto de estallar. Solo pensaba en Alina, en sus ojos suplicantes, en su voz estrangulada filtrándose por los conductos de ventilación, en cómo apenas había podido informarle de mi marcha. Pero también en Alexei, en su traición, y en esa actitud que no me había gustado un pelo.

Cuando el *jet* aterrizó, la brisa helada de Moscú me azotó el rostro nada más cruzar la pasarela. No me estremecí. Estaba tan entumecido por dentro que ni el frío logró despertarme del todo. Sabía que lo que se avecinaba no era una simple reunión, era el comienzo de algo mucho más oscuro, y yo hacía mucho que había dejado de ser el mismo hombre con el que Alina se topó en Aether.

Mi mente estaba enfocada en una sola cosa: encontrar a Dimitri y resolver este desastre en el que estaba metido por culpa de Alexei, a quien enfrentaría, pero no sin antes beberme una maldita copa.

Dimitri me esperaba en un café discreto en el centro de la ciudad, no muy lejos de mi apartamento. Al verme, se levantó y me estrechó

la mano con firmeza. Sus ojos reflejaban preocupación.

—Viktor, ¿qué demonios ha pasado? —preguntó en voz baja, inclinándose hacia mí.

Suspiré, al mismo tiempo que le daba una larga calada a mi cigarrillo, y le relaté todo lo ocurrido en los últimos días: el secuestro a Alina, las demandas de Luca y la implicación de Alexei en el robo del cargamento. Mi acompañante me escuchó en silencio, asintiendo de manera ocasional, aunque pude ver en cada uno de sus gestos cómo su expresión se endurecía con cada palabra.

—Esto es grave —musitó al final.

—Todo esto es una mierda —concluí.

La mente me iba a mil por hora, debía tener en cuenta tantas cosas que sentía cómo todas las posibilidades se escapaban entre mis dedos como arena de playa, sin que pudiera hacer nada por remediarlo.

Ni siquiera podía creerme el hecho de que mi hermano hubiese sido tan tonto como para no saber que el cargamento era de los italianos, ¿y si me estaba mintiendo con tal de salvarse el culo? Me pasé una mano por la cara y dejé ir un profundo soplido que me vació por dentro.

—Nikolai y Alexei deberían conocer esta información, no podemos enfrentarnos a esto solos —aseguró—, es la puta mafia italiana, Luca Moretti no es un cualquiera.

Tenía razón, necesitaríamos toda la ayuda posible, sobre todo si el plan de enfrentar a Alexei no surgía efecto. Tal vez no fuese más que una cagada, que todo provocase que el pequeño de los hermanos se sintiese que estaba acorralado, pero necesitaba el

apoyo de mis hermanos, al menos, de Nikolai, ya que él era el *pakhan*.

Solté un par de billetes en la mesa en la que estaba Dimitri y salimos de la cafetería. Tenía que encontrar a Andrei y sabía el lugar exacto en el que podría hacerlo. Nos dirigimos al club privado donde el pequeño de los Romanov solía reunirse con sus contactos. No por el lujo del lugar, sino por lo desapercibido que pasaba en medio de la ciudad.

Al entrar, lo encontramos sentado en una mesa apartada, con una copa de vodka en la mano, y el ordenador frente a él. Al vernos, alzó una ceja y nos hizo señas para que nos acercáramos, aunque ya lo estábamos haciendo.

—¿Qué ha ocurrido? —cuestionó, temiéndose lo peor.

Me senté frente a él, quitándole la copa de vodka de las manos y tomándomela de un solo sorbo. Dejé que el sabor me quemase la garganta antes de siquiera atreverme a hablar. Le expliqué todo lo sucedido, haciendo hincapié en el asunto en el que tuve que ayudar a Andrei y que, ahora me había dado cuenta de que todo formaba parte del mismo plan: el maldito cargamento de Luca.

—Había oído rumores sobre ese cargamento —admitió.

—¿Cómo? —cuestioné.

Andrei era un experto en inteligencia, conocía cada uno de los movimientos de todas las personas que nos rodeaban, de los posibles enemigos de la familia, aliados… Nadie se escapaba a su control. Era una jodida eminencia en su campo, y eso lo hacía imparable.

—Sí, hace alrededor de tres meses recibí información sobre una entrega relacionada con… —Hizo una pausa, y entonces comprendió

en qué estábamos metidos— La familia Moretti.

Cabeceé en señal afirmativa y se llevó una mano a la cara. Dejó ir un profundo bufido, y tecleó algo en su ordenador.

—El contenedor debía estar controlado por un centinela de los Moratti —me informó.

—Alexei acabó con él.

—¿Todo esto es cosa de Alexei? —cuestionó sin poder creerse lo que acababa de decirle.

Durante unos minutos, permaneció en silencio, buscando algo que parecía no encontrar, ya que su ceño no hacía más que fruncirse. Mi mente voló a Alina, y por un instante, me temí lo peor. ¿Y si no hacíamos entrar en razón a Alexei?

El camarero se acercó para servirnos más vodka y, sin dudarlo un solo instante, me lo bebí de un trago, instándole a que volviese a rellenarlo. Llevaba fumando como un desgraciado desde que me sacaron del sótano y los nervios no dejaban de carcomerme a cada segundo que pasaba alejado de Alina. Iba a matar a quien hiciese falta, y no me temblaría el pulso en el proceso. Me daba igual cómo se llamase, no la metería en una condena igual o peor que en la que estaba con Lev.

—¿Qué te ha pedido? —Quiso saber.

—El cargamento desaparecido —respondí.

La mandíbula de mi hermano se apretó con tanta fuerza que creí que en cualquier momento podría escuchar sus muelas rechinar.

—Esta imprudencia nos ha puesto a todos en peligro —añadió Dimitri, quien se había mantenido en silencio durante todo el rato.

Andrei asintió con lentitud, con la mirada perdida en el líquido transparente que llenaba su vaso.

—Esto complica las cosas —murmuró—. Pero si devolver el cargamento puede aplacar a Luca, quizás tengamos una oportunidad.

Dejé ir un profundo suspiro que me vació por dentro. Estaba tan cabreado con Alexei que podía sentir la rabia hirviendo en mis venas.

—No servirá solo el cargamento.

—¿Qué quieres decir?

—Luca también exige a Alexei —respondí sin preámbulos.

—Mierda… —masculló entre dientes.

—Yo ya no sé qué cojones hacer —aseguré—. Así que dime, Andrei —murmuré, con la voz rota y la furia latiéndome en las sienes —, ¿qué se supone que debo hacer cuando el precio de salvar a Alina es entregar mi propia sangre?

46

Alina

La oscuridad me envolvía, una negrura densa que me oprimía el pecho y me dificultaba la respiración. Estaba de nuevo en aquel cuarto lúgubre, las paredes estaban impregnadas de humedad y desesperanza. Las sombras danzaban amenazantes, susurrando promesas de dolor y sufrimiento.

Intenté moverme, pero mis extremidades apenas respondían, como si cadenas invisibles las sujetaran. El pánico se apoderó de mí cuando una figura emergió de las sombras: Lev. Su mirada seguía siendo tan fría y despiadada como siempre. Fijó sus ojos en los míos, y una sonrisa ladina y cruel se esbozó en sus labios.

Una pequeña lágrima descendió por mi mejilla, al mismo tiempo que el corazón se desbocaba en mi pecho. Me arrastré hacia atrás, huyendo de él, manchándome las manos de algo húmedo que impregnaba el suelo. Ahogué un grito cuando sentí como lo que sujetaba mis piernas tiraba de mí, acercándome a él.

—¿Pensaste que podías escapar de mí, hermanita? —cuestionó en voz alta, y su voz resonó en el sótano, helándome la sangre—. Siempre serás mía, Alina.

Quise gritar, pero ningún sonido salió de mi garganta. Lev se acercó con lentitud, disfrutando de mi impotencia. Sentí sus manos ásperas rodear mi cuello, apretando con una fuerza implacable. La asfixia y el terror me consumían a una velocidad que me dejó sin

aliento, mientras mi visión se tornaba tan borrosa que dejé de sentir, incluso, las pequeñas gotas que no dejaban de emanar de mis ojos.

Desperté de golpe, incorporándome en la cama con un grito ahogado. El corazón me latía con tanta fuerza que creí que en cualquier momento se me saldría por la boca. El sudor frío bañaba mi piel y, por un instante, fue como haber revivido el encierro con un realismo que asustaba. La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la tenue luz que se filtraba por las cortinas. Mi respiración era errática, y las lágrimas brotaban sin control.

La puerta se abrió de golpe, y un hombre corpulento irrumpió en la habitación con la mirada recorriendo el lugar.

—¿Qué sucede? —inquirió con rudeza, escrutándome con desconfianza.

Me llevé las manos al pecho, intentando calmar la urgencia con la que subía y bajaba.

—N-nada… —balbuceé—. Ha sido una pesadilla.

El guardia frunció el ceño, mientras me evaluaba con la mirada antes de dar un paso hacia atrás.

—Pues cierra el pico —ordenó el hombre de malas formas.

—Yo… —musité, sintiendo como ni siquiera era capaz de articular palabra alguna.

—Deja de causar problemas, o tendré que avisar al señor de Moretti para que tome acciones contra ti —me advirtió antes de salir y cerrar la puerta tras de sí.

—No, por favor —susurré, casi suplicante.

—Entonces, cállate.

Apreté los labios con fuerza, intentando contener el llanto que amenazaba con estallar en cualquier momento. ¿Cómo podía permitir que alguien como ese orangután me hablase de esa manera?

Permanecí sentada en la cama, con las rodillas flexionadas y cobijándome a mí misma mientras las imágenes de la pesadilla y de la mirada de Lev aún danzaban en mi mente, como si pudiera hacer algo por salvarme de él. La sensación de las manos de mi hermano sobre mi cuello, su voz venenosa, todo parecía tan real que asustaba.

Me levanté, yendo al baño, y cuando encendí la luz, me encontré con esa Alisa que sobrevivió a Lev. La misma a la que habían molido a palos, y que lo único que la separaba de la muerte, era su propia fuerza de voluntad. Limpié las lágrimas que aún bañaban mi rostro, e intenté esbozar una mueca, pero de poco sirvió, ya que la tristeza no dejaba lugar para la paz que una vez había sentido.

Rompí a llorar, dejándome caer junto a la bañera, sintiendo como la ansiedad comenzaba a hacer estragos en mi interior. Necesitaba calmarme, salir del bucle en el que estaba a punto de entrar, pero es que al final, ¿cómo iba a salir de la oleada de mierda en la que estaba metida?

Pasé una de mis manos por el rostro, sintiendo la desesperación con la que los hipidos salían de mi boca, como impedidos por un resorte.

—¿Dónde quedó la Alina fuerte que siempre luchaba? —balbuceé con la voz estrangulada, sintiendo la desesperanza aferrarse a mi ser.

A mi mente vinieron recuerdos de esos tiempos en los que me enfrentaba a todo con una determinación sin igual, cuando no

permitía que el miedo dictara mis acciones. Pero ahora me sentía atrapada, vulnerable, sola y rota.

Había escuchado a los guardias murmurar que Viktor se había marchado. Ni siquiera había sido capaz de avisarme. La noticia me golpeó como un puñetazo en la boca del estómago. ¿Me había abandonado? La duda se instaló en mi corazón, sembrando semillas de inseguridad, provocando que todo en mi interior fuese vacío. Él prometió protegerme, que me sacaría de aquí, y el muy cobarde se había ido.

Si de verdad me había dejado tirada, iba a matarle con mis propias manos, a hacer que se arrepintiese, y me daba igual si era lo último a lo que me enfrentaba. Aunque en mi mente no dejaba de rondar una y otra vez la misma frase: *Te sacaré de aquí y de todo esto, ¿de acuerdo?* Me lo había jurado, y aunque nunca puedes confiar en la palabra de alguien de la calaña de Viktor, una pequeña llama de esperanza me rogaba que creyese en él.

Contuve un quejido cuando la imagen de mi hermano volvió a mi pensamiento. Si Lev me encontraba antes… La idea de volver a caer en sus garras me aterrorizaba tanto que mi cuerpo comenzó a temblar. Conocía demasiado bien su capacidad para infligir dolor, físico y emocional. Era un manipulador de manual, tanto que había llegado a hacer que incluso mi padre cayese en sus trampas. Recordé cuando tenía ocho años y rompí por accidente un jarrón en la oficina de mi padre. Lev se ofreció a encubrirme y así lo hizo. Pero luego me encerró en un armario durante tres horas. Dijo que era para enseñarme a no confiar en nadie, y que la deuda se pagaba con lealtad.

Jamás debí fiarme de él, no después de todo lo que me había demostrado a lo largo de los años.

Me levanté, acercándome a la ventana del salón, apartando un poco la cortina para poder mirar hacia el exterior. La noche se extendía ante mí, indiferente a mi sufrimiento. Las luces distantes de la ciudad parpadeaban, ajenas a la tormenta que se desataba en mi interior.

Inspiré con fuerza, probando a encontrar el consuelo en el aire fresco que se filtraba por la rendija. Necesitaba recuperar mi fortaleza, esa que una vez me definió. No podía permitirme ser consumida por el miedo. Si Viktor no regresaba, tendría que encontrar una manera de salvarme a mí misma.

Me abracé con fuerza, intentando contagiarme del valor que había perdido pero que sabía que aún permanecía en mi interior. Aunque las pesadillas pudieran atormentarme, no permitiría que definieran mi realidad. Me aferraría a la esperanza, a la posibilidad de un futuro libre de cadenas, lejos de Lev. Y si ese futuro dependía de mi propia lucha, entonces estaba dispuesta a enfrentarla como la que más.

Y fue en ese preciso instante en el que me prometí a mí misma que, sin importar lo que sucediera, no volvería a ser una víctima.

47

Viktor

Llevaba horas dándole vueltas, intentando encontrar la manera en la que arreglar la puta situación en la que estábamos metidos, pero a mi cabeza solo acudían dos opciones: o dejaba que hiciesen lo que quisieran con Alina y entrábamos en guerra contra los Orlov y los Moretti; o entregaba a Alexei y aplacaba la ira de Luca. ¿Cómo iba a joder así a mi propio hermano? Es cierto que le advertí de que no se continuase metiendo en jardines como en el que estaba metido, pero a pesar de eso, cuando le miraba, seguía viendo al pequeño rubio que un día fue.

El eco de mis pasos resonaba en las calles empedradas mientras me dirigía hacia el apartamento de Alexei, decidido a confrontarlo. La traición de mi hermano menor pesaba sobre mis hombros como una losa, y a pesar de todo, necesitaba respuestas, entenderlo, encontrar la razón por la que lo hizo.

Al llegar, golpeé la puerta con firmeza. Mi hermano abrió con una expresión imperturbable, como si ya anticipara mi visita.

—Viktor, pasa.

Su tono fue frío, distante, como si ese no fuese mi hermano. Entré y cerré tras de mí, enfrentándolo en la penumbra del salón.

—¿En qué estabas pensando, Alexei? —espeté, sintiendo la ira hervir en mi sangre—. ¿Cómo pudiste cometer un error como este?

Él se encogió de hombros, encendiendo un cigarrillo con parsimonia, el cual le quité al instante.

—Los negocios son así, hermano. A veces se gana y otras… se pierde.

Su indiferencia no hizo más que provocar que toda mi furia fuese a más. Le di una calada tan larga al cigarrillo que llegué a consumirlo casi por completo de la ansiedad que me estaba entrando.

—¡Tú no eres así! ¡Joder! —bramé

—Claro que lo soy.

Lo fulminé con la mirada, a sabiendas de que lo que decía no era cierto. Jamás sería como Nikolai, y mucho menos como yo.

—No te lo crees ni tú —le contradije al mismo tiempo que le agarraba por el cuello de la camisa y lo alzaba—. Eras el único de la familia con algo bueno, y ahora…

—¿Ahora qué? —cuestionó con la voz estrangulada, a causa de la falta de aire.

Sin dudarlo un solo instante, lo lancé al suelo, sin importarme nada.

—La familia es lo primero, Alexei —le recordé.

—Por eso mismo he hecho las cosas que he hecho —aseguró con rotundidad.

—Eres un necio —escupí.

Este no hacía más que negar con la cabeza, aunque podía ver como a pesar de que intentaba esconderlo, este tema le molestaba.

—¡Habló el que no es capaz de controlar su ira! —Alzó la voz.

—Esto no es un puto juego, Alexei —le advertí—. Has puesto en peligro a la familia, a Alina. —Apreté la mandíbula—. Luca Moretti no

es alguien con quien se pueda jugar.

Sus ojos se entrecerraron y pude ver una chispa de desafío asomando en su mirada.

—Siempre tan protector, Viktor —fingió pesar—. Pero quizás es hora de que todos enfrentemos las consecuencias de nuestros actos.

Apreté los puños, conteniendo el impulso de abalanzarme sobre él.

—Dame el cargamento, Alexei —le pedí, intentando mantener la cordialidad—. Es la única forma de aplacar la ira de Luca.

Este se puso en pie, encendió un cigarro y exhaló una bocanada de humo, evaluándome.

—¿Y si me niego?

Inspiré con fuerza, buscando calma, porque si no, iba a acabar matándolo con mis propias manos por los modales que estaba teniendo.

—Andrei puede localizarlo sin tu ayuda —admití—. Pero prefiero resolver esto entre nosotros, sin más problemas, sin guerras.

Y era cierto, no quería tener que lamentar una pérdida y mucho menos pelearme con él, aunque teniendo en cuenta mi acuerdo con Moretti, sabía que en cualquier momento ocurriría.

—Está bien, te daré el cargamento —accedió, mientras se sentaba en uno de los butacones del salón y se servía una copa de whisky—. Pero recuerda, Viktor, en este mundo, la lealtad es efímera.

Asentí, consciente de que, aunque habíamos alcanzado un semiacuerdo, la brecha entre ambos se había ensanchado y ya comenzaba a ser irreparable. Y todo esto, ¿por qué? ¿Por Alina? ¿Por su maldita cagada?

Horas más tarde, estaba en Aether, el club nocturno que en otro tiempo había sido refugio y escape. Ahora solo buscaba ahogar mi frustración en alcohol. La música retumbaba en mi pecho, mientras que las luces no dejaban de danzar, creando sombras que se mezclaban con la gente.

Me senté en la barra y, sin dudarlo, pedí una botella entera de vodka. Al principio, el camarero se negó, pero entonces, uno de sus compañeros se acercó para comentarle a quién le estaba diciendo que no, y acabó por servírmela.

Bebí con avidez, sintiendo el ardor del vodka descender como una llamarada por mi garganta. Quería que me quemase por dentro, que arrasara con el nudo que tenía enquistado en el pecho y con la culpa que no dejaba de consumirme. Pero de poco sirvió, por mucho que vaciase el vaso, el dolor seguía ahí, en el mismo maldito sitio.

La música electrónica retumbaba en el ambiente, mezclándose con el humo y las risas que se entretejían como telarañas en la oscuridad de Aether. Era el sitio donde la lujuria y la decadencia se mezclaban de manera perfecta. Y yo, sentado en una de las esquinas más exclusivas del club, no pasaba desapercibido. Sabían quién era, qué podía hacer y, aun así, seguían acercándose.

La primera fue una morena de ojos verdes y piernas largas que parecían no tener fin, vestida con un vestido rojo de látex y unos tacones que parecían andamios. Se sentó a mi lado sin pedir permiso, cruzando las piernas con parsimonia y dejando que su perfume caro me envolviera como una promesa que se me antojó vacía.

—¿Cómo es que alguien como tú está tan solo, Romanov? —susurró, con una sonrisa que pretendió ser seductora, pero que me sentó como una patada en los cojones.

No respondí. Me limité a beber, pero ella pareció no inmutarse, ya que apoyó una de sus manos sobre mi muslo, tanteando el terreno.

—Podría ayudarte a olvidar lo que sea que te esté matando por dentro.

Aparté su mano con frialdad, sin mirarla siquiera. Se fue con el morro torcido, orgullosa, lanzando una mirada por encima del hombro, como si no le hubiese importado mi rechazo. Como si ya supiera que volvería, como todas.

La segunda fue Amanda, una rubia de rostro angelical y vestido rojo que parecía haber sido pintado sobre su piel. Habíamos follado en alguna ocasión cuando ya nada me satisfacía. No negaría que habíamos disfrutado el uno del otro, pero eso ya se había terminado. Apareció bailando frente a mí, contoneándose como si la música y su cuerpo vibrasen en la misma sintonía. Se acercó, ofreciéndome una copa nueva, y cuando vio que no la aceptaba, se sentó sobre mis piernas, como si le pertenecieran. Deslicé mis manos por su cintura, pero no de una manera lujuriosa, ni con deseo, sino con una presión sutil, calculada, necesaria para apartarla.

—No me jodas, nena —musité—. No es el momento.

Ella frunció los labios, con fingida decepción, y volvió a la pista con un movimiento de caderas que pretendía dejarme deseándola. No lo consiguió. Mi mente seguía en otra parte. En otra mujer.

Media hora y una botella de vodka más tarde, llegó la tercera. La que encendió la chispa. Se acercó con una sonrisa afilada, como si

supiera exactamente quién era y con qué estaba lidiando. Su vestido negro dejaba poco a la imaginación y sus labios rojos parecían una advertencia. Se inclinó, demasiado cerca, con los pechos casi rozando mi cara mientras me hablaba al oído.

—¿Quieres que te haga olvidar a esa puta a la que te follas?

Puta. Follas. Alina.

La empujé.

Fue un acto reflejo, no medido, impulsado por el veneno y el alcohol que me corría por las venas. Mi mano se cerró sobre su brazo, y la aparté con más fuerza de la necesaria. Tropezó hacia atrás, perdió el equilibrio y se estrelló contra un grupo de tipos trajeados, provocando que parte del contenido de sus copas acabase derramado por el suelo. La música siguió, pero las miradas se clavaron en mí, como un cuchillo.

—¿Qué cojones haces? —bramó ella.

Quise matarla por la hablar así de Alina, por querer borrarla de mi memoria, pero cuando me levanté, trastabillé con mis propios pies, y tuve que sujetarme a la barra para no caerme. Antes de que pudiera seguir avanzando, el guardia de seguridad apareció en menos de un minuto. Lo conocía, se llamaba Ruslan, y había trabajado conmigo tiempo atrás. Cuando alcé la mirada, me encontré con la suya, y pude ver en ella una mezcla de severidad y lástima.

—Viktor —dijo con voz grave, inclinándose hacia mí—. Creo que es mejor que te marches por hoy.

Lo miré. Por un segundo, me debatí entre romperle la cara también o hacer lo que sabía que debía. Pero el cansancio pesaba demasiado. La bebida apenas me hacía efecto, y la culpa se aferraba a mi cuello como una maldita soga.

Asentí, sin decir nada.

Me puse en pie con torpeza, recogí la chaqueta que apenas había usado, y caminé hacia la salida, dejando atrás el olor a alcohol, a sudor, a deseo barato.

Respiré hondo, dejando que el aire helado me devolviera un poco la lucidez. No podía seguir así. No con Alina encerrada en un hotel como si fuera una prisionera de guerra. No con Alexei haciendo de traidor. Y mucho menos con Luca Moretti esperando a que le entregara a mi propio hermano como cordero al matadero.

Tenía que pensar, actuar y elegir.

Y sabía, en el fondo de mis entrañas, que cualquiera en cualquiera de las decisiones… alguien iba a morir.

48

Viktor

El eco de mis pasos resonaba en el amplio pasillo mientras me dirigía al despacho de Nikolai. La tensión en mis hombros era más que palpable, cada músculo de mi cuerpo parecía estar al borde de la ruptura. Había llegado el momento de enfrentar las consecuencias de mis decisiones, y solo él podía ofrecerme una perspectiva clara en medio de este caos.

No habíamos vuelto a hablar desde el instante en el que le corté la llamada cuando estábamos en el avión, por lo que me sorprendí cuando le envié un mensaje y respondió como si nada. Supuse que una parte de él era capaz de comprender lo que ocurría, ya que su relación con Elena tampoco había sido un camino de rosas.

Al llegar a la puerta, golpeé dos veces y esperé. La voz grave de Nikolai me invitó a pasar. Al entrar, lo encontré sentado detrás de su escritorio, con la mirada fija en unos documentos que apartó nada más verme. Sus ojos, siempre analíticos, se posaron sobre mí, evaluando cada uno de mis gestos sin emitir juicio alguno. Nikolai era un estratega de manual, había estudiado en las mejores universidades del mundo y, como no, había acompañado a nuestro padre durante gran parte de su vida, por lo que era el mejor analista que había conocido jamás.

—Siéntate —me instó, señalando la silla que había frente a él.

Obedecí, sintiendo el peso de su mirada mientras intentaba ordenar mis pensamientos. Inspiré con profundidad y comencé a relatar todo lo sucedido: desde el secuestro de Alina por parte de Lev, los abusos que sufrió, nuestros encuentros, hasta mi decisión de intervenir para sacarla de ese maldito infierno. Pero la cosa no quedó ahí, sino que detallé la situación con Luca Moretti, la amenaza inminente sobre nuestra familia y las complicaciones que se avecinaban por culpa de nuestro hermano menor.

Nikolai escuchó en silencio, sin interrumpirme, como si estuviera asimilando cada una de las palabras. Su rostro permaneció impasible, con una máscara de serenidad que no dejaba entrever sus pensamientos. Cuando terminé, el silencio se instauró entre ambos, denso y pesado.

Al final, este se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre el escritorio y entrelazando los dedos.

—Has actuado según tus convicciones —comenzó a decir—, protegiendo a quien consideras importante —añadió con calma—. Sin embargo, en nuestro mundo, cada acción tiene su precio.

Hizo una pausa, afilando la mirada.

—Y no puedes olvidar que llevártela sin avisar, en el momento más delicado…

—Ella no le pertenece a nadie —le interrumpí.

—Podría haber desatado una guerra con los Orlov —terminó—. En especial, después de la muerte de Vasily. Lev no es idiota, Viktor. Sabe sumar dos más dos.

Mi mandíbula se tensó, y pude escuchar el crujir de mis muelas. Me incliné hacia él, apoyando las palmas sobre sus documentos.

—¿Me vas a hablar tú de guerras? —cuestioné—. ¿Tú, que le metiste una bala en la cabeza a Vasily para salvar a Elena?

Nikolai no respondió al instante. Solo me sostuvo la mirada durante unos segundos que se me antojaron eternos, hasta que asintió.

—La muerte de Vasily llevaba escrita demasiado tiempo —aseguró sin apenas darle importancia.

—Pero la mano ejecutora fuiste tú, Nikolai.

—Sí, y desde entonces duermo con un ojo abierto —admitió con un pesar que jamás creí que vería en él—. Recuerda eso antes de seguir avanzando, porque los pecados por amor, Viktor… son los más caros de todos.

Sabía que estaba en lo cierto, porque igual que le ocurrió a él, lo vivió nuestro padre tiempo atrás, cuando mataron a nuestra querida madre. El amor solo trae problemas, y yo estaba metido hasta el cuello en el peor de todos.

—¿Qué sugieres que haga? —pregunté, buscando su consejo.

Nikolai me observó durante un largo instante, antes de responder.

—No estoy aquí para decirte qué hacer, Viktor. —Alargó el brazo y tomó uno de los cigarrillos que guardaba en su caja de madera que tenía sobre la mesa, tendiéndomelo—. Eres un hombre hecho y derecho, capaz de tomar tus propias decisiones. Pero recuerda: el amor cuesta, y esta vez te ha tocado perder.

Sus palabras resonaron en mi mente, una verdad amarga que no podía ignorar. Sabía que, independientemente de las decisiones que tomara, habría pérdidas, sacrificios inevitables, porque al final del día, estábamos metidos en un juego demasiado peligroso.

Me levanté, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

—Gracias, hermano.

Él asintió y, por un instante, creí ver que algo similar a la compasión cruzaba su mirada.

—Cuida tus pasos, Viktor —me pidió—. El camino que has elegido es peligroso, pero confío en que sabrás cómo enfrentarlo.

Salí del despacho con el corazón pesado, consciente de que las decisiones que tomara a partir de ese momento definirían no solo mi destino, sino también el de aquellos a quienes amaba.

Las palabras de Nikolai resonaron como un eco sordo dentro de mi cabeza: *El amor cuesta, y esta vez te ha tocado perder*. Tal vez tenía razón, puede que esto no fuese más que el precio que debía pagar por atreverme a sentir en un mundo donde el amor no era más que una debilidad, una grieta en la armadura que todos nos habíamos esforzado en construir.

Pero por más que intentara convencerme de que debía soltarla… no podía. No cuando aún recordaba su voz al otro lado del muro. No cuando su mirada seguía grabada a fuego en mi memoria. Ella era mi condena y mi salvación, y si el precio por protegerla era convertirme en un traidor, un paria, o incluso un muerto… entonces, que así fuera.

Porque ya no se trataba de lo que era justo o no.

Se trataba de ella.

49

Viktor

La decisión que se cernía sobre mí era como una maldita sombra oscura que se alargaba en cada rincón de mi mente. Rescatar a Alina por la fuerza era una fantasía irrealizable. Luca Moretti jamás permitiría que ni yo, ni nadie de mi equipo se acercase a ella, y en el caso de que llegásemos a encontrarla, cualquier intento de extracción sería un suicidio. La única alternativa viable era entregar el cargamento y, por ende, a Alexei, a cambio de su libertad. El peso de esa elección me oprimía el pecho, traicionar a mi propio hermano era una carga que jamás imaginé que llevaría sobre mis hombros.

Contuve el aliento. En cierto modo, una parte de mí quería creer que aquello no era una traición, sino una lección de vida. Él debía pagar por sus errores, por habernos puesto en peligro a toda la familia, por haberme puesto a mí en el punto de mira.

Sabía que no iba a poder engañarlo, no después de todo lo que habíamos compartido. Pero sus acciones nos habían colocado en el lugar en el que no encontrábamos y debía enfrentar las consecuencias. Tomé el teléfono y marqué su número, sintiendo como a cada tono de llamada aumentaba la tensión en mis músculos.

—¿Viktor? —respondió Alexei, su voz reflejaba sorpresa y cautela.

—Necesitamos hablar en persona —le dije con firmeza, evitando cualquier emoción que delatara mis intenciones.

—¿Sobre qué? —inquirió, aunque en su tono percibí que algo se olía.

—Tienes que decirme dónde está el cargamento, y prefiero discutirlo cara a cara. ¿Puedes venir a mi apartamento en una hora?

Hubo una pausa antes de que respondiera.

—Está bien. Nos vemos allí.

Colgué y dejé ir un profundo suspiro, sintiendo el peso de la traición que estaba a punto de cometer. Me dirigí al mueble bar y me serví un vaso de whisky, esperando que el licor calmara la tormenta que me consumía por dentro.

Toda nuestra vida se iba a venir abajo por una puta mala decisión, y eso era lo que más me dolía, saber que Alexei la había cagado tanto y no fue capaz ni de pedir ayuda para arreglarlo, pero ya era demasiado tarde. Ni siquiera Nikolai podría haberlo sacado del embrollo en el que estaba metido.

El sonido de mi teléfono avisándome de la llegada de una notificación interrumpió mis pensamientos. Al revisar la pantalla, vi un mensaje sin remitente identificado, cosa que me extrañó. Abrí el archivo adjunto y el estómago se me revolvió al instante.

Era un vídeo de Alina.

Su cuerpo yacía inerte sobre una cama lujosa, que reconocí al instante, era el hotel donde la tenían encerrada. Vestía una bata de seda gris perla, tan fina que dejaba entrever los contornos de su figura. Estaba desabrochada, ligeramente caída sobre uno de sus hombros, revelando más piel de la que jamás habría querido mostrar en esas condiciones.

Sus piernas estaban torcidas en una postura antinatural, como si alguien la hubiese colocado allí para dar un maldito espectáculo, y

no porque ella hubiera decidido acostarse en esa cama. Su rostro estaba pálido, desencajado, con las mejillas marcadas por el rastro de unas lágrimas secas que nadie se había molestado en limpiar.

El corazón me resonó como un tambor de guerra y, por un instante, creí que me volvería tan loco como para plantarme allí y arrancarle el corazón del pecho al hijo de puta del italiano.

Pero lo que me mató fue su boca. Estaba entreabierta, sin voz, sin aliento, como si hubiese intentado gritar y no le hubiesen dado ni siquiera ese derecho.

Entonces apareció. Una mano masculina, ancha, de dedos largos y gruesos, comenzó a recorrerla. Primero el muslo, después subió por la cintura, jugueteó con el borde de la bata como si se tratase de un regalo a punto de desenvolverlo. Lo hacía con deliberación, con sadismo.

La palma de su mano se detuvo justo sobre uno de sus pechos, y la imagen se congeló un segundo, como si el muy cabrón supiera que me estaba mirando, como si fuera consciente del efecto que esa escena tendría en mí.

Obviamente, Luca Moretti no se andaba con juegos, y ahí era donde lo estaba demostrando. Un rugido sordo se me escapó del pecho. Sentí cómo me temblaban los dedos, cómo el móvil se resbalaba entre mis manos. La sangre me rugía en los oídos, martilleándome con fuerza, como si cada golpe viniese acompañado del grito silencioso de Alina.

Apreté los dientes con tanta fuerza que en cualquier momento estallarían por los aires, dejándome sin nada. Iba a matar a ese cabrón, y no tendría piedad en cuanto lo encontrase. Le haría

tragarse cada uno de sus malditos dedos, esos con los que había tocado con delirio a mi mujer.

Marqué el número de Luca a una velocidad sobrehumana. Y cuando su voz respondió, suave, educada, con ese tono que utilizaba para enmascarar su brutalidad en una piel de cordero para parecer civilizado, fue como si me echara alcohol en las heridas abiertas.

—Viktor —saludó calmado—. Qué sorpresa.

—¡Eres un hijo de puta! —escupí ido, al borde del colapso—. ¡Si le has puesto una sola mano encima… si le has hecho algo… te juro que no vas a poder esconderte ni en el puto Vaticano! —bramé—. Pienso perseguirte hasta el jodido infierno si es necesario.

Luca se limitó a reír, como si todo esto fuese una broma privada. Como si no acabara de enviarme un puto vídeo de la mujer que amaba inconsciente y expuesta como un trozo de carne.

—Vamos, Viktor… No seas tan melodramático.

Sujeté el teléfono con firmeza, tanta que creí que acabaría reventándolo con tal de no lanzarlo. Alina estaba bajo mi expreso cuidado, yo la había metido en todo ese embrollo, ¿cómo no iba a reaccionar de esa manera?

—¿Qué quieres? —gruñí, aunque la respuesta ya la sabía.

—¿Tienes el cargamento y a tu hermano? —preguntó como quien pregunta si has traído el vino a una cena.

—Estoy en ello —mascullé, con los dientes apretados.

—Pues date prisa, porque el tiempo corre.

—No se te ocurra volver a tocarla.

—Cada minuto que pasa sin que cumplas tu parte del trato… es un minuto más que paso con ella —comentó—. Y créeme, Viktor,

hay muchas formas de convertir el deseo en tormento —añadió con aversión—. La pregunta es: ¿vas a joderle la vida o vas a salvarla?

—Eres un hijo de puta.

—Sí, lo soy —Dejó ir una sonora carcajada que me puso los pelos de punta—, uno que tiene a tu chica.

Quise matarlo en ese preciso instante, reventarle la cara a golpes hasta deformarle el cráneo y verle ahogarse con su propia sangre. Pero nada de eso iba a ocurrir, al menos, no por el momento. Cogí una bocanada de aire, pensando en mi respuesta.

—Tic, tac, Viktor —murmuró jocoso—. Te doy cuarenta y ocho horas.

La llamada se cortó, y yo me quedé ahí, con el móvil pegado al oído y el corazón convertido en dinamita. Porque si ese cabrón volvía a tocarla… lo mataría. Y no con una bala, lo haría despacio.

50

Viktor

El sonido de los nudillos contra la puerta resonó en el silencio de mi apartamento. No había podido dejar de fumar desde el instante en el que la llamada se cortó, por lo que había pasado gran parte del tiempo en la terraza, dejando que el aire frío calmase el nerviosismo que tenía.

Me levanté y me dirigí a abrir. Al otro lado, Alexei esperaba con una expresión seria, reflejo de la tensión que nos envolvía a ambos.

—Pasa —le invité, apartándome para dejarle entrar.

Cruzó el umbral con paso firme, pero sus ojos delataban la preocupación que intentaba ocultar. Cerré la puerta tras él y lo guie hacia la sala de estar. Se sentó en el sillón frente a mí, apoyando los codos en las rodillas y entrelazando sus manos, fruto del nerviosismo.

—¿De qué quieres hablar ahora, Viktor? —cuestionó, sin rodeos.

Inspiré de manera profunda, reuniendo las palabras adecuadas para lo que estaba a punto de proponer.

—La situación con los Moretti se ha vuelto insostenible —comencé —, ya sabes que tienen a Alina, y no podemos permitir que esto continúe.

Alexei asintió con lentitud. Su mirada estaba fija en la mía y eso provocó que algo en mi interior se rompiese.

—Estoy de acuerdo —cabeceó en señal afirmativa—, pero enfrentarnos a ellos de manera directa sería un suicidio.

—Lo sé —admití con pesar—. Por eso necesitamos un plan. Algo que nos permita sacarla de allí y, al mismo tiempo, acabar con los Moretti de una vez por todas.

El silencio se instaló entre ambos, mientras mi hermano procesaba lo que acababa de decirle. Era como si hubiese algo que no me estuviera contando, y eso me mosqueaba sobremanera. Suspiró y se recostó en el sillón.

—Es complicado… —comentó—. Pero estoy contigo en esto, no dejaremos que le hagan daño.

Asentí, sintiendo una punzada de culpa por lo que estaba a punto de hacer.

—Necesito que me des las coordenadas del contenedor con la mercancía —dije con voz firme.

Alexei frunció el ceño.

—Sabes que es parte del plan —aseguré—. Si podemos recuperar la mercancía, tendremos ventaja sobre ellos y podremos utilizarla para aplacar a Luca.

Dudó por un momento, pero finalmente asintió.

—De acuerdo, te las pasaré.

Se levantó y se acercó a la mesa donde había dejado su teléfono. Mientras buscaba la información, me dirigí al mueble bar y serví dos vasos de whisky. En uno de ellos, disolví de manera discreta un sedante de acción rápida que me había proporcionado Dimitri. Sabía que era una medida extrema, pero no veía otra opción.

Regresé y le tendí el vaso a Alexei, quien lo aceptó sin sospechar nada.

—Aquí tienes la información que necesitas. —Me tendió un papel roto que había arrancado de la libreta de recibidor, donde estaba apuntada la dirección exacta en la que se encontraba el gran tesoro de Moretti.

—Gracias —le dije de manera sincera, a pesar de que sabía cómo iba a acabar todo.

Intenté esbozar una mueca en mis labios, sintiendo como todo mi ser se resquebrajaba por la culpabilidad. O le fallaba a uno, o al otro. Pero de alguna manera, sabía que si arriesgaba la vida de Alexei, siempre podría llegar a perdonarme, al fin y al cabo, éramos hermanos y eso no había nadie que pudiese cambiarlo.

—Ese cabrón nos la ha jugado pero bien —comentó, aún sin probar trago.

—No sé cómo cojones nos encontró —admití—, estábamos en mi piso franco en Mónaco, nadie sabía que nos estábamos allí, ni siquiera vosotros.

—Luca tiene ojos y oídos en todas partes —aseguró con disgusto —. Los Moretti son escoria de la peor.

Asentí sin muchas ganas de hablar, porque sí, estaba en lo cierto. Eran de lo peor, pero él también nos había metido en todo este lío por quedarse una puta mercancía. ¡Sería por dinero! Podría haberse comprado un maldito país para él solo si quisiera sin necesidad de acudir a nadie. Eso era lo que no me encajaba, la pieza que jodía todo el maldito puzle y la lógica que había intentado transmitir a todo este problema.

—¿Sabe Nikolai algo de esto? —cuestionó.

Por un instante, me debatí entre si decirle la verdad o no, pero lo cierto era que no podía mentirle en esto también. Porque en el

momento en el que tuviese a Alina, iríamos a por Alexei sin importar las consecuencias.

—Sí —admití con pesar.

—Lo entiendo… —musitó sin ganas.

Una mueca triste se instauró en su rostro, y algo en mi interior se resquebrajó un poquito más. Debía mantenerme firme en mi decisión, ya no había vuelta atrás.

—Por acabar con ese hijo de puta —brindé, alzando mi vaso.

—Y por Alina —añadió él, chocando el suyo contra el mío antes de beber.

Dejó que el líquido ambarino recorriese su garganta, igual que lo hice yo, sintiendo como me ardían las entrañas. A cada segundo que pasaba mi remordimiento y alivio eran peores, sobre todo, en el instante en el que pude vislumbrar como su mirada comenzaba a perderse, avisándome de que el efecto del sedante era inminente. Apreté los dientes y le di una larga calada al cigarrillo, consumiéndolo casi por completo. Los nervios me carcomían hasta tal punto que solo deseaba que Alexei perdiese el conocimiento. No pasó mucho tiempo antes de que sus párpados comenzaran a pesarle y su postura se volviera más laxa.

—¿V-Viktor? —balbuceó, arrastrando cada una de las sílabas de mi nombre—. ¿Qué… qué me has hecho?

Me acerqué a él, le quité la copa de la mano, ayudándole a recostarse en el sofá mientras su conciencia se desvanecía.

—Lo siento, hermano —musité—. Pero no puedo arriesgarme a perderla.

Observé su rostro relajado por el sueño inducido, sintiendo el peso de mi traición. Me aseguré de que tuviese pulso y de que

respirase con normalidad. Sabía que, al despertar, Alexei no me perdonaría. Pero en ese instante, mi prioridad era Alina. Y estaba dispuesto a cargar con las consecuencias de mis actos, si eso la salvaba de los suyos.

Me levanté, yendo hacia la mesa donde aún descansaba su teléfono. Lo desbloqueé y busqué el mensaje en el que tenía las coordenadas guardadas. Al encontrarlas, las memoricé, por si la nota no era suficiente, y eliminé el mensaje para no dejar rastro.

Regresé junto a mi hermano y lo cubrí con una manta. No merecía algo así, pero las circunstancias nos habían llevado hasta a este punto. Me senté en el sillón frente a él, observándolo mientras dormía, y me pregunté en qué momento nuestras vidas se habían complicado tanto.

El reloj de la pared marcaba las horas con su tic-tac constante, recordándome que el tiempo corría en contra de Alina. Debía moverme rápido, por lo que, como impedido por un resorte, me levanté y, con una última mirada a mi hermano, salí del apartamento con el corazón encogido y la determinación ardiendo en mis venas.

Sabía que el camino que había elegido estaba lleno de sombras y traiciones. Pero por Alina, estaba dispuesto a caminar por él, sin importar el precio.

51

Viktor

La noche se cernía sobre la ciudad mientras Dimitri y yo nos dirigíamos hacia la ubicación que Alexei me había proporcionado. El ambiente en el vehículo era tenso, cargado de una mezcla de anticipación por lo que iba a ocurrir y nerviosismo. Las luces de las farolas parpadeaban a través de las ventanillas, proyectando sombras danzantes en el interior del vehículo.

—¿Estás seguro de esto, Viktor? —preguntó Dimitri, atreviéndose a romper el silencio que reinaba.

Cabeceé en señal afirmativa, manteniendo la mirada fija en la carretera, como si nada pudiese perturbarme, aunque lo cierto era que lo único que deseaba era liarme a tiros con todo el mundo para no tener que decidir entre mi hermano y la mujer a la que amaba.

—No tenemos otra opción —aseguré—. Necesito asegurarme de que la mercancía esté allí antes de darle luz verde a Luca.

Al llegar al almacén abandonado en las afueras de la ciudad, estacionamos el coche en un lugar discreto, y nos colamos tras la valla. La estructura se alzaba imponente con sus paredes desgastadas y grafitis descoloridos. El chirrido de una puerta metálica al viento rompía la quietud del lugar.

Nos acercamos con cautela, armas en mano, atentos a cualquier movimiento sospechoso. No sabíamos si Alexei podía tener un centinela esperando. Al ingresar, la penumbra nos envolvió, y el olor

a humedad y óxido impregnaba el ambiente. Avanzamos entre las estanterías corroídas y cajas apiladas hasta llegar al contenedor señalado.

Para nuestra sorpresa, una serie de dispositivos de seguridad de alta tecnología rodeaban el contenedor: sensores de movimiento, cámaras biométricas y un complejo sistema de detección que nos fulminaría antes siquiera de que pudiéramos abrirlo. Dimitri silbó en voz baja, impresionado.

—Parece que alguien se tomó muchas molestias para proteger esta mercancía.

Asentí en silencio, saqué mi teléfono y marqué el número de Andrei, solo él podría deshacerse de todo ese material en un abrir y cerrar de ojos. Tras unos segundos, escuché como respondía con voz somnolienta.

—Andrei —le llamé—, necesitamos que desactives un sistema de seguridad de forma remota.

—¿Ahora?

—Obviamente —sentencié—. Te envío las especificaciones.

Colgué, encendí la cámara y grabé un breve vídeo que mostraba el panel de control del sistema: tenía sensores de movimiento láser conectados a una alarma de frecuencia dual, cámaras térmicas con detección de rostros y un lector biométrico de huella y retina, todo ello vinculado a una red cifrada con autenticación de doble factor. Le adjunté el archivo con una descripción rápida del entorno y las coordenadas GPS del lugar. Andrei no respondió de inmediato, pero podía imaginarla ya manos a la obra, descifrando cada línea de código como si se tratase de un maldito videojuego.

—Por suerte para ti, han sido tan tontos de conectarlo a la red principal, por lo que no tardaré demasiado en tenerlo listo —nos informó mediante un mensaje de audio.

Mientras Andrei trabajaba en ello, Dimitri y yo nos retiramos a una distancia segura. El frío de la noche se nos calaba en los huesos, pero la inquietud interna era aún más difícil de soportar.

—¿Cómo te sientes? —inquirió Dimitri, encendiendo un cigarrillo y ofreciéndome otro.

Acepté sin dudar, inhalando con fuerza antes de responder. No éramos hombres que hablásemos de nuestros sentimientos, en realidad, jamás lo habíamos hecho, pero estábamos en una situación tan complicada que, al final, era imposible no preguntar por algo así.

—Como una mierda —admití con pesar—. Traicionar a Alexei… nunca pensé que llegaría a esto.

Dimitri exhaló el humo con parsimonia, observando la brasa de su cigarro.

—A veces, nos vemos obligados a tomar decisiones que no nos gustan, que nos destrozan por dentro. —Hizo una pausa—. Lo estás haciendo por Alina, ella no decidió meterse en este lío. No hay otra salida.

Asentí, aunque el peso de la culpa seguía oprimiendo mi pecho con tanta fuerza que incluso me costaba respirar con normalidad.

—Alexei nunca me perdonará.

—Tal vez no… Pero con el tiempo, entenderá que actuaste por amor.

—¿Amor? —cuestioné—. El amor no tiene cabida en este mundo de mierda. Tal vez debería de haberlo aprendido hace mucho tiempo, en vez de haberme dejado llevar por todo esto.

El zumbido de mi teléfono interrumpió nuestra conversación. Era Andrei.

—Listo, el sistema está desactivado —me informó—. Pero daos prisa, no puedo mantenerlo así por mucho tiempo.

Nos apresuramos a volver a donde se encontraba el contenedor. Al abrirlo, la luz de nuestras linternas reveló cajas perfectamente alineadas, marcadas con el sello de los italianos, el mismo emblema que llevaba Luca en su anillo familiar. Dimitri inspeccionó una de ellas, confirmando que la droga estaba intacta.

—Todo está aquí.

Cerramos el contenedor y salimos del almacén tan rápido como pudimos, como si allí no hubiese pasado nada. De camino al coche, Dimitri me detuvo, colocando una mano sobre mi hombro.

—Viktor, sé que planeas ir solo —dijo con dureza—, pero no permitiré que eso ocurra. Nunca te he dejado solo, y mucho menos lo haré ahora.

Negué con la cabeza, decidido.

—De eso nada, no pienso ponerte en riesgo.

Dimitri siempre había cubierto mis espaldas durante toda mi vida, había sido mi sombra, salvándome la vida tantas veces que había perdido la cuenta. Este negó con la cabeza, y vi como su mandíbula se apretaba y su mirada se mantenía firme.

—No me toques los huevos ahora, Viktor —sentenció—. Eres mi hermano, y no te dejaré enfrentar esto solo.

Suspiré, reconociendo y agradeciendo la lealtad inquebrantable de Dimitri.

—Está bien —accedí al final—. Pero mantente alerta, no me fío un puto pelo de que Luca cumpla con su palabra, y tenemos que estar

prevenidos.

Asintió y juntos nos dirigimos de regreso al apartamento. El trayecto fue en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Dimitri mantenía la vista fija en la carretera, atento a cada cruce, cada sombra que pudiera suponer una amenaza, mientras yo no dejaba de observar el reloj, como cada vez estábamos más cerca de que esas cuarenta y ocho horas, que me había dado de margen Luca, terminasen.

Al llegar, encontramos a Alexei aún inconsciente en el sofá. Aún teníamos tiempo para llevarlo a Mónaco antes de que despertase.

—Lo siento, hermano.

52

Alina

Estaba profundamente dormida cuando algo me despertó. Abrí los ojos de golpe, sobresaltada, intentando identificar los sonidos que escuchaba. Me incorporé en la cama, con el corazón a punto de salírseme del pecho. No era la primera vez que alguien entraba sin avisar, pero esta vez la puerta no se abrió solo para una persona, ni dos, sino cuatro.

—¿Qué hacéis? —inquirí, con la voz estrangulada y el pulso repiqueteándome en todos lados.

No respondieron. Los vi acercarse con pasos pesados, decididos, como si no tuvieran intención de detenerse ni de escucharme. Me levanté de un salto, recolocándome el camisón que me habían dado para poder estar allí, e intenté correr hacia la puerta del baño. Contuve el aliento, miré hacia donde iba a dirigirme, pero antes de que pudiera hacerlo, uno de ellos me alcanzó, tomándome por el brazo y arrastrándome de nuevo hacia la habitación.

—¡Soltadme! —grité—. ¡Joder! ¡Me hacéis daño! —forcejeé con todas las fuerzas que me quedaban, dando patadas a todo aquel que se interpusiera en mi camino, empujándolos con los pies—. ¡Sois unos hijos de puta! —bramé ida, como si algo me hubiese poseído.

Uno de ellos intentó sujetarme por detrás, pero giré la cabeza con fuerza. Me lancé a por él, intentando morderle. No lo conseguí. El otro aprovechó el instante para sacarse una maldita bolsa de tela

marrón del bolsillo trasero de su pantalón mientras yo no dejaba de gritar.

Antes de que pudiera ver o decir nada más, me la colocaron encima y todo se volvió oscuridad. El aire apenas traspasaba la tela, y la humedad de mi respiración mezclándose con el hedor que se aferraba a cada una de las fibras me asqueaba. Moho, polvo y podredumbre, a eso olía.

Los gritos se volvieron más ahogados cuando sentí como me engrilletaban las manos y me arrastraban sin más, como si no fuese más que una muñeca de trapo.

—¡Joder! —vociferé, maldiciendo entre dientes, suplicando y odiándoles con una rabia que me carcomía.

Me empujaron por las escaleras, provocando que mi falta de vista me hiciese trastabillar. Mi cuerpo se chocaba contra sus hombros, paredes y puertas sin que pudiera hacer nada por evitarlo. El frío me caló los huesos cuando salimos a la calle. Supe que aún era de noche por el silencio, por el cambio de temperatura y el olor a gasolina mezclado con humedad que se colaba entre los pliegues de la bolsa.

Me metieron en un coche o, al menos, eso creí debido al ruido de las puertas y el crujido del cuero al sentarme. El vehículo arrancó y quise grabar en mi cabeza los cambios de dirección e incluso las frenadas que hacíamos. Conté hasta catorce vueltas antes de perder la noción, aunque en cierto modo, tampoco me habría servido de mucho, ya que no conocía la ubicación del hotel en el que me habían tenido encerrada.

Estaba helada, podía escuchar el castañeo de mis dientes entre sí, tiritando, descalza y con los pies doloridos debido a la tensión con la

que los mantenía encogidos.

Cuando el coche se detuvo, lo primero que sentí fue el suelo mojado bajo mis plantas desnudas, la tierra clavándose en mi piel. La repulsión fue instantánea. Fruncí los dedos, intentando evitar el contacto, pero de nada sirvió. Me empujaron fuera del vehículo, y el agua sucia se coló entre mis dedos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero.

Me arrastraron de nuevo, esta vez por lo que parecía un pasillo estrecho y largo. Oía el eco de nuestros pasos, el silencio sepulcral que había más allá de estos simples ruidos. Cuando por fin se detuvieron, me soltaron con brusquedad sobre una silla, y antes de que pudiera incorporarme, unas bridas me apretaron las muñecas contra los brazos del asiento.

El aire ardía en mis pulmones con la misma intensidad que lo hacía la rabia en todo mi ser. Y entonces, me quitaron la bolsa.

Ahogué un grito por la sorpresa. Parpadeé en repetidas ocasiones, intentando enfocar qué demonios había frente a mí. La luz era tenue, pero suficiente. Entonces, me percaté de que ahí estaba él, delante de mis ojos, con esa sonrisa burlona que me asqueaba. Luca Moretti, de pie, elegante, con esa mirada suya llena de satisfacción, como si estuviese disfrutando de la situación. Un nudo se creó en mi garganta, provocando que apenas pudiera respirar con normalidad.

—Eres un maldito enfermo —escupí enrabietada, con el poco aliento que me quedaba—. Te juro que saldré de aquí como sea, y te mataré.

Escupí al suelo, a medio metro de sus zapatos italianos impolutos. Él rio. No con burla, sino con diversión real. Le hacía gracia mi odio y

eso me cabreaba aún más.

—¿De verdad piensas eso, querida? —preguntó con un tono tenue —. ¿Cómo vas a hacerlo si Viktor te ha abandonado?

—¡No es verdad! —bramé, forcejeando como pude—. Te va a matar, y va a disfrutar haciéndolo.

Luca ladeó la cabeza como si le divirtiera más mi lealtad que toda la situación en la que estábamos metidos. Se acercó a una mesa a su espalda, y tomó un rollo de cinta americana. Abrí los ojos sobremanera, a sabiendas de lo que venía a continuación. En dos pasos estuvo frente a mí, sujetándome el rostro con una sola mano mientras que con la otra me colocaba un trozo sobre la boca. Intenté girar la cabeza, morderle e incluso escupirle, pero de poco sirvió.

El corazón me repiqueteaba con tanta fuerza en el pecho que creí que en cualquier momento acabaría colapsando. No podía creerme que estuviese en una situación como aquella, sobre todo después de todo lo que me había tocado vivir con Lev. Estaban hechos de la misma pasta, una que los convertía en unos hijos de puta de manual. Le odié en silencio, al borde del llanto, sintiendo como la sangre me hervía bajo la piel.

Cuando terminó, se dio la vuelta y señaló el enorme reloj digital que había colgado en la pared del fondo, detrás de él.

—Ese reloj, querida —dijo con parsimonia—, marca el tiempo que le queda a tu amado Viktor para entregarme lo que le he pedido — me informó, aunque no tenía por qué hacerlo. Supuse que lo único que buscaba era herirme—. El cargamento de droga y… a su querido hermano.

Le fulminé con la mirada y entonces maldije para mis adentros, porque si lo que acababa de contarme Luca era real, estaba más que jodida. La familia, para los hermanos Romanov, era sagrada, y jamás se traicionarían. ¿Por qué Viktor iba a hacerlo por mí? Ni siquiera nos conocíamos más allá de nuestros encuentros, ¿cómo iba a arriesgarlo todo por una mujer a la que se había follado?

Los ojos comenzaron a escocerme debido a las amargas lágrimas que ya se agolpaban en ellos. Parpadeé con rapidez, intentando disiparlas. No permitiría que el desgraciado que tenía frente a mí me viese llorar.

—Dos horas —continuó—. Y no ha dado señales de vida. ¿Sabes lo que eso significa, Alina?

Me confirmó lo que tanto temía: en el momento en el que ese reloj llegase a cero, no habría vuelta atrás. Se inclinó hacia mí, apoyando las manos sobre los brazos de la silla. Su boca quedó a centímetros de la mía, tan cerca que pude sentir su respiración chocar contra la mía.

—Significa que en dos horas empiezo a divertirme.

Mis ojos se llenaron de rabia, miedo, de una furia que ardía desde lo más profundo de mis entrañas. Si ese hijo de puta creía que me iba a quebrar, iba a tener que trabajar duro para conseguirlo, sobre todo después de lo que había sufrido en los últimos meses.

Pero eso no ocurriría, porque Viktor vendría.

Tenía que hacerlo.

53

Viktor

No hacía más de cuatro días desde que la vi por última vez, pero me moría por cerciorarme de que Alina estaba bien. Me había fumado dos paquetes de cigarrillos en menos de veinticuatro horas por culpa de la puta ansiedad que se me había enraizado en el pecho para no dejarme, siquiera, respirar con normalidad. Iba a tener los pulmones más negros que el corazón.

El aire que se colaba por la ventanilla entreabierta del coche era cortante, helado, como u mal presagio, susurrante de malas noticias. Alexei continuaba inconsciente en el asiento trasero, pero lo cierto era que no nos quedaba demasiado tiempo. Su respiración era tranquila, ajena al infierno que se estaba desatando a su alrededor sin que pudiera percatarse. Lo miré de reojo, deseando con todo mi ser que abriera los ojos y me gritara, que me llamase traidor, cabrón, o lo que quisiera. Al menos así podría enfrentar su rabia y no el eterno silencio que reinaba y que me estaba matando.

—Todo va a salir bien, ¿de acuerdo? —me prometió Dimitri.

—No hay nada que pueda ir bien cuando estoy entregando a mi hermano al puto demonio —bufé cabreado.

El lugar de la entrega era un puerto abandonado a las afueras de Mónaco. Un sitio frío, húmedo y cubierto de una neblina que se te pegaba a la piel como un mal recuerdo, incapaz de ser borrado. Cuando bajamos del coche, el eco de nuestros pasos sobre el asfalto

mojado me retumbó en las sienes como una cuenta atrás. Cada paso que daba me acercaba a la traición definitiva, a la entrega, a la pérdida de alguien que era de mi propia sangre.

Ahogué un quejido cuando a mi mente vino esa imagen de Alexei cuando era pequeño, con su cabello rubio revuelto, jugueteando con los cochecitos de lujo en miniatura que padre nos había comprado la semana anterior. Apreté la mandíbula con tanta fuerza que en cualquier momento mis muelas saltarían por los aires.

Nada más traspasar el umbral de la puerta, con Dimitri a mi espalda sujetando a Alexei, le vi.

Allí estaba Luca. De pie, con las manos cruzadas a la espalda y esa sonrisa de hijo de la gran puta dibujada en los labios. Negué con hastío, deseando partirle la cara para borrar esa maldita mueca de su boca. A su lado, dos hombres permanecían cuadrados y listos para actuar, y frente a él… Alina.

Sentí como el corazón se me daba la vuelta y el alma se me helaba al verla. Estaba demacrada, tenía los ojos rojos, hinchados de tanto llorar, con el rostro sucio y el pelo pegado a la cara. Llevaba el mismo camisón de seda gris perla que vi en el vídeo, y que ahora se le arremolinaba a punto de mostrar sus partes más íntimas. Iba descalza, y temblaba como una hoja mecida por el viento. Era un manojo de nervios que apenas se sostenía en pie.

Aun así, cuando sus ojos se cruzaron con los míos, vi en ellos algo que me rompió por completo. Esperanza, felicidad y un ruego que no comprendí. Como si mi llegada se le antojase un espejismo.

Hice acopio de toda mi fuerza para no correr hacia ella y abrazarla, para no sacar el arma y volarle la tapa de los sesos al asqueroso del italiano allí mismo, delante de sus hombres. Me juré a

mí mismo que en algún momento lo haría, no permitiría que volviese a herir a mi familia, y Alina era parte de ella.

—Qué sorpresa —comentó el italiano con sorna—. Ya pensaba que tendría que quedarme con tu *ragazza*, Viktor. —Su mirada se posó sobre Alina como si fuera un trozo de carne. Entonces, extendió el brazo y recorrió con los dedos la curva de su cadera, subiendo con lentitud por su cintura—. Estaba deseando catarla —susurró con lascivia—, después de asearla, claro.

Este sonrió ladino, para, segundos después, relamerse. Respondí con un gruñido, dando un paso adelante, pero por suerte, Dimitri colocó una de sus manos sobre mi pecho, impidiéndome avanzar.

El corazón se me aceleró solo de pensar en lo que estaba insinuando. En cuanto tuviera oportunidad, mataría a ese hijo de la gran puta, y no me temblaría el pulso al hacerlo.

—Tranquilo, Romanov —añadió—. Solo bromeaba, o tal vez no.

Cabeceó, fue un movimiento pequeño, sutil, casi imperceptible, pero en ese instante, los hombres que sujetaban a Alina, la soltaron. Ella titubeó un segundo, como si no se creyera lo que estaba pasando. Pero entonces, como impulsada por un resorte, echó a correr hacia mí, desesperada.

Me lancé a su encuentro. La envolví con fuerza, cubriéndola con mi abrigo, sintiendo su cuerpo helado pegarse al mío. Pude sentir como temblaba entre mis brazos, como sus piernas apenas podían mantenerla en pie. Lloraba de manera desconsolada, aferrándose a mí como si le fuera la vida en ello, y yo la sujeté con la misma desesperación.

—Sabía que vendrías —balbuceó—. Lo sabía… —añadió, lloriqueando.

—Perdóname —susurré contra su pelo—. Joder, Alina, perdóname —le supliqué al borde del llanto.

Alzó la mirada y, antes de que pudiera decir nada más, sus labios se estamparon contra los míos con una brutalidad que me dejó sin palabras. Me besó como si fuese el último beso del mundo, como si quisiera tatuarme en su piel, y lo cierto es que no me importó quiénes nos mirasen. Sus manos se enredaron en mi cuello y, entre lágrimas y sollozos, musitó:

—No vuelvas a hacer esto —me rogó—. Nunca más.

Apreté los ojos, tragándome el nudo que se agolpaba en mi garganta y que me ahogaba lentamente.

—Nunca más —juré.

Deposité un beso en su coronilla, y la miré con ternura.

—Oh, qué bonito —interrumpió, aplaudiendo con desdén—. El amor siempre es un gran espectáculo —aseguró, volviendo a dibujar esa mueca odiosa en sus labios—. Pero es momento de acabar, ¡basta ya! —bramó.

Arrugué el entrecejo, me quité el abrigo que llevaba y se lo coloqué a Alina, para que pudiera cubrirse. Dejando al aire el chaleco antibalas que siempre llevábamos como parte del equipo. Le insté a que se retirase, quedándose hacia atrás.

—No te preocupes —le pedí.

Una mueca de tristeza se dibujó en los labios de Alina, porque sabía tan bien como yo cuál era el precio de su liberación: Alexei.

—Creo que ahora falta tu parte del trato, Romanov, soy un hombre de palabra y he cumplido con la mía, ¿vas a hacer tú lo mismo?

Cabeceé en señal afirmativa y me acerqué a donde se encontraba, seguido de Dimitri, quien dejó a Alexei en la silla que había colocado uno de los hombres de Luca frente a este. Le tendí un *pendrive* de alta seguridad donde se encontraba toda la información que habíamos recabado del contenedor en el que se encontraba la mercancía y todo el procedimiento que debían seguir para poder desactivar los dispositivos de seguridad, igual que habíamos hecho nosotros antes de entrar.

—¿Todo listo? —Escuché por el pinganillo.

—Todo listo.

Epílogo

Alexei

El dolor de cabeza era insoportable. Como si alguien hubiese colocado una prensa en mis sienes y no dejase de apretar cada segundo con más fuerza. Intenté mover las manos y fue ahí cuando lo noté. Las bridas. El plástico rodeándome la piel, sujetándome a una silla metálica que crujía con cada uno de mis movimientos.

Abrí los ojos con esfuerzo, intentando enfocar, viendo medio borroso, pero lo suficiente como para reconocer el lugar en el que me encontraba. Una nave industrial, sucia, fría. Un puto matadero disfrazado de ruina, y con un foco apuntándome de manera directa a la cara, como si fuese el protagonista de un maldito interrogatorio.

Me revolví como pude, desesperado por deshacerme de las ataduras, hasta que un escalofrío me recorrió la espalda.

Frente a mí, apareció Luca Moretti. De pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y esa sonrisa de cabrón tatuada en los labios. Le conocía de sobra. Sabía que cuando sonreía así era porque ya había ganado.

—Qué bien que te unas a nosotros, mi querido amigo —musitó con ese tono meloso y acento italiano tan característico que tenía—. Ya empezaba a impacientarme.

Mi respiración se volvió entrecortada. Miré a mi alrededor, intentando entender qué cojones estaba pasando. ¿Dónde estaba? ¿Qué demonios había ocurrido?

Y entonces, como un fogonazo de luz, lo recordé.

La conversación. El whisky. El brindis. El sabor extraño.

Viktor.

Lancé la mirada hacia mi izquierda, y ahí estaba. Serio como el demonio, con los labios apretados y el ceño fruncido. A su lado, Alina. Su rostro estaba descompuesto, tenía los ojos hinchados, llenos de lágrimas que no se molestaba en limpiar. Y me miraba como si le rompiera el alma tener que estar allí.

«Lo siento», pude leer en sus labios.

Y a mí se me rompió algo por dentro.

Un sentimiento vacío me encogió el pecho. La decepción. Intenté moverme de nuevo, pero las bridas solo hicieron que apretarse más. Sentí como la rabia se me clavaba en la garganta, como el dolor de la traición se me colaba por las entrañas.

Lo miré, lo hice con todo el odio que fui capaz, mientras él se limitaba a sostenerme la mirada y, por un instante, pude ver la culpa en sus ojos. No alegría ni orgullo. Solo terror y culpa. Y eso dolía aún más.

¿De verdad me había entregado? ¿Mi propio hermano?

Mi voz no salió. Solo lo hizo un gruñido bajo, contenido, que se convirtió en un grito ahogado dentro de mí. Porque sabía que allí no importaban mis palabras. No cambiaría nada.

Y entonces, Luca se acercó. Lo hizo despacio, con las manos en los bolsillos y la sonrisa intacta. Sacó una moneda de oro, que comenzó a lanzar de arriba abajo, como si de un amuleto se tratara. Se inclinó hacia mí, con la cara tan cerca que pude oler su perfume caro y su putrefacción moral.

—Bienvenido a tu infierno personal, Romanov —anunció con chulería—. ¿Preparado para jugar?

Agradecimientos

A todas mis reinas del Clan…

Gracias por entregarse sin condiciones al eco de mis sombras, por cruzar la línea conmigo sin pedir permiso, por rendirse ante la oscuridad de Nikolai cuando aún no sabían si había redención posible.

A mis Malyshkas y Elegidas, esas primeras almas valientes que se arrodillaron ante el deseo sin nombre, gracias por latir conmigo, por convertir cada página en un pacto, por hacer del delirio un ritual sagrado.

Sin vosotras, mi voz sería solo un susurro perdido.

Y si todavía no sabes qué es El Clan, si aún no has sentido cómo **Sombras de Sangre** arde en la piel… tal vez este sea el momento de marcarte para siempre.

Cruza la línea, Reina. La oscuridad también te pertenece.



---

[1] Nuevo.

[2] Tigresa